V. Uspenski

Mijaíl KALININ

Relato biográfico

V. Uspenski

Mijaíl KALININ

Relato biográfico

Editorial Progreso. Moscú

Editorial Progreso Moscú

Traducido del ruso por V. URIBES

УСПЕНСКИЙ

Владимир Дмитриевич

МИХАИЛ КАЛИНИН

Биографическая повесть

На испанском языке

© Политиздат, 1975

© Traducción al español, con modificaciones, Editorial Progreso, 1981

Impreso en la URSS

У $\frac{10302-274}{014(01)-81}$ 275 – 81 0902030000

CAPITULO PRIMERO

1

No, él no se arrepentía de haber propuesto que la reunión se celebrase en el local de la Duma* distrital de Lesnovski. No se arrepentía en absoluto, si bien estaba más intranquilo que nunca. En su vida hubo de todo: reuniones clandestinas, arriesgados encargos del partido, detenciones, interrogatorios... pero la calma jamás lo había traicionado. Entonces todo era más sencillo; él no tenía que responder más que ante sí mismo. En el peor de los casos, su fracaso podía repercutir en algunos compañeros, en algún sector de trabajo. Pero ahora, de él dependía la suerte de treinta y cinco dirigentes del partido, la suerte de Vladímir Ilich Lenin. Y eso, en un período de tensión extrema, cuando podían sobrevenir de un momento a otro acontecimientos decisivos.

El Gobierno Provisional burgués** notaba el peligro. La ciudad estaba llena de sabuesos policíacos. Por las calles pasaban raudos piquetes de cosacos. El peligro acechaba a cada paso y, aun con todo, Mijaíl Ivánovich Kalinin opinaba que había obrado bien. La tarde anterior le había hablado Shotman, persona puntual y prudente que siempre cumplía a conciencia los encargos de Vladímir Ilich Lenin. Y le había dicho que Lenin buscaba un local para celebrar una reunión ampliada del Comité Central del Partido. Asistirían también compañeros de las fábricas, de los talleres y de los sindicatos. En el orden del día figuraba el importantísimo punto de la insurrección armada.

* Duma urbana, organismo administrativo de gobierno de las ciudades de Rusia. En el verano de 1917, Kalinin fue elegido concejal de la Duma urbana de Petrogrado y, en septiembre de 1917, presidente del municipio de la Duma distrital de Lesnovski. (*N. de la Edit.*)

** El Gobierno Provisional de Rusia fue el órgano central del poder del Estado que se formó después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917 y existió desde el 2 (15) de marzo hasta el 25 de octubre (7 de noviembre) del mismo año. Defendía los intereses de la burguesía imperialista y de los terratenientes. El jefe del Gobierno Provisional fue A. F. Kerenski. (*N. de la Edit.*)

Para una reunión de esa importancia, la Duma de Lesnovski era muy cómoda. Estaba lejos del centro, retirada en un lugar apacible y poco poblado. Y el dueño y señor de la casa era Mijaíl Ivánovich Kalinin, el presidente del municipio distrital.

Por la mañana, antes aún de recibir a los visitantes, Kalinin habló con Katia Alexéieva, su secretaria. Conocía a esta simpática bolchevique por la fábrica *Aivaz*, donde tuvo ocasión de apreciar ya su modestia y su aptitud para trabajar de prisa y por su cuenta. Bastaba con decirle qué se debía hacer. Lo demás lo meditaba ella, hasta las pequeñeces, sin que se le escapara el menor detalle.

— Pues bien, Katia, a los empleados les dejaremos que se vayan antes. Sobre todo a los eseristas*. A las seis que no quede nadie.

— Algunos se quedan mucho tiempo, ¿qué hacerles?

— Convencerlos —repuso Kalinin con sonrisa apenas perceptible—. Convencerlos con suavidad y cortesía.

— ¿Y luego?

— Espera a los camaradas delante del portal. Cuando hayan entrado todos, pasea en derredor de la casa. Pero abrígate, ha refrescado mucho.

— ¿Habrá guardia?

— Evséievich con marinos.

— El es seguro —articuló, contenta, Alexéieva—. ¿En qué habitación será la reunión?

— Puede que en ésta.

— En el negociado de cultura e instrucción pública será mejor. Allí las ventanas tienen cortinas gruesas y no se ve ninguna rendijita.

— De acuerdo, Katia. Compruébalo tú todo. Y ahora... ¿Quién tiene pedida audiencia el primero?

— El agrimensor.

— Que pase.

El agrimensor, larguirucho y flaco, entró como un

* Eseristas: socialistas-revolucionarios, miembros de un partido que defendía los intereses de la pequeña burguesía rural y urbana. Se pronunciaban contra la autocracia zarista y en pro de la república democrática. Después de la Gran Revolución Socialista de Octubre, los eseristas de "izquierda" colaboraron con el Poder soviético; pero durante el desarrollo de la revolución, los eseristas se convirtieron en un partido contrarrevolucionario que luchó contra la revolución socialista. (*N. de la Edit.*)

torbellino. Desplegó encima de la mesa un plan detallado del distrito de Lesnovski, creado hacía poco en Petrogrado*. Se puso a hablar con amargura de que no podía ponerse de acuerdo hasta entonces, en la Duma de la ciudad, sobre las fronteras del distrito. En el papel todo parecía bonito; pero, en realidad, la frontera dividía posesiones privadas, y los dueños se quejaban. En la esquina habían cortado la mitad de la casa. La parte anterior al arco quedaba en un distrito, y la posterior, en otro.

— Eso es desagradable —otorgó Kalinin—. Pero la cosa se puede arreglar, ¿vale la pena indignarse así?

— ¿Cómo no indignarse? —exclamó el agrimensor alzando las manos con asombro—. Lo han dividido de una manera formal, se ha cortado por lo sano y no hay forma de encontrar a los culpables. Le suplico que examine este problema con el mismísimo alcalde de la ciudad, con el señor Shréider.

— Con el ciudadano Shréider —lo corrigió Mijaíl Ivánovich—. Shréider es eserista, y se tiene por paladín de la libertad y la democracia, y usted lo trata de señor.

— A mí me da lo mismo por quién se tiene él; lo que necesito es precisar las fronteras del distrito.

— Para el primero de noviembre —dijo Kalinin.

El agrimensor se fue de manera tan precipitada como había venido. A Kalinin apenas si le dio tiempo de decirle "hasta la vista". Le agradaba la gente tan apasionada, que se preocupaba por lo que llevaba entre manos.

Entró Katia y cerró la puerta. Dijo:

— Ha venido el teniente coronel Yaropóltsev y pide audiencia.

"¿Para qué habrá venido hoy precisamente? ¿Antes de una reunión tan importante? No, no, su visita no está relacionada con la reunión. Si las autoridades se lo hubiesen olido, habrían enviado a sabuesos. Yaropóltsev es un jefe de tropa..."

— Le pido mis excusas por no haber avisado —dijo, sonriendo, al entrar—, pero me han obligado las circunstancias.

— ¡Con mil amores! ¡Me alegro siempre de ver a los representantes de la heroica milicia! —articuló Kalinin, poniéndose en pie para recibirlo.

* El nombre de San Petersburgo fue sustituido por el de Petrogrado en agosto de 1914. (*N. de la Edit.*)

— ¿De qué heroísmo puede hablarse aquí, en la retaguardia? Estamos entre papeles y discursos; si se descuida uno, se ve convertido en un funcionario.

El teniente coronel se mantenía como el que está seguro de lo que hace. Su uniforme era impecable, cosido por el mejor sastre. La guerrera, bien ceñida por la bandolera. Después de la revolución burguesa de febrero de 1917, muchos jefes y oficiales se desconcertaron, procuraban no destacar en nada, no atraer la atención. Y éste parecía que se exhibía adrede, como si quisiera decir: aquí estoy yo, un jefe del ejército, un aristócrata, tal y como soy, ¡de cuerpo entero!

— ¿En qué puedo serle útil? —le interrogó Mijaíl Ivánovich.

— Tenemos un contratiempo. Hace un mes, nos pusimos de acuerdo con el municipio en que nos arreglarían los cuarteles. Nos enviaron a obreros de la fábrica, que desenroscaron las cañerías del baño y las apilaron ordenadamente. En la segunda planta desmontaron las estufas. Y... se han marchado sin dejar rastro. En definitiva, que no se puede utilizar el baño ni hay calefacción en el cuartel, que la gente pasa frío, y la enfermería está llena. Los agitadores afirman que la culpa es, ni más ni menos, del Gobierno Provisional; pero yo creo que la cosa es mucho más sencilla. Le ruego que influya en los obreros.

— ¡Pero si usted tiene todo un regimiento! ¡Tantos brazos desocupados!

— Pero no contamos con ningún fontanero. Los soldados, como ha dicho bien uno de sus dirigentes, son campesinos de ayer vestidos con capote militar. No conocen otras herramientas que los arados.

— Pero habrá petrogradenses movilizados procedentes de las fábricas.

— Unos cuantos. Y están muy ocupados. Celebran reuniones, participan en mítines y adoptan resoluciones —la voz del teniente coronel sonaba con ironía y dureza—: Siguen haciendo la revolución, no pueden parar desde la mismísima primavera.

— ¿Acaso ha llegado ya la hora?

— Hace mucho, a juicio mío. El zar ha sido derrocado y se ha recibido tanta libertad que no se sabe qué hacer con ella. La gente se desgañita en los mítines. Va siendo hora de empezar a hacer las cosas.

— No lo entiendo del todo, teniente coronel. Por lo que yo sé, usted se ha pronunciado contra la autocracia por propia voluntad, y el comité del regimiento tiene confianza en usted.

— No lo niego. Era y sigo siendo de la opinión de que el régimen autocrático ha caducado y se ha convertido en un freno del desarrollo del país. La historia ha quitado ese freno.

— Ha sido el pueblo quien lo ha quitado.

— Al zar no lo ha detenido el pueblo en abstracto, sino personas concretas.

— El pueblo preparó el terreno. El fondo está en la situación general, y no en los ejecutores.

— Es posible, es posible —repuso, evasivo, Yaropóltsev—. Eso queda ya en el pasado. No hay zar, el obstáculo ha sido retirado, ¿qué más hace falta?.

— Muchas cosas.

— ¿Qué concretamente, si se puede saber?

— Los campesinos necesitan la tierra. Los obreros, las fábricas grandes y pequeñas. Todos necesitamos la paz y no hay a quien no le hastíe la larga y absurda efusión de sangre.

— Hay una sola posibilidad de acabar la guerra con honor y provecho: poner todas las fuerzas en tensión y vencer.

— En general, nosotros estamos contra la guerra* y nos encontramos dispuestos a ponerle fin hoy mismo.

— ¿Y quiénes son esos "nosotros"?

— Los bolcheviques**.

— Afortunadamente, eso no depende de ustedes. Los lisiados y los desertores venían tres años por la retaguar-

* Se trata de la primera guerra mundial (1914-1918). Los bolcheviques se pronunciaban resueltamente contra la guerra y explicaban a las masas populares su carácter imperialista. (*N. de la Edit.*)

** Al elegir en el II Congreso del Partido Obrero Socialdemócrata de Rusia (POSDR), celebrado en 1903, los órganos centrales, los marxistas revolucionarios, cohesionados en torno a Lenin, obtuvieron la mayoría de votos, por lo que fueron denominados "bolcheviques", o mayoritarios. La parte oportunista quedó en minoría y recibió el nombre de "mencheviques", o minoritarios. El partido empezó a denominarse Partido Socialdemócrata Bolchevique de Rusia (POSD(b) de Rusia). Luego del triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre el partido de los bolcheviques cambió su denominación (en 1918) por la de Partido Comunista (bolchevique) de Rusia, después de la formación de la Unión Soviética, se le llamó Partido Comunista de la Unión Soviética. (*N. de la Edit.*)

dia queriendo tomar el poder, en tanto que los mejores hombres de Rusia se batían contra los alemanes y sucumbían en aras del porvenir.

— ¿En aras de qué porvenir? —inquirió Kalinin, ajustándose las gafas.

— En aras del poderío del país. No han escatimado la vida por conseguirlo. Ha corrido la sangre tres años, y ahora, cuando Alemania se encuentra sin resuello en el cerco de los aliados, cuando la victoria está cerca, ustedes proponen hincar las bayonetas en el suelo. Para ustedes la gloria y el honor de Rusia son un sonido huero. Pero ustedes son políticos, hombres prácticos, y deben comprender que la Alemania vencida nos resarcirá de las pérdidas. El país recibirá sumas fabulosas y un imnenso territorio.

— El pueblo está cansado de la guerra. El pueblo exige la paz.

— ¿Qué pueblo? ¿Los funcionarios de su institución? ¿ O los obreros, que tienen tiempo de sobra para mítines y manifestaciones? Lo que necesitan los partidos de la oposición no es la paz, sino consignas populares para ganarse a más electores. El pueblo espera la victoria, y ustedes la temen, porque la victoria fortalecerá el gobierno actual.

Mijaíl Ivánovich Kalinin miró atento la faz de Yaropóltsev, visiblemente empalidecida a causa de la excitación. En ella resaltaban mucho las cejas, oscuras.

— Sabe usted —articuló quedo Kalinin—, en algunas cosas estoy de acuerdo con usted. No se extrañe, no, por favor. La consigna de la paz se ha puesto realmente de moda ahora y con ella especulan los demagogos y los conciliadores. Trapichean y venden por cuatros cuartos los intereses del país en aras de su propio provecho. Y nosotros, los bolcheviques, no trapicheamos. Nosotros estigmatizamos desde el comienzo mismo, desde el primer día, esta guerra como guerra antipopular, como guerra imperialista. Y lo hicimos ya en el año catorce, lo hicimos ya cuando todos los partidos andaban posesos de seudopatriotismo. Nos maldecían por escrito y de palabra, nos perseguían y nos encarcelaban. Y a pesar de todo, teníamos razón. Ahora nuestras consignas han obtenido el beneplácito de las masas. ¿Y le parece a usted que es ahora precisamente cuando debemos cambiar nuestro punto de vista y renunciar a la meta que hemos venido persiguiendo con dificultades tan grandes?

— No se puede negar que los bolcheviques son consecuentes.

— Gracias por eso, al menos —repuso con ironía Kalinin—. Y a propósito sea dicho, sentaditos como estamos en nuestras butacas, nos es fácil emitir juicios de la guerra. ¿Y cómo están los soldados en las trincheras llenas de barro bajo la lluvia torrencial? Hambrientos, ateridos de frío y llenos de piojos. Y acechados a cada instante por la muerte. Quisiera yo saber si los soldados de las trincheras comparten la opinión de usted.

— Muy bien, ante todo deben hablar los que sufren las penurias de la guerra, y no los que contemplan desde la barrera. Pero no puedo aceptar el reproche de usted. Yo no me he escondido para no ir al frente, no me he camuflado en la retaguardia, aunque he tenido esa posibilidad. He venido a parar a Petrogrado sólo después de haber recibido la segunda herida. Y no estaré aquí mucho tiempo. Mañana me marcho al ejército de operaciones. He logrado que me lo permitan. En mi regimiento no hay nuevo jefe, está sin amo. Por eso he venido a visitarlo. Los miembros del comité toman resoluciones, el baño se está desmoronando, y el cuartel no hay con qué caldearlo. Le ruego que añada a sus múltiples preocupaciones ésta también, si es posible.

— ¿Está usted seguro de que obra bien, marchándose ahora de la capital?

— El futuro del país se decide en el frente, y mi sitio está allí. Rusia necesita la victoria.

— Lo que necesita Rusia es otra revolución, la revolución socialista. ¡Y estallará! —dijo Kalinin—. De la gente no se preocupe, haremos la reparación hasta el fin. Pero yo tengo también que rogarle una cosa. En el distrito hay muchos deseos de engrosar la Guardia Roja.*

— Lo sé. Los miembros de nuestro comité han destacado a jefes de sección y suboficiales para la Guardia Roja. Yo no me he opuesto.

— Perdió la ocasión...

— No, no diga eso. El nombre de esa fuerza es raro: guardia morada, guardia amarilla, guardia roja. Guardia

* La Guardia Roja surgió durante la primera revolución rusa de 1905-1907 en forma de milicia armada y destacamentos obreros. En 1917 y comienzos de 1918, los destacamentos de la Guardia Roja, dirigidos por los bolcheviques, hicieron una aportación inmensa a la lucha para eliminar la contrarrevolución en el país. A fines de abril de 1918 se incluyeron en las filas del Ejército Rojo.

con abrigo y gorra, ¡vaya paradoja! ... Pero no hace ningún daño, al contrario, rinde provecho. La milicia de orden público no puede poner coto al bandolerismo, y el pueblo armado le ayuda.

— Original punto de vista —dijo Kalinin, moviendo la cabeza—. Pero el caso es que la Guardia Roja del distrito no tiene bastantes fusiles.

— Ustedes tienen casi cien fusiles.

— ¿Se sabe eso también?

— Yo soy militar y no me agradan las sorpresas.

— Quiero ser exacto: tenemos ochenta y cuatro fusiles, y son pocos. Contamos con muchos más hombres. Necesitamos al menos cien fusiles más...

— No me es posible.

—¿Ha depuesto usted sus poderes? ¿O las razones son otras?

— Las armas que tienen ustedes son suficientes para mantener el orden en el distrito. ¿Para qué quiere más? Yo no sé contra quién apuntarán esos fusiles. ¿Contra los alemanes? Pero los alemanes están lejos. ¿Contra el gobierno legítimo y las tropas que lo defienden?

— No ocultamos para qué queremos las armas —sonrióse Kalinin—. La revolución no ha terminado, aún hemos de combatir para instaurar el poder obrero y campesino. ¿Acaso puede ser de otra manera?

— Se derrama ya bastante sangre rusa en el frente; yo no quiero contribuir a que se vierta asimismo en la retaguardia.

— Yo creo que las armas nos las proporcionará el comité del regimiento.

— Es muy posible. Pero tendré la conciencia limpia.

El teniente coronel hizo un movimiento de cabeza y se puso la gorra. Tras de acompañarlo con la mirada hasta la puerta, Mijaíl Ivánovich Kalinin hizo una anotación en el vademécum.

La conversación había sido interesante. Entre los jefes y oficiales había muchos como este teniente coronel. Había que saber qué pensaban y en qué cifraban sus esperanzas...

Katia Alexéieva entró sin hacer ruido e interrogó si todo iba bien. Kalinin le dijo:

— Ponte al habla con Potápov y que envíe mañana a obreros al regimiento. Hay que arreglar el cuartel y el baño. ¿Hay alguien más? —Kalinin miró el reloj. Katia captó el sentido de su mirada y se apresuró a decir:

— Espera la mujer de un soldado por asuntos de pensión. El guarda de una iglesia. Asuntos de poca monta, se pueden pasar a los negociados.

— No, esas personas han estado esperando...

Al cabo de hora y media, luego de hablar con el último visitante, Kalinin rogó a Katia que no dejase entrar a nadie más en su despacho. Abrió el ventanillo. Irrumpió una bocanada de humedad de la calle. El viento traía nubes bajas, silbaba en las ramas desnudas, arrancaba las últimas hojas y las arrojaba a los charcos sucios.

Algún que otro transeúnte pasaba con paso presuroso, alzados los cuellos de los abrigos. A lo lejos salió de la vuelta de una esquina un grupo de militares. Eran cadetes. También llevaban levantados los cuellos de los capotes, y los fusiles en bandolera. En medio del grupo, baja la cabeza, caminaba un individuo sin gorro y con gabán de largos faldones; Kalinin se ajustó las gafas y atisbó. No lo conocía, no.

En dirección contraria a los cadetes pasó una calesa. El oficial que los mandaba alzó una mano. Un cadete asió las riendas del caballo. Un breve diálogo, un ademán amenazador, y de la calesa se apeó un señor con sombrero, protestaba, indignado, pero no le hacían caso.

Los cadetes metieron a empujones bajo el toldo de la calesa al detenido, y dos de ellos se sentaron a su lado. El oficial se acomodó junto al cochero.

La zozobra volvió a invadir a Mijaíl Ivánovich Kalinin. Por este pavimento mojado y lleno de baches pasarían ese día los dirigentes del partido. ¿Cómo ponerlos a cubierto de cualquier eventualidad? Podía llamar a los guardias rojos. A todo un destacamento. Pero eso podía ser peor. Atraería la atención de la gente extraña. Y Kerenski tenía fuerzas de sobra para vencer a más de un destacamento...

Era mejor confiar en la prudencia, en la estricta conspiración.

El problema que se debatiría aquel día era tal que de seguro habría controversia en la reunión. ¿Estaba él preparado para esa controversia? ¿No tenía dudas ni titubeos?

Aún podía meditar y sopesar las cosas. Lo principal lo tenía claro. El estaba completamente de acuerdo con Lenin, el cual exigía que se preparase con la mayor celeridad posible la insurrección armada. Efectivamente,

no se podía esperar más. ¿Y a qué esperar? ¿A que el enemigo se fortaleciera?

Ayer tarde, el Comité de Petersburgo del partido se reunió para discutir la resolución de Lenin sobre la insurrección armada. Cuando tomó allí la palabra, Kalinin dijo que esa resolución era una de las mejores. Así mismo lo dijo: ésta es una de las mejores resoluciones adoptadas en cualquier tiempo por el CC. Exhortaba a la organización a que emprendiese acciones políticas. En la práctica, llegamos a la meta: la insurrección armada.

Eso lo comprende todo, hoy defenderá también esta resolución en el caso de que haya discrepantes o simplemente vacilantes. Pero es probable que no se trate tanto de eso como de la disposición concreta a comenzar las acciones armadas. Lenin muestra siempre un interés especial por conocer la situación reinante en el plano local. Detesta las frases generales, quiere hechos y cifras.

Pues bien, Kalinin tiene qué comunicar al Comité Central. Ante todo, sobre la Fábrica de Tuberías. El partido lo ha enviado a esta grandísima fábrica, en la que hay más de veinte mil obreros. Durante los últimos meses, la organización bolchevique de la fábrica se ha fortalecido. Los ánimos son combativos, la gente está dispuesta a empuñar las armas. Las noticias más recientes son las de la elección del comité fabril tres días atrás. La votación fue secreta, y las listas de los candidatos las proporcionaron los partidos. Los resultados fueron magníficos. De los quince mil que participaron en las elecciones, poco menos de diez mil entregaron sus votos a los bolcheviques. Por los eseristas votaron unos tres mil.

La minoría bolchevique contaba ya en el comité fabril con la mayoría aplastante de los votos y disfrutaba de la confianza de los obreros. El partido de los bolcheviques podía contar con el personal obrero de la Fábrica de Tuberías.

En el distrito de Lesnovski, donde Kalinin encabezaba el municipio, la situación era complicada. Hasta hacía poco, allí había una urbanización de chalets con poquísimas empresas industriales. Además, el distrito de Lesnovski era la parte de Petrogrado más próxima a Finlandia. Y en Finlandia había grandes guarniciones subordinadas a la autoridad de comités conciliadores que habían patentizado muchas veces su lealtad al Gobierno Provisional. De allí salían y llegaban al distrito hasta resoluciones amenazadoras del tenor de que si la gente se

sublevaba, la aplastarían. Los bolcheviques de Lesnovski tuvieron que ponerse directamente en relación con las masas de soldados, por encima de los comités. Se enviaba allá a los camaradas más seguros. Ahora muchos soldados estaban dispuestos a ir con los bolcheviques. En algunas unidades hasta se reelegía a los comités. El teniente coronel Yaropóltsev no se había dirigido a sus superiores, ni a la Duma urbana, sino al municipio de Lesnovski, a un bolchevique. Por muchas vueltas que se le diera, el hecho era significativo.

El destacamento de la Guardia Roja del distrito crecía. Lo que faltaba eran armas, que las tendrían al cabo de dos o tres días. Sobre eso había que ponerse de acuerdo con los soldados.

A Kalinin le habían confiado dos sectores de trabajo, y ahora él podía poner ya en conocimiento del Comité Central que las organizaciones del partido de la Fábrica de Tuberías y del distrito de Lesnovski estaban listas para cumplir la resolución sobre la insurrección armada.

2

Delante de una tapia, e imperceptibles sobre el fondo de la misma, había tres hombres. Más cerca del cruce, el impasible y callado finés Eino Rahja. Al lado y con las manos en los bolsillos del abrigo, Vladímir Ilich Lenin. Unos pasos más allá, Alexandr Vasílievich Shotman, alarmado, que no hacía sino escrutar continuamente la oscura profundidad del callejón, del cual habían salido ellos, por ver si alguien los seguía.

En la nebulosa penumbra, transida de humedad, traslucíanse los contornos de la alta casa de madera del municipio de Lesnovski. Podían verse el balcón del primer piso encima de la entrada y la torrecilla de cúpula piramidal que coronaba este chusco edificio. Las ventanas estaban a oscuras; parecía no haber nadie dentro. Unicamente los ladridos de los perros y el perezoso arrear de un cochero que pasó por allí rompían el profundo silencio otoñal.

En la calle se vieron grupos reducidos de personas. La puerta del municipio se abría silenciosa para volverse a cerrar en el acto. Lenin iba reconociendo a los camaradas por la planta y los andares. Allí estaba el vivaracho y precipitado Sverdlov. El alto y tieso Dzerzhinski junto a

Uritski. Stalin pasó sin prisas. Luego Kámenev y Zinóviev, cubriéndose con un solo paraguas. Detrás, Bubnov.

— Veintiséis, veintisiete —contaba en voz baja Eino Rahja.

— Ya están casi todos —dijo Lenin—. Nos ha llegado el momento a nosotros también.

— No —repuso Shotman—. Debemos ser los últimos. Nos cercioraremos de que nadie ha traído "cola" en pos de sí.

Permanecieron un rato más allí, de pie. Por último, Rahja se encaminó con paso enérgico a la casa.

De la sombra proyectada por la marquesina solió una mujer arrebujada en una toca.

— Somos nosotros, Katia —habló quedo Rahja.

— Pasad.

En la oscuridad fulguró con macilento brillo una bayoneta de sección cuadrangular y, por encima de ella, unas doradas en el cintillo de un gorro de marinero.

Abrióse una puerta en el fondo del pasillo, despidiendo una bocanada de luz que pareció muy viva. En el guardarropa había encendido un quinqué. Extendida la mano, Kalinin avanzó hacia Lenin.

— Hace frío, Vladímir Ilich. ¿No se ha resfriado?

— Hace un tiempo magnífico para conspirar —repuso Lenin, al tiempo que se quitaba el gabán—. ¡Ah, no, amigo mío! Me lo quitaré yo solo, sin ayuda... El tiempo parece hecho por encargo para nosotros; pero esta buena gente —señaló con la cabeza a sus acompañantes —me ha tenido poco menos de una hora en la calle.

— Hay que obrar así —dijo Rahja con calma.

— Vladímir Ilich, aquí no hace frío. Y ahora serviremos té caliente.

— No lo rechazaré... Camarada Katia —dijo Lenin, volviendo la cara hacia la mujer—. He tenido un pequeño percance: el viento me ha arrancado la gorra y la peluca y las ha arrastrado por los charcos. Tenga la bondad de ponerlas a secar, si puede.

— Pues claro, hombre, claro, las secaré y las limpiaré, no se preocupe. El abrigo lo llevaré al despacho, donde están todos. Por si vienen intrusos. El guardarropa está vacío.

— Bueno...

Lenin deslizó la mirada por el espejo. Puso atención a las voces que se oían arriba y miró inquisitivo a Kalinin.

— Por aquí —le mostró el camino Mijaíl Ivánovich.

3

Una rama del árbol que crecía delante de la ventana rozaba el cristal. Kalinin lo había notado ya de día, cuando revisó la estancia del negociado de cultura e instrucción pública, pero no le concedió gran importancia. El ruido era débil, apenas se oía. Pero, al declinar la tarde, el viento arreció y sopló a ráfagas: la rama tan pronto arañaba como golpeteaba el cristal, y este ruido inquietaba, pues recordaba el peligro.

Los reunidos no tardaron en habituarse al golpeteo y el rechinar y dejaron de hacer caso; sólo Kalinin miraba de cuando en cuando con pena a la ventana y se recriminaba por la imprevisión. ¡Ya podía amainar el viento de los demonios!

A Lenin los ruiditos aquellos diríase que le agradaban. El marcó una larga pausa, escuchó y reanudó el discurso, inclinándose ligeramente adelante y haciendo comedidos ademanes:

— Las masas han depositado su confianza en los bolcheviques y nos exigen hechos, y no palabras, así como una política enérgica tanto en la lucha contra la guerra como contra el desbarajuste. Si ponemos por base el análisis político de la revolución, quedará completamente claro que hasta las acciones de los anarquistas lo confirman...

La brusca expiración hizo vacilar la llama del quinqué y bailar las sombras en las paredes. La luz era insuficiente para toda la estancia. Lenin apartó con cuidado el quinqué de su lado.

— Camaradas, la situación en Europa es más difícil que en Rusia. Pero si en un país como Alemania han llegado las cosas hasta la sublevación de la Armada, eso evidencia que también allí se ha ido ya muy lejos. La situación internacional nos ofrece una serie de datos objetivos, y si nos alzamos ahora, tendremos a nuestro lado a toda la Europa proletaria...

Kalinin oyó unos pasos en la primera planta. Miró el reloj de pesas: estaba claro, era el relevo de los marinos que hacían guardia. ¡Cómo volaba el tiempo! Lenin llevaba ya casi dos horas hablando. Se notaba cansado.

La rama golpeteaba con frecuencia y precisión, como el tableteo de una ametralladora, contra el cristal. Lenin desvió la mirada a la ventana, y movió la cabeza con gesto aprobatorio y elevó la voz:

— Por cuanto a las deducciones prácticas que puedan hacerse de la resolución, será mejor que las saquemos después de haber oído los informes de los representantes de los centros —Lenin recorrió con la mirada los rostros concentrados de sus compañeros. Y concluyó—: Del análisis político de la lucha de las clases tanto en Rusia como en Europa se desprende la necesidad de aplicar la política más enérgica, la política más activa, ¡y ésta puede ser únicamente la insurrección armada! ...

Tan pronto como se apagó la voz rauda y arrebatada de Lenin, dejóse oír la de Yákov Mijáilovich Sverdlov, que presidía la mesa. Sverdlov procuró hablar no muy alto; pero la estancia era demasiado pequeña para su vozarrón de bajo. Era una voz pintiparada para hablar en una plaza, en un mitin monumental. Kalinin se había maravillado muchas veces de la falta de correspondencia existente entre aquel cuerpo, enclenque de aspecto, y la inmensa energía y tremendo vozarrón que encerraba.

Sverdlov dijo que deseaba exponer también su opinión. Kalinin comprendió lo oportuno de su intervención. Sverdlov debía hablar en ese instante precisamente, a continuación de Lenin. Lenin era el estratega, podía analizar la situación política, sacar conclusiones y trazar la senda de la lucha mejor que los otros. Pero Sverdlov guardaba en la memoria miles de apellidos, cifras y hechos, él podía confirmar con ejemplos de la vida todo lo que había dicho Lenin.

Efectivamente, Sverdlov empezó así mismo por exponer la situación en plano local. El partido crecía con rapidez, contaba ya en sus filas con unos cuatrocientos mil hombres y se había reforzado su influencia en los Soviets, en el Ejército y en la Marina. La fuerza de los bolcheviques estaba en Petrogrado, había sólo que conservar la iniciativa y ser los primeros en obrar. En Moscú se estaba esclareciendo la posibilidad de la insurrección armada, la masa de los obreros moscovitas exigía acciones.

— ¿Será posible que las cosas marchen tan bien por todas partes? —interrogó Shotman, aprovechando una pausa.

— No —repuso Sverdlov, volviéndose hacia él—. Hay muchas dificultades aún. La contrarrevolución moviliza sus fuerzas, sobre todo en las zonas del Donets y de los frentes del Oeste y del Norte. Eso representa un gran peligro. Tenemos también lados débiles en la preparación

de la insurrección misma, pero de ahí se desprende sólo una cosa, que debemos obrar con más energía.

Shotman seguía en sus trece. Que la insurrección aún no estaba preparada en el aspecto técnico, que aún se necesitaba una semana por lo menos... No iba a empezar aquel mismo día, vamos. Pero la cautela de Shotman quizás fuera excesiva: que si la burguesía tenía muchas fuerzas, que contaba con tropas, ¿cómo íbamos nosotros a combatir a las tropas? ¿Y luego qué? Aun en el caso de que tomásemos el poder, ¿con qué fuerzas podríamos sostenerlo?

— No se trata de las fuerzas armadas, no se trata de luchar contra las fuerzas armadas, sino de que se va a empeñar la lucha de una parte de las fuerzas armadas contra otra —Lenin apartó la silla y caminó de prisa por el cuarto—. Las fuerzas que la burguesía tiene a su favor son escasas. Los hechos demuestran que tenemos ventaja sobre el enemigo. Decidme, pues: ¿por qué el CC no puede comenzar? Eso no dimana de todos los datos. Para rechazar la resolución del CC hay que demostrar que no hay desbarajuste, que la situación internacional no lleva a complicaciones... —Lenin había llegado al rincón más alejado de la estancia, y Kalinin perdió algunas palabras. En cambio, las últimas frases sonaron claras:

— Las condiciones objetivas prueban que al campesinado hay que conducirlo; los campesinos irán tras el proletariado. Temen que no nos sostengamos en el poder. Pero es ahora precisamente cuando tenemos grandes posibilidades de sostenernos en el poder. Quiero hacer constar mi deseo de que los debates se centren en el fondo del problema.

— Tiene la palabra el camarada Dzerzhinski —anunció el presidente.

Félix Edmúndovich Dzerzhinski apoyó totalmente la resolución. La insurrección había madurado. Era hora.

— Camarada Kalinin, ¿va a hablar usted? —inquirió Sverdlov.

Mientras escuchaba a Lenin, Mijaíl Ivánovich Kalinin decidió no hablar mucho. ¿Para qué? Lenin había explicado con claridad los aspectos cardinales, y no tenía sentido repetir. Expondría sólo su opinión sobre el punto principal:

— Camaradas, la resolución no significa que hayamos de alzarnos mañana, pero traslada la cuestión del terreno político al de la estrategia y exhorta a una acción con-

creta... No hay que desviarse por el camino de la lucha parlamentaria, eso sería erróneo. Tampoco hay que esperar que nos ataquen, pues el propio hecho de emprender la ofensiva brinda probabilidades de vencer.

—Sí, sí, eso es precisamente, del terreno de la política al de la estrategia, eso es —asintió Lenin.

El presidente mencionó al orador de turno. Luego a otro y otro más. Se sucedieron en el uso de la palabra Krylenko, Rahja, Skrípnik, Stalin, Lacis, Bubnov. Todos se pronunciaron en pro de la resolución de Lenin. Ni Trotski siquiera habló en contra. Bajando la voz y haciendo muecas como por efecto de algún dolor, limitóse a aconsejar que se pospusiera la insurrección hasta el Segundo Congreso de los Soviets.

Se podía encontrar pretextos sin fin para aplazar la insurrección. Kalinin miraba con recelo a Zinóviev, que se había puesto en pie. A su vera hallábase sentado Kámenev. Pues claro que aquel dúo estába una vez más en contra de las acciones enérgicas. Sus argumentos eran conocidos: la resolución sobre la revolución armada no se podía cumplir y, de hecho, había fracasado ya. No eran confabulaciones contra el poder lo que se necesitaba, sino una presión sobre el Gobierno Provisional y el logro de nuestros propósitos. ¿Qué insurrección podía haber, si en Petrogrado no quedaba pan más que para un día? Había que aguardar hasta que se reuniera la Asamblea Constituyente y resolviera el problema del abastecimiento. Y, en general, valía más ocupar posiciones defensivas de espera.

Un golpe seco hizo estremecerse a Zinóviev, que volvió asustado la cara hacia la ventana y movió un brazo como el que aparta algo:

—Es un escándalo... ¿No se puede acabar con eso?

Kalinin se encogió de hombros: ¿Cómo hacerlo? No iba a encaramarse nadie en medio de la noche con un serrucho en la mano por las delgadas y húmedas ramas. También era peligroso abrir la ventana: cualquiera sabía quién podrá haber a aquellas horas en la calle...

—No tema —procuró calmarlo el presidente—. Es sólo el viento.

Vladímir Ilich se puso en pie quién sabría ya qué vez:

—Si todas las resoluciones fracasaran como ésta, no se podría desear nada mejor... Si decimos que ha sonado la hora de la insurrección, no hablemos ya de las conspiraciones. Si la insurrección es ineludible en el aspecto

político, hay que afrontarla como un arte. Y en el aspecto político ha madurado ya. Precisamente porque no hay pan más que para un día no podemos esperar que se reúna la Asamblea Constituyente. Propongo que se reafirme la resolución, que nos dispongamos a hacer resueltamente los preparativos y dejemos al CC y al Soviet que decida el momento de empezar la insurrección.

—Tiene la palabra el camarada Volodarski.

La voz de éste no tenía nada que envidiar a la de Sverdlov. Además, Volodarski se había acalorado, rebatiendo a Zinóviev.

Dijérase que la rama había dejado de golpetear y arañar el cristal. Tal vez no se oyera ahora ni un cañonazo que atronase al pie de la ventana.

Katia Alexéieva entró en la habitación con sigilo, procurando no estorbar al orador. Con botas altas, la cabeza y los hombros cubiertos con una toca humedecida, sonrosadas las mejillas. Se inclinó hacia Kalinin para decirle:

— Es un camarada muy escandaloso.

Volodarski se calló. Todos miraron a la mujer.

— ¿ Qué pasa? —preguntó Sverdlov.

—Nada de particular —repuso ella, turbada—. Es que el camarada tiene una voz que... Debería hablar más bajo.

— ¿ Se oye en la calle?

—Y tanto que se oye...

—Gracias, lo tendremos en cuenta.

Kalinin dijo a Lenin:

—Saldré a ver...

Eino Rahja le dirigió una mirada inquisitiva por si necesitaba ayuda. Kalinin meneó la mano en sentido negativo. Luego bajó la escalera. La puerta de la prevención estaba entreabierta. Al ruido de los pasos se asomó Evséich. Su ancha cara picada de viruelas se deshizo en una sonrisa:

—¿Es usted, Mijaíl Ivánovich? Qué ¿se acabará pronto?

—Ya no tardará. Y tú ¿por qué no te quitas el cuero?

—Estoy saliendo a cada instante a la calle. A comprobar los puestos.

Evséich era de esas personas de las que suele decirse que tienen buena planta y mucha fuerza. Siguiendo una vieja costumbre marinera, se espatarraba y caminaba inclinándose algo a los lados, como si pisara la oscilante

cubierta de un barco, y no tierra firme. Haría unos quince años, cuando era un marino joven, navegó en el crucero de primera categoría *Bayán* de Europa al Extremo Oriente, a Port Arthur. Peleó contra los japoneses y cayó prisionero después de perecer la Escuadra del Pacífico. Entonces se aclaró definitivamente las cosas y, según su propia expresión, eligió su rumbo de una vez y para siempre.

Todo lo que llevaba él era fuerte, de buena calidad y duración. Se recogía los pantalones por debajo en las cañas de las botas altas de piel de vaca; el abrigo de cuero, ceñido con ancho cinturón, le llegaba casi a las rodillas. La gorra era de cuero también, con un botón en medio.

Iván Evséievich Evséiev aparentaba más edad de la que tenía. Lo hacían más viejo las picaduras de la viruela, las canas y las múltiples arrugas. Daba la impresión de ser un virtuoso padre de familia. Pero no la tenía, no le había dado tiempo de crearla entre la labor clandestina, el encarcelamiento, el exilio y de nuevo la clandestinidad.

— Mijaíl Ivánovich, no se moleste —dijo—. El orden marinero que tenemos aquí es completo.

— En eso confío —dijo Kalinin, volviéndose hacia un marino joven y pelo corto que estaba sentado junto al quinqué—. ¿Cómo va eso, compañero? ¿Se pasa mucho frío en el puesto de centinela? ¿Te has helado?

El marino se puso en pie con presteza. Era tan alto que hasta mantenía inclinada la cabeza como si temiera tocar con ella el techo. Probablemente estuviera acostumbrado a hacerlo así en su baja isba rural.

— No, no mucho —apresuróse a responder—. ¿No ve usted que nos turnamos?...

— Siéntate, hombre, siéntate. ¿Cómo te llamas?

— Fedia... Fiódor Demídochkin.

— Dime, Fiódor, ¿qué piensan los marinos de tu *Aurora*, de Kerenski y sus ministros?

— ¡Que hay que tirarlos! —repuso. Y agregó para dejarlo más claro—: ¡Y cuanto antes mejor!

— Y en la Fábrica Franco-Rusa ¿qué se dice del Gobierno Provisional? —preguntó Kalinin a Evséiev.

— ¿Qué se puede decir de él y si él mismo se ha denominado provisional? Esperamos disposiciones.

— Por tanto, ¿con ánimos de pelear?

— Sin duda alguna, Mijaíl Ivánovich. Dé parte de eso, si es necesario.

— Gracias —sonrióse Kalinin—. Bueno, me voy. Ahora me queda poco de espera. Amanecerá ya pronto...

Cuando hubo abierto la puerta de la estancia, Mijaíl Ivánovich Kalinin oyó la voz de Lenin y comprendió al punto que Vladímir Ilich estaba repeliendo una diatriba más de Zinóviev y Kámenev.

¡Cuánta energía y cuánto tiempo requerían aquellos dos!

— Propongo una resolución —profirió Lenin, acercándose a los ojos una cuartilla escrita con letra menuda—. Los reunidos aprueban en todo y apoyan totalmente la resolución del CC, llaman a todas las organizaciones, a todos los obreros y a todos los soldados a preparar con las mayores amplitud e intensidad la insurrección armada, así como a apoyar el centro fundado para ello por el Comité Central, y expresan su completa seguridad de que el CC y el Soviet indicarán a su debido tiempo el momento propicio y las formas convenientes de atacar.

Lenin dejó la cuartilla y se apartó de la mesa. Tras de aguardar unos instantes, Sverdlov se puso en pie.

— Camaradas, vamos a votar. Ruego a quienes estén en pro de esta resolución que levanten la mano... Bien, lo celebro. ¿Quién está en contra? Bien, dos. ¿Quién se abstiene? Cuatro... Y bien, camaradas, ¡la resolución sobre la insurrección armada ha sido aprobada por mayoría aplastante de votos!

4

Aquella noche, Mstislav Zajárovich Yaropóltsev volvió tarde a casa. Dejó caer a las manos de la sirvienta el capote, colocó la gorra de plato y los guantes en la consola, bajo el espejo, y se encaminó al punto hacia su esposa. Galina Gueórguievna estaba en la sala sentada junto a un centrito redondo y cortaba las páginas de un libro con un cortapapeles de hueso. Al ver a su marido, se puso en pie de un salto para recibirlo. A él le agradaba aquel ímpetu juvenil que ella conservaba hasta entonces.

Mstislav Zajárovich opinaba que había tenido suerte en el matrimonio. Muchos se extrañaron cuando él, un rico terrateniente, un aristócrata de la capital, un militar de alcurnia no había detenido su elección en una señorita de su medio y se había casado con una moza delgaducha de tez morena, hija de un hidalgo venido a menos de la

provincia de Tambov que no podía ufanarse ni de cuantiosa dote ni de noble ascendencia. Galina Gueórguievna no redondeó las posesiones territoriales ni acumuló más dinero a la fortuna de su marido; en cambio era una excelente esposa y ama de casa. Le dio dos hijos. Al lado de ella, Yaropóltsev no conocía las inquietudes familiares ni se preocupaba de los gastos: poco a poco, la esposa fue tomando en sus manos la administración de todas las fincas y, por cierto, lo hizo con energía y buen sentido práctico.

Cuando se hubo cambiado de ropa, Mstislav Zajárovich salió al comedor. Con un movimiento de cabeza, Galina Gueórguievna hizo retirarse a la sirvienta. Y habló así:

— Esta noche es la última.

A él le pareció oír un dejo de reproche.

— Perdona, no he podido antes. ¿Te has enfadado por eso?

— En comparación con tu marcha... No, no, no tengo la menor preocupación. ¿No ves que soy la esposa de un bizarro militar? —esforzóse ella por sonreír—. ¿Qué has estado haciendo durante todo este día tan largo y durante esta noche, no menos larga?

— He estado desatando los últimos nuditos. Y he tenido dos curiosas entrevistas. He estado hablando con el cabeza del municipio de este distrito. Un tal Kalinin. Una persona bastante educada que usa gafas y perilla. Y con todo eso, figúrate, es bolchevique.

— Yo no entiendo mucho de partidos. Los mencheviques, los eseristas, los democonstitucionalistas*, los bolcheviques... ¿Quiénes son peores?

Los bolcheviques son los que exigen los cambios más radicales. Yo creo que el síndico del municipio sabe muy bien lo que quiere. No todos los políticos, ni mucho menos, pueden vanagloriarse ahora de eso. Tomemos aunque sólo sea a ese mismo Nikitin. Con él no vale la pena ni siquiera discutir. Es un califa por una hora. Una mariposa de la luz.

— ¿Nikitin? ¿Te refieres al ministro del Interior?

— Al mismo. Ha enviado un automóvil a recogerme. Me ha exigido que le dé una información del estado del regimiento. Quiere conocer el grado de firmeza de la tropa. Se lo he dicho todo tal y como es. Los soldados no quieren pelear. La disciplina se viene abajo. Hay muchos perturbadores. No es un regimiento, es un barril de pólvora que puede estallar al primer estremecimiento. En tales condiciones es preferible disolverlo y distribuir el personal en pequeños grupos por otras unidades. ¿Y sabes lo que ha contestado Nikitin?

— ¿Te ha aconsejado que te quedes y pongas orden?

— Ha dicho que disolver el regimiento es peligroso. Que será el pretexto para la sedición. Y aun en el caso que se logre disolverlo, ¿adónde enviar a la gente? En los otros regimientos no andan mejor las cosas. La situación reinante en la guarnición de la capital se va a estudiar en una de las reuniones próximas del gobierno. Así lo ha dicho, pero todo eso con dejadez, sin fe en el mañana.

— Una conversación con un bolchevique ha sido suficiente para ti...

— Te ruego que no bromees; estoy hablando de la diferencia que salta a la vista.

— ¿A quién necesitas tú, pues? ¿A quién necesitamos? —enmendóse ella.

— Rusia necesita un gobierno inteligente y vigoroso, capaz de llevar esta guerra hasta el fin y cobrar a los alemanes todo lo que nos deben. Se necesita un gobierno que desarrolle con rapidez, sin darle a la lengua ni hacer demagogia, la industria y la agricultura nada más acabe la guerra. Poseemos tantos recursos que podemos llegar a ser en unos cuantos años el país más rico del mundo. Ese es el gobierno que necesitamos. Y en definitiva, me da igual quiénes lo compongan.

— ¿De veras es así, querido mío? —dijo Galina Gueórguievna, sacudiendo la cabeza—. ¿Y si nos quitan las fincas y la tierra?

— Nadie se atreverá a hacerlo.

— Temo que estés equivocado. Te ruego que escuches a una persona. Al hijo de Golopiórov, el alcalde de aquel pueblo que está al lado de la aldea contigua a la finca de Smolensk.

Galina Gueórguievna asió la campanilla. En la puerta apareció el mayordomo.

— Que pase ése que ha venido de la aldea...

Casi al mismo tiempo resonó una voz bien timbrada, de bizarra entonación marcial:

— ¿Da usted su permiso, mi teniente coronel?

* Miembros del partido principal de la burguesía monárquica liberal de Rusia (*N. de la Edit.*)

Un hombre de unos veinticinco años con guerrera de soldado y pantalones negros de paño se detuvo en medio de la habitación, haciendo sonar los tacones.

— ¡Buenas tardes tenga usted!

— Buenas tardes, hombre. ¿Eres tú Golopiórov?

¡Para servirle! Vengo de parte de mi padre, Vasili Vasílievich, con un recado.

— ¿Por qué no estás en el ejército?

— Estoy con permiso de convalecencia, mi teniente coronel. He jugado al escondite dos años con el alemán y tengo dos condecoraciones. En el otoño pasado me alcanzó un austriaco con el sable. Me dio en la cabeza y aquí —dijo Golopiórov, enseñando la cicatriz que le descendía al sesgo por la mejilla izquierda hacia la barbilla.. Profunda y rojiazul, parecía muy reciente.

Mstislav Zajárovich notó que al mozo no le agradaba que lo observasen con tanto detenimiento; probablemente, no se había habituado todavía a su mutilación.

— ¿Eres suboficial? —inquirió Yaropóltsev—. Lo veo por la apostura.

— ¡Así es, mi teniente coronel! He servido con los húsares. Y ahora no me admiten de vuelta. La cicatriz no es obstáculo. Es que ando cojo. El austriaco me tumbó con caballo y todo. En la pierna me saltó no sé qué tendón.

— Está claro. Dime, ¿qué te trae?

— No le traigo ninguna noticia buena, mi teniente coronel. Su hacienda sigue en su sitio, la casa y las dependencias están en pie, pero le han saqueado los enseres. Las mujeres han roto los cristales, han quitado las puertas de los goznes y todo y no han dejado nada:

— Los espejos... Allí había unos espejos magníficos —lamentóse Galina Gueórguievna, exhalando un suspiro—. Se venían reuniendo desde los tiempos de Catalina II. Los habían traído de Venecia, de Francia... No tenían precio.

Sí, claro, los espejos que había en aquella mansión eran muy especiales. Mstislav Zajárovich se imaginó claramente el cuadro del saqueo: los vanos desnudos de los altos ventanales abovedados, los suelos de taracea pisoteados, los cascotes de la vajilla rota...

— Y el alcalde ¿dónde estaba? —interrogó Yaropóltsev.

— Mi padre les habló, les gritó, les amenazó...

— ¿Y el poder? ¿Dónde estaban las autoridades locales?

— ¿Qué poder tienen ahora las autoridades, mi teniente coronel? Dios está lejos; al zar, con perdón sea dicho, lo han derrocado. No hay amo. Por cierto, acudió no sé qué autoridad del centro del distrito, les habló e intentó convencer a la gente de que devolvieran los enseres... Pero ¿de qué les valen las palabras! En nuestro subdistrito aún hay cierta calma, en otros prenden fuego a las fincas. A los muy tontos no les da pena de las casas. La gente se ha embrutecido con la guerra, mi teniente coronel. No obedece a nadie. ¡No hay orden ni mano dura!

— Piensas bien, hombre. Sin mano dura y sin ley no se puede vivir. Por eso tenemos que derrotar lo antes posible al alemán, acabar la guerra y emprenderla con los asuntos internos.

— Sin falta, mi teniente coronel —corroboró Golopiórov.

— ¿Cuándo vuelves a la aldea?

Al oír la pregunta, el suboficial se cuadró, poniéndose más tieso que un palo.

— Mi teniente coronel, excúseme... Mi abuelo y su abuelo fueron juntos a la guerra contra los turcos. Mi padre fue doce años ordenanza del suyo y recorrieron juntos todo el Turquestán... Y ahora me ha dado el encargo de que venga a pedirle de rodillas que me deje a su lado. ¡Él se lo ruega, y yo también!

Golopiórov estaba visiblemente dispuesto a postrarse de hinojos, pero Mstislav Zajárovich lo detuvo con un ademán:

— Conque ésas tenemos... Amiguito, si pretendes conseguir un puestecito ventajoso en la retaguardia, te equivocas. Mañana parto para el ejército de operaciones, para la primera línea.

— ¿Qué miedo puede darme la primera línea, mi teniente coronel? Dos veces no me van a matar. ¡Y una vez hay que morir! Haré lo que pueda. Me he desacostumbrado de la aldea, allí no sé dónde meterme. Y ya que Dios ha querido que les sirvamos a ustedes todos los de mi familia, ¡no me rechace! Le serviré en cuerpo y alma...

5

La reunión ampliada del CC se prolongó casi hasta la amanecida. Los asistentes no empezaron a retirarse hasta que hubo quedado constituido el Centro Militar Revolucionario que dirigiría la insurrección.

El primero que salió fue Lenin, acompañado por Shotman y Rahja. En pos de ellos, a cierta distancia, caminaba Dzerzhinski con otros tres compañeros. Dzerzhinski quería convencerse personalmente de que no había ninguna celada junto al municipio ni amenazaba nada a Lenin. Las calles matutinas estaban desiertas. Brillaban macilentas las aceras húmedas. No había ni cosacos ni patrullas de cadetes: dormía todo el mundo.

Katia Alexéieva se detuvo en el municipio para limpiar y ventilar las habitaciones antes de que acudieran los funcionarios. No debía quedar ningún indicio de la reunión nocturna. ¡Y cómo se había fumado allí en diez horas! Las cortinas están impregnadas de humo y apestaban a tabaco.

Había esclarecido ya cuando Mijaíl Ivánovich Kalinin llegó al fin a su casa, sita en la carretera de Vyborg. Ekaterina Ivánovna se había levantado ya y estaba preparando el desayuno. Tenía bien peinados los negros cabellos, raya en medio con rigor. Dobladas las mangas del ancho vestido de flores, quedábanle al desnudo los brazos, delgados por las muñecas.

Aquel vestido de alto cuello le gustaba mucho a Mijaíl Ivánovich Kalinin. Es que, probablemente, a Ekaterina Ivánovna le sentaban bien los cuellos altos. ¿O estaría él acostumbrado? Cuando vio por primera vez a la moza de grandes ojos y facciones grandes que sería su mujer, ella llevaba una chaquetilla oscura con frunces y alto cuello cerrado. Así la recordaba él...

Ekaterina Ivánovna no le preguntó nada a su marido. Sabía que él le contaría lo que pudiese. Mientras él se lavaba, ella puso de prisa la mesa sin hacer ruido.

Hubo un tiempo en que Ekaterina Ivánovna se alarmaba cuando Kalinin no volvía a dormir o se pasaba varios días sin aparecer por casa. Temía por él y pensaba en cosas funestas de toda índole. Pero en los largos años transcurridos se había acostumbrado a soportar aquello. Claro que seguía temiendo por él; pero había aprendido a disimular, había aprendido a tener fe y esperar.

Kalinin le besó la cálida mejilla, que conservaba la delicadeza de la mocedad, y le dijo en un susurro:

— ¡Te doy las gracias!

— ¿Por qué? —interrogó Ekaterina Ivánovna sin comprender.

Él no respondió, se rió por lo bajo y pasó de puntillas a la habitación donde dormían las hijas. Lida se había extendido debajo de la sábana, tenía calor. Yulia, por el contrario, se había hecho un ovillo y yacía sobre el costado derecho, metidas las manos debajo del carrillo. Entreabiertos los labios, daba la impresión de que iba a soltar la risa de un momento a otro. De seguro que estaba soñando algo bueno...

¿Cómo vivirían sus chiquillos en la aldea, con la abuela? Hacía mucho tiempo que él no había visto a Valerián y Alexandr. De buena gana se los traería a Petrogrado, pero corrían tiempos muy malos. Y de hambre... Deberían enviar también a las chicas a la aldea...

Tras de resistir la tentación de besar a las durmientes niñas, pues no quiso despertarlas antes de tiempo, Kalinin volvió al lado de su esposa. Encima de la mesa despedía vaho ya un plato de gachas de alforfón: en un hoyuelo derretíase un minúsculo trocito de mantequilla.

— ¡Qué buenas deben estar! —dijo—. ¡Lo noto por el olor!

— Cómetelas antes de que se enfríen —le dijo ella, sentándose a su lado y mirándolo compasiva a la cara—. ¿Cuándo has sostenido una cuchara la última vez?

— ¿Cuándo? —se detuvo a pensar—. Creo que ayer mañana... ¿O anteayer? Pero té tomo regularmente.

— ¡Pobrecito mío! —exhaló ella—. Y eso que te llamas una autoridad. No sabes preocuparte de ti ni de lo más simple.

— No hay tiempo de pensar en eso ahora. Katia, hay noticias muy importantes. ¿Te acuerdas de la otra vez, que te hablé de la resolución de Lenin?

— ¡Cómo no me he de acordar de una cosa así!

— La hemos discutido hoy —dijo, bajando la voz—. Y hemos tomado la decisión definitiva.

— ¿Cuándo? —interrogó Ekaterina Ivánovna, estremeciéndose ligeramente—. ¿Cuándo empezará?

— Uno de estos días.

— ¿Con las armas, pues?

— ¿Y cómo se puede hacer de otra manera? Hay que actuar con todas las fuerzas.

— ¡Ay, señor mío! Yo misma he repartido octavillas en alguna ocasión, pero no me puedo imaginar cómo vais a alzaros con las armas... Toda la gente de tu pueblo sabe de ti que te da miedo la sangre, que no le has cortado nunca la cabeza a una gallina...

— No nos cederán el puesto sin resistencia.

— Lo comprendo, pero me aterra de todos modos.

— Aterra cuando lo hace uno para sí mismo. Pero lo hacemos para los demás; en uno mismo no se piensa.

— ¿Y si se fracasa? ¿Qué te harán? ¿Y a nosotras, qué nos harán?

— No debemos fracasar. Las masas están al rojo vivo, esperan acciones. O ahora o nunca. ¿Entiendes? —dijo, mirando con cariño a su esposa—: Antes no lamentabas haberte casado conmigo.

— Ni ahora tampoco. Pero me da miedo. Y pena también. Antes podía ayudarte, pero ahora tengo que atender la casa, a los hijos... Ahora tienes al lado a otra Katia.

— Pero yo no puedo ponerte en peligro. Los hijos son lo principal que tenemos. Si te detienen a ti, ¿adónde los llevamos? ¿A un orfanato? No, no, eso no se puede tolerar. En casa trabajas por dos, por ti y por mí. Y yo lo hago allí por ti también...

— Bueno, déjate —sonrióse ella para calmarlo—. Ve a dormir. ¿A qué hora te despierto?

— A las doce —dijo Mijaíl Ivánovich—. Incluso a las once y media. Me ha de dar tiempo de pasar por el Comité Central antes de ir a la fábrica.

Se quedó dormido en el acto, tan pronto como apoyó la cabeza en la almohada. Ekaterina Ivánovna se sentó a su lado y contempló el entrañable rostro, pálido de cansancio. Los hombres suelen encanecer, empezando por las sienes. A Mijaíl Ivánovich le salieron primero los cabellos plateados en la barba y en el bigote. Ahora tenía ya muchos más.

No hacía tanto que aquella faz era muy joven aún. Largo y espeso el pelo, bien peinado hacia atrás. ¿Qué era entonces lo que más le gustaba a ella de él? La frente despejada y los ojos bondadosos y claros. La chaqueta que él llevaba era negra, y la camisa rusa de cuello cerrado y abrochado a un lado, negra también, pero con botones blancos. Por entonces él había cumplido treinta años, se

lo había dicho Tatiana Slovatínskaya, que conocía mucho a Kalinin por su participación conjunta en la lucha revolucionaria, pues Katia no se habría dado cuenta de que él había traspuesto el umbral del cuarto decenio.

Ocurrió de manera que ella oyó primero hablar de él; y lo vio cuando ya hubo transcurrido cierto tiempo. Todo eso merced a Tatiana, que tuvo mucha parte en la suerte de ellos.

En los comienzos de la primera revolución (1905), Katia residía con su familia en Narva y trabajaba en la Fábrica textil Báltica. Era a la sazón muy joven, vivaracha y enérgica. Participó en una huelga de los tejedores. La policía se fijó en ella.

Cuando comenzaron las detenciones de los huelguistas, los camaradas advirtieron a Katia que se debía ausentar. Le dieron unas señas de San Petersburgo. Katia lió presto su parco hatillo y se embarcó con una hermana.

En la gran y bulliciosa ciudad, Katia se desconcertó algo. Le costó trabajo encontrar la casa de la calle Zabalkanski, cuyas señas le habían dado. Salió a abrirle una elegante señora que, probablemente, se disponía a dar un paseo. Llevaba un sombrero de ala ancha y un abrigo largo con dos hileras de botones. El rostro bonito, expresivo y como le pareció en un principio, hasta altivo.

¡Pero cómo cambió de golpe aquella mujer cuando se enteró de dónde y por qué venían las dos hermanas! El fingido aire señorial se esfumó.

Tatiana Alexándrovna, que así se llamaba la mujer, las recibió con alegría, de todo corazón. Las muchachas se sintieron allí como en su misma casa.

Luego las dos hermanas vivieron mucho tiempo en casa de Tatiana Alexándrovna, que las atendía como si fueran de su familia. Les enseñó la ciudad, les ayudó a que se colocaran en una fábrica y las introdujo subrepticiamente en la actuación clandestina.

En una ocasión hizo falta llevar dos resmas de proclamas a través de toda la ciudad. En un coche de alquiler era arriesgado. La policía y sus sabuesos comprobaban los bultos en todos los accesos a los puentes y en todas las encrucijadas. Tatiana Alexándrovna rogó a las muchachas que se vistieran de asistentas. Katia y su hermana se pusieron delantales y escarcelas blancas. Ataron pulcramente con cintas los paquetes de proclamas de manera que en nada se distinguían de compras hechas en tiendas.

Así llevaron ellas las proclamas por las bulliciosas

calles, por delante de los gendarmes, de los policías y sus sicarios. Hasta respondieron con una broma a la que les gastó cierto guardia. Pero tenían los nervios en tensión. Además, los paquetes resultaron tan pesados que las muchachas llegaron desfallecidas. En cambio volvieron contentas a casa.

Tatiana Alexándrovna Slovatínskaya había recibido esmerada educación y visto mucho. Había estudiado en el Conservatorio de la capital. Tocaba el piano bastante bien. La constante solicitud, que no importunaba, de la amiga, de más edad, así como el ejemplo que ella daba en la vida cotidiana y en el trabajo no podían menos de repercutir en la moza, para la cual Tatiana Alexándrovna fue por cierto tiempo prototipo de mujer ideal. Y si antes, en Narva, Katia participaba en el movimiento revolucionario más bien de manera espontánea que consciente, sin distinguir las reivindicaciones económicas de las políticas y sin comprender mucho los programas de los partidos, luego, bajo la influencia de Tatiana Alexándrovna comprendió y creyó la verdad bolchevique de Lenin y la abrazó para siempre.

A Katia Lorberg y Tatiana Alexándrovna les hacía intimar, además, la circunstancia de que esta última frecuentaba Estonia, solía pasar por Narva y, a veces, incluso hablaba con Katia en estonio. Con dificultad, claro, confundiendo impíamente las palabras; pero a Katia le agradaba, de todos modos.

Tatiana Alexándrovna hablaba de muy buen grado de cómo había vivido en Reval (hoy Tallinn), y a Katia le gustaba oír hablar de eso: cuando era pequeña, sus padres la llevaron varias veces a aquella bonita y antigua ciudad. Cuando se hizo mayor, fue sola.

Tatiana Alexandrovna no fue a parar a Reval por su propio albedrío. En 1902 fue deportado allí su marido, un revolucionario conspirador. Slovatínskaya se fue tras él con un hijo pequeño que aún no andaba.

El marido de Tatiana Alexándrovna daba clases particulares de matemáticas. Y ella, de música. De eso vivían. En cuando se orientó en aquella ciudad, fue a la vivienda clandestina cuyas señas le habían dado ya en San Petersburgo. Allí fue donde Slovatínskaya conoció a Mijaíl Ivánovich Kalinin, que era el dirigente de los socialdemócratas de Reval. El encuentro le produjo tanta impresión que ella se emocionaba y alborozaba toda vez que lo recordaba.

Mijaíl Ivánovich Kalinin había elegido premeditadamente para residir la ciudad de Reval después de haber cumplido el destierro al Cáucaso. En Reval había muchas empresas; la capital estaba cerca; se podían reanudar las relaciones rotas y comenzar una activa labor política. Slovatínskaya no dejaba de maravillarse de cómo a él le daba tiempo para todo. Trabajó en una fábrica, y luego en los talleres del ferrocarril, de diez a doce horas diarias. Estaba sometido a la vigilancia de la policía y tenía que sopesar cada paso que daba. Si sufría algún descalabro, volvería a ser encarcelado y vuelto a deportar. Pese a todo eso, incorporó a los círculos marxistas a parte considerable de obreros revaleños, a la intelectualidad revolucionaria y a los estudiantes de la Universidad de Moscú y de los Liceos deportados a Reval. Comenzaron a imprimir octavillas y proclamas y celebraron reuniones y romerías conmemorativas del primero de mayo.

Desde los primeros días de su existencia, la organización fundada por Mijaíl Ivánovich Kalinin se internacionalizó, agrupando a rusos, estonios, letones y polacos. Kalinin no escatimaba fuerzas ni tiempo para explicar a la gente quién era su enemigo común y qué se debía hacer para arrollar a este enemigo: la autocracia zarista.

Para los letones, los polacos y los estonios se imprimían hojas especiales en las lenguas de ellos.

Y claro, mantenía un contacto permanente con la *Iskra** y se preocupaba de la difusión de este periódico leninista entre los obreros.

Su seudónimo entre la gente del partido era "Augusto el de Reval". Guardaba de manera tan minuciosa las reglas de la conspiración que la policía tardó mucho en dar con su "pista". En fin de cuentas, los gendarmes lograron emplear a un provocador. Antes aún de que lo deportaran por primera vez, Kalinin trabajó en la fábrica Putílov con Nikolái Yankelsón y vivió cierto tiempo en el domicilio de éste. Llegaron hasta a detenerlos juntos a los dos. Como es natural, cuando Yankelsón apareció en Reval, Kalinin lo recibió jovialmente y lo incorporó a la labor, sin sospechar que este individuo se había vendido al enemigo. Kalinin le confió la correspondencia con la *Iskra*. El provocador sabía incluso en qué bolsillo secreto llevaba Kali-

* *Iskra:* Fue el primer periódico político marxista ilegal de Rusia, fundado por Lenin en 1900. (*N. de la Edit.*)

nin los documentos de especial importancia y los escritos clandestinos.

Lo sabía, pero se equivocó. Cuando Kalinin llegó por la mañana al taller, repartió los escritos entre los compañeros. Empezó a trabajar con el torno y, de pronto, ¡vio a un gendarme a cada lado suyo! Un tercer guardia se abalanzó a la chaqueta de Kalinin, colgada de un clavo, y metió presto la mano en el bolsillo oculto. Pero allí no había nada. El sicario no hizo sino delatar su información.

Kalinin fue conducido a su casa. Le hicieron un registro en la habitación, se lo revolvieron todo, pero no le encontraron ninguna prueba. Le recogieron los libros, unos cincuenta en total. No estaban prohibidos, eran sólo de los "tendenciosos", según la terminología de los gendarmes. Kalinin mismo sacó una cuerda, les dio una sábana y les ayudó a empaquetarlos. Para que se marcharan lo antes posible.

El registro acababa sin novedad. Decepcionado, el coronel de la policía se sentó a la mesa para levantar acta. Abrió distraído el cajón (¿tal vez por necesitar una pluma?) de la mesa y se quedó boquiabierto: en el cajón había folletos ilegales y, debajo, ¡una clave para escritura cifrada! El provocador Yankelsón sabía que la clave la tenía Kalinin, pero sólo podía suponer donde la escondía.

Los gendarmes se llevaron un alegrón, pues habían encontrado lo que buscaban. Entonces Kalinin se enojó. Desató resuelto los libros y quitó a la policía la sábana y la cuerda, dándoles a entender que, dado el celo en el cumplimiento de sus funciones, ¡se las arreglaría sin su ayuda! , que se los llevasen como pudieran.

Entretanto, un compañero, dentro de los talleres ferroviarios, mojó su camisa roja, como si quisiera lavarla, y la colgó a secar en el tejado. Los gendarmes se llevaban a Kalinin a la cárcel, ¡pero en lo alto de los talleres ondeaba la bandera roja! Los guardianes del orden público hubieron de subir al tejado...

Mijaíl Ivánovich Kalinin fue enviado a San Petersburgo; luego lo deportaron a las zonas nórdicas; pero la organización que él fundó siguió funcionando. Un mes después llegaron al litoral báltico los números correspondientes de *Iskra;* y en la sección de *Crónica de la lucha revolucionaria,* los dedicados a la labor política clandestina leyeron una breve noticia: "Reval: el 15 de

enero ha sido detenido el obrero Mijaíl Ivánovich Kalinin (por tercera vez)."

Slovatínskaya contó tantas cosas buenas y episodios maravillosos de la vida de Kalinin que Katia se lo imaginó un hombre extraordinario. Pues bien, un buen día (¡bueno precisamente!) visitó a Tatiana Alexándrovna un hombre muy modesto de aspecto juvenil que llevaba camisa de cuello abrochado a un lado con botones blancos. Conversaba con amenidad, se reía jocoso y no se parecía en nada a un individuo grave y experto en realizar labor clandestina que había pasado ya por numerosos presidios y exilios. Katia se extrañó cuando se enteró de que se trataba de Kalinin en persona. Y en toda la tarde no le quitó de encima los ojos llenos de entusiasmo y admiración.

De una manera natural, salieron los dos juntos de la casa. Kalinin iba hablando de la provincia de Olonets, de lo crudo que era allí el invierno y de lo mucho que había echado de menos en el destierro los libros y los periódicos. Hubo de escribirle de eso a los compañeros. En respuesta le llegó de Reval un envío facturado por sus amigos de Estonia: era un pesadísimo cajón de libros. ¡Entonces sí que se dio un atracón de leer!

Al despedirse de Katia, Kalinin le preguntó si podrían verse al otro día. Y se alegró muchísimo al oír la rauda respuesta. Al día siguiente le llevó un ramo de flores: el primero que Katia recibió, y no de manos de familiares ni de amigas.

El tiempo era de tiranteces. En Moscú había estallado una insurrección. En la fábrica Putílov, donde había vuelto a colocarse a trabajar Kalinin, se esperaba la señal para empezar. Kalinin se preparaba con los camaradas del centro batallador del distrito de Narva para volar el puente del ferrocarril de San Petersburgo-Moscú a fin de que el zar no pudiese enviar tropas a Moscú. Pero, pese a lo ocupado que estaba, no dejaba de ir dos o tres veces a la semana a ver a Katia. Pronto quedó claro que se amaban y no podían vivir mucho tiempo el uno lejos del otro. Pero Mijaíl no se atrevía a hablar de matrimonio. ¿Consentiría Katia unir su suerte con el azaroso destino del revolucionario profesional para quien el bienestar personal quedaba en segundo plano?

Katia sabía bien lo valiente que era él. En los presidios le habían dado palizas y lo habían intimidado para obligarlo a renunciar a sus convicciones revolucionarias.

Pero él siguió firme en sus trece. Entraba sin titubear en la discusión que se quisiera con cualquier adversario, pero lo que era declararse a su amada, no se atrevía... Luego ya, cuando Kalinin cambió de trabajo y pasó a la Fábrica de Tuberías, los bolcheviques le eligieron miembro del comité del distrito de Isla de Vasílievski de su partido y miembro del comité de San Petersburgo. Pues bien, una tarde de abril del año mil novecientos seis fue, excitado y triste, a ver a Katia. Deseaba todo el tiempo decirle algo. Ella también se excitó, esperando oír al punto la anhelada declaración de amor. Y él dijo que debía marcharse por cierto tiempo, y eso conllevaba riesgos. De pronto la interrogó, mirándola a los ojos: "Si me ocurre algo, ¿vendrás a visitarme a la cárcel?" —"Sí, iré" —"Pero es que a los extraños no les dejan pasar, pueden permitirte el acceso únicamente si eres mi novia..." En tensión los nervios, Kalinin aguardó la respuesta. "Bueno, diré que soy tu novia..." —respondió Katia, sonriente.

Así se declararon su amor. Días después, Kalinin se ausentó. Fue a Estocolmo delegado al Cuarto Congreso del Partido. De este congreso y de su entrevista con Lenin le habló a ella más tarde, en el mes de junio, cuando se hubieron casado ya.

La boda fue modesta. Convidaron a los amigos y tomaron té con empanadas. Vivieron también modestamente. Cuando nació Valerián tuvieron que irse, huyendo de la persecución de la gendarmería, al pueblo de la madre de Kalinin, denominado Viérjnaya Troitsa. Las pasaron muy apretadas allí. Kalinin hacía carbón en el bosque y lo llevaba a vender a la ciudad de Kashin. Algún tiempo después se fueron a Moscú, donde él logró colocarse de ayudante de electricista en la subcentral de Lubianka. Alquilaron dos habitaciones en una buhardilla. No tenían ni muebles ni vajilla: sólo las paredes peladas. Compraron por cuatro cuartos varios cajones de envase de manzanas. Kalinin hizo con ellos una cama para Valerián y una mesa bastante presentable.

Volvió luego a ser detenido y deportado al pueblo. Las detenciones se sucedieron. ¿Cuántas veces en total? Unas catorce...

En el dormitorio se oyeron las voces de las hijas. Yulia hablaba con voz atropellada y alegre. Katia debía acudir al lado de ellas para que no hicieran ruido y no despertaran al padre.

Katia le arregló con cuidado la almohada a Mijaíl.

¿Cuándo volvería a verlo? ¿Y lo volvería a ver? La insurrección armada es el paso más grave. No habría medias tintas: ¡o todo o nada!

Reprimiendo un suspiro, Katia se puso en pie y se encaminó hacia la puerta, tras la que reían sus hijitas.

6

Iván Evséievich Evséiev volvía a la Fábrica Franco-Rusa donde trabajaba. Los marinos del *Aurora* iban allí también, pues su crucero estaba fondeado ante el muro de la fábrica, después de haber tenido una reparación general.

El larguirucho Fiódor Demídochkin, cargado de espaldas, se iba durmiendo sobre la marcha después de la noche pasada en vela. Sus compañeros le daban empellones por detrás para despertarlo e impedir que se cayera. Ensimismado, caminaba el fogonero Grigori Oréjov, fornido hombrachón de pocas palabras y seguro ayudante de Evséiev.

Iván Evséievich Evséiev les tomaba el pelo:

— ¡Qué flojuchos sois! Por una noche que os habéis pasado sin dormir, ya os caéis de sueño. En cambio nosotros, cuando tuvimos que pelear con los japoneses, nos pasábamos, sin duda, tres días sin pegar ojo. Y no nos sucedía nada, lo soportábamos.

— ¿Qué eras entonces? —inquirió Fiódor, animado.

— Galvanista del crucero. Por entonces, antes de la guerra con el Japón, se guardaba el orden a estacazo limpio. Vosotros habéis conocido la mili zarista, que era como cumplir pena de trabajos forzados; pero cuando la hicimos nosotros, nos trataban peor que a galeotes. A la menor falta, el contramaestre te pegaba con la cadena del silbato en el trasero. O si no, un tortazo en los morros. Nos pasábamos meses enteros fondeados y sin pisar tierra. Y lo aguantábamos. Fue después ya, cuando compañeros de más edad y más inteligencia me abrieron los ojos, sobre todo mientras estuvimos esperando entre la marinería de Reval que nos enviaran a Francia.

— ¿A Francia? —preguntó, extrañado, Fiódor.

— En Tolón se estaba construyendo el crucero *Bayán*, y la tripulación se reunía en Reval. Eso fue en el año novecientos tres. Fuimos allá con las manos vacías y volvimos cada uno con dos fardos de libros prohibidos.

Por entonces fue cuando conocí a Mijaíl Ivánovich.
— ¿A Kalinin? ¿El que ha venido a vernos esta noche?
— Él mismo.
— Ya veía yo que os llevabais como hermanos.
— Sin duda —repuso Iván Evséievich, sonriendo irónico—. Como hermanos de filiación política. Hace tiempo que militamos en el partido de los bolcheviques...
Se iban acercando al puente del Palacio.
— ¿Vais al carracón, amiguetes? —les voceó un marino que saltó con bizarría del estribo de un tranvía.
— Vamos a casa —repuso Oréjov a desgana.
— ¿Kolia el Tramoya? —alegróse Demídochkin—. ¿De dónde vienes?
— He estado reponiéndome en casa de Zoya. ¿Y vosotros?
Fiódor quiso responder, pero se detuvo bajo la mirada de enojo de Oréjov. Balbuceó evasivo:
— De por ahí, de cumplir un servicio...
— ¡Bueno, pues os sigo la estela!
Este fogonero servía en un remolcador numerado que amarraba desde la primavera junto al *Aurora*, frecuentaba mucho el crucero y, a fuerza de verlo por allí, los marinos del crucero lo tomaban como a uno más de su tripulación. Nadie sabía cuál era su apellido; en cambio se le pegó bien el apodo de "Tramoya".
Kolia llevaba pantalones más acampanados que el largo de las botas, la marinera muy ajustada al cuerpo, y el gorro sin aro, arrugado el plato, según la moda más elegante de los marinos del Báltico, y echado hacia la coronilla. Iba armado hasta los dientes. Fusil, por supuesto. Una cinta de ametralladora a la bandolera y ceñida a la cintura con dos vueltas. Dos granadas. Por debajo de la marinera le asomaba la funda de madera de una pistola máuser.
Fiódor Demídochkin miraba con cierto respeto a guerrero tan temible. Oréjov le dirigió una mirada burlona de arriba abajo. Le preguntó:
— ¿A vosotros os siguen mandando los eseristas?
— No. A ésos los hemos tirado —repuso Kolia—. Ahora hemos elegido para el comité a los anarquistas.
— ¿En qué son mejores? —quiso saber Iván Evséivich.
— Por lo que a mí me toca, tanto me dan los unos como los otros, con tal de que se pueda uno divertir.
— ¿Que se pueda empinar el codo y dar buenos bocados? —interrogó Evséiev, entornando los ojos.

— Eso es poco. Nosotros necesitamos también libertad. Apoyamos al partido que más libertad prometa.
— Y tú, ¿en cuál estás?
— En ninguno. ¡Soy marino del Báltico y sanseacabó!
Cruzaron la entrada de la fábrica y torcieron a la derecha, hacia donde se veía la mole acorazada del crucero. Kolia el Tramoya encaminó sus pasos hacia el remolcador.
— ¡Qué bien voy a dormir hoy! —exclamó Fiódor, bostezando—. Y tú, ¿dónde vas a dormir, en el taller acaso? —interrogó a Iván Evséievich.
— He descabezado un sueñecito de dos horas por la noche.
— ¿Sentado? ¿Qué descanso ése?
— Vente conmigo —le propuso Oréjov—. Encontraremos sitio, y comida también.
— Gracias, pero no puedo. Tengo que dar clase en un destacamento de la Guardia Roja. ¡El tiempo no espera!

CAPITULO SEGUNDO

1

El viento húmedo refrescaba las mejillas y se metía por debajo del abrigo. Mijaíl Ivánovich Kalinin estaba en el portal del Smolny, convertido por aquellos días en cuartel general de la insurrección revolucionaria, esperando a los compañeros con los que se disponía a ir a la asamblea de la Duma urbana de Petrogrado. Había mucha gente y bullicio. Los marinos que montaban guardia al pie de las ametralladoras se reían a carcajadas y se empujaban los unos a los otros para entrar en calor. Bramaban los motores de los carros blindados, y un mecánico los revisaba y recriminaba a su ayudante sin escatimar improperios. Desfiló un destacamento de obreros. Estos guardias rojos, no acostumbrados a ir en formación, caminaban ensimismados, procurando llevar el paso. Graznando exasperadas, unas chovas revoloteaban por encima de las cúpulas de la catedral.

Lo mismo había sido por la mañana, cuando Mijaíl Ivánovich llegó al Smolny; lo mismo había sido dos horas antes, cuando él salió a la calle para despedir a Evséich, enviado a recibir a los marinos que habían llegado de Helsingfors. Parecía que no había cambiado nada. El cielo, frío y gris, era el mismo; los mismos eran también los marinos que montaban guardia al pie de las ametralladoras, el chirriar de las aves y el rugir de los motores. El mismo era el torrente de capotes, abrigos y tabardos que entraba y salía sin cesar del Smolny. No se advertía ningún cambio externo.

Entretanto, en ese lapso de tiempo habían ocurrido muchas cosas. Los bolcheviques habían declarado derrocado el Gobierno Provisional. A las 14,35 se había inaugurado en el Smolny una reunión urgente del Soviet de diputados obreros y soldados de Petrogrado. Acogido con aplausos, Lenin se acercó de prisa a la tribuna.

— Camaradas —exclamó, inclinándose hacia adelante— : camaradas, la revolución obrera y campesina, de la cual han dicho siempre los bolcheviques que era necesaria, ha sobrevenido.

Sí, la revolución era ya un hecho. La energía que el

partido había venido acumulando durante mucho tiempo, se había puesto en acción y había lanzado a la calle, en Petrogrado, a muchos miles de combatientes armados. Se habían puesto bajo control los accesos de la ciudad y cortado los ferrocarriles y carreteras. Los destacamentos revolucionarios habían ocupado los edificios centrales de Telégrafos y Correos, los de otras instituciones gubernamentales y los puentes sobre el Neva. El Gobierno Provisional tenía en sus manos únicamente el Palacio de Invierno. Además, la Duma urbana de Petrogrado, en la que predominaban los eseristas y los mencheviques, seguía apoyando a Kerenski. Mijaíl Ivánovich Kalinin sentía deseos de estar en aquellos momentos en la Plaza del Palacio, donde se desplegaban los sucesos principales; pero el partido le había encomendado otra misión. El era concejal de la Duma urbana, allí tenía él su campo de batalla.

El alud de gente sacó del Smolny a Anatoli Vasílievich Lunacharski, enjuto y parecido a un estudiante. Tras él, a Dmitri Zajárovich Manuilski. Los dos llevaban el abrigo desabrochado y las caras encendidas.

— Abrochaos —les aconsejó Kalinin—. La humedad agarra en seguida.

— ¡Gracias! ¿Vamos a pie? —interrogó Lunacharski.

— No, hombre, no, en el tranvía se llega antes. O en un coche de punto.

— Sí —repuso Manuilski, sonriendo—. Si se tiene dinero, hay que gastarlo. De todos modos, lo cambiaremos. ¡Lo vamos a cambiar todo por completo!

2

Nikitin, el ministro del Interior, de Correos y Telégrafos, llevaba ya una hora sin poder comunicar por teléfono con Shréider, el alcalde de la ciudad, que estaba reunido con la minoría eserista de la Duma. ¡El demonio confundiese a aquellos charlatanes! La capital estaba en peligro, ¡y ellos no dejaban de coger agua en cesto!

Nikitin colgó de golpe el auricular del teléfono y fue a la Sala de Malaquita, a reunirse con sus colegas. Junto a la puerta, un cadete le tendió varios papeles.

— ¿Qué más hay por ahí? —interrogó Nikitin con desagrado.

— Octavillas. Por la plaza se han esparcido muchas —el

cadete procuró mirar a los ojos del ministro, y su rostro muchachil expresaba asombro y susto.

Nikitin tomó con dos dedos una hoja volante y se encaminó raudo a su sillón. Miró la hoja. Era un llamamiento "¡A los ciudadanos de Rusia!" Una agitación más de algún partido.

Nikitin deslizó perezoso la mirada por el primer renglón y se echó de pronto, como si le hubieran dado un empellón, hacia el blando respaldo. "El Gobierno Provisional ha sido derrocado —leyó—. El poder del Estado ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del Soviet de diputados de los obreros y soldados de Petrogrado, comité que va a la cabeza del proletariado y la guarnición..."

— ¡Truhanes, quieren enterrar vivo al Gobierno! —exclamó Nikitin, arrugando la octavilla—. ¿De dónde les vendrá esa desfachatez?

—De que conocen su propia fuerza —repuso seco e impasible el general Manikovski, ministro de la Guerra, que estaba junto a la ventana, al lado de Verderevski, ministro de Marina, y el general Bagratuni, jefe del Estado Mayor de la circunscripción militar de Petrogrado.

—Sobrestima usted las posibilidades de ellos —dijo Nikitin, encogiéndose de hombros.

—Véalo usted mismo —con un ademán, Manikovski lo instó a acercarse a la ventana—. El Palacio está cercado, todas las salidas han quedado interceptadas, ellos tienen la fortaleza de Pedro y Pablo en sus manos, y el crucero *Aurora*, cuyos marinos están a favor de la revolución, se ha arrimado al puente.

—Disponemos de mil quinientas bayonetas contra ese hatajo. ¿Es que no podremos sostenernos veinticuatro horas, hasta que lleguen tropas del frente?

—Lo que tenemos no son bayonetas —replicó el general Manikovski, esbozando una sonrisa de hiel—. Con sus plegarias y los afanes de socialistas de toda laya el ejército se ha convertido en una asociación libertaria de ciudadanos de la libre Rusia. ¿Quiere pruebas? Ahí van. Una batería de artillería y ciento cincuenta cadetes han abandonado por su propia voluntad el Palacio. Los demás se pasan el tiempo de mitin en mitin. El viceprimer ministro, ciudadano Konoválov, en persona, y el dictador plenipotenciario de nuevo cuño, ciudadano Kishkín, se dignan persuadir a los defensores del Palacio para que no nos abandonen.

— ¡Pues vaya bizarros cadetes que tiene el ministro de la Guerra! —retrucó Nikitin.

— ¿Qué necesidad hay de esos zaherimientos? —profirió en tono apaciguador el almirante Verderevski—. Está claro que ahora no tenemos fuerzas para ganar la batalla por las armas. Convinimos en que esperaríamos ayuda.

— ¡Esperar y obrar! —voceó el ministro de Agricultura, Máslov.

— Esperaremos —repitió cansado el almirante Verderevski y se volvió de cara a la ventana.

Nikitin quiso lanzar al almirante alguna pulla, pero se contuvo: ¿Qué provecho les reportarían los dimes y diretes? Lo extraño era que se amilanasen primero los militares. El primer ministro Kerenski había partido de buena mañana para el frente al encuentro de las tropas que acudían en apoyo del gobierno. Había partido en el automóvil del agregado militar norteamericano, bajo pabellón de otro país: así era menor el riesgo. Al enterarse, los ministros de la Guerra y de la Marina perdieron las esperanzas... Por cierto, se los podía comprender. Los dos ocupaban buena posición en la sociedad, tenían bienes de fortuna y se las podrían arreglar sin las carteras ministeriales... Pero no, había que sostenerse hasta la última posibilidad.

Los militares son gente que van derecho a lo suyo, no sienten las ambigüedades. Pero el juego político es complicado, y el ánimo de las masas, cambiadizo. Los insurrectos llevaban ya un día con su noche mangoneando en la ciudad, pero no tocaban el palacio, ¡no se atrevían! Una cosa era adueñarse de una estación cualquiera, y otra atentar contra el gobierno legítimo. Aunque había sido "derrocado" en el papel, el gobierno seguía existiendo. Kerenski traería tropas de un momento a otro a la capital. Nikitin tampoco perdería el tiempo. A fin de cuentas, había que ponerse primero en comunicación con la Duma de la ciudad y exigirle ayuda a Shréider. Luego telefonear al Comité Central del partido de los eseristas. Allí deberían reunir lo antes posible a gente firme en las unidades de la guarnición y enviarlos con armas al Palacio de Invierno.

3

El teniente coronel Yaropóltsev se pasó cuarenta y ocho horas en Moguiliov, aguardando que le entregasen

los documentos. De pronto lo llamaron a comparecer ante el general Dujonin, jefe del Estado Mayor del Alto Cuartel General.

¿A qué se debería tanta atención? ¿Sería posible que Dujonin se hubiese acordado de que se habían conocido brevemente hacía tiempo? En mil novecientos cinco habían coincidido en el Estado Mayor de la circunscripción militar de Kíev. Yaropóltsev aún era a la sazón un oficial muy joven: el capitán ayudante Dujonin había llegado por entonces del Regimiento de Lituania para prestar servicio en el Departamento de Informes. Se decía de él que no era muy inteligente, pero sí, en cambio, buen cumplidor y puntual.

El capitán ayudante no tardó en hacerse famoso en todo el país. En cierto lugar encontró al arzobispo de Varsovia y no lo saludó como mandan las ordenanzas. Es posible que no viera al alto jerarca eclesiástico, pero también podía ser que estuviera algo bebido e hiciese la vista gorda.

Comoquiera que fuese, el arzobispo se enfadó y comunicó a San Petersburgo la falta de respeto mostrada a su jerarquía. La cosa llegó a oídos del soberano, y el irrespetuoso oficial recibió la desaprobación de Su Majestad.

A raíz de entonces, Dujonin era tenido en los medios militares si no por rojo, por rosáceo al menos. Es probable que eso le valiera para ascender después de la revolución de febrero de 1917: en el mes de septiembre, el Alto Mando designó a Dujonin jefe de su Estado Mayor. Pues bien, el general Dujonin había decidido ahora, por alguna causa, ver a un viejo conmilitón.

Dujonin recibió a Yaropóltsev con evidente buena predisposición. Lo invitó a tomar asiento y le ofreció un cigarrillo. Dijo algunas palabras acerca de Kíev y se lamentó de que los años volaran con tanta celeridad. Y, borrando la sonrisa de sus labios, pronunció con tono oficial:

— Usted acaba de llegar de la capital. La situación allí no está nada clara. Tenga la bondad de leer este documento. ¿En qué medida corresponde a la realidad?

— ¿De qué se trata?

— Es un telegrama que el Estado Mayor de la circunscripción militar de Petrogrado nos envía a nuestro Cuartel General. Lo han firmado esta misma mañana Polkóvnikov y Bagratuni.

En el impreso negreaban grandes letras dactilográficas:

"Pongo en su conocimiento que la situación de Petrogrado es peligrosísima. No hay manifestaciones ni disturbios en las estaciones; se practican detenciones. No se obedecen órdenes algunas. Los cadetes entregan los puestos de centinela sin ofrecer resistencia..."

— Sí, eso es obra de ellos —dijo Yaropóltsev—. Me refiero a los bolcheviques, mi general. Obran con cabeza y a conciencia, toman bajo su control los puntos clave y destituyen a quienes les estorban. La guarnición está de parte de ellos, y los Soviets los siguen.

— Han penetrado en todas partes —dijo Dujonin—. Aquí son también bastantes, y su influencia en la tropa es funesta.

— Son gente que ponen empeño en conseguir lo que se proponen.

— Y el Gobierno ¿qué hace?

— A juzgar por las palabras del ministro Nikitin, está reunido en sesión permanente desde las doce del mediodía hasta las tantas de la noche. Son un hatajo de demagogos y fulleros de la política.

— ¿Tan mala opinión le merecen? —dijo, frunciendo el ceño.

— Sí, mi general. Un gobierno como éste no puede mandar en el país en tiempos de guerra. Está en completa sazón para que lo derroquen. Pero no me atrevo a juzgar si luego irán mejor las cosas. Los bolcheviques, los mencheviques, los eseristas, los democonstitucionalistas, los de izquierdas y los de derechas... hay demasiadas intrigas. No pelean contra los alemanes, sino los de un partido contra los de otro. Y lo que el país necesita hoy más que nunca es mano dura y mente clara que nos puedan llevar al triunfo, ya no lejano.

— ¿La mano y la mente de quién? —inquirió Dujonin.

— Una mano capaz de sujetar fuerte las riendas.

— ¿Una dictadura militar? —Dujonin se inclinó levemente en espera de la respuesta.

— Hoy no gozan de respeto los generales y jefes; eso hay que tenerlo presente.

— El respeto se alcanza con la fuerza.

— La guerra ha puesto en movimiento a las masas populares; y es difícil detenerlas o hacerles cambiar de dirección. Se necesitan ímprobos esfuerzos para poner orden.

— Teniente coronel, nos conocemos hace tiempo...

—Sí, mi general.
—El Cuartel General envía a Petrogrado las unidades más firmes. Hace falta un hombre que conozca bien las condiciones de la capital y sepa actuar con energía e incluso emplear las armas. Están listos ya dos regimientos. Entiéndame bien, no es una orden, pero...
—Discúlpeme, pero soy un jefe acostumbrado a pelear en el frente. Hay otros que han pasado el aprendizaje de combatir a los perturbadores del orden. Mi sitio está en las avanzadillas. Los alemanes suponen un peligro mayor para nosotros que todos los revoltosos juntos. Acabemos primero con los alemanes, que ya la emprenderemos luego con nuestra propia casa.
—¿No llegaremos tarde?
—No creo, mi general. En última instancia, la fuerza la tiene el ejército.
—El ejército ya no es el mismo.
—Lo sé. Y a pesar de todo, una gran parte, el núcleo fundamental del ejército, puede y debe conservarse. Ese es, a mi parecer, el objetivo principal. Si tenemos las tropas en nuestras manos, venceremos en el frente y en la retaguardia.
—Creo que lo envían a usted al sector de Molodechno, ¿no?
—Así es.
—Un sector de los difíciles. Por una parte, soldados rusos "libres" que no quieren combatir; por otra, los alemanes, cuya única salida es batallar hasta la victoria. Confío en que usted sabrá superar en su regimiento esa contradicción. Seleccione a gente segura y cuídela, pues nos hará mucha falta.
—En todo caso, me esforzaré.
—Lamento que muchos jefes y oficiales no hayan comprendido todavía cuál es el enemigo más peligroso que tenemos...
—El tiempo lo dirá, mi general.
—Confiemos en el mejor desenlace y preparémonos para el peor —profirió Dujonin, sonriéndose con ironía—. No lo entretengo más.

4

A las seis de la tarde, el Palacio de Invierno quedaba bloqueado totalmente por las tropas revolucionarias. Los

marinos, los soldados y la milicia obrera que formaba la Guardia Roja ocuparon las posiciones de partida para el asalto. El Estado Mayor de campaña había reunido en la fortaleza de Pedro y Pablo a los comisarios de las unidades. En breve reunión se acordó dar un ultimátum de capitulación al Gobierno Provisional con el fin de evitar las víctimas ineludibles en el combate. Si no aceptaba el ultimátum, que se atuviese a las consecuencias.

Los ministros recibieron casi al mismo tiempo el ultimátum de los insurrectos y el telegrama del Cuartel General. El general Dujonin comunicaba que se habían tomado las medidas pertinentes para que las tropas avanzaran con rapidez hacia Petrogrado. Regimientos leales al gobierno llegarían a la ciudad al cabo de veinticuatro horas, a más tardar. Y los ministros, que se reunían ya quién sabría por cuánta vez en la Sala de Malaquita para estudiar la situación, decidieron de nuevo esperar. Demorar la respuesta al ultimátum y negociar. Advertir además a los bolcheviques que en el hospital de Palacio había soldados del frente heridos. ¡Pues no iban a disparar los sitiadores contra sus hermanos desvalidos!

El ministro del Interior, Nikitin, logró a fin de cuentas ponerse en comunicación, por teléfono, con personajes influyentes de la Duma urbana. Pidió que se enviase una delegación a las tropas sitiadoras del Palacio para convencer a los soldados y a los marinos de que abandonasen sus propósitos. Si la delegación no podía frustrar el asalto, al menos lo aplazaría.

—¿Qué respuesta se va a dar al ultimátum? —preguntaron desde la Duma.

—Pereceremos aquí, pero no nos retiraremos por nuestra propia voluntad. ¡Que el pueblo lo sepa! —pronunció Nikitin con energía.

Los miembros de la Duma patentizaron su admiración por el coraje de los ministros y respondieron que harían todo lo que pudieran.

Dio apertura a la reunión de la Duma, a las ocho y pico de la noche, el alcalde de la ciudad, Shréider, con una declaración extraordinaria. Entrado en años, grueso y afectado de disnea, se mantenía siempre con empaque; pero en esta ocasión subió a la tribuna casi corriendo. Era orador experto y sabía cuándo alzar la voz con notas de arrebato y cuándo bajarla hasta hablar en trágico susurro; sabía elevar los brazos a tiempo y bajar la cabeza afligido.

Los de la Duma estaban habituados a los ademanes y gestos teatrales y no los tomaban en serio; pero ahora, en la voz de Shréider sonaban notas de confusión no fingida:

— ¡Ciudadanos concejales! : ¡Dentro de unos momentos atronarán los cañones, y bajo los escombros del Palacio de Invierno sucumbirá el Gobierno Provisional de la República de Rusia! ¿ ¡Es que podemos mantenernos como testigos impasibles de esas criminales acciones! ?...

La sala le respondió con gritos y pataleos. Los eseristas, los mencheviques, los democonstitucionalistas y los socialistas populares se adhirieron todos a Shréider. Los únicos que callaron fueron los bolcheviques, que formaban un grupo reducido, pero compacto.

— Ciudadanos concejales: Para evitar derramamientos de sangre debemos enviar lo antes posible una delegación nuestra de paz a las tropas que han puesto sitio al Palacio de Invierno. Y la segunda delegación, que enviaremos al Smolny, la encabezaré yo, con el consentimiento de ustedes.

— ¡Y otra delegación al *Aurora!* —vocearon desde la sala—. ¡Hay que enviar a tres delegados al crucero!

" ¡Hola, los miembros de la Duma comienzan a actuar y a no darle sólo a la lengua! " —Kalinin miró a Lunacharski y a Manuilski, que conversaban entre sí y no escuchaban al orador de turno, el cual voceaba que a los bolcheviques había que pararles los pies mientras no había comenzado aún la guerra fratricida. No se podía tolerar que el gobierno legítimo fuese derrocado por la fuerza.

Kalinin dijo en voz baja a Lunacharski:

— Quiero advertir de las delegaciones a los nuestros.

— Sí, sí, sería muy oportuno.

Kalinin no tardó en ponerse al habla con las oficinas de la fábrica. Pidió que acudiera al teléfono el comisario Evséiev. Este andaría por allí cerca, pues tomó en seguida el auricular.

— ¿Evséich? Ahora van a salir dos delegaciones, una al Palacio y otra al *Aurora*. Quieren convencer a los nuestros de que no hagan nada... ¿Me entiendes?... Eso mismo. Cuídate de preparar el encuentro y comunícalo al Smolny... Pero de prisa...

Kalinin retornó pausado a la sala y ocupó su sitio. Lunacharski y Manuilski estaban excitados.

— ¡Cuántas mentiras e insultos nos propinan! —exclamó Lunacharski acalorado—. ¡Hay que contestarles!

— ¿Echarles un jarro de agua fría? —inquirió Manuilski.

— Aclararles nuestra postura, pues no todos los concejales están en contra de nosotros. Algunos simplemente no nos comprenden... Estamos obligados a darles una buena réplica.

— No nos dejarán hablar.

— ¿Qué es eso de que "no nos dejarán"? —dijo Kalinin sonriente, alisándose los cabellos. Hay que exigirlo y todo saldrá bien. Será mejor que hable yo, ¿eh? Es más conveniente que hable yo como síndico del municipio de un distrito.

— Sin duda —asintió Lunacharski.

Mijaíl Ivánovich Kalinin escribió una nota para la presidencia y la hizo pasar de fila en fila. Poco después, el presidente anunció:

— Pide la palabra el representante de los bolcheviques, Kalinin.

Mijaíl Ivánovich avanzó raudo por el pasadizo sin prestar atención a las voces airadas. Se colocó al lado de la tribuna. Esbozando una marcada sonrisa, miraba a la sala alboratado.

— ¡Abajo!

Púsose en pie un tipo alto que gastaba quevedos y gritó más fuerte que los demás:

— ¡Propongo que se dé fin a los debates! ¡Que se les dé fin!

Alegrándose del barullo, el presidente se abrió de brazos delante de Kalinin, como diciendo que no podía hacer nada... Y se dirigió a la sala:

— ¡Ciudadanos, lo ponemos a votación!

Claro que todos votaron "en pro". Unicamente los bolcheviques estuvieron "en contra".

— La propuesta ha sido aprobada —resumió el presidente y, volviéndose de cara a Kalinin, le dijo sin disimular la burla:

— Los debates han terminado, puede no excitarse ni molestarse.

— No me excito en absoluto —calmólo Mijaíl Ivánovich. Avanzó un paso hacia la tribuna, se afincó en ella y articuló con voz tranquila—. Aquí han hablado todos menos los bolcheviques. Ahora nos ha llegado el turno a nosotros.

Los miembros de la Duma no lo escuchaban: silbaban, pataleaban y daban palmadas contra las carteras. Comenzaba una evidente obstrucción. El presidente no intentaba imponer el silencio.

Kalinin esperó, dando a entender con toda su actitud que no se retiraría de allí. Se quitó las gafas y limpió los cristales.

De pronto, la sala calló a una y se hizo el silencio. Kalinin vio a su lado a Shréider. Tenía el rostro pálido e instó con un ademán a Kalinin para que desalojara la tribuna. Pero Kalinin no se movió del sitio.

Shréider lo miró furioso y se dirigió a la sala:

— Ciudadanos concejales: debo comunicarles algo extraordinario. Según las noticias que tengo, el Gobierno ha recibido la segunda advertencia. ¡No se tardará en romper el fuego!

La sala volvió a alborotarse. Oíanse voces de rabia.

— Con increpar no conseguiremos nada —siguió hablando Shréider—. Hay que tomar medidas sin pérdida de tiempo...

Kalinin seguía paciente en la tribuna mientras hablaba el alcalde de la ciudad y se elegían las delegaciones que irían al Palacio de Invierno y al *Aurora.* Se mantuvo allí hasta que se retiró Shréider. Las miradas de los miembros de la Duma volvieron a fijarse en él. Ahora callaban como si hubieran comprendido que no podrían eludir el escuchar a Kalinin.

Mijaíl Ivánovich habló sin elevar la voz, como si no pronunciara un discurso, como si hablara consigo mismo e invitara al auditorio a unirse a él:

— Me ha extrañado muchísimo la declaración de una serie de concejales de que el Gobierno es derrocado de pronto por la fuerza bruta, por la fuerza de las bayonetas. Yo no conozco ningún caso de la historia, enseñadme uno al menos, en que un gobierno hostil al pueblo no haya sido derrocado por la fuerza. Antes tampoco ocultábamos al pueblo nuestra táctica. Hemos exhortado siempre al pueblo y le hemos dicho que el poder de la burguesía y los terratenientes, hostil al pueblo, puede ser derrocado únicamente por una insurrección armada. Pues bien, cuando ha llegado el momento de que esa insurrección se hace necesaria, sería ridículo que nuestro partido renunciara a dicha insurrección. Eso no tendría lógica. Si en un momento como éste quiere existir un partido político, debe poner en práctica con claridad y determinación su consigna en cuanto se presenta la primera posibilidad...

Mijaíl Ivánovich Kalinin escrutó con atención la sala como si buscara a quien le quisiera llevar la contraria. Y, al no ver a nadie dispuesto a ello, prosiguió:

— El Gobierno Provisional lo forman los magnates del capital y los terratenientes, que se adueñaron del poder. Por eso da risa oír decir que derrocarlo es como hablar de algo no democrático. Cuando un órgano ejecutivo destinado a servir al pueblo no cumple la voluntad de la democracia, ésta tiene todo el derecho moral para derrocar a dicho órgano ejecutivo. Nadie puede acusar a la democracia de que no sea magnánima. La clase obrera y la clase de los campesinos jamás represaliaron a la burguesía como ésta hiciera con ellas. La democracia aún no ha derramado hasta hoy una sola gota de sangre, ha tomado tranquilamente el poder, y ahora estáis acusando por anticipado de vandalismo a esta democracia. Haciendo esas acusaciones, ¡no os podéis cubrir más que de ignominia!

Mijaíl Ivánovich Kalinin descendió de la tribuna. La sala guardó silencio.

El presidente interrogó, vacilante:

— ¿Quién más pide la palabra?

Varios eseristas y mencheviques se pusieron en pie de golpe, dos chocaron en el pasadizo. De súbito todos se quedaron quietos: por allá, por encima del Neva, retumbó atronador un cañonazo que estremeció los sólidos muros del edificio.

5

A las diez menos veinte de la noche el comisario del *Aurora*, que era el bolchevique Bélishev, dio la orden:

— ¡Cañón de proa, fuego!

La pieza de seis pulgadas disparó una salva de pólvora cuyo deslumbrante fogonazo hendió la negra hondura del río.

Como se había convenido anteriormente, la salva anunció el comienzo del asalto general. El tiroteo arreció por toda la línea del asedio. Los soldados y los marinos conminaron a todos los extraños a que se recogieran en sus casas.

Donde más gente había era en la Avenida del Neva. Iván Evséiev, que acababa de llegar con su destacamento,

hubo de destacar a un grupo de marinos que fueron haciendo retroceder paso a paso a los curiosos e interceptaron la calle en hilera desigual. Este mismo grupo debía proteger de golpes por la espalda al destacamento de marinos.

Evséiev mismo fue a la plaza, donde, sobre las frías y húmedas piedras, habían echado cuerpo a tierra marineros y guardias rojos, que se iban poniendo en pie de dos en dos o de tres en tres, avanzaban algunos metros y volvían a echar cuerpo a tierra, temerosos de los disparos que les hacían desde las barricadas de leños. Desde allí disparaban varias ametralladoras; pero los tiradores o eran malos o no querían hacer blanco: en todo caso, las balas pasaban altas, por encima de los tendidos, y podrían alcanzar sólo a quienes se pusieran de pie.

Los reflectores instalados en la plaza de la Anunciación abrían en canal la oscuridad, como si fueran tizonas blancas, y su luz se deslizaba por los muros del Palacio de Invierno, deteniéndose en las ventanas iluminadas, que se apagaban en el acto y dijérase que se volvían a encender.

Los haces de luz de los reflectores alumbraban la columna de Alexandr, trepaban a lo alto y se cruzaban por encima de la plaza con otros haces de luz igual de brillante proyectados en el cielo desde el *Aurora*, que estaba en el Neva.

Se hizo correr de boca en boca por la línea de tiradores la voz de alto el fuego. Los marinos, yertos de frío, refunfuñaban descontentos:

— Con un buen golpe que les aticemos, se acaba. ¿Por qué nos andamos en chiquitas, comisario?

Ni el comisario mismo, Evséiev, comprendía a qué se debería la demora. ¡Con la de fuerzas que había reunidas en torno al Palacio! Si se pusiera a todos en pie para lanzarlos a un ataque denodado, el Palacio de Invierno caería en un dos por tres. Así mismo se lo dijo a Podvoiski, uno de los dirigentes del asalto del Palacio, que había venido en un estridente automóvil desde la parte del Neva.

— El tiempo obra en favor nuestro —repuso Podvoiski—. La propaganda de nuestros partidarios en el campo del adversario descompone a los cadetes y a los cosacos. Allí se despliega a cada instante la lucha de las clases, y entre ellos se han infiltrado nuestros agitadores soldados y marinos. Y ahí está el resultado: ahora van a salir del Palacio de Invierno los cosacos, los guerreros de

choque del Batallón de Caballeros de la Cruz de San Jorge y del Batallón de Piatigorsk. ¡Eso supone la conservación de muchas vidas por ambas partes! Desde el Smolny también nos meten prisa, pero lo principal es cuidar a nuestros combatientes revolucionarios —Podvoiski frunció las cejas y articuló con voz severa—: Os ordeno que aseguréis la salida libre del Palacio de Invierno de todos los que se rindan.

— Cumpliremos sin titubear la orden. Pero los marinos están impacientes por lanzarse adelante.

Los marinos son unos balas perdidas, y lo que nosotros necesitamos es paciencia y aguante —dijo Podvoiski—. Han aguardado mucho tiempo; quedan ya horas contadas. Esté al tanto de que la disciplina revolucionaria sea fuerte.

— Con los marinos están los guardias rojos de nuestra fábrica.

— Así es más seguro —convino Podvoiski y miró el reloj—. Son las diez y media, ahora los cosacos y los guerreros de choque abandonarán el Palacio. Vaya a la línea, comisario.

El tiroteo en derredor del Palacio de Invierno casi cesó; sólo de tarde en tarde restallaban secamente algunos disparos sueltos. Tras de pestañear varias veces, se apagaron los reflectores. Sólo un haz azulenco del *Aurora* seguía cortando las tinieblas, iluminando el tejado del Palacio y la cima de la columna de Alexandr. En la penumbra de la plaza comenzó cierto movimiento. Del Palacio de Invierno iban saliendo en compacta formación hombres armados que cruzaban la plaza en silencio absoluto.

— ¡De buena se han salvado esos granujas! —dijo alguien con rabia.

Los minutos transcurrieron lentos. El frío fue arreciando, y el viento sopló con más ahínco y brusquedad. ¿O le parecería eso a la gente aterida?

A los marinos se les acababa la paciencia. Pero al fin se vio un fogonazo más allá del Palacio, por encima de la fortaleza de Pedro y Pablo, y el fuerte estampido retumbó por los tejados. Se oyó la explosión de una bomba de metralla. Al pie de la primera, algo más baja, otra. Otro fogonazo resplandeció mucho más a la izquierda del Palacio de Invierno.

Después del tercer proyectil de metralla se apagó la luz en la ribera que pasa por delante del Palacio y en el

interior del mismo. Todas las ventanas negreaban. Y como obedeciendo a una voz de mando, se acalló el fragor de los cañones.

6

El alcalde Shréider llegó al Smolny con dos concejales de la Duma y ofreció su mediación para las negociaciones con el Gobierno Provisional. El Comité Central de los bolcheviques, que estaba en reunión permanente, discutió en el acto esa cuestión. El objetivo de Shréider estaba claro: ganar tiempo y salvar al Gobierno de la derrota inmediata.

Se podía renunciar simplemente a los "servicios" del alcalde, pero los bolcheviques lo decidieron de otra manera: si Shréider se preocupaba tanto del Gobierno, que fuera al Palacio y dijera a los ministros y a los defensores del mismo que depusieran las armas. Tenga la bondad, señor alcalde, ahí tiene a su disposición un vehículo y escolta y vaya con esa misión de paz, consiga que no se derrame sangre en vano.

Shréider se vio en una situación de lo más embarazosa. Le era violento renunciar, pues la misión era realmente de paz. Pero tampoco entraba en sus planes ayudar a los bolcheviques. Por eso fue al Palacio de Invierno; mas no mostró afán alguno por entrar en el edificio. So pretexto del tiroteo y el peligro, se apresuró a retirarse a la Duma.

A la sala de sesiones habían vuelto ya las delegaciones enviadas al *Aurora* y al Palacio de Invierno. Sus componentes contaban indignados que los soldados no habían querido escucharlos. Y en el crucero no les dejaron ni entrar. Los marinos de la gasolinera que acudió a la orilla recibieron burlones a la delegación de la Duma y aconsejaron a aquellos señores que se fueran con la música a otra parte. La situación era tal que los delegados cumplieron sin rechistar y con presteza ese deseo nada cortés.

Mijaíl Ivánovich Kalinin escuchaba sonriente cómo se acaloraban al discutir sus desventuras. Por de pronto, todas sus tentativas de ayudar al Gobierno acababan en un fracaso. ¿ ¡Qué más se les ocurriría en respuesta a las peticiones del ministro Nikitin, que seguía telefoneando desde el Palacio! ?

Nikitin exigía que se adoptaran medidas de lo más

enérgicas. Que la Duma enviara al menos pequeños destacamentos armados para animar a los cadetes; sin eso el Gobierno no se sostendría ni hasta la mañana. Pero la Duma no tenía en Petrogrado tropas algunas: todas las unidades de la guarnición estaban con los bolcheviques.

Los oradores se sucedían en la tribuna. Subió el eserista Byjovski, flaco y con los ojos hinchados y enrojecidos:

— ¡Ciudadanos concejales! ¡Los batalladores en aras del pueblo han sido abandonados a su suerte en el Palacio de Invierno y están dispuestos a morir todos a una! La Duma no puede quedar indiferente a su destino. ¡Propongo que vayamos al Palacio de Invierno a morir al lado de nuestros elegidos!

El auditorio, enardecido hasta el extremo, respondió con un griterío de entusiasmo. El bullicio no empezó a decaer hasta que subió a la tribuna Dmitri Zajárovich Manuilski. Su tranquilo semblante desentonaba del ambiente de histeria que reinaba en derredor.

— Los bolcheviques nos pronunciamos en pro de persuadir al Gobierno Provisional a que se rinda. Prestad oído a este consejo sensato...

A Manuilski no le dejaron seguir. Los gritos impedían oír su voz. El presidente anunció: la propuesta del eserista Byjovski se debe discutir en las minorías.

Unicamente los bolcheviques se quedaron en sus sitios.

— Y ustedes ¿qué hacen? —se interesó el presidente.

— Nosotros no tenemos nada que discutir; nuestra postura es clara —repuso Kalinin. Y siguió hablando, mas para sus camaradas—: ¿Qué decidimos, quedarnos aquí o ir al Smolny, al Congreso de los Soviets?

— Que vaya Anatoli Vasílievich Lunacharski —dijo Manuilski—; nosotros quedémonos aquí hasta el fin.

— Pero no tapéis con vuestros cuerpos las bocas de los cañones por salvar al Gobierno Provisional —bromeó Lunacharski.

Mientras las minorías debatieron el problema, Kalinin telefoneó al Smolny y advirtió que la Duma se proponía ir al Palacio.

Por último, los concejales se reunieron de nuevo en la sala y comenzaron la votación nominal. El presidente leía un apellido, y el interpelado se ponía en pie y respondía:

— ¡Voy a morir con el Gobierno Provisional!

El procedimiento fue solemne. Uno tras otro se

fueron poniendo en pie los eseristas, los democonstitucionalistas y los mencheviques y articulando unos muy alto, otros con timbre apenas audible y otros con lágrimas en la voz:

— Sí... Voy a morir...

A Kalinin le hacía gracia y le daba pena ver aquella tragicomedia. Nadie se proponía matar a los miembros de la Duma, ¡y ellos se ponían a cacarear como posesos! Los ciudadanos concejales se portaban como unos fariseos, se deleitaban con su abnegación desde sitio seguro. Si les amenazara realmente la muerte, dejarían de hacer teatro... ¡Morrocotudos héroes! Si se disponían a morir, ¿para que les preparaban los ujieres a cada cual una bolsa con pan recién cocido y salchichón?

— ¡Kalinin! —leyó el presidente el apellido de Mijaíl Ivánovich.

— ¡No! —pronunció él con fuerte vozarrón—. ¡Id a salvar a *vuestro* gobierno, que nosotros iremos a dar la enhorabuena al Soviet de Petrogrado en nombre de la parte revolucionaria de la Duma!

Dejó sin atención los gritos iracundos.

Los miembros de la Duma se apresuraron a recoger las bolsas de pan y salchichón, a ponerse los abrigos y salir a la calle. Allí los esperaban refuerzos de mencheviques, eseristas de derecha y afiliados al Bund* que habían abandonado el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia para "salvar al gobierno" al lado de la Duma.

En total se reunirían unas cuatrocientas personas. Gente civil y nada jóvenes ya, tardaban mucho en formar y lo hacían en filas torcidas. Era ya medianoche pasada cuando la columna se puso en marcha. En cabeza, descargando el peso de su cuerpo en una y otra pierna, caminaba el obeso Shréider.

Manuilski interrogó:

— ¿No nos perjudicarán? Pues obstruirán la entrada del Palacio, empezarán a dar mítines...

— Los camaradas están advertidos —repuso Kalinin—.

* Bund ("Unión General de Obreros Hebreos de Lituania, Polonia y Rusia"): se fundó en 1897 y agrupaba principalmente a elementos semiproletarios de la artesanía hebrea de las regiones occidentales de Rusia; era vehículo de nacionalismo y separatismo en su movimiento obrero. Estuvo integrado varios años en el POSDR; los del Bund apoyaban siempre dentro del partido el ala oportunista y combatían a los bolcheviques.

Bueno, a nosotros también nos ha llegado la hora de que nos dediquemos a lo nuestro.

Cuanto más se alejaba de la Duma la columna, tanto más despacio caminaba. Una cosa era pronunciar discursos en un salón caldeado y cómodo, y otra recorrer en medio de la noche la calle alumbrada por escasísimas y macilentas farolas. El viento frío y húmedo hacía tiritar. Los baches estaban llenos de agua sucia, y a muchos miembros de la Duma se les mojaron en seguida los zapatos. El tiroteo, que se oía más cerca a cada paso, intimidaba. Algunos concejales se fueron quedando rezagados de la columna y desaparecían por los callejones y los patios de paso.

En los cruces de las calles ardían hogueras, junto a las que se calentaban soldados y guardias rojos armados que miraban con asombro las filas destartaladas de gente bien vestida y sus pálidos semblantes.

Los miembros de la Duma vieron cerca de la catedral de Kazán piezas de artillería pesada tiradas por tractores. Sus gruesos cañones apuntaban al Palacio de Invierno. Los artilleros charlaban junto a los cajones de los descomunales proyectiles. Shréider acortó el paso.

Cerca de la Plaza del Palacio, interceptando la Avenida del Neva, había una hilera de marinos apoyados en los fusiles. Llevaban allí, evidentemente, mucho tiempo ya, pues estaban ateridos de frío. Cuando vieron a los de la Duma, se animaron. Los marinos que se habían apartado a fumar ocuparon de prisa sus puestos en la línea.

La columna se contrajo y se detuvo.

Los de la Duma y los marinos se estuvieron unos instantes sin articular sonido. Estos examinaban a los intrusos, que descargaban el peso de sus cuerpos ya en un pie, ya en el otro, inquietos, sin saber cómo sortear el obstáculo. Shréider habló al marino que tenía más cerca:

— Vamos al Palacio de Invierno y exigimos que nos dejen pasar.

El marino era joven y alto: largo el cuello, redondos los ojos, rapado el pelo, un mozo de pueblo que vestía desde hacía poco la ropa marinera. Las palabras de aquel orondo y respetable señor que llevaba hongo lo turbaron.

— ¡No se puede... No tengo órdenes!

— Aquí está toda la Duma de la ciudad, y yo soy el alcalde. Con nosotros viene un ministro. Tenemos atribuciones para entrar en el Palacio.

— ¡No se puede! —repuso con más energía el marino.

— ¡Deja de acosar, buen hombre! —apoyó al mozo el que estaba a su lado en la línea, un marinerito presumidillo cuyo gorro se le sostenía de milagro en la melena—. ¡Suelta las amarras mientras dura la calma chicha!

Otro marino de hercúlea complexión dijo benévolo con su voz de bajo:

— Es una orden del Comité Militar Revolucionario.

— Pues nosotros insistimos...

— Diríjanse al Comité Militar Revolucionario.

Los concejales se arrimaron a la línea y rogaban con tono persuasivo:

— En el Palacio están los elegidos del pueblo... Vuestros elegidos...

— ¡No haya sangre!

— Ofrecemos negociaciones, ofrecemos la paz, ¿no es sensato eso?

Se oyó la respuesta:

— ¡Nosotros conocemos a nuestros elegidos!

— ¡Disparad! —chilló como un desesperado uno de la Duma—. ¡Disparadme a mí! ¡Pasaremos de todas las maneras! — ¡No! —oyóse una voz fuerte que atrajo en el acto la atención general—. No pasaréis al Palacio de Invierno. ¡Sin la menor duda!

— ¡Pues lo exigimos!

De la acera salió al medio de la calle un hombre rechoncho con abrigo de cuero de tres cuartos, ancho cinturón y gorra también de cuero.

— Ya os lo han explicado: tenemos orden del Comité Militar Revolucionario. ¡Y no se hable más!

Se agachó para encender un pitillo. La cerilla le iluminó el rostro picado de viruelas. El hercúleo marino dio unos pasos adelante como si quisiera cubrir con su cuerpo al del cuero. Y dijo con voz de bajo:

— Marchaos a casa, buena gente. ¡Y cuanto antes, mejor!

7

El ministro Nikitin se había cansado mucho a lo largo del día, pues había pasado mucha zozobra y se había quedado afónico de tanto hablar por teléfono. La tensión nerviosa no decayó hasta medianoche. Pero luego se fue rehaciendo la calma. Cesó el cañoneo y se oían más de tarde en tarde los disparos de fusil. El Palacio recobró

la luz. Y aunque estaba sitiado, aunque parte de los cadetes lo habían abandonado, los bolcheviques no se lanzaron al asalto. ¿No habrían sido Shréider y los de la Duma quienes lograran detenerlos? En todo caso, ahora se podía creer que la noche estaba ganada.

Nikitin quería pedir consejo a sus colegas y decirles lo que pensaba, pero los ministros estaban tan anonadados y desconcertados que él no tardó en perder los deseos de hablar con ellos. El almirante Verderevski caminaba por la habitación igual que si diera el paseo vespertino de borda a borda por cubierta. El general Manikovski dormitaba repantigado en una butaca y puestos los pies encima de una silla. A través de la puerta entornada llegaban las voces de Kishkín y Máslov.

Nikitin soltó un terno y se encaminó hacia el despacho desocupado de Kerenski. Un cadete de buena talla y cara de tonto se cuadró diligente, al ver al ministro. "Este es seguro, no abandonará su puesto" —pensó Nikitin.

En la habitación contigua al despacho Nikitin se tumbó en un mullido sofá que olía, no se sabía por qué, a esencia de mujer. Eso le desagradaba; pero Nikitin no pudo levantarse, se lo impedía el cansancio. Créyérase que tenía la mejilla adherida al áspero rulo del sofá.

Nikitin dormía en un cuarto separado del mundo exterior por gruesos muros y no oyó el tenso silencio que se entronizó en la Plaza del Palacio después de la una de la noche. Los sitiadores dejaron de disparar. Cesó todo movimiento. El súbito silencio era tan temible que asustó más que el tiroteo a los cadetes defensores de la entrada principal; éstos abandonaron las barricadas de leños levantadas en la plaza y se metieron en el Palacio.

Pasaron diez o quince minutos y, de pronto, atronó un disparo suelto de fusil. El estruendo de miles de voces retumbó por los contornos. Un alud de hombres armados se abalanzó contra el Palacio de Invierno.

En la entrada se formó un raudo torbellino. Allí confluían, como en estrecha garganta, los torrentes de asaltantes. Unos, oprimidos contra la pared, gritaban; otros, salían en volandas. Y los que se abrían paso al edificio corrían ya por las anchas escalinatas y los largos pasillos, perdiéndose por las numerosas salas y pasadizos.

El ruido pesado y creciente del alud humano que se extendía por el Palacio llegó a oídos de Nikitin. Este soñó que se hallaba en un mar proceloso. El viento levantaba

grandes olas que montaban a Nikitin a su cresta y luego descendían...

Una voz estridente que resonó en el despacho de Kerenski hizo a Nikitin levantarse de un salto.

— ¡Borisenko, ve a rendirte! —mandó asustado alguien—. ¡Pronto, los nuestros se han entregado!

El ministro se precipitó al despacho: el cadete ya no estaba allí. Nikitin salió de estampía al pasillo y retrocedió al punto: hacia él venía corriendo un soldado sin gorro y con capote largo. Tras él, marinos con fusiles, enardecidas las caras.

El soldado se detuvo al lado de Nikitin, y su dedo le apuntó duro al pecho como el cañón de un revólver:

— ¿Quién es usted?

— El ministro del Interior, de Correos...

— ¿Dónde está el Gobierno?

— Por el pasillo adelante, a través de esa sala y a la izquierda.

— ¡Adelante!

— ¿Y con éste qué hacemos?

— ¡Detenerlo! —voceó sobre la marcha el soldado.

Nikitin no entendió al pronto que la última palabra se refería directamente a él. La ruda manaza de alguien le oprimió un hombro. El discutir y objetar no tenía sentido. Nikitin se arrimó obediente de espaldas a la pared para dejar pasar por delante a los soldados y marinos.

8

Después de que los eseristas, los mencheviques y los del Bund abandonaran demostrativamente el Segundo Congreso de los Soviets de toda Rusia y se encaminaran con los miembros de la Duma a "morir al lado del Gobierno Provisional", el Salón de Actos del Smolny quedó más despejado. Ahora en las sillas y escaños había sitio suficiente para todos los delegados. Sólo unos cuantos soldados venidos del frente permanecían en el paso, junto a la pared, con los capotes por asientos. Uno de ellos trajo una tetera caliente, y acomodados, escuchaban a los oradores al tiempo que sorbían té. Los vecinos los miraban con envidia. Mijaíl Ivánovich Kalinin sentía que le subían a la garganta las náuseas del hambre. No se había llevado nada a la boca desde la mañana del día anterior, y ya se aproximaba la nueva mañana. A veces hasta le

bailaba todo delante de la vista: oscilaba el techo y perdían la rectitud las columnas blancas. Eso era debido al cansancio. ¿O era simplemente el humo del tabaco lo que se movía, al ascender hacia las grandes arañas encendidas?

Tendría que buscar un sofá en alguna de las múltiples habitaciones; ¿pero acaso se podía abandonar el salón cuando estaban acaeciendo aquellos advenimientos! Se había hecho público recientemente el comunicado de que los ex ministros del Gobierno Provisional habían sido conducidos a la fortaleza de Pedro y Pablo e instalados en las mazmorras del bastión de Trubetskói. Ahora subía a la tribuna Anatoli Vasílievich Lunacharski. No iba a hablar, iba a leer algo: en las manos llevaba unas cuartillas llenas de la menuda letra de Lenin.

— "¡A los obreros, soldados y campesinos!" —comenzó a leer el orador. Su voz solemne atrajo en seguida la atención de los cansados delegados.

— "Respaldado en la voluntad de la inmensa mayoría de obreros, soldados y campesinos, respaldado en la victoriosa insurrección de los obreros y la guarnición comenzada en Petrogrado, el Congreso toma el poder en sus manos..."

Las aclamaciones aprobatorias apagaron la voz del orador.

Lunacharski prosiguió:

— "El Congreso dispone: todo el poder en los lugares pasa a los Soviets de diputados obreros, soldados y campesinos..."

A las cinco en punto de la madrugada se puso a votación este mensaje leninista. Se aproximaba el instante en aras del cual bregó el partido muchos años, en aras del cual sufrieron tormento en presidio y en la deportación los bolcheviques. Por el ambiente del salón Kalinin sentía que los delegados aprobarían el mensaje, y aun así la emoción le hizo ponerse en pie y escrutar los semblantes. Sus expresiones eran distintas: las primeras de alegría; las segundas de severidad y las terceras de triunfo. Pero ninguna de indiferencia. Se alzó un bosque de brazos...

El presidente preguntó quién estaba en contra.

— Dos —clamó un soldado, estirando el cuello—. Aquellos de allá, los que están en el rincón...

Kalinin se sonrió y pensó: "Ha sobrevenido ya lo principal, que en Rusia se ha proclamado el Poder soviético, que el dueño del país es ahora el pueblo." Antes se

imaginaba que el acontecimiento sería mucho más festivo y vistoso. Con música, sol y alegría. Pero las fiestas vendrían probablemente luego. Primero había que hacer la obra.

Con la honda satisfacción que sentía Kalinin, le entraba también inquietud por el futuro. El poder había sido tomado, ¿qué pasaría ahora? El país estaba en pleno desbarajuste, había poco pan, y el frente se prolongaba de mar a mar. El ejército se descomponía; los alemanes podían lanzar en cualquier momento sus tropas contra Petrogrado.

Y los enemigos de los bolcheviques ¿se tranquilizarían acaso? Eran muchos, comenzando por los adversarios ideológicos y acabando por los especuladores ordinarios. Aprovechando el desorden, el cambio de poder, los especuladores subirían de inmediato los precios, y los obreros no podrían comprar lo más indispensable. Comenzaban los fríos, y en el distrito de Lesnovski había poca leña, lo mismo que en el resto de la capital. En la Duma de la ciudad se pronunciaban discursos interminables, pero Shréider y su cuadrilla no tenían tiempo de ocuparse de lo más imprescindible.

Por cierto, ¿qué estarían haciendo ahora los de la Duma? ¿Qué otra infamia estarían tramando? Había que enterarse.

Kalinin telefoneó a la audiencia de Shréider y se anunció. El concejal de guardia, miembro de la minoría eserista, le explicó de mal talante que la Duma urbana seguía reunida y había formado un "Comité de Salvación de la Patria y la Revolución".

—¿Contra quién se propone el Comité salvar a la patria y la revolución? —quiso saber Kalinin.

El auricular calló largo rato. Luego el de guardia articuló con gélido tono:

—No estoy dispuesto a entrar en discusiones con quienes no convencen, con quienes usurpan. Como concejal de la Duma, puedo informarle de lo que está sucediendo ahora, y nada más.

"La Duma no irá con nosotros —pensó Kalinin al tiempo que colgaba el auricular—. Sus dos terceras partes son eseristas y mencheviques. Habrá lucha, pero ahora se llevará desde posiciones distintas por completo. Antes peleábamos contra el poder, y ahora hay que implantar y consolidar el nuevo poder. ¡La diferencia es colosal! "

Mijaíl Ivánovich Kalinin se imaginó con claridad a

Lenin* —vehemente, concentrado y enérgico— y se sintió más tranquilo. ¡Cuántas veces pasó apuros el partido, cuántas veces se habían dado situaciones a muchos camaradas que parecían no tener salida, pero Lenin siempre encontró el buen camino!

Kalinin descendió a buen paso la escalera. Esclarecía ya. El frío le ahuyentó el cansancio.

Delante del Smolny había varios tractores que tiraban de piezas de artillería muy grandes. Los motores bramaban a más no poder y soltaban ruidosos estampidos. Los soldados que las servían, con altos gorros de piel y largos capotes, aguardaban junto a la entrada que las piezas fueran colocadas en los sitios designados.

Kalinin no había visto antes cañones parecidos. Pero lo que más le llamó la atención fueron los tractores. ¡Qué potencia! Si se llevara una de esas máquinas con un arado al campo, ¡cuántos labriegos y caballerías se librarían del arduo trabajo. Por más que el tractor no podría pasar por los campos de los aldeanos, le faltaría sitio para dar las vueltas. Para el tractor se requieren campos espaciosos.

— ¡Eres tú, Kalínich? —oyó una voz conocida. Volvió la cabeza. Hacia él se apresuraba un hombre de provecta edad con sombrero negro, gabán y un lazo rojo al pecho—. ¡Que tengas muy buen día, Kalínich!

— ¿Eres tú, Sila Semiónovich?

— ¡Como ves!

Se dieron un abrazo, y Mijaíl Ivánovich sintió que le oprimían los hombros como si le pusieran un cincho. Por tanto, ¡el viejo obrero de la fábrica Putílov seguía tan robusto como siempre!

No estarás de servidor de los cañones, ¿eh, Sila Semiónovich?

He venido al Congreso de los Soviets. Me envía la fábrica. Pero con los cañones va mi hijo, conduce un tractor en el grupo de artillería pesada. Debes acordarte de él.

—Pues claro que me acuerdo. Era un chiquillo muy espabilado, no dejaba, de probar en tu banco, allá en el cobertizo, a hacer cosas. Te proponías hacerlo tornero.

—De tornero trabajaba, sí. Y cuando lo llamaron a

* V. I. Lenin no asistió a la primera sesión del Congreso de los Soviets, pues estaba ocupado en dirigir la insurrección. (*N. de la Edit.)*

filas, fue más lejos. Ha aprendido a conducir un carro blindado y el tractor —en la voz de Sila Semiónovich sonaban notas de orgullo.

— ¿Guarda, por tanto, las reglas de la familia?

— Bien lo sabes, en nuestra familia todos trabajamos el hierro desde siempre...

Kalinin lo sabía. Conoció a Sila Semiónovich Shtyriov en el año mil ochocientos noventa y seis, tan pronto como acudió a la fábrica Putílov. Shtyriov era un hombre de los que no pasan inadvertidos. No parecía muy alto, ni tampoco muy ancho de espaldas, pero tenía una musculatura de acero. Si te estrechaba la mano, ponías el grito en el cielo. Se vestía siempre bien, con pulcritud. Y se comportaba con soltura, sabía lo que valía.

Por entonces, las nueve décimas partes, si no más, de los obreros de la fábrica no hacían más que acostumbrarse a las máquinas, pues habían venido recientemente del campo. Pero Sila Semiónovich era obrero de origen. Sus tatarabuelos habían sido herreros en el siglo XVIII. Los Shtyriov tenían fama de ser buenos artífices. Y se transmitían de generación la maestría, unida al nombre. En la dinastía de herreros Shtyriov no se aceptaban más nombres que los de Sila y Semión.

— Quisiera ver a Semión —dijo Mijaíl Ivánovich, sonriendo.

— Pues no nos olvides, Kalínich, ven a visitarnos. En la fábrica tenemos cosas de que hablar, y en casa eres huésped deseado.

— ¡Gracias, acudiré sin falta!

Kalinin dio en la plaza frontera al Smolny con un coche de punto. Le mandó que lo llevara a la carretera de Vyborg y se acomodó en el rozado asiento. Le había alegrado mucho el encuentro con Sila Semiónovich y lo que le había contado de Semión. ¡Qué buen vástago crecía en aquella familia obrera! Por lo visto, era un mozo firme y listo. Ahora podía ir tranquilo a casa y descansar un rato al menos.

Tras de pagar al cochero, Mijaíl Ivánovich Kalinin llamó a la puerta. Su esposa se le tiró al cuello, riendo y llorando al mismo tiempo:

— ¡Sano y salvo! ¡Al fin! ¡Qué no habré pensado! ¡De noche ha sido mucho el estruendo de los tiros! ¡Temía que te diesen a ti!..

— Pues no me han tocado —rióse él, acariciándole el pelo a ella. Katia había tenido tiempo de peinarse, de

vestirse de fiesta y ponerse las gargantillas que más le gustaban. Hasta llevaba cuello de encaje. Como si no hubiera hecho otra cosa que prepararse para recibir a su marido, como si no hubiese tenido que hacer colas, encender la estufa, lavar, limpiar...

— ¿Y está todo? —interrogó ella, mirándole a los ojos—. ¿Así, de golpe y porrazo?

— Imagínate. En realidad, hemos tomado el poder sin derramar sangre.

— ¿Vienes a casa por mucho tiempo?

— Esta noche se celebrará la segunda sesión del Congreso.*

— ¿Has de ir sin falta? Ahora tendrás menos que hacer...

— ¡Ni mucho menos! —repuso él, recogiéndose las mangas de la camisa—. Me da la sensación de que tengo delante un campo infinito, lleno de maleza y monte bajo. Y pantanoso. Hay que desecar el terreno, descepar los arbustos y desbrozar la maleza...

— Tú no puedes vivir sin eso.

— ¿Sin qué?

— No puedes estarte una hora siquiera sin trabajar —le dijo ella, sonriendo con jovialidad.

* La segunda sesión del Congreso de los Soviets se celebró en la mañana del 8 de noviembre. Lenin pronunció el informe de la Tierra y la Paz. Se formó en ella el Gobierno Obrero y Campesino, denominado Consejo de Comisarios del Pueblo, encabezado por V. I. Lenin.

CAPITULO TERCERO

1

La casa número 33 de la Avenida del Neva es muy vistosa: tiene grandes ventanales y una torre alta, parecida a la de los bomberos, y coronada por una cúpula piramidal. Mijaíl Ivánovich Kalinin conoce muy bien este edificio y lo ha visitado multitud de veces como concejal de la Duma urbana. Ahora va a trasponer por primera vez el umbral como nuevo alcalde de la municipalidad, como cabeza de la ciudad, como "patrón de la capital".

Kalinin se entretuvo en la acera, frotando cerillas para encender el cigarrillo. Manuilski, subcomisario del pueblo de Abastecimiento, que se había ofrecido para ayudarle a tomar posesión del nuevo cargo, sonrió, comprensivo:

— ¿Está preocupado?

— ¿Cómo quiere que no lo esté, Dmitri Zajárovich?

— Usted tiene experiencia, ha trabajado en el municipio de Lesnovski...

— Corta experiencia. Y no hay ni punto de comparación: aquél era un pequeño distrito suburbano, y aquí está todo Petrogrado. Dos millones de habitantes y un mecanismo complicado. Además, no me dejarán trabajar con tranquilidad, me pondrán zancadillas.

— No hay que confiar en que le echen una mano, no.

Permanecieron un rato en la acera, como sacando fuerzas para la pelea. Kalinin repasaba mentalmente los sucesos relacionados con su nuevo nombramiento. Había dicho ya desde el mismo comienzo, desde que estalló la insurrección armada, que la Duma de Petrogrado no apoyaría la revolución. Más aún, la Duma era muy hostil al nuevo poder. Intentó desempeñar el papel del único organismo legítimo que mandaba en la ciudad y entabló relaciones con los diplomáticos extranjeros. El 29 de octubre, cuando en Petrogrado se sublevaron los cadetes, Shréider, el alcalde de la ciudad, declaró que las embajadas reconocían sólo los documentos firmados personalmente por él. Fracasada la revuelta tramó otra aventura y decidió convocar un congreso nacional de representantes de las administraciones urbanas y de los zemstvos y montar una organización que tomara el poder local por doquier. Shréider tenía la obsesión de derrocar los Soviets y ponerse él al frente del Estado.

La Duma urbana de Petrogrado se había convertido en una organización evidentemente contrarrevolucionaria. Y, entregada a la lucha contra los Soviets, tenía abandonada totalmente la labor para la que fuera propiamente constituida. Se desorganizaban los servicios comunales, los tranvías pasaban de tarde en tarde, se cortaba el suministro de agua, pero los concejales no hacían caso, se dedicaban a la alta política.

El 11 de noviembre se reunieron en el Smolny los concejales bolcheviques para examinar la situación. La opinión general era que la Duma se había desenmascarado por completo. No se podía seguir siendo blandos con ella, era hora de adoptar medidas. En eso quedaron. El Consejo de Comisarios del Pueblo promulgó un decreto por el cual la vieja Duma quedaba disuelta y se convocaba nuevas elecciones.

Las elecciones se celebraron al cabo de dos semanas. De los doscientos concejales que obtuvieron la confianza de los habitantes de la ciudad, ciento ochenta y ocho eran bolcheviques. En su primera reunión eligieron el cabildo de la ciudad y a Kalinin, presidente del mismo. Pero Shréider y sus secuaces no admitieron la legitimidad de las nuevas elecciones y siguieron reunidos en el edificio de la Avenida del Neva con la torre como la de los bomberos...

— Ya es hora —le recordó Manuilski.

Kalinin tiró la colilla y se dirigió resuelto a la entrada principal. Entregó el abrigo al guardarropa y se estiró la guerrera. Se peinó hacia atrás y prestó oído al rumor de voces que venían de la sala de sesiones. Entró allí; y se hizo en el acto un profundo silencio. Por aquel silencio y por los hoscos semblantes comprendió que los concejales estaban al cabo de la calle y preparados para enfrentársele. Que fuese así: su aguante no le había dejado nunca en mal lugar.

Manuilski tomó asiento en la sala, y Kalinin subió a la tribuna. Dijo con calma y autoridad:

— He sido elegido en votación general e igual alcalde de Petrogrado; les ruego que depongan sus poderes y abandonen el local.

Kalinin esperaba gritos de indignación, improperios y pataleo. Pero los concurrentes soltaron la carcajada: era

una risa malévola, ultrajante y altiva. Aquello había sido tramado previamente por Shréider con el propósito de desconcertar por la sorpresa. Y surtió efecto.

Kalinin se quedó atónito. Y calló, pues no sabía decir a un auditorio que se desternillaba de risa. Entre las carcajadas se oían exclamaciones:

— ¡Mirad qué alcalde! ¡Mirad!

— ¡De barro!

— ¡Salido de una fábrica!

¡Qué disparate, qué disparate, qué disparate! —perforaba los oídos una voz chillona.

Kalinin escuchaba las burlonas carcajadas, y la cólera se adueñaba de él.

— ¡Señores! ¡Se ríen temprano, señores! Dice el refrán que ríe bien quien ríe el último.

Se volvió de espaldas bruscamente y salió de la sala que, de pronto, quedó sumida en un silencio tan profundo como el que reinaba cuando él entró. Serenándose al punto, los miembros de la Duma cruzaron miradas de perplejidad. ¿Sería posible que hubieran sido ellos los que acababan de desgañitarse y reírse a mandíbula batiente, comportándose como necios adolescentes en lugar de hablar y explicarse las cosas? Miraron de reojo con malquerencia y temor al sonriente Manuilski, pero ninguno se atrevió a ponerlo de patitas en la calle. Era concejal y tenía derecho a estar presente en todas las reuniones.

Entretanto, Kalinin había ido al despacho del presidente de la Duma. Deslizó la mirada por la espaciosa estancia, donde había una larga mesa con unos legajos debajo de un pesado pisapapeles, un cenicero y un candelabro. En derredor de la mesa había sillas muy juntas. De entre ellas destacaba un sillón con alto respaldo.

Kalinin corrió con algún esfuerzo aquel sillón hacia atrás y se quedó pensando: ¿de dónde les vendría a los concejales tal odio al nuevo poder? La mayoría de los que se reían de manera ostentosa en la sala había estado hacía poco (y algunos seguían estando) al servicio de los magnates de las finanzas, al servicio de los grandes comerciantes, y eran defensores voluntarios o involuntarios de los intereses de la burguesía.

Aquellos lacayos rabiaban de impotencia, en tanto que los hombres persuadidos de la razón que les asistía obraban con firmeza, con dureza, pero sin crueldad. Así

obraría él también. Que los concejales volcaran sobre él torrentes de improperios: él haría su labor.

Kalinin descolgó el auricular del teléfono y comunicó con el tenedor principal de libros del municipio:

— Le habla Kalinin, el presidente de la Duma. Tenga la bondad de venir a mi despacho.

— ¿Quién? ¿Quién habla?

— Kalinin, el nuevo presidente de la Duma —le explicó paciente Mijaíl Ivánovich, si bien captó unas notas de ironía en la voz del tenedor de libros.

— Perdone, pero no conozco a tal presidente —dijo el tenedor de libros y colgó el auricular.

"Bueno, comenzaremos por otro extremo." Kalinin llamó al jefe de servicios de la Duma y le ordenó:

— Que se presente ante mí el tenedor principal de libros.

— ¿Y si?... ¿Y si no quiere? —inquirió el jefe de servicios, inclinándose en una media reverencia.

— El tenedor de libros está en funciones y tiene la obligación de presentarse. Si no viene de grado, hágalo por la fuerza.

— ¿Por la fuerza? —interrogó, extrañado, el jefe de servicios.

— Si es necesario, sí. Pero será mejor si lo hace por las buenas.

El jefe de servicios salió del despacho y volvió a los pocos minutos. Articuló, desconcertado:

— El tenedor principal de libros no está. Ha abandonado el servicio. Lo han abandonado muchos más también.

— Comprendo —sonrióse Kalinin con ironía.

Aún no se sabía si para bien o para mal, pero la situación, al menos, se aclaraba. El sabotaje no era un procedimiento nuevo. Lo aplicaban por aquellos días los empleados de muchas instituciones. Kalinin estaba preparado para esa emergencia y había pensado con antelación algunas contramedidas.

En la estancia entró Shréider, pisando fuerte con toda intención.

— Confío en que usted se ha apoderado únicamente de mi despacho, pero no de mis objetos personales, ¿eh?

— Cuanto antes se lleve de aquí su gabán y sus chanclos, tanto mejor será.

— Agradecido. Pero tengo aquí también mis papeles.

— Lléveselos.

Shréider se puso a remover los cajones de la mesa, resoplando enojado. Metió papeles en su cartera. Luego descolgó el abrigo de la percha que había en un rincón del despacho y miró a Kalinin, como si lo midiera:

— El sillón es algo grande para usted.

— No le hace —lo consoló Kalinin—. Me agrada que las cosas me estén holgadas.

Shréider se retiró sin despedirse. La "conmovedora solicitud" del eserista puso a Kalinin de buen humor. Kalinin se irguió y apartó de la mesa. En el sillón cabían, efectivamente, dos como él. Dio unos pasos por la blanda alfombra y propuso al jefe de servicios:

— Vamos a recorrer el edificio.

Los pasillos y las habitaciones de todos los pisos estaban vacíos: diríase que el viento se había llevado a los funcionarios. Adondequiera que se mirase, papeles esparcidos en desorden por todas partes, puertas de armarios abiertas de par en par y sillas volcadas. Los "expedientes" estaban sueltos; y los documentos, tirados por el suelo.

— ¿Hasta que día se ha pagado el sueldo a los empleados?

— Dos meses por adelantado —dijo el jefe de servicios—. Se dio esa indicación.

— ¿Creen, por tanto, que la República Soviética no se sostendrá más de dos meses, que podrán esperar en casa? ¿O es que había poco dinero en las arcas municipales?

— Eso no es de mi incumbencia —repuso precipitado el jefe de servicios, como si se desentendiera de los actos de la superioridad. Los que están a mi cargo, trabajan todos: fogoneros, guardianes, ordenanzas, barrenderos y mujeres de la limpieza. Los empleados que viven en el edificio están aquí también.

— Llámelos en nombre mío a una reunión.

— ¿A los empleados?

— A todos.

— ¿Qué? ¿A los barrenderos también?

— Entre los barrenderos habrán también quienes sepan leer y escribir.

— Eso sí que saben.

— Y no está mal —repuso distraído Kalinin, pensando en sus cosas.

Los empleados subalternos, los de grados inferiores, claro que conocían la tramitación de expedientes tan bien como sus colegas de los grados superiores. O tal vez

mejor, ya que tenían que ver directamente todos los pepeles. Debía explicarles adónde conduciría el sabotaje y el daño que causaba a los habitantes de Petrogrado. Y decirlo para que los ciudadanos conscientes tomaran sin dilación en sus manos las riendas de la administración.

2

Shréider y sus cómplices se aferraban al poder. El 2 de diciembre se reunieron como si tal cosa en el edificio de la Duma y dieron apertura a la asamblea de turno. Y en el mismo instante, como obedeciendo a una señal, abandonaron el trabajo el personal administrativo y los dirigentes técnicos de los parques de tranvías, de la fábrica de gas, de las centrales eléctricas y del suministro de agua. Se fueron muchas telefonistas.

Las noticias que llegaban al nuevo alcalde eran a cual peor. Tan pronto le decían por teléfono algo desagradable como acudían emisarios de las fábricas:

— Los hornos del basurero de la ciudad han dejado de quemar basura.

— Están parados las tres cuartas partes de los tranvías.

— En los invernaderos no hay personal, se van a perder las flores y las plantas raras.

— A los asilos y hospicios no se han llevado comestibles.

— El Monte de Piedad ha cerrado.

Los reveses se iban acumulando y era difícil caer en la cuenta de qué era más importante, qué debía subsanarse en primer término.

Bien rasurado y peinado, la guerrera planchada y lustrosas las botas, Kalinin anotaba con afilado lápiz los comunicados, formando una columna y dejando sitio a la derecha para observaciones.

Los funcionarios que entraban en el despacho miraban compasivos al alcalde. Asomaban también la cabeza, disimulando las sonrisas burlonas, los concejales. El propio Shréider entró un instante con pretexto de llevarse algo. Revolvió un cajón y se metió un papel en el bolsillo. Quería regocijarse con el desconcierto del nuevo alcalde, pero de desconcierto no se veía ni sombra. Kalinin los recibía a todos con amabilidad, incluso con una sonrisa, retorciendo las guías de los bigotes.

Claro es que las cosas se habían puesto mal en la

ciudad, pero no tanto, ni la situación era tan calamitosa como hubieran deseado los miembros de la Duma. Lo principal era que incluso aquel día, el primero del sabotaje organizado, ninguna de las grandes empresas municipales, ningún negociado del municipio había dejado de funcionar totalmente. Aunque fuese con la mitad del personal, con la cuarta parte quizá, pero seguían funcionando. En las cocheras de tranvías habían asumido la dirección los comités de los sindicatos, en los que tenían peso decisivo los bolcheviques. Pasado el mediodía, a las líneas de tranvías salieron ya decenas de unidades. A ayudar al suministro de agua fueron los obreros que habían sido elegidos concejales de la nueva Duma. Los puestos de las telefonistas los ocuparon soldados revolucionarios de comunicaciones.

Eran, por supuesto, medidas provisionales. Había que montar lo antes posible el nuevo mecanismo de la administración urbana. El personal del municipio ascendía a unos mil individuos. Y de contar todas las oficinas, comisiones y despachos especiales subordinados al alcalde, el número de empleados ascendería casi a dos mil. ¿No se podrían arreglar con menos gente?

Mijaíl Ivánovich Kalinin precisó el número de empleados que había acudido aquel día al trabajo. Resultó que serían unos cien de la categoría inferior y diez del escalafón medio y superior. Eran gente segura y se les podía confiar puestos de dirección. Los que no se hubieran presentado serían despedidos. Si algún otro cambiaba de parecer y volvía, sería readmitido con una condición obligatoria: debía dar firme promesa de trabajar a conciencia.

Sonaron unos golpes en la puerta, y Mijaíl Ivánovich Kalinin vio en el umbral a Iván Evséievich Evséiev. Se alegró de verlo como si fuera un pariente. El mesurado Evséiev parecía irradiar apacible seguridad. Después del frío de la calle, sentía calor en la caldeada estancia, y en la enrojecida cara se le notaban más las picaduras de la viruela. Por debajo del cuello desabrochado del chaquetón de cuero asomaba un grueso jersey de lana.

—Perdóneme, Mijaíl Ivánovich: recibí, sin duda, la orden a tiempo, pero he tardado mucho en llegar. Los tranvías no van. Se dice que el nuevo alcalde no puede poner orden en la ciudad.

— ¿Quién lo dice? —inquirió Kalinin, entornando los ojos.

— Unos tipos desconocidos, a grito pelado. A algunos les hemos hecho callar por el camino. Pero por nuestra línea no circulan tranvías.

— Circularán, Evséich. Me ayudaréis tú y otros camaradas, ¿no te parece? ¿Cuántos hombres traes?

— Diez de la Guardia Roja y diez marinos.

— Divídelos en grupos de tres o cuatro, pídele direcciones al secretario y encaminaos a sus domicilios. Son oficiales de talleres municipales, tenedores de libros, cajeros y almacenistas. No sólo han abandonado el trabajo, sino que se han llevado las nóminas, los libros de los asientos y las llaves de las cajas, de los depósitos y de los almacenes. Ellos que hagan lo que quieran, pero las llaves y los documentos deben estar en nuestras manos. Por el momento serán almacenistas y cajeros los guardias rojos.

— Entiendo. Por ahora le dejaré a la gente de las fábricas a su disposición. Y actuaré con los marinos.

— Tendrás que hacer un buen trabajo, Evséich. Shréider sigue celebrando reuniones, ocupa la sala. Siembra la incertidumbre entre la gente, dando la impresión de que existen dos Dumas, dos poderes en la ciudad. Mañana ven más temprano y pon a marinos de centinela delante de las puertas. Para que no entre nadie en la sala de sesiones.

— Lo cumpliremos, sin duda —aseguró Iván Evséivich y, comprendiendo que la conversación oficial había terminado, articuló, esbozando una sonrisa—: A propósito, en la antesala hay una mujer. Conocida. No ha querido entrar antes que yo.

Mijaíl Ivánovich abrió la puerta de par en par.

— ¿Katia? ¿Alexéieva? ¡Buenas tardes!

— ¡Hasta mañana! —despidióse Evséiev, saliendo al pasillo con la sonrisa aún en los labios.

—Me hice el ánimo de venir a visitarlo —dijo Katia, desliándose la toca y sin quitar ojo de Kalinin—. ¡A lo que ha llegado, Mijaíl Ivánovich! ¡El que manda en toda la ciudad! ¡Ya tendrá que bregar aquí!

— Si la carga se lleva a gusto no se nota. Tampoco tú tendrás tiempo de dar un respiro, ¿eh?

—Pues sí, Mijaíl Ivánovich, ¡me toca lo mío! También nos han salido de esos... saboteadores. Hacemos la faena de dos y de tres. Pero en nuestro barrio de Lesnovski van mejor las cosas que en otros, hay más personas conscientes. ¿Se acuerda usted del agrimensor? Aquel

larguirucho y flaco que hacía unos ademanes como si sus brazos fueran las aspas de un molino.

— Dejamos sin poder resolver el problema de los límites del distrito. Ahora, por cierto, es más fácil, dile que se pase a verme.

— Era un regañón, siempre estaba descontento, siempre andaba con prisas, un asunto le ardía, otro le echaba llamas, no había ningún jefe que valiera nada, ¡lo único que se podía hacer era dejar el trabajo! De un hombre como él ahora sólo se podría esperar que escurriera el bulto y se quedara en casa, pero él se pasa el día en el municipio, desde buena mañana hasta que se hace de noche.

— Gente como él es la que necesitamos —alegróse Kalinin—. Que venga aquí sin falta, ¿me oyes, Katia? Es posible que le encarguemos que se cuide de los huertos...

— De qué huertos se puede hablar ahora, Mijaíl Ivánovich, si hay unas heladas...

— Es el mejor tiempo para preparar el carro cara al verano. Katia, tenemos el hambre a la puerta. Llevamos la cuenta del trigo, de cada arroba de trigo. Tanto en la ciudad como en toda la comarca. Las sémolas se están acabando. La provincia dará algo, el invierno lo pasaremos. Pero es que son malas también las esperanzas en el año que viene. Por eso quiero dedicar a huertos las tierras libres que hay alrededor de la ciudad. Cultivaremos nuestras propias patatas, cebollas y zanahorias. Pero hay que estudiarlo con entendidos.

— Las zanahorias son muy buenas para los niños —dijo Katia, exhalando un suspiro—. Y ya hemos olvidado qué sabor tienen.

Sonó el teléfono. Kalinin cogió el aparato y escuchó en silencio. Katia comprendió, por la cara que puso Kalinin, que la noticia que le daban le sentaba muy mal. Se pasó el reverso de la mano por la frente, como enjugándose el sudor, y colgó el teléfono sin mirarlo.

— ¡Qué mal! ...

— ¿Pues qué ha sucedido?

— Que el personal médico de los hospitales y establecimientos sanitarios se ha declarado en huelga en señal de solidaridad con los empleados de la Duma de la ciudad. Y los maestros también...

— ¿Será posible que dejen desatendidos a los enfermos?

— Allí actúan a sus anchas los propagandistas de Shréider, y nosotros lo hemos perdido de vista... Los eseristas y los mencheviques nos presentan como a malhechores y usurpadores... Hay que ir —dijo, poniéndose en pie—. Les suplicaré que se reintegren al trabajo.

— Da vergüenza suplicar, Mijaíl Ivánovich.

— ¿Vergüenza? —exclamó, volviéndose hacia ella—. ¿Suplicar por la gente, por los enfermos? Lo que da vergüenza es no haberse preocupado de ellos a tiempo. Y no voy a suplicar a los enemigos, sino a los médicos y a los maestros, y a preguntarles qué pueden tener contra nosotros, contra el pueblo. ¡Pues nada! Ellos mismos viven para la gente, sirven a la gente. Los han desorientado los oradores de Shréider. Hay que convencerlos —Mijaíl Ivánovich descolgó el abrigo—. Y otra cosa más, Katia. Podemos sustituir a los empleados de la administración con gente firme nuestra, con obreros, estudiantes y soldados. Ascenderemos a los empleados subalternos. Mal que bien, llevarán la administración adelante. Incluso al personal técnico y a los ingenieros podemos sustituir, en parte al menos. Habrá maestros de oficios con experiencia. Pero no tenemos a nadie con quien sustituir a los médicos, de los cuales depende lo principal, la vida del hombre. No vas a poner a la mesa de operaciones a un tornero de cualificación superior ni a un intrépido marino. Tampoco tenemos sustitutos de los maestros. De ellos depende cómo serán nuestros hijos, qué futuro nos espera. Por eso no estimo que sea una humillación suplicarles y pedirles que se queden en sus sitios, que ejerzan sus funciones. La clase obrera y los campesinos no se quedarán en deuda, reintegrarán a la intelectualidad todos sus esfuerzos, por completo... ¿Hablo con fuerza de convicción?

— Para mí, sí; pero para ellos, no lo sé —profirió Katia, apretando los labios—. Es que ellos saben mucho.

— Tanto mejor. La gente que sabe entiende antes.

3

A la mañana siguiente Mijaíl Ivánovich Kalinin se entretuvo en el Smolny dando parte de la situación reinante en la ciudad. No llegó a la Duma hasta mediodía. Delante de la entrada principal lo aguardaba Evséiev, yendo y viniendo. Se veía que estaba mucho tiempo yendo y viniendo, pues llevaba en los hombros una gruesa

capa de nieve. En la cara tenía pintados el enojo y el desconcierto.

—Me han salido mal las cosas, Mijaíl Ivánovich. Shréider está reunido otra vez con sus concejales.

—¿Cómo es eso? ¿Se os han adelantado?

—No, nosotros vinimos antes, pero me la han dado con queso. Yo había puesto a marinos de centinela delante de las puertas cerradas y les di órdenes estrictas. Pero Shréider y los suyos se colaron por la salida de emergencia. Yo ni lo sabía. Cuando me di cuenta ya era tarde, los concejales estaban en la sala.

—¡Vaya, hombre! —exclamó Kalinin, meneando la cabeza y riendo—. Pero si tú eres un conspirador de experiencia, uno de los que ha operado en la clandestinidad.

La experiencia que yo tengo es de otro tipo. Antes éramos nosotros los que nos escondíamos, y ahora se esconden ellos de nosotros.

—Se han vuelto las tornas, y no se da uno cuenta en seguida —convino, alegre, Kalinin—. ¡Bueno, Evséich, el mal no es tan grande! Que entren tus marinos en la sala y expliquen a esos concejales que se les ha acabado el tiempo, que no tienen ninguna autoridad. Que se lo expliquen con firmeza, pero sin grosería.

Mijaíl Ivánovich Kalinin subió al primer piso. A su encuentro venía un marino algo presumidillo con una brazada de leña de abedul. Le dejo caer con estrépito al suelo junto a la estufa y dio un taconazo a un leño.

—¿Por qué está disgustado y da puntapiés a los leños? —le interrogó Kalinin.

—¡Camarada Kalinin! —el marino se cuadró y recorrió con los dedos los botones del tabardo, como si fueran los de un acordeón, abrochándoselos—. ¡No le dejan a uno respirar, camarada Kalinin! Yo no he escatimado la vida, ¡y él me manda que encienda las estufas! Anda, me dice, tal y cual, cumple la orden. ¡Y manda por leña a un proletario del mar!

—¿Quién lo agravia así? ¿Y por qué?

—Es que le he pegado con la culata a un contrarrevolucionario. ¡A un perro cebado de exposición! De un sopapo que le hubiera soltado... nada, una piedra al cuello y por la borda. Pero el comisario lo defiende...

—¿Evséiev?

—El mismo. Va por ahí dándole a la lengua y atando corto a los marinos. ¡Y de un golpe de hélice que se

diera, toda esta Duma se iría pronto a los infiernos quilla arriba! Si se nos da permiso, haremos que se tiren por las ventanas.

—No se lo daremos, camarada marino. Los obreros y los campesinos no han tomado el poder para promover desórdenes. El comisario ha hecho bien en retirarlo a usted de la guardia. En cuanto a lo de la leña, no sé. Tenemos fogonero.

—No hay ningún fogonero, lo han hecho jefe. Lee papeles, sentado a una mesa. Y un marino del Báltico ha de andar con la leña...

—¿Acaso es un trabajo que denigre? Es para que la gente no tenga frío. Déjame que le ayude, encenderé yo la estufa.

En los ojos chispeantes del marino hubo un destello de curiosidad:

—¿No le dará reparo?

—¿Por qué me ha de dar reparo hacer una buena acción? En lo que llevo de vida, he encendido tantas estufas que he perdido la cuenta. Sobre todo cuando estuve deportado en el Norte.

—No se preocupe, lo sabré hacer sin ayuda —replicó el marino, desviando la vista y bajando la cabeza—. Usted está ocupado, y además ese... me soltará una reprimenda si lo ve.

—Resulta que eres de los que tienen remordimientos —apuntó Kalinin con una sonrisa de ironía.

El marino prendió una corteza de abedul y la metió en la estufa. Aguardó que se encendiera la leña y echó un salivazo al fuego, mentando otra vez con un improperio al comisario.

En esos momentos, Iván Evséievich estaba junto a la tribuna, sujetando en la mano izquierda la sempiterna gorra del botón, y hablaba al auditorio:

—Sus debates, sin duda alguna, no les hacen falta a nadie, porque ustedes aquí no representan ya a nadie. Excepto a ustedes mismos. Para suerte de ustedes, el alcalde de la ciudad, camarada Kalinin, es una persona muy amable, porque si no, los marinos pondrían orden en un santiamén... No, no —denegó con la gorra, al oír voces de indignación—. Lo hacemos sin brutalidad. Tienen las puertas abiertas. Quien se quiera marchar de aquí, con mil amores. ¡Pero la sala no la pisa nadie! Más valdrá que no nos hagan perder el tiempo y se encaminen derechitos a casita. De todas las maneras, antes de que se haga de

noche, aquí no quedará nadie, sin duda alguna. Les aconsejo que se den prisa y se vayan a pasar el tiempo en compañía de los suyos, en su hogar.

Evséiev descendió del tablado y caminó por la alfombra del pasillo, con crujido de botas. El marino que montaba guardia justo a la puerta dio un golpe con la culata en el suelo.

Shréider se estremeció, hundió la cabeza entre los hombros y se dirigió hacia la salida.

4

Uno de los ayudantes de Kalinin, concejal del nuevo municipio, obrero hasta hacía poco, entró jadeante en el despacho del alcalde de la ciudad:

— ¡Un motín, Mijaíl Ivánovich! ¡Las mujeres se han sublevado contra el poder y quieren venir aquí a romper los cristales!

Kalinin se puso en pie a salió de detrás de la mesa.

— No se excite así, hombre. ¿Dónde están las mujeres alborotando? ¿En el callejón de Minsk?

— Se habrán reunido unas tres mil, y con ellas hay soldados enfermos o mutilados. Y contrarrevolucionarios de toda calaña. Reclaman subsidios. ¿Y qué podemos hacer nosotros? ¿A quién dar? ¿Y cuánto? ¡No hay ni documentos ni cajeros, ni tampoco quien cuente!

— Aun con todo, no hay por qué romper los cristales —apuntó Kalinin—. Eso no abre ninguna salida a la situación...

— Se lo he explicado todo a ellas, Mijaíl Ivánovich. Llevamos ya dos días de mítines. Y los oradores vociferan lo suyo: ¡que les den subsidios, y a otra cosa!

— Tienen razón.

— Comprendo que la tienen, pero ¿qué hacer?

Kalinin estaba bien enterado de la situación que había en el callejón de Minsk, donde se encontraba la Oficina Pública Especial de Asistencia a los soldados enfermos y mutilados y a las familias de los reservistas. Allí era donde los saboteadores habían causado el mal más sensible. Antes de abandonar el trabajo, los empleados habían roto, esparcido y mezclado los documentos más indispensables, las listas y los libros de cuentas, por los que se entregaban subsidios en metálico a centenares de miles de soldados y habitantes de la ciudad. Todo el local de la Oficina Pública Especial de Asistencia estaba llena de

caóticos amontonamientos de papeles, en los que los empleados mismos no lograrían entenderse ni en medio mes. Y para la gente que no estaba al tanto del asunto, aquello era, en general, una selva inextricable. Pero los inválidos y las mujeres de los soldados exigían lo que les correspondía.

Kalinin fue con varios marinos al callejón de Minsk. Allí se habían reunido mujeres mal vestidas, pálidas, de rostro enfermizo. Soldados con muletas, algunos llevaban los brazos en cabestrillo. Los soldados se mantenían más tranquilos, escuchaban a los oradores; pero las mujeres, sobre todo las que tenían hijos pequeños, chillaban a cual más, amenazaban y se abrían paso hacia la entrada.

Un hombre avispado de unos treinta y cinco años que llevaba capote nuevo de soldado y gorra negra con gran visera de charol subió a los escalones del portalillo, como si éste fuera una tribuna.

— Ciudadanos y ciudadanas libres —empezó a decir—: ¡No hay ninguna ley que nos condene a morir por falta de dinero! ¡Si el dinero es nuestro, que nos lo den y no nos tienten! ¡De lo contrario, nos lo cobraremos nosotros mismos! ¿Qué necesidad tenemos de ir al municipio? En el municipio no hay ni dinero ni pan. ¡Vamos derechos a los almacenes, allí hay comestibles para hartarse, basta para todos!

El orador, con rápido movimiento habitual, tiró de la visera y se encasquetó bien la gorra. El ademán le pareció conocido a Kalinin. La voz también. La había oído muchas veces hacía tiempo y, a juzgar por todo, en circunstancias nada divertidas: la voz aquella le despertaba una sensación desagradable, deprimente.

— Nada nos detendrá, ciudadanos y ciudadanas —gritaba el orador—. El poder del pueblo no va a disparar contra el pueblo. ¡Menos hablar y en marcha a los almacenes! Yo mismo...

No le dio tiempo a acabar la frase, desapareció al punto, y en su lugar se alzó la corpulenta figura de Grigori Oréjov.

— ¡Sois unos papanatas! —exclamó con voz de bajo el marino—. Escucháis a granujas que os llaman a robar, ¡y os quedáis con la boca abierta! ¡Yo sí que le voy a enseñar el almacén! —lo amenazó Oréjov con el fusil, que pareció de juguete en su mano—. ¡Se le van a quitar las ganas!

— ¡Y bien verdad que se le van a quitar las ganas!

—corroboró otra voz—. Enséñale ahora una rosquilleta ¡y renuncia! Por la muchedumbre corrió un alegre rumor que se apagó en seguida entre los clamores de indignación.

— ¡Venga el dinero!

— ¡Nuestros hijos lloran!

Oréjov se enderezó el gorro marinero.

— ¡Camaradas mujeres, tendréis el subsidio! Pero no me lo voy a sacar del bolsillo... Ahora lo aclarará la autoridad.

Kalinin no oyó qué más dijo el orador. Había entrado ya en el local. Al tiempo que examinaba rápidamente una habitación tras otra, fue instruyendo a su ayudante:

— Celebre reuniones: con las mujeres, y con los soldados aparte. Unas y otros deben elegir veinte representantes de cada grupo. Que sepan leer y escribir. Comunique a la gente que el alcalde de la ciudad hará ahora mismo oficinistas a esos elegidos. Y empezarán a trabajar en el acto. En lugar de la Oficina Pública Especial fundamos la Sección Socioeconómica que pondrá en orden los papeles y hará listas nuevas de los necesitados. Hay que empezar a pagar los subsidios dentro de pocos días.

— No nos dará tiempo, Mijaíl Ivánovich.

— Pues hay que apretar. Pondremos a más gente. Los responsables de los pagos serán los concejales de la Duma. Y los cajeros también. Exigiremos que de los distritos nos envíen a camaradas con experiencia. Mañana vendrá a verme un agrimensor, persona honrada que pone el alma en lo que hace. Lo utilizaremos. Buscad vosotros mismos a gente como él. Ahora, a celebrar reuniones, y que comiencen a trabajar en seguida cuarenta personas...

Cuando salió a la calle, Kalinin buscó con la mirada al orador de la gorra de visera grande. No estaba. Luego, mientras iba en el coche de regreso a la Duma y ya en su despacho, intentó recordar varias veces más dónde había visto a aquel hombre. Pero no lo conseguía. Hasta se puso de mal humor. O tal vez se hubiese cansado simplemente y resfriado. Habría de volver a casa más temprano, tomar té con dulce de frambuesas y dormir algo al menos.

Cuando fue a sentarse en el sillón, poco le faltó para lanzar un ¡ay! del ramalazo que sintió en la cintura. Y de golpe le vino a la memoria, como iluminada por un fogonazo, una fisonomía: la de un hombre joven, un tanto insolente y pagado de sí mismo, con un desagradable rictus que le descubría una robusta dentadura, la espantosa fisonomía de una persona cegada por la cólera...

Sí, era espantoso en realidad. Se había empezado a torturar a los presos por la tarde. Los gritos de los apaleados se oían a través de las macizas paredes de ladrillo. En todas las celdas se hizo un silencio sepulcral. Luego la cárcel se llenó de estruendo. Los presos aporreaban las puertas con puños y taburetes, con lo que tenían a mano.

Enfurecidos y ebrios, los carceleros irrumpían en las celdas de los presos políticos, los derribaban y los pisoteaban. Empezó por el cuarto piso. Muchos camaradas fallecieron después a causa de los golpes recibidos. Kalinin se encontraba en la planta baja y, como se supo después, fue el cuarenta y uno de la cuenta. Los sicarios ya estaban cansados. Ocho carceleros y el jefe de la cárcel le dieron una tunda de patadas, jadeando. El que más empeño puso fue el de la gorra encasquetada hasta los ojos. Daba las patadas mirando adónde, atinando con el tacón herrado en la boca del estómago y repetía, como si tuviese ronquera: " ¡Toma otra! ¡Otra más! "

Kalinin intentó forcejear, pero no tardó en perder el conocimiento. Y cuando lo recobró, llevaba puesta una camisa de fuerza. Tenía una sed inmensa, pero no le dieron agua en mucho tiempo, hasta llegado el mediodía. No había quien se la trajese. Los carceleros descansaban.

Kalinin no pudo levantarse en una semana. Tenía todo el cuerpo amoratado. Pero la juventud y el fuerte organismo le ayudaron a reponerse.

Kalinin exhaló un suspiro: aquél era uno de los recuerdos más tenebrosos de su vida. ¡Cómo no había reconocido en seguida al provocador de hoy! En la cárcel todos conocían su ademán característico: bajarse de un tirón la visera hasta los ojos.

Cuando Iván Evséiev entró en el despacho, Kalinin le interrogó:

— Tú estuviste también encerrado en *Las Cruces**, ¿verdad?

— Sí. Dos veces.

— Allí había un carcelero joven que se encasquetaba la gorra así...

* *Las Cruces:* cárcel de San Petersburgo que, después de la revolución de 1905-1907, lo fue principalmente de presos políticos. *(N. de la Edit.)*

— Chikin, ¿no?

— ¡El mismo! —exclamó Kalinin— ¡Chikin! ¡Ese canalla ponía en juego los puños más a menudo que otros!

— Nuestros compañeros de acción hasta llegaron a ponerse de acuerdo para liquidarlo. Pero no les salió, el muy granuja se esfumó. Creo que lo trasladaron a la policía secreta.

— Hoy estaba en el callejón de Minsk, incitando a la gente a saquear los almacenes.

— ¡Vaya! ¡El carcelero sin trabajo quiere subsidio!

— Me imagino que no andará necesitado. La gente como él siempre encontrará amo. Ve mañana tú al callejón de Minsk, a lo mejor vuelve a aparecer.

5

Leonid Chikin prefería ir a tiro hecho. No resultó lo del saqueo de los almacenes, ¡pues al cuerno! La cosa era segura, él había preparado ya a los individuos que responderían y a dos arrieros con sus carros. Se habrían cargado de comestibles y otros artículos. Pero la cosa se había desbaratado, y ahora no tenía por qué asomar las narices por el mismo sitio, entre el mismo gentío.

Chikin no había visto a ningún jefe importante en el callejón de Minsk, junto a la casa número dos; pero sintió en seguida la mano firme de alguien. Las reuniones, las elecciones de oficinistas y un marino de centinela a la puerta: no era ya el momento de enturbiar el agua, debía ahuecar el ala antes de que reparasen en él.

Las nuevas autoridades cobraban visiblemente fuerza, y a Chikin le costaba cada día más conseguir medios para la alegre vida a la que se había acostumbrado el último año. Antes, cuando era agente de policía, iba de tasca en tasca y de hotel en hotel; le daban envidia los de la cartera repleta. A uno de éstos, borracho como una cuba, lo arrinconó en un retrete, le quitó la cartera y se escapó. Despertó sospechas y fue destituido. Pero en eso comenzó la revolución de febrero y se derrocó al zar: no se andaban con chiquitas. Además, el pueblo asaltó el local de la policía secreta, y los agentes huyeron tras quemar los papeles. No quedaron rastros de él. Ahora tenía completa libertad y eligió la ocupación que más le gustaba. Le quedaron amigotes en las tabernas, garitos y

restaurantes, tenía con quién tramar las operaciones. Y comoquiera que la situación exigía de cada ciudadano que se definiera por qué partido optar, Chiquin proclamó sus convicciones anarquistas. No admitía autoridad alguna, tenía fe sólo en sus puños y en sus mañas.

Ahora que los bolcheviques habían comenzado a poner orden en la ciudad, había que "camuflarse" lo mejor posible. A los que se tenía en Petrogrado por más revolucionarios y valientes era a los marinos. Por eso Chikin buscaba un "compadre" de pantalones abocinados. Encontró al marino que le convenía en la tasca de un viejo, evadido con su esposa y su hija Zoya de Varsovia, ciudad en manos de los alemanes. Chikin se fijó primero en Zoya y apreció todas sus virtudes. Pero en cuanto empezó a cortejarla un marino con patillas largas, se replegó presto. El marino necesitaba mucho dinero; Chikin le prestaba de buen grado, haciendo planes para el futuro. Kolia el Tramoya le convenía para el "trabajo". No temía el riesgo, era atrevido como el que más y tenía la lengua bien puesta. Conocía la ciudad. Y por la manera de ser, parecía congeniar.

En la entrada de la tasca lucía macilento un farol. Chikin abrió de golpe la puerta y le dio en la nariz un olor a cebolla frita. En un localejo semicircular habría unas diez personas. Discutían dos borrachos. Sin prestarles atención, Leonid traspuso la barra para entrar en las "habitaciones limpias".

Claro que allí estaba el marino Kolia, jugando a la baraja con la anciana, y Zoya ponía la mesa. Era tan guapa la endemoniada moza que Chikin olvidó un instante lo que le traía, mirándola embelesado. Pero se dominó y profirió severo:

— ¡Paz a la gente honrada! Zoya, ve con tu madre cinco minutos y ayuda a tu padre a echar a la calle a los borrachos.

Las mujeres sabían que cuando Leonid hablaba en aquel tono, valía más no replicar.

Chikin se sentó enfrente del marino. Lo miró fijo a los ojos.

— Ya es hora de que me pagues la deuda.

— No tengo dinero.

— Te lo ganarás trabajando.

— ¿De qué manera? —se puso en guardia el marino—. Hacer leña no es cosa nuestra. Ni tengo tiempo: estoy

cuidando de esta muchachita —dijo, asiendo de manera demostrativa la carabina arrimada al armario.

— Pues la necesitarás. A medianoche iremos a hacer un registro a un burgués. Te quedarás de guardia a la puerta. Y llevarás brazalete rojo, ¿entendido?

— ¿Cuanto pagas?

— Si sale bien, te perdono la mitad de la deuda.

— Y en mano, para bebida.

— Ya veremos.

Cenaron los cuatro juntos, sin prisas y hablando casi como en familia. La madre de Zoya se quejaba con voz rechinante de que los especuladores escondían los productos alimenticios hasta la primavera, cuando el hambre fuera mayor y la gente pagara oro por el mijo para gachas. A pipita por granito. Y su marido había sido y seguía siendo un tonto porque gastaba las reservas y daba de comer en su taberna pestilente a cualquier borracho.

Leonid se reía, pues conocía los ingresos de aquella familieja.

A eso de las diez se paró delante de la casa un coche con ruedas neumáticas y capota. Chikin comprobó minuciosamente el viejo revólver sistema "Smith y Wesson", con los que se armaba durante el zarismo a los carceleros, y se lo metió en el seno. Miró con escepticismo a Kolia, que se estaba poniendo la marinera, le aconsejó que se vistiera un jersey y, en vez de zapatos, las botas altas y peales. Se pusieron en marcha sin disimulo... Junto a la estación de Moscú salieron de un patio dos individuos y montaron sobre la marcha en el coche, con Chikin. Kolia el Tramoya se quedó en el pescante con el cochero. Se encogía, apretando la fría carabina.

El viento arrastraba a lo largo de la calle una nieve menuda y seca. No se veía a nadie ni se oía ruido alguno. Todas las ventanas estaban a oscuras. Un solo transeúnte cruzó corriendo la calle y se metió por un arco.

A la medianoche en punto se detuvo el coche en un callejón, delante de una casa de tres pisos con balcones. A la puerta había dos leones de piedra. Chikin carraspeó con fuerza y lanzó el gargajo en las fauces de uno. Oprimió el botón blanco del timbre. Lo tuvo oprimido largo rato hasta que se vio luz en la oscura profundidad de la celosía encristalada. Acudió el portero y abrió la mirilla.

— Un registro —pronunció Kolia con voz apagada.

— Espere, ahora preguntaré —repuso, asustado, el portero.

— ¡Prueba a preguntar! —exclamó furioso Kolia—. ¿No ves que soy un marino? Abre mientras estás vivo, ¡o te pego un tiro por la puerta!

Sonaron los cerrojos. Chikin empujó la puerta y subió corriendo con los dos ayudantes por la ancha escalera. El cochero seguía impasible en el pescante. Kolia el Tramoya se quedó delante de la puerta con el portero, al que le castañeteaban los dientes de miedo. Escuchaba: ¿qué pasaría arriba? Le pareció oír un grito de mujer.

— Dame de fumar —ordenó Kolia al portero. Este sacó del bolsillo una pitillera, pero, temblorosas las manos, no podía abrirla de ninguna manera. Kolia sacó él mismo el cigarrillo, dio unas vueltas a la pitillera para examinarla y se la metió en el bolsillo.

Se sintió contento. Qué sencillo resultaba: llegar y adueñarse de las cosas. Tenía cabeza aquel Chikin, no aguardaba que el dinero lloviera del cielo.

Al darle fuego el portero, Kolia vio el relumbrón de una sortija en un dedo. ¡De oro! Titubeó. ¿Se lo quitaba o no? Por una parte, le parecía violento, pues se lo habían puesto en la iglesia, cuando se casó. Estaba protegido por una oración. Y por otra, Zoya se pondría muy contenta.

— Quítatelo —le ordenó con energía.

El portero se hizo el remolón. O no lo comprendió o le daba mucha pena desprenderse de él. Montando en cólera, Kolia asió por sí mismo el anillo y tiró con tanta fuerza que el portero gritó.

— ¡No rechistes! —lo amenazó Kolia. Y miró de reojo al cochero por si este lo había visto, no fuera que hubiese de contarse el anillo también a la hora del reparto del botín.

No tardaron de bajar por la escalera Chikin y sus ayudantes, cargados de bultos y maletas. Metieron con celeridad los bártulos en el coche y montaron. Kolia volvió a tomar asiento en el pescante.

— ¡Arreando! —mandó Chikin.

— No se puede arrear mucho con el hielo que hay en la calle —habló por primera vez el cochero, pero dio un latigazo al caballo, y éste emprendió un trote largo.

De debajo de la capota negra salían breves frases:

— ¿A la mujer con una almohada?

— ¡Se habrá asfixiado!

— ¡Llevaba las bragas de color rosa!

Leonid sacó la cabeza para decir a Kolia el Tramoya:

— Marino, esta noche hemos operado con calma.

Nosotros nos llevaremos las cosas más lejos, y a ti te dejaremos junto a la estación. ¿Llegarás a pie?

— ¡Afloja la mosca!

Chikin rebuscó en los bolsillos y le entregó un puñado de billetes arrugados.

— ¡Es poco! —clamó, insolente, Kolia.

— ¡Tienes bastante! ¡Andando! —dijo Chikin, dando un empujoncito al marino.

El coche se desvaneció rápidamente en la niebla, perdiéndose el chacoloteo de las herraduras. Kolia el Tramoya se sintió dueño y señor en la calle nocturna. ¿Quién iba a tocar a un marino armado? Lo conocía allí todo desde la infancia. A la derecha, a la vuelta de la esquina, había una casa sombría con el enlucido desconchado. En un cuarto con un ventanuco del sótano de aquella casa vivió él con su madre. Cuando ella falleció, Kolia fue a parar a un asilo. Huyó de allí y se colocó con un viejo curtidor sin familia que quería criar a un heredero y pasarle el negocio a él. Pero a Kolia no le gustó aquel trabajo. Se colocó en un cine para comprobar las entradas. Los chiquillos lo llamaban "echador".

Cuando le llegó el tiempo de hacer el servicio, pidió que lo enviasen a la marina: le halagaba el bonito uniforme...

Kolia llegó a la taberna. Dio los golpes convenidos en la ventanilla. Le abrió Zoya, sin preguntar. Y se pegó a él. El la besó, le mandó que corriese mejor la cortina y encendiera la lámpara. Dejó junto a la cama la carabina y, al lado, las pesadas cartucheras llenas. Echó con displicencia el puñado de billetes arrugados y el anillo. El anillo rodó. Zoya lo paró con hábil manotazo encima de la mesa. Se lo probó:

— Me está grande... ¡No importa, se puede contraer!

— Como quieras —repuso Kolia, sacando de la pitillera un cigarrillo.

6

¡Es un escándalo mayúsculo! ¡Ningún campesino individual habría descuidado su hacienda como lo han hecho los señores concejales de la Duma anterior! Se ha tardado demasiado en dispersarlos, habría que haberlos echado antes, cuando aún no habían dilapidado los fondos del municipio. ¡Ahora se comprende por qué

abandonó el puesto primero el tenedor principal de libros!

Kalinin estaba anotando números en una cuartilla y se extrañaba de la total despreocupación de Shréider. ¡Valiente charlatán! Pretendía hacer alta política, gastaba palabras sin cesar y había dejado la hacienda de la ciudad sin dinero y sin materiales.

Para el 1 de diciembre había en la tesorería del municipio de la ciudad cuarenta mil rublos en total. ¡Mísera suma! La milicia del orden público de Petrogrado llevaba ya tres meses sin cobrar el sueldo, no había con qué pagarle. Los milicianos abandonaban sus puestos para alegría de truhanes y ladrones.

El déficit del presupuesto de 1917 alcanzó 108 millones de rublos y otros 44 millones más que el municipio adeudaba. Con la agravante de que no se preveían ingresos en la caja de la capital.

Se tomara el sector de la hacienda de la ciudad que se quisiera, iba pésimamente. Las fábricas de gas no cubrían sus gastos. El alcantarillado estaba tan abandonado que requería un gran arreglo. O el suministro de agua, con 32 mil rublos de pérdidas al día. Y eso que del suministro de agua se beneficiaban principalmente los domiciliados en los barrios centrales, los adinerados. ¿Por qué no exigirles pago adicional? Los concejales de la Duma de antes no querían herir sus propios bolsillos. Eran peores que los propietarios o las sociedades anónimas; éstos, al menos, no se resignarían a tener pérdidas. Pero a aquellos concejales les daba igual tener unas entradas y salidas que otras con tal de que su propio presupuesto no quedara perjudicado.

El nuevo concejo urbano se reuniría al cabo de dos días. No sólo había que explicar la situación, sino hacer propuestas también. Ante todo sobre el presupuesto. El tenedor de libros del municipio de Lesnovski dio un buen consejo: emitir títulos de deuda pública de la ciudad por valor de 20 millones de rublos. Otro tanto se podía pedir prestado a los establecimientos de crédito. Eso bastaría para cubrir la deuda de la ciudad. Y para afrontar los gastos ordinarios había que liquidar, ante todo, la falta de recaudación de los impuestos. Luego, sacudir debidamente a los ricos. La Duma anterior no se atrevía a tocarlos. En lo que duró su mandato elevó sólo en el uno por ciento el gravamen ponderable por los bienes inmuebles. Eso dio siete millones de rublos al año. La carga

tributaria fundamental seguía llevándola, lo mismo que bajo el zar, el pueblo trabajador. Ya era hora de acabar con aquello. Que desembolsaran dinerillos los industriales y los comerciantes. Y si no tenían beneficios y empezaban a disminuir la producción y cerrar los comercios, se podrían adoptar otras medidas.

Mijaíl Ivánovich Kalinin colocó el pesado pisapapeles encima de los legajos y se recostó en el respaldo del sillón para descansar un rato. Lanzó una fugaz mirada al reloj: no tenía tiempo para descansar, no. Y en la calle ¿seguiría desencadenado el feroz temporal de nieve? Se acercó a la ventana. Vio los fugaces torbellinos blancos.

Por lo que Kalinin recordaba, nunca había comenzado el invierno en Petrogrado tan de repente. En unos cuantos días había nevado tanto que la nieve llegaba por encima de las rodillas y había tapado los accesos de los almacenes de leña. Se quiso abrir paso en trineos, en camionetas no resultaba. Hubo que echar mano otra vez de los obreros. Las fábricas y talleres enviaron a grupos para limpiar los caminos. Se incorporó también a este trabajo a los empleados y se movilizó a los elementos que no trabajaban. Pero seguía cayendo y cayendo nieve. Para no helarse, dada la falta de leña, los habitantes rompían vallas y cobertizos.

Tras llamar suavemente, entró en el despacho un vejete de espalda estrecha, con gastado traje de chaleco. Se presentó ceremonioso y haciendo una reverencia.

— Soy el practicante Protoyereiski. Me han enviado de la Isla de Vasílievski a trabajar aquí, pero no me emplean en mi especialidad. No me quejo y hago lo que hace falta. Y a usted lo molesto por otras circunstancias que son muy de lamentar. En la ciudad hay tifus.

— Me lo han dicho.

— El tifus es muy grave —dijo el viejo, mordiéndose los labios y repitió—: Sí, muy grave, gravísimo. Donde hay hambre, frío y suciedad, hay también piojos. Y donde hay piojos, esta enfermedad hace estragos. En la ciudad hay ya condiciones para una epidemia. La enfermedad anda por los suburbios, como siempre, ha comenzado por los pobres.

— ¿Ha venido sólo para decirme eso? —inquirió Kalinin, sin contener la impaciencia.

— En mi tiempo tuve ocasión de combatir una epidemia...

— Lo escucho.

— Los baños no funcionan siempre. Además, se encuentran en muy mal estado, sí señor. Allí antes se contagia uno que sale bien limpio. No hay jabón. Es la mar de extraño que en toda la ciudad no haya reservas de jabón; me he preocupado especialmente de indagarlo. Pero antes de que se haya propagado el tifus, hay que encontrar jabón. Y adoptar otras medidas.

— ¿Cuáles, concretamente?

— Yo creería de utilidad municipalizar ahora mismo los baños y poner orden en ellos. Llevar leña primero a ellos. Y en cada uno, montar sin falta una cámara de desinfección, aunque sea de la más primitiva.

— ¿Se puede encargar usted de eso?

— Participaré con el mayor celo. Pero como organizador, yo no valgo nada, no señor. Para eso se necesitan juventud, energía y, probablemente, cierta dosis de frescura. Perdone, claro, mi sinceridad.

— De buen grado, hombre, con tanto mayor motivo que usted confunde dos conceptos: la frescura y la determinación. Le diré en secreto que siempre se encuentra bastante gente que quieren dirigir y estar al frente. Yo prefiero a los que saben hacer a conciencia y con cariño su labor. Tanto da que sea grande como pequeña.

— No puedo objetar nada —asintió Protoyereiski.

— Por tanto, estamos de acuerdo. Póngase en comunicación con los distritos, tome los baños a su cargo y seleccione al personal que vaya a trabajar con usted. Estudiaremos en la Duma sus propuestas y estoy seguro de que las aprobaremos. El secretario le preparará el documento correspondiente.

El vejete se fue, y Kalinin tomó los esbozos del discurso que se proponía pronunciar en la sesión de la Duma. Y anotó una idea que le pareció correctísima después de haber hablado con el practicante:

"El sabotaje va en aumento y nos perjudica en los momentos actuales. Por otra parte, este proceso de autodepuración ofrece aspectos positivos, obligándonos a montar formas completamente nuevas de administración municipal. La presencia de los viejos funcionarios en sus puestos habría sido un freno indudable, tal vez hasta insuperable, para esta nueva forma de administrar. Ahora, con la ayuda de los obreros y los empleados subalternos que vienen a nuestro encuentro y muestran, a propósito sea dicho, una independencia asombrosa, nuestra organi-

zación proletaria de la administración avanza, con lentitud, es verdad, pero con firmeza."

7

Las vías de los tranvías en las proximidades y dentro mismo de la cochera habían quedado limpias poco antes, pero las había cubierto ya otra fina capa de nieve reciente. En una vía muerta de lo hondo del patio negreaban vagones entre montones de nieve: unos, sin cristales; otros, sin ruedas; y de algunos no quedaban sino las cajas. Pero los había también que parecían completos.

— ¿Por qué no los reparáis? —inquirió Kalinin—. En todo el mes de diciembre no ha salido un solo tranvía reparado.

El presidente del comité obrero, un ajustador de edad provecta con la cara enrojecida y encendida del frío, respondió con voz resfriada:

— No hay repuestos.

— ¿Se han acabado todos de golpe?

— No ha sido de golpe, camarada Kalinin. ¿Qué hacíamos antes? Pues para reparar un vagón, quitábamos las piezas de otro. Lo desmantelábamos, como suele decirse. Y hemos desmantelado hasta lo último. Ya no hay de donde quitar más piezas. Estos saboteadores se podrán reír a gusto de nosotros —dijo, señalando con un movimiento de cabeza un edificio grande y gris que se erguía al otro lado de la tapia de la cochera—. Se han zafado en el momento más difícil. En el almacén no hay absolutamente nada. Por no haber, no hay ni tornillos ni pasadores. De aceite, ni gota. ¡Encima, las nevascas, mal rayo las parta! Camarada Kalinin, nosotros nos pasamos los días y las noches aquí. De noche sacamos a todo el mundo a limpiar las vías. Obreros de los talleres de reparación, cobradores y guardagujas trabajan todos con la pala, y a veces con sus familias y todo. Por la mañana enviamos todos los vagones disponibles a las líneas. Pero hay pocos, en cualquier momento se paran los últimos —explicó el presidente, exhalando un suspiro—. La gente ha llegado también hasta el límite. Una rebanada de pan al día, ¿acaso es comida? En vez de guisado, agua caliente. Ni siquiera hay sitio para toda la cochera. Y dormimos allí amontonados.

Kalinin callaba, fruncidas las cejas. Cuando entraron

en el cuchitril caldeado, frotó largo rato los cristales de las gafas, empañadas por el cambio de temperatura. Interrogó en voz queda:

— ¿Es duro, camaradas?

Los hombres y las mujeres apiñados en el cuarto no esperaban, seguramente, palabras tan sencillas de comprensión. La misión de los jefes es dar órdenes. Pero éste ni siquiera parecía un jefe.

— No tenemos tabaco —se le escapó a uno, apesadumbrado.

— ¡La nieve nos trae mártires!

— ¡No veo a mis chiquillos desde el domingo! —clamó una mujer—. Vivo en Ojta, ¿cabe en alguna cabeza que se pueda ir a pie allá!

Kalinin puso la bolsita del tabaco, a medio llenar, encima de la mesa. En seguida se alargaron varias manos.

— Estáis haciendo una heroicidad un poco más, y la vida se arreglará, ¿cómo puede ser de otra manera? En cuanto a la nieve, no prometo nada, no está en mi mano detenerla; pero en los comestibles y el tabaco vamos a pensar. Tenemos puestas muchas esperanzas en vuestra conciencia proletaria. No se puede dejar la capital sin medios de transporte. Y ahora menos aún, cuando los enemigos del proletariado levantan cabeza.

— Lo sabemos —profirió el presidente del comité—. Ya hemos oído que las mujeres llevan tres días sin aparecer por casa. De los hombres no hablemos ya.

Os estamos muy agradecidos por eso, camaradas. En el municipio decidiremos con vuestros representantes cómo ayudar a los tranviarios, y vosotros pensad bien cómo reparar los vagones. Vuestro presidente asegura que no hay repuestos...

— No los hay, no. ¿De dónde los vamos a sacar?

— ¡Ya hemos empleado todos los viejos!

— Camaradas, el municipio procurará encargar repuestos, pero ¿cúanto tardarán en llegar? No se puede esperar cruzados de brazos. Los tranvías deben salir a las líneas.

— ¡No queda nada por desmantelar!

— Ni falta que hace. Como obrero que soy, mirad lo que os digo: cuando hay suficientes materiales para reparar, nadie anda con materiales viejos. Caducado el plazo y gastada la pieza, fuera. ¡Cuántas piezas así hemos tirado! Y ahora, cuando la necesidad aprieta, se pueden aprovechar perfectamente. Pero hay que buscarlas y

limpiarlas. Vosotros sabéis mejor que yo dónde buscarlas —sonrióse Kalinin—. Yo no he trabajado en vuestros talleres.

— ¡Esas ya las encontraremos!

— Camaradas, ésa es una cosa —prosiguió Kalinin—. Pero os quiero preguntar otra: ¿De quién es la casa gris de ahí enfrente? ¿De la Dirección de la Compañía de Tranvías?

— Es nuestra.

— ¿Y quién vive en ella?

— En la planta baja, los conductores. En los pisos primero y segundo, los ingenieros y empleados.

— ¿Son saboteadores?

— No todos —dijo el presidente—. Cuatro acuden al trabajo.

— A esos dejadlos; a los demás, tiradlos de vuestra casa. Resulta que vosotros trabajáis día y noche, venís a pie desde las afueras, ¿y esos señores se están en casa, mirando por la ventana? ¡No está bien! Id ahora mismo y plantead la cuestión con energía: quien desde mañana no trabaje como todos, ¡puede marcharse a donde quiera en el plazo de veinticuatro horas!

— ¿Tenemos derecho, camarada Kalinin?

— ¡Completo derecho! La casa nos pertenece a nosotros, al municipio de la ciudad, y los apartamentos son para el personal. Mientras trabajan, que los ocupen. ¡Pero los saboteadores, a la calle! Y cuidaos de que todo se haga honestamente. Si alguien tiene mucho espacio, que ceda una o dos habitaciones para los que viven en los suburbios.

— ¿Y si no... quieren?

— Si no quieren, habrá que desahuciarlos, ¿no os parece? Ayudadles a sacar los bártulos y los muebles. Tenéis a gente muy robusta. Y de la Guardia Roja también... ¿O enviamos a marinos para que os ayuden? —dijo Kalinin, entornando los ojos con picardía.

— No hace falta, nos apañaremos.

— ¿Nos dará el papel que se necesite? —interrogó el presidente del comité.

— El papel os lo extenderé ahora mismo. Permitidme, camaradas, que me siente a la mesa. Y dadme tinta, por favor.

Alguien le arrimó un taburete. Otro sacó del armario que había arrimado a la pared más apartada un tintero, que fue pasando con cuidado de mano en mano.

CAPITULO CUARTO

1

El regimiento al que llegó Yaropóltsev estaba completamente desmoralizado y no tenía ningún valor combativo. Más de la mitad de sus efectivos se había marchado a sus casas. Quedaban principalmente soldados jóvenes de provincias alejadas que temían emprender en invierno un camino desconocido En las compañías y secciones no se hacía la instrucción, y el servicio de guardia había sido olvidado. El personal mataba el tiempo, cada cual como sabía.

Después de las lluvias otoñales, las trincheras estaban medio llenas de barro. En las chabolas chapoteaba el agua. Las alambradas estaban destruidas en muchos lugares. De día, los soldados se movían por algunos sitios de la primera línea, fortificaban las posiciones en los montículos, y de noche todos se recogían en una aldea y se esparcían por las isbas y los baños acomodados para vivienda.

A la aldea solían venir también los alemanes: bien comidos, recelosos, limpio el uniforme y puestos los cascos de alta cimera. Estos "kamradas" se negaban a comer sopa de coles con carne de caballo; en cambio, bebían de buen grado aguardiente casero.

Por su parte, los soldados rusos iban también a visitar a los alemanes. De regreso, elogiaban el buen orden que tenían. Las trincheras estaban secas, revestidos los taludes con tablas o varas trenzadas. Las paredes de las chabolas estaban enjalbegadas o empapeladas. Calientes, alumbradas con quinqués. Hasta una maceta de geranio había encima de la mesa.

Con todo y con eso, el enemigo seguía cumpliendo debidamente su servicio militar y dejaba entrar a los soldados rusos sólo a sectores estrictamente determinados, y por la noche ponía rondas reforzadas y centinelas ocultos. Por nuestra parte, en los cinco kilómetros de sector que ocupaba el regimiento se destacaba sólo un pelotón con una ametralladora en lo alto de una loma que dominaba la carretera que cruzaba la línea del frente. Al reproche de Yaropóltsev, el presidente del comité regi-

mental, Nodíev, repuso que ya podían estar contentos de poder enviar al menos un pelotón, pues los soldados no querían helarse de noche en las trincheras.

Ante el asombro de Yaropóltsev, el bolchevique Nodíev acogió con alegría al nuevo jefe. Por lo visto, le era difícil mandar el regimiento a solas, sin tener ni experiencia ni conocimientos suficientes. Hijo de caucasianos rusificados, acabó en Moscú una escuela primaria superior y trabajó de inspector de entradas y salidas en una fábrica. A filas fue a parar como voluntario de segunda categoría, candidato a graduación de oficial. Era moreno de cara y tenía los ojos grandes, algo saltones. La nariz un poco corva y, debajo, un fino bigotito.

Desde el primer momento, Nodíev comenzó a preguntar a Yaropóltsev qué pensaba del Poder soviético y de la Asamblea Constituyente.

— Eso no me atañe —repuso.

— ¿Cómo puede no atañerle? —extrañóse Nodíev—. ¡Ahora todo el mundo piensa en eso!

— Pero yo no —el acaloramiento del presidente del comité divirtió un tanto a Yaropóltsev—. No me importan los jaleos políticos, yo soy militar. Pongámonos de acuerdo en seguida: yo no me inmiscuyo en las cuestiones suyas, yo me preocuparé de la combatividad del regimiento. No agigantemos lo que nos separa; que los alemanes no se alegren de nuestras discordias. Busquemos lo que nos une. Yo pondré todo mi empeño en no dejar que el enemigo pase por nuestro sector. Tenga en cuenta que si los alemanes avanzan cien kilómetros, se apoderarán de inmensos valores materiales, armas, almacenes de municiones, provisiones y uniformes. Por lo que se me alcanza, ningún poder, ni siquiera el de los bolcheviques, puede tener interés en eso.

Nodíev asintió, atento el oído. Escuchaba con interés y temía, al mismo tiempo, una asechanza.

— El prestigio de la nación y la conservación del territorio no pueden dejar indiferentes a los bolcheviques —proseguía Yaropóltsev—. Está claro también que si las tropas del káiser ocupan las provincias occidentales y Petrogrado, acabarán, ante todo, con la revolución. Y eso, creo yo, en modo alguno les conviene a ustedes, ¿no?

— No nos conviene, no —otorgó Nodíev.

— Por tanto, tenemos una base para servir juntos.

— Convocaremos para mañana mismo una reunión del regimiento y confirmaremos su jefatura.*

— ¿Le pica el amor propio? —adivinó Nodíev.

Yaropóltsev no respondió. Pasaría también por eso en aras de algo importante. ¿Qué se podía exigir a las masas analfabetas, a los soldados y a sus cabecillas inmediatos, muchos de los cuales no sabían siquiera lo que hacían? No podía existir un ejército en el que los soldados se nombran mandos a sí mismos. Pero eso no era cosa de él. El procuraría cohesionar un grupo combativo que tendría la carretera cortada y no dejaría pasar a los alemanes. Si Dios quería, en otras carreteras y en otros sectores habría también personas sensatas que crearían firmes islotes de resistencia entre el caos general. Y con el tiempo, esos grupos aguerridos podrían ser utilizados como lo requiriesen las circunstancias...

Al día siguiente, los soldados se reunieron en un espacioso cobertizo, en el que cupieron unos doscientos hombres. Otros tantos alborotaban de puertas afuera.

Yaropóltsev pronunció una sola frase:

— ¡Prometo servir a la Patria sin escatimar la vida!

Los soldados cruzaban las miradas, maravillados de discurso tan breve.

Luego, el presidente del comité regimental, Tenguiz Nodíev, habló con lujo de pormenores del nuevo jefe. Recordó que Yaropóltsev había sido herido en el frente. Exhortó a todos a obedecer sus órdenes y, lo principal, a elevar su moral revolucionaria de proletarios.

Nadie habló en contra de Yaropóltsev. Todo lo contrario, en las primeras filas, donde se habían sentado los suboficiales y los soldados de más edad, el apellido del nuevo jefe promovió clamores aprobatorios. Se oyó sobre todo la voz de Kuzmá Golopiórov.

Yaropóltsev sofocó una mordaz risita de ironía, como si dijera: "Gracias, Kuzmá, por haber preparado la opinión pública."

Los reunidos tomaron una resolución: "Confirmar en el mando del regimiento al ciudadano Yaropóltsev M. Z. y obedecer sus órdenes." Las palabras sobre la obediencia de las órdenes de Yaropóltsev las escribió de puño y letra Tenguiz Nodíev.

*** Después de la revolución democrática burguesa de febrero de 1917, en el ejército ruso se crearon comités de soldados que nombraban o confirmaban a los mandos. *(N. de la Edit.)***

2

A la audiencia del alcalde de Petrogrado acudieron cinco ex funcionarios del municipio: cuatro simples empleados y un jefe de negociado calvo, obeso y de cara abotagada. Presentaron una petición colectiva de que los restituyeran en su trabajo.

La noticia alegró a Kalinin. Era un reconocimiento indirecto de que la Duma urbana cumplía bien sus complicadas obligaciones. Se habían persuadido, por tanto, los funcionarios de que el Poder soviético podía prescindir de ellos. Serían cinco y no quinientas, las personas recuperadas, pero se trataba sólo de las primeras. Todo el cuerpo de funcionarios de la capital estaba ahora al tanto de esos cinco y aguardaba los resultados de la conversación.

El alcalde recibió a los visitantes con fría cortesía, les ofreció asiento y pasó a hablar sin dilaciones.

— Usted conoce el fondo del caso —dijo el jefe de negociado, respirando con dificultad—. Estamos dispuestos a reincorporarnos a nuestros puestos...

— ¡Claro que es un gran honor para nosotros! —Mijaíl Ivánovich podía hablar con ironía—. Pero, ¿dónde han estado ustedes durante las jornadas más difíciles?

— Nos dejamos llevar por la corriente.

— Seamos sinceros, ¿no les gustó el Poder soviético?

— En nuestro medio son fuertes los vínculos y los intereses de casta —el viejo funcionario era cauteloso—. No podíamos ir contra la corriente.

— ¿Acaso es más débil ahora esa corriente? ¿O se han encendido ahora de amor al nuevo poder?

— Nos hemos dado cuenta de cuál es nuestro deber.

— Es grato oírlo, claro, pero no sé por qué han necesitado tanto tiempo para eso. Me parece que es todo más sencillo. Confiaban en que los bolcheviques no se sostendrían mucho tiempo. Y esas esperanzas se han desvanecido. Entretanto se acabó el dinero que la administración anterior les pagó por adelantado. Y se han parado a pensar en que, a lo peor, podían no necesitarse ya los servicios de ustedes.

— En cierta medida, eso es así —asintió el jefe de negociado, esquivando la mirada de Kalinin—. Pero crea en nuestras buenas intenciones. Si estábamos equivocados, lo era con toda sinceridad.

— ¿Y que les habría hecho usted, como jefe, a los que abandonaran el trabajo en momentos de especial tension, a los desertores y saboteadores?

— Entre un sabotaje y una huelga política hay gran diferencia.

— ¿Ustedes se denominan a sí mismos huelguistas?

— Naturalmente. Y, por lo que sé, el partido de usted ha considerado siempre legal y acertada esa forma de expresión del descontento.

— ¡Discrepo! —replicó enérgico Kalinin—. Una huelga es la expresión de la voluntad de cierto grupo de la población, es una protesta de los trabajadores motivada por alguna injusticia. Y el sabotaje es un acto de mala fe que desorganiza la economía nacional y lesiona los intereses de los trabajadores. Este acto va dirigido contra los obreros y los campesinos, contra la revolución.

El obeso funcionario siguió respirando con dificultad, con jadeos sibilantes. Interrogó en voz baja:

— ¿Hay que comprender sus palabras como negativa?

— ¿Por qué? Quienes desean colaborar realmente con las instituciones soviéticas tendrán siempre sitio. Su negociado anterior está completo, pero necesitamos gente en otros negociados, en otras instituciones y en las oficinas distritales. Ténganlo en cuenta y comuníquenlo a los que desean reintegrarse. No vamos a resucitar la vieja corporación de empleados privilegiados ni restablecer los hediondos nexos de casta. Eso no rinde provecho, de lo que ustedes se han convencido por experiencia propia —dijo Kalinin, sonriendo.

— Como usted quiera.

— Querría saber yo en qué confían aún los funcionarios que persisten en el sabotaje.

— Las personas son distintas. Unos no les admiten a ustedes en absoluto, otros titubean y miran lo que hacen los demás.

— Esperan a los alemanes —espetó enojado un funcionario de aspecto joven que estaba sentado junto a la misma puerta.

— Hay también gente que está ahora deseando que gane el káiser —confirmó el jefe de negociado. Y agregó en tono completamente distinto, sin saber disimular su pena—: Yo tenía dos hijos... Uno cayó en Polonia, y el menor en Galitzia...

— Lo acompaño en el sentimiento —dijo Kalinin, esforzándose por dominar la turbación y la piedad que le

dio de aquel hombre tan enfermo—, lo acompaño en el sentimiento de todo corazón y comprendo su dolor... Y a los que ponen velas al káiser puede decirles que han cambiado demasiado pronto de fe. ¿Ha oído hablar de las negociaciones de paz en Brest?

—Es probable que los alemanes aguarden el buen tiempo y que los caminos queden transitables. Corren rumores en este sentido.

—Boca ajena, de hablillas llena. Pero nosotros no entregaremos Petrogrado a los alemanes. Eso es para nosotros una cuestión de vida o muerte.

Los funcionarios se retiraron tranquilos. Cuando se hubo quedado solo, Kalinin se sumió en pensamientos. Los visitantes le habían puesto el dedo en la peor llaga. En efecto, la calma en el frente no podía prolongarse eternamente. El peligro de invasión enemiga gravitaba sobre la república. Había que poner fin a aquella ambigüedad. Lenin exigía que se firmase el tratado de paz con los alemanes. Las condiciones eran muy duras, indiscutiblemente, pero no atentaban a lo principal, al Poder soviético. Se ganaría tiempo para fortalecerse.

No había quien pudiera combatir a los alemanes por aquellas fechas. El viejo ejército se había desmoronado. Los destacamentos de guardias rojos y de soldados revolucionarios que se extendían en rala línea a lo largo del frente no podían ofrecer resistencia seria. Sólo charlatanes irresponsables o gentes miopes podían no tenerlo en cuenta.

Kalinin se acercó al mapa que pendía al lado del armario. Tenía trazada con lápiz negro la línea del frente, que no había cambiado desde el verano; la vista se había habituado a cada recodo. ¿Sería posible que aquella línea se estremeciera, que se deslizara hacia el Este y el Noroeste, hacia Moscú y Petrogrado?

Se acordó del militar que había ido al municipio de Lesnovski poco antes de la insurrección armada. Un teniente coronel con ceñido correaje: el bizarro militar pintiparado. Yaropóltsev se llamaba, ¿no? Como dijo él entonces: el país necesita ante todo la victoria sobre los alemanes por la que se ha pagado ya millones de vidas. En aras de esa victoria había dejado él la familia para incorporarse al ejército de operaciones.

"¿Dónde estará ahora ese militar?" —pensó Kalinin, contemplando la negra línea quebrada que cruzaba el mapa.

3

Una mañana temprano de mediados de febrero, los ametralladores, ateridos de frío por la noche pasada de ronda, se encaminaron, por la fuerza de la costumbre, hacia los "kamradas", para calentarse en su chabola. Pero los alemanes los recibieron con fuego de fusilería. Bien es verdad que dispararon por encima de sus cabezas, pero obligaron a los soldados a tenderse en la nieve y, luego, a retirarse de trecho en trecho hasta sus trincheras.

Al enterarse de lo ocurrido, Yaropóltsev fue a la cota y se pasó todo el día observando con prismáticos a los alemanes. Se dio cuenta en seguida de que en la primera línea había muchos más que antes. No era ya una sección la que cubría el kilómetro de frente, sino una compañía entera. En las trincheras del enemigo se veían pasar cascos a cada instante. Y en una rala arboleda humeaban varias cocinas de campaña que antes no había; los alemanes "locales" guisaban en las chabolas.

Todo eso alarmó a Yaropóltsev. Por lo que le había dicho el comisario Nodíev, sabía que las negociaciones de paz de Brest se prolongaban y complicaban. De ello también se escribía en los periódicos que traían del campo alemán los soldados de su regimiento, pues el papel en que se imprimían servía para fumar el tabaco rústico.

En suma, nada ataba las manos al káiser. En el Frente Oriental apenas si había unidades rusas contra sus tropas bien equipadas. Era el momento más propicio para que los generales alemanes lanzaran sus divisiones adelante: la situación lo favorecía. Yaropóltsev tenía a la vista el importante sector que iba desde la carretera hacia el Norte. A la derecha, en treinta kilómetros, no había ni un soldado ruso. El terreno era intransitable, cubierto de bosque y pantanos. A la izquierda, la franja descubierta se extendería unos veinte kilómetros hasta la cabeza de partido. Sólo en la zona de la carretera sostenía la defensa el regimiento de Yaropóltsev. Mejor dicho, el ex regimiento, ya que, en reunión general, se le había cambiado la denominación por la de Consciente Destacamento Revolucionario "Proletariado Obrero y Campesino". Yaropóltsev no tenía nada en contra de eso: que se complacieran con los amontonamientos de palabras, que se alegrara el bolchevique Tenguiz Nodíev. Con tal de que no lo molestaran a él...

El destacamento consistía en un batallón incompleto de dos compañías de infantería y un equipo de seis ametralladoras Maxim. Además, un grupo de ocho obuses. Yaropóltsev fue con Kuzmá Golopiórov y una escuadra de batidores a la base de intendencia del ejército y se trajo provisiones y uniformes de invierno. Sus hombres quedaron bien alimentados, abrigados y con tabaco para fumar. Pero también implantó un orden severo. La diana, la retreta, las guardias y el servicio de centinela se cumplían a rajatabla a sus horas. Y sin rechistar.

Como habían convenido, Tenguiz Nodíev apoyó en su totalidad los actos del teniente coronel, comprendiendo perfectamente que su destacamento era la única unidad militar en ochenta kilómetros a la redonda capaz de enfrentarse con el enemigo...

Yaropóltsev bajó los prismáticos y miró a su ordenanza. Iba ya a enviarlo al jefe del equipo de ametralladoras; pero, en ese instante, más allá del bosque, detrás de las posiciones alemanas, atronaron dos cañonazos. El eco retumbó por los campos nevados y se extinguió en la lejanía, alzándose con estruendo junto a la cota dos conos rojinegros.

Yaropóltsev bajó rápido al fondo de la trinchera. Otros dos proyectiles estallaron casi en la cresta de la cota. Se hizo de nuevo el silencio.

Se desvanecía toda esperanza de que no hubiera ofensiva, de que los alemanes se reagruparan nada más. El adversario había comenzado el reglaje de tiro de la artillería y, precisamente, en el sector más importante, junto a la carretera.

Yaropóltsev dijo en voz bien alta, para que lo oyeran los soldados que había en la trinchera:

— ¿Qué desvergonzados, eh? ¡No nos tienen en nada! Se preparan sin enmascararse, como si se encontraran en un campo de tiro... Tanto peor para ellos, ¿no es verdad?

— ¡Eso mismo! —masculló Golopiórov.

Los soldados empezaron a alborotar:

— ¡Mira qué guapos, tiran proyectiles!

— Para que veáis qué clase de hermano o compadre es el Fritz y el Hans, ¡después de tres meses de darnos la mano!

— ¡Pues basta ya de juegos! ¡Ahora te va a enseñar qué compadre es!

Yaropóltsev examinó por última vez las posiciones del enemigo con los prismáticos. Oscurecía. Los cascos ya no se veían pasar más por las trincheras de comunicación; en cambio, en la arboleda ardían unas veinte hogueras. "Eso está bien, está bien" —pensó, mientras bajaba de la cota. La autosuficiencia y la desfachatez de los alemanes le convenían a él.

Yaropóltsev dio la orden, cuando oscureció, de abandonar, sin que el enemigo lo advirtiese, las trincheras que se hallaban a tiro de fuego y trasladarse a las viejas, de la vaguada, que habían dejado en el otoño debido a la humedad.

A Yaropóltsev lo esperó en el pueblo, en la isba grande del final ocupada por la plana mayor del destacamento, Tenguiz Nodíev, que acababa de volver de Molodechno. El comisario había ido allí a una reunión que, según sus palabras, transcurrió con mucho éxito: los bolcheviques habían derrotado por completo a los eseristas.

La noticia que Yaropóltsev dio al comisario alarmó a éste; pero se veía que no creía mucho en la posibilidad de que el enemigo comenzase una ofensiva.

— ¿Por qué se alarma, mi teniente coronel? —Nodíev rebuscó en el portapliegos—. He aquí una disposición de Minsk, suscrita por el Jefe Supremo en persona, por Miasnikov. Aquí se dice explícitamente: "Se hacen correr rumores sospechosos de que es posible una ofensiva de los alemanes. Advierte que en adelante se exigirán las responsabilidades más severas, incluida la instrucción de juicio sumario, a quienes propaguen esos rumores."

Yaropóltsev hasta se desconcertó de la sorpresa: tan en contradicción estaban las palabras del Jefe Supremo con lo que él había visto. Por seguro que en el Alto Mando aún no se sabía nada.

— Puede instruirme juicio, pero yo me mantengo en mi opinión —recalcó las palabras y se fue a su cuarto.

...Los sucesos transcurrían casi como había presupuesto Yaropóltsev. La racha de fuego de la artillería alemana se volcó sobre las trincheras desiertas. Y cuando la infantería enemiga se levantó al ataque, fue recibida con mortíferas descargas desde las viejas posiciones. El enemigo retrocedió en completo desorden, abandonando a los heridos.

Unas dos horas después, otro batallón alemán apareció en el camino vecinal donde Yaropóltsev les tendió una

emboscada. De nuevo los adversarios fueron víctimas de su propia autosuficiencia. No se tomaron siquiera el trabajo de ir en orden de combate; marchaban por el camino en columnas de compañías, poniendo delante una patrulla. Se les dejó pasar, sin dispararles, y luego los emboscados abrieron fuego de tres ametralladoras contra la columna.

Sólo cuando hubieron recibido tal castigo, los oficiales alemanes comprendieron que la guerra iba en serio y la emprendieron con la escrupulosidad y maestría que les eran propias. Probablemente les hubiera apremiado alguna orden. Se desplegaron rápidamente en guerrilla sobre una vasta superficie y dirigieron la ofensiva en dos direcciones: a lo largo de la carretera y del camino vecinal. Sufrían bajas a causa del fuego de la artillería, de las ametralladoras y de la fusilería, pero seguían avanzando con tesón, bordeando los flancos. Yaropóltsev no tenía reservas para detener las unidades que lo envolvían.

Pasada la medianoche, el destacamento se vio obligado a abandonar la aldea. Yaropóltsev había echado ya cuerpo a tierra en el embudo de una explosión cerca del bosque en el que se perdía, estrechándose, la cinta de la carretera.

A la derecha y a la izquierda del jefe se agazapaban entre peñascos helados los soldados heridos, hambrientos y cansados.

El comisario Nodíev corrió, agachándose, hacia el embudo y se echó de bruces al lado de Yaropóltsev.

— ¿Está usted vivo?

— Como ve. Y usted... ¿Ha podido comunicar con el supremo? ¿Tendremos apoyo?

— Hoy no. Pero del ataque de los alemanes se ha notificado a Minsk, a Petrogrado y a Moscú. Se están enviando ya hacia acá destacamentos nuestros.

— Antes debían haberlo hecho —pronunció irritado Yaropóltsev.

4

El Petrogrado proletario se preparaba para repeler la ofensiva enemiga. El comisario Evséiev caminaba con su destacamento de marinos al encuentro de los alemanes. Ocupó posiciones de combate el grupo de artillería pesada en el que servía Semión Shtiriov, el hijo de Sila

Semiónovich. Se reclutaban urgentemente nuevos regimientos rojos y se formaban destacamentos obreros en todas las empresas. Las fábricas producían armas.

Tampoco quedó al margen la Duma de la ciudad. Mijaíl Ivánovich Kalinin propuso que se organizara un destacamento municipal, incorporando a él a todos los trabajadores de la municipalidad aptos para el servicio militar. Si los alemanes se aproximaban a la ciudad, los trabajadores de la municipalidad también participarían en la defensa de la capital roja.

Kalinin se alistó como soldado rojo raso y asistió a todos los ejercicios de instrucción. Los trabajadores de los servicios municipales aún no tenían fusiles, aprendían a caminar en formación, desplegarse en guerrilla y moverse a cortas carreras bajo el fuego del enemigo. El jefe de la sección, un ex suboficial, parecía al principio comportarse con timidez ante el alcalde de la ciudad, pero no tardó en acostumbrarse y daba las voces de mando con rigor, sin escatimar de tiempo en tiempo alguna palabra gruesa.

La gente hacía la instrucción con ahínco, y el ex suboficial estaba contento de los soldados. Y el viejo Protoyereiski, que era el practicante del destacamento municipal, decía rezongón a Kalinin:

— ¿Qué necesidad tiene usted de eso? Es nuestro jefe en el trabajo, y en el destacamento debe mandarnos también. No veo la necesidad de que corra por el patio con todos. ¡No señor, no la veo!

— ¿Y quién me aconseja que sea?

— El comisario.

— Ah, no, ¿Qué comisario puedo ser yo, si desconozco totalmente la instrucción militar? No puedo ni enseñar ni explicar nada a los soldados. Cuando aprenda al menos los rudimentos, ya veremos.

El practicante dijo que no. No llegaron a ponerse de acuerdo, si bien en todo lo demás se entendían por completo. Protoyereiski poseía las cualidades que Kalinin estimaba sobre todo en la gente: hacía no sólo a conciencia, sino con fervor e iniciativa la labor que le encomendasen y procuraba acabarla lo antes y mejor posible. Kalinin ya se había persuadido de ello cuando, después de Año Nuevo, la Duma de Petrogrado hubo decidido abrir, sufragados a costa del presupuesto del municipio urbano, unos cursillos de enfermeras: en las enfermerías y hospitales había una falta muy perentoria de personal

médico. Había que dar las gracias a Protoyereiski, pues no escatimó esfuerzos para organizar esos cursillos. Fue con Kalinin a elegir local, aconsejó qué médicos y qué profesores debían dar las clases, compuso él mismo el anuncio en el periódico y luego se pasó el tiempo en la oficina, conversando desde la mañana hasta la noche con quienes deseaban estudiar en los cursillos.

Ahora la vida había cambiado de manera que los cursillos resultaban importantísimos. Se necesitaba personal no sólo en los hospitales, sino también en los destacamentos de combate obreros, en las nuevas unidades de soldados rojos.

Mijaíl Ivánovich Kalinin sacó tiempo para presenciar algunas clases. Quedó contento. Los profesores tenían experiencia, se estudiaba ocho horas al día. Las alumnas recibían un suministro de comestibles. La única pena era que no había muchachas obreras. Eso se veía hasta por las que iban de uniforme: a las mesas se sentaban ex cursillistas y estudiantes de Liceos.

— Pues sí, señor —aseveró Protoyereiski—. Casi todas las alumnas son de familias de empleados, comerciantes y pequeños funcionarios. Eso es natural, Mijaíl Ivánovich. ¿Qué plazo nos han dado? Al principio, cinco meses, y ahora se ha reducido a tres.

— La situación lo exige.

— Lo comprendo y no estoy en contra. Pero compréndalo usted también: una enfermera debe tener al menos conocimientos elementales de latín para no confundir las recetas. Sin hablar ya de todo lo demás. Por eso hemos admitido a muchachas con un nivel determinado de conocimientos. Y la nueva promoción, debo afligirlo, será igual.

— Es que nosotros preparamos enfermeras para un ejército nuevo, el ejército obrero y campesino, para las nuevas instituciones soviéticas. Y a estas alumnas, además de enseñarles el oficio hay que educarlas y puede que incluso reeducarlas.

— Introduzcamos una asignatura...

— Sabe qué, pondremos a su disposición a varios propagandistas de experiencia. Estudiantes. Jóvenes y enérgicos.

— Mejor sería que fuesen de más edad. Como yo, poco más o menos, ¿sabe usted?

— ¿Por qué?

— Porque se enamorarán de los jóvenes, lo embrollarán todo y luego vaya usted a desembrollarlo. Entre las chicas las hay muy atrevidas, sí, señor...

— Lo tendremos en cuenta —profirió Kalinin, sonriéndose. E interrogó—: Y las sanitarias, ¿deben saber sin falta latín?

— A las sanitarias se les exige otra cosa. Están en el primer escalón.

— Pues coloquemos en ese escalón a las hijas de los proletarios. Vaya a las fábricas y talleres y elija allí a candidatas. En dos meses haremos de ellas sanitarias. Les daremos un impulso, y luego decidirán ellas mismas, continuarán las que tengan deseos y capacidad.

5

Dos días estuvo la nevasca haciendo de las suyas, aullando en las chimeneas y atronando con la hoja de lata de las techumbres. Barrió y blanqueó toda la ciudad y, sobre los viejos montones de nieve, puso otros copetes torcidos. Antes también agradaban a Kalinin esas ventiscas de nieve que preceden a la primavera: no lúgubres y malévolas, como en pleno invierno, sino las revoltosas, las alegres y despreocupadas. Al notar su próximo fin, el invierno se apresuraba a volcar cuanto antes sus reservas de nieve, a gastar su gélida fortaleza. Kalinin solía alegrarse de ese desencadenamiento de la nevasca, pues era señal de aguas abundantes que luego se trocarían en jugosa hierba en los prados, granadas espigas en los campos y hongos en el bosque. Pero en esta ocasión la miraba preocupadísimo. De nuevo había que limpiar los raíles de los tranvías, los accesos a los almacenes de leña y las aceras. Había que romper el hielo y llevarlo con la nieve a los canales.

Menos mal que, nada más aplacarse la ventisca, al menos había salido el olvidado sol y coloreado los montones de nieve con visos añil, arrancando destellos de los cristales escarchados y hasta calentando las mejillas, prometiendo temprano calor. Hizo salir a la gente de sus casas, y la ciudad se hizo de pronto animada y rumorosa. Comenzaron a charlar en los portales las comadres, y los chiquillos se tiraban bolas de nieve. Un artífice, por lo visto adulto, hizo junto al Almirantazgo un káiser de nieve de cuerpo entero. En derredor se apiñaron curiosos.

Por la Avenida del Neva, junto a la Duma de la

capital, desfilaba el público endomingado que se atrevía a salir. Señores con gabanes; señoras con abrigos de pieles y mozos jóvenes un tanto descarados. Se habían pasado el invierno en casa, bien cerrada la puerta con sólidos cerrojos y viviendo de viejas reservas; ahora los habían animado con rumores acerce del pronto fin del régimen bolchevique.

Junto a la entrada de la Duma departían, fumando, tres personas: un hombre alto con capote militar y huellas de las hombreras arrancadas, un ciudadano con lentes de pinza, sombrero y bastón en la mano y un hombre bajito y regordete que se hundía en un abrigo de piel de castor, por encima del cual emergía un sombrero hongo negro. El de los lentes se acaloró, diciendo:

— Señores, no comprendo a los bolcheviques, ¡no los comprendo en absoluto! Han disuelto el ejército, han abierto las puertas a los boches, y ahora gritan ellos mismos: ¡la revolución está en peligro! ¿Y qué van a hacer los alemanes? En Brest se les ha dicho: ni paz ni guerra, ni siquiera una barrera jurídica formal se les ha puesto delante. Habría sido una estupidez por parte de ellos no aprovechar el momento.

— Lenin aquí no tiene nada que ver —dijo el militar—. En Brest ha estado Trotski.

— Ay, queridos míos —terció el regordete del abrigo de pieles—. Lenin y el káiser tienen el acuerdo de socavar a Rusia por dentro. De eso escribieron ya el año pasado todos los periódicos.

— ¡Eso es un desvarío, con perdón por la rudeza!

— Nada de eso —siguió el regordete en sus trece—. Es un hecho que Lenin ha cruzado Alemania en su viaje a Rusia. ¿ ¡Es que el káiser habría permitido una cosa así en perjuicio propio! ?

— Señores, Lenin es ante todo ruso, de la cuenca del Volga, y procede de una honesta familia noble. Su padre era muy inteligente.

— Eso lo sabemos nosotros, querido mío —apabullaba a los contertulios el regordete del abrigo—. Pero es que Vladímir Uliánov está furioso por la ejecución de su hermano Alexandr y prestó el horrendo juramento de vengarse en las autoridades.

— A propósito —dijo el militar—, entre las peculiaridades distintivas de la nación alemana figuran la buena organización y la puntualidad. Los alemanes son gente justa e implantarán un orden riguroso.

— Ea, amiguito mío, ¡Dios nos libre de ese orden suyo! Vendrán y luego no nos los podremos quitar de encima.

— No se quedarán. Los alemanes mismos dicen: con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa menos sentarse encima.

— ¡Muy bien, muy bien dicho! —exclamó, riendo, el de los lentes.

Desde detrás de la casa de la esquina apareció una columna. Iban entremezclados civiles y soldados, todos con fusiles y cartucheras al cinto. Cerraban la columna carruajes de dos ruedas con ametralladoras emplazadas. En el último iban montadas varias mujeres con brazaletes de la Cruz Roja.

— Van a la estación, señores. Es el nuevo ejército de ellos.

— Buen revoltijo —hizo despectivo su evaluación el militar—. Con una guerrilla así contra tropas regulares...

— Quién sabe, quién sabe —intercaló un transeúnte.

Los tres le miraron. Iba bastante bien vestido. Buen abrigo con cuello de piel y gorro alto. Lo único que desentonaba eran las botas altas. Delgaducha la cara alargada, acabada en una perilla en forma de cuña. Los ojos emitían por los cristales de las gafas destellos de aplomo y socarronería.

— Los intelectuales siempre dudan —articuló el militar, sin dirigirse a nadie.

— La duda es hermana de la verdad —le respondió vivamente el nuevo contertulio—. Se acaba de recibir el comunicado oficial de que los alemanes han sido detenidos cerca de Narva y Pskov.

— ¿Será eso cierto, amigo mío?

— Mire mañana los periódicos.

— Y usted, perdóneme por la pregunta, ¿no será periodista?

— No, yo soy Kalinin, el alcalde de la ciudad... ¿Adónde se van? Sigamos hablando...

Y se echó a reír, satisfecho.

CAPITULO QUINTO

1

En marzo, Mijaíl Ivánovich Kalinin fue notando cada día más que le iba quedando tiempo libre, sin asuntos perentorios, y no sólo minutos, sino, a veces, horas enteras también. Podía permanecer con tranquilidad en el despacho, pensar sin prisas y sopesar las resoluciones propuestas. El alcalde de la ciudad no tenía menos ocupaciones, pero contaba ya con ayudantes firmes, y el personal administrativo se iba perfeccionando. Kalinin exigía a los nuevos colaboradores que acudían al municipio procedentes de las empresas, de las aulas estudiantiles o de los viejos funcionarios, que venían sacando ya muchos años brillo a los pantalones en las oficinas, que se percataran, ante todo, de la importancia de cuanto llevasen entre manos y de la responsabilidad que por ello asumían. Eran ellos, pues, quienes aplicaban directamente en la vida las disposiciones del Poder soviético.

En una buena hacienda, todo debe ir como la seda. En las cañerías había agua las veinticuatro horas del día; los tranvías funcionaban sin cesar; no había apagones; en las calles reinaba la limpieza y el orden; los pozos negros estaban vacíos; en los edificios funcionaba la calefacción y se hacían a su debido tiempo las reparaciones. Eso era un axioma. Los trabajadores municipales estaban obligados a tener tales servicios como norma. Los ciudadanos más aún. Que no vieran ni supieran los habitantes quién y cómo se preocupaba de todo eso.

Claro que en unos cuantos meses no se podía poner en pie una hacienda abandonada, tanto más por cuanto surgían sin cesar nuevas dificultades. El mal estaba en los caseros y en los dueños de las pequeñas empresas. Al sentir inmediatamente después de la revolución de febrero la debilidad de la dirección, dejaron de cumplir con sus obligaciones que no rendían un provecho directo. En las casas no se hacían reparaciones; las calles y los patios no se limpiaban, los inquilinos entraban sin empadronarse y les tomaban el alquiler que se les antojaba. ¡Que probase uno a controlar los alquileres, si en Petrograd

grado había unos veinte mil edificios particulares! La Duma urbana impuso incautarse de las casas de los infractores contumaces. Y en los domicilios espaciosos alojar a la gente pobre que habitaba en tugurios y sótanos.

Mijaíl Ivánovich miró el parte. Se habían confiscado casi cuatrocientas casas. La obra se había puesto en marcha; ahora avanzaría. El tenía que centrar la atención en el paro, que era el problema más complejo. En la ciudad habría no menos de cien mil personas sin ocupación permanente. ¡Una fuerza inmensa! ¡En qué dirección encauzarla, si la producción seguía disminuyendo, la construcción estaba casi paralizada y, además, regresaban del ejército muchos hombres repletos de fuerza!

Con pequeños remiendos no se arreglan las cosas. Se necesitaban medidas a nivel de toda la ciudad. A la mañana siguiente se reunirían en el concejo los dirigentes de las empresas e instituciones petrogradenses, los ingenieros y peritos, los médicos jefes de los hospitales... Kalinin propondría que se discutiera el plan de obras públicas.

Tenían el plan delante: unas hojas de papel unidas con un sujetador. En Petrogrado había bastantes calles que se cubrían en primavera y otoño de barro intransitable y hacía ya tiempo que se debían pavimentar. De ello se ocuparían cuarenta mil hombres. Otros tantos obreros repararían el alcantarillado y tenderían nuevos desagües de hormigón por las líneas catorce y quince de la Isla de Vasílievski. Parte de los obreros podrían ser enviados a las afueras de la ciudad y sacar turba.

Mijaíl Ivánovich Kalinin agregó un punto al plan: plantar huertos en el mismo Petrogrado y en derredor.

2

A Sila Semiónovich Shtiriov, lo mismo que a otros muchos obreros de la fábrica Putílov, le pusieron teléfono. Fue también por disposición de la Duma de la ciudad: quitar los teléfonos a los saboteadores y elementos no trabajadores y pasarlos a casas de obreros.

Mijaíl Ivánovich Kalinin telefoneó a su viejo amigo y le rogó que acudiese al municipio.

— Quiero pedirte consejo.

—Bueno —dijo Shtiriov—. Iré después del trabajo. A las siete.

Acudió a la hora exacta, pues era muy puntual. Dio las buenas tardes y tomó asiento en una crujiente silla.

—Dime, en qué quieres que te aconseje.

—Queremos fundar una sección de agricultura anexa a la Duma de la ciudad.

—¿Y qué tengo yo que ver en eso? De sobra sabes tú que me he pasado toda la vida en la ciudad. Ni mis abuelos ni mis bisabuelos se dedicaron a la agricultura.

—Aun con todo, escucha. Ahora hay pocas esperanzas en la aldea. Los campesinos mismos están después de la guerra hambrientos y descalzos, y ante todo taparán sus propios agujeros. Por eso nos hemos decidido a plantar huertos. A gran escala. El ruso está acostumbrado a los huertos. En los pueblos tiene sus patatas y sus coles; los obreros de las fábricas tampoco desdeñan los huertos. El hombre está en el taller, pero la mujer y los hijos trabajan el puñado de tierra que tienen al pie de las ventanas. ¿Te acuerdas de las veces que nos sacaron de apuros los huertecitos durante las huelgas?

Shtiriov asintió con la cabeza.

—Ahora nos disponemos a desplegar en grande las faenas agrícolas por dos caminos —prosiguió Kalinin—. Cada familia recibirá un trozo de tierra y se abastecerá de productos para varios meses al menos. Lo principal es que se deben plantar estos huertos sobre una vasta superficie para acumular hacia el otoño reservas de comestibles en la ciudad. En derredor de Petrogrado hay muchas tierras baldías, unas cuatro mil quinientas deciatinas. Para roturarlas se necesita una fuerte organización. Por eso reunimos en una sección de agricultura a especialistas y entusiastas. He incorporado a un agrimensor que tuve ya en el municipio de Lesnovski. Está negociando con los suecos para comprarles semillas y aperos agrícolas. Asignamos tres millones de rublos.

—Eso está bien, Kalínich, pero...

—Ahora te lo explicaré todo —sonrióse Mijaíl Ivánovich Kalinin—. El agrimensor es un hombre concienzudo, pero no entiende de máquinas. Le pueden endilgar artefactos inservibles.

—Conque se trata de eso... Claro que la cosa es seria. Lo que pasa es que estoy sujeto a la fábrica y no puedo apartarme de ella.

—Ni falta que hace, Sila Semiónovich. Te consideraremos consultante. Irás con nuestra delegación al extranjero y verás la mercancía. Luego la examinarás aquí, cuando la traigan. Anda, mira —dijo Kalinin, sacando varios prospectos—. ¡Qué sembradoras nos ofrecen! El arado también es bueno. Pero las caballerías no pueden arrastrar un arado como ése; y tractores no tenemos.

—¿Cómo dices que no tenemos? —Shtiriov sacó del bolsillo interior de la chaqueta, con aire de satisfacción, una fotografía—. Deléitate.

Mijaíl Ivánovich Kalinin reconoció en el acto a Semión en el joven soldado que iba sentado al volante de un tractor. Era asombroso lo que se parecía a su padre. El gorro de piel echado a la nuca y, cruzándole la frente de través, una venda blanca.

—¿Está herido?

—Un rasguño de un cascote de metralla en combate. Pero no se apeó del tractor —articuló, orgulloso, Sila Semiónovich—. Tiró de su cañón hasta que se acabó el combate. La foto se la hizo después, para recuerdo. Ha enviado dos fotos. Una te la puedo regalar.

—Muchas gracias —Kalinin abrió una carpeta nueva y limpia y puso la foto dentro—. La conservaré.

Luego de pensarlo, recortó con las tijeras las litografías en colores de las máquinas agrícolas que traían los prospectos y las metió debajo de la foto. Dijo, esbozando una sonrisa:

—La carpeta del futuro. ¿Eh, Sila Semiónovich?

Sila Semiónovich asintió.

—No compraremos las máquinas, Kalínich, empezaremos a hacerlas nosotros mismos. Y Semión, a propósito sea dicho, volverá dentro de unos días a la ciudad con su grupo de artillería pesada. De seguro que los tractores necesitan reparación, ya los veré...

—De acuerdo. En cuanto a los arados de tractor, ¿tendremos conversaciones con los comerciantes de ultramar?

—Tú mismo has dicho que hay que arar cuatro mil quinientas deciatinas.

—Sí, sí —confirmó alegre Kalinin—. Te doy otra vez las gracias, Sila Semiónovich. Por la conformidad, por la foto y por la propuesta, que es importantísima.

3

Kalinin no aguardó hasta el final del día; se fue antes de lo ordinario, renunciando al automóvil. Tenía ganas de estar solo. Caminó con las manos en los bolsillos del abrigo de largos faldones y alegrándose del cielo despejado, tan poco frecuente en la capital nórdica. Y en casa, en Viérjnaya Troitsa, miraba a veces a la lejanía y veía verdecer vivamente sobre el fondo azul celeste las coronas de los árboles, abedules esbeltos como doncellas que pasean por un prado. ¡Qué azules son los ríos en la cuenca alta del Volga, donde él nació! Y los campos turquíes cuando florece el lino. El paisaje es tan bonito que uno puede quedarse embebido.

En esta tierra, la vida debe ser bonita y dichosa también. Pero hasta la felicidad aún quedaba un gran trecho y no había suficiente para todos. El destino se volvía a veces rudo padrastro y no padre cariñoso. Había de todo: sequías, lluvias torrenciales y heladas feroces. Mas no era eso lo que torturaba a los campesinos de Tver. Les impedía vivir la falta de tierra. En Viérjnaya Troitsa, por ejemplo, había cuatrocientos setenta hogares. Y la superficie de todas las haciendas sumaba cuarenta y siete deciatinas. Cualquier terrateniente —eran ocho en el subdistrito— tenía más tierra que todos los vecinos de la aldea juntos. Por eso los campesinos se apiñaban en sus pegujales. En los años buenos apenas si duraban el trigo y las patatas hasta la primavera. Y si la cosecha era mala, para Navidad ya no tenían alimentos. Para dar de comer a la familia, los hombres iban en busca de jornales. Acababan las labores del campo y se iban por cuadrillas a hacer trabajos de carpintería en Kashin, en Tver y, a veces, a Moscú e incluso San Petersburgo.

A Kalinin le extrañaba desde la misma infancia esa incongruencia entre la belleza arrobadora de la naturaleza, la tierra generosa y la dura vida de los campesinos eternamente preocupados por el día de mañana. ¿Por qué estaban sin cultivar las tierras de los señores, y los campesinos no tenían donde dar pasto al ganado? ¿Por qué el terrateniente poseía una mansión como un palacio, y el campesino ni el tejado tenía con qué arreglar? El soldado viejo que vivía soltero en el extremo de la aldea caldeaba la isba con una estufa humeante. Los chiquillos que iban a su isba en invierno a que les inseñara las letras, previo pago, tan pronto temblaban de frío como tosían y

estornudaban, cuando el soldado encendía la estufa, y la isba se llenaba de humo.

Mijaíl Ivánovich Kalinin se sonrió con ironía, al recordar al soldado, persona tenaz, paciente y concienzuda. Se ganaba honradamente el dinero que recibía. Apenas si sabía las primeras letras, pero se las enseñaba severamente a los chiquillos. Les hacía repetir sin cesar el alfabeto. Y repetirlo cuanto más alto mejor para que los padres los oyeran en la aldea y se convencieran de que no pagaban en vano al viejo, de que no le daban de comer en vano por turno.

Bien o mal, el soldado enseñó para la primavera a los chiquillos a leer, silabeando. Con eso acabó la enseñanza para la mayoría de los coetáneos del pequeño Mijaíl Kalinin. Ayudó a Kalinin una casualidad. O tal vez no lo fuera. Alimentaba unos deseos inmensos de aprender a leer y tenía mucha envidia a los que leían de corrido libros.

Aproximadamente a una versta de la aldea se encontraba la finca señorial de Tetkovo. Una casa espaciosa de seis columnas blancas y dependencias para la servidumbre. En derredor, un vasto jardín con macizos de flores. Allí venía de la capital todos los veranos un general grueso con su esposa e hijos. En la aldea hablaban con respeto de él: era un señor importante y severo, pero justo, y no molestaba a nadie sin motivo. Los campesinos apreciaban a María Ivánovna, la esposa del general, por la sencillez y el buen talante. Tenía seis hijos y sabía por experiencia propia lo que era ser madre. Si oía, pongamos por caso, que en la aldea había un niño enfermo, iría sin falta a dar un consejo de cómo curarlo y llevaría el remedio.

Los chiquillos de la localidad apenas si se trataban con los del señor general. Estos pasearían y jugarían sin fin, en tanto que los chiquillos aldeanos trabajaban desde corta edad. Tan pronto había que llevar la vaca al rebaño como el caballo al pasturaje nocturno o cuidar de la hermanita menor.

Una vez recogía el pequeño Mijaíl fresas en una ladera calentada por el sol cuando vio de pronto a los hijos de los señores. Los llevaba una institutriz como una oca a sus polluelos: en fila india y de mayor a menor. El día era templado, y todos ellos llevaban botas, trajecitos iguales, todos con el pelo bien cortado y todos bien limpitos. Mijaíl quiso echar a correr, pero los hijos de los señores lo

rodearon y empezaron a preguntarle si llevaba muchas bayas, cuáles eran comestibles y con cuáles podía uno intoxicarse. El pequeño Mijaíl se puso a contar y se le desató tanto la lengua que se olvidó de la turbación. Llevó a los chiquillos a la linde, donde las fresas rojeaban por todas partes entre la hierba. Cuando hubieron comido bastantes, decidieron jugar al escondite. La institutriz quedó satisfecha de haber encontrado a un ayudante.

Cuando volvieron a la finca, la institutriz llevó ante la señora a aquel chiquillo modesto que no decía ninguna palabra fea, que conocía todos los senderos de los contornos... Puede que sin más ni más y puede que llevada de su bondad, María Ivánovna, que así se llamaba la señora, acarició al rapazuelo delgaducho y descalzo que miraba atento y asombrado el mobiliario de la casa señorial. Lo sentó a comer y le hizo preguntas sobre la familia y los conocidos que tenía en el pueblo. El pequeño Mijaíl se sintió en seguida bien con ella.

Los hijos de los señores eran también sencillos, no se jactaban de nada ni buscaban las cosquillas a nadie. Todo lo contrario, se alegraban sinceramente cuando Mijaíl los visitaba. María Ivánovna tenía confianza en él como si fuera mayor. Con él dejaba a sus hijos que fueran al bosque, al prado y al río. Sabía que Mijaíl no se perdería ni dejaría a los pequeños en peligro.

En la familia del general se acostumbraron a Mijaíl Kalinin. Y él lo pasaba bien allí. Pero no podía acudir con frecuencia, pues trabajaba en casa y en el campo, ayudaba a los mayores.

Su madre le aconsejó que pidiera que lo dejaran como mandadero. Así lo hizo. Y la señora no se lo denegó. Mijaíl Kalinin se pasaba los días enteros con los hijos de los señores. Estos leían mucho. Y Mijaíl procuraba leer también, uniendo a duras penas las letras en palabras. Cuando se ponían a aprender una poesía, Mijaíl se unía a ellos. Y se la aprendía antes que los hijos del general. Estos se alegraban por él. Veían con qué ansia quería aprender. Tuvieron la buena idea de convencer al padre de que mandara a Mijaíl a seguir estudiando. Al general no le costaba mucho, pues era curador de la escuela municipal del subdistrito Yákovlevskoe, aldea que distaba doce verstas de Viérjnaya Troitsa.

El general conversó con Mijaíl, le aconsejó que estudiara con aplicación para caminar por la ancha

calzada de la vida. Con lo cual se fue a la capital, llevándose a la familia. Mijaíl fue con su padre a Yákovlevskoe.

¿Cuántos años cumplió entonces? Once. Pero las impresiones de aquellos días eran tan fuertes que se le grabaron para siempre en la memoria. Viejos abedules delante del portal de la escuela. El encerado negro de la clase con una grieta en el ángulo inferior de la derecha. Un pupitre largo, en el que se sentaban seis chiquillos de una vez.

Mijaíl Kalinin esperó con impaciencia al maestro. ¿Cómo sería? ¿Tendría tan mal genio y sería tan generoso en dar sopapos como el soldado viejo? ¿O más severo aún?

Se oyó el melodioso tintineo de la campanilla, se abrió la puerta... y en la clase entró una mujer joven de altiva belleza con una blusa de blancura deslumbrante y unos ojazos joviales.

Anna Alexéievna Bobrova, ¡su primera maestra verdadera y persona de alma encantadora! Gracias a ella tuvo él fe en sus fuerzas y comprendió que era capaz de mucho. No le salía bien la caligrafía. Le resultaba difícil sujetar la fina y ligera pluma con los dedos endurecidos por el trabajo. De noche, cuando los compañeros descansaban después de haber preparado las lecciones, Mijaíl quedaba solo, sentado a la mesa. Escribía con esmero letra tras letra. Centenares de letras. ¡Miles de letras! Los dedos se le quedaban yertos, se le nublaba la vista de la tensión, y él escribe que te escribe. Así cada noche, hasta que sacó una caligrafía pulcra.

Mijaíl estudiaba con avidez, aventajando a los de su edad. Desde el otoño hasta la Navidad pasó dos clases, la inferior y la semimedia. Lo pasaron a la clase media. Nadie más de la escuela sabía tantas poesías como él. Nadie, quizás, leyera tantos libros como él. Anna Alexéievna le traía libros de casa, de su pequeña biblioteca. Le dejaba libros no exigidos en el programa.

Por entonces él andaba malísimamente vestido, peor que todos los demás. Tenía una sola camisa y unos solos pantalones. Cuando iba a casa, a pasar el domingo, su madre se ponía a lavar, y él esperaba desnudo junto a la estufa que se secara su ropilla. Y aunque tenía una sola camisa, la llevaba siempre limpia y planchada. No hubiera recibido de nadie ningún regalo, ninguna limosna por pobre. Pero no titubeó en aceptarla de Anna Alexéievna, pues comprendió que se la daba de corazón. Fue apartan-

5—56

do dinero de su modesto sueldo mensual para comprar a su mejor alumno unas botas altas de fieltro, una camisa y un cinturón. Temía que él no lo aceptara. Pero él estalló de alegría y no encontró siquiera palabras para agradecérselo. Se sentía dichoso de tanto cuidado. Y ella parece que también.

Pasado algún tiempo, Anna Alexéievna fue la única testigo de las lágrimas de él. Hacía mucho que él no había llorado, hasta se había olvidado de cuándo fue la última vez. Y lloró el día en que debió haber bailado de alegría. El 1 de mayo de 1889 terminó la escuela municipal. En dos años en vez de cuatro. Le entregaron una hoja elogiosa por su conducta ejemplar, su aplicación y sus adelantos. Los compañeros lo envidiaban, y él, al despedirse de Anna Alexéievna, no pudo contener las lágrimas. Tenía trece años, y comprendía ya que su época dichosa quedaba en el pasado. Ansiaba saber, igual que ansía comer el hambriento; pero le aguardaba una vida de campesino: un pedazo de tierra y trabajo de temporero.

Luego, en la cárcel y en la deportación, Kalinin recordaba a menudo a su maestra y pensó en que su vida habría sido muy distinta de no haber tenido a su lado a personas tan solícitas como Anna Alexéievna Bobrova.

Mijaíl Kalinin pasó en su aldea natal un solo verano. En el otoño, la familia del general se lo llevó a San Petersburgo. Y se lo llevó igual que antes, como mandadero. Varios años después entró a trabajar en una fábrica y se hizo un tornero cualificado. Aprendió qué es la lucha revolucionaria de clase en la fábrica Putílov. Allí mismo conoció el marxismo.

4

En el transcurso del invierno, Mijaíl Ivánovich Kalinin había perdido la costumbre del trabajo manual. La tierra era de turba, blanda, y la pala ligera; media hora después se sentía cansado, le empezó a doler la cintura. Lió un cigarrillo y, dando una chupada, miró la maña que se daba y lo rápido que cavaba su mujer. A Ekaterina le dio tiempo de hacer más que a él. Su aspecto era también de joven y ágil. En los meses de hambre había adelgazado mucho, y llevaba el pelo corto.

— ¡Estás hecha verdaderamente una guapa moza! Si yo no estuviese casado, te pediría la mano.

— Pues yo aún lo pensaría —repuso Ekaterina Ivánovna, moviendo los hombros—. ¿Qué clase de hombre es éste que, apenas suelta una paletada, se pone a fumar? ¿Puede alimentar a la familia un hombre así?

— Ah, Katia, en una casa buena, la mujer sostiene tres rincones, y el marido sostiene el cuarto.

— Sin el cuarto no se sostiene la isba.

— El que me toca lo sostendré.

— Y la ciudad por añadidura —rióse la esposa, no pudiendo menos de mirar hacia donde se divisaban las moles grises de las edificaciones y humeaban débilmente las altas chimeneas.

Se arregló el pelo y volvió a cavar con maña y ahínco.

Por todo el vasto campo circundante había gente trabajando. Hacía buen tiempo, era domingo y había llegado el momento preciso de sembrar patatas. Muchos trabajadores del municipio habían acudido con sus familias. En el campo contiguo, doblándose en ángulo recto, el larguirucho agrimensor clavaba afanoso la pala hasta el mango. Su mujer y su suegra eran gruesas y paticortas, de seguro que finesas.

Al lado del agrimensor trabajaba el practicante Protoyereiski. Este clavó para empezar una estaca nudosa en el extremo del sector, colgó cuidadosamente en él el abrigo de su mujer, luego el suyo y, por último, la chaqueta. Se quedó con el negro chaleco puesto, bajo el cual se veía una camisa blanca limpísima. El practicante cavaba torpón y sin gran deseo: a cada paso pedía consejo al agrimensor.

Alguien encendió una hoguera con hierbas y hojas secas. Salía un humillo algo acre: el humo caliente se mezclaba con oleadas de aire frío y embriagadora pureza. Kalinin aspiró hondamente; hasta le dio vueltas la cabeza. ¡Qué delicia!

— ¡Iván Efímich, eh, Iván Efímich! —llamó a su vecino, que volvió la cabeza vivamente.

— ¿Eh?

— Te esfuerzas mucho —bromeó Mijaíl Ivánovich Kalinin—. ¿A que te han salido callos? Vamos a pasear un poco.

Iván Efímovich Kotliakov miró con pena el haza cubierta de maleza, sin cavar aún, y clavó la pala con brusco movimiento.

— Ya que lo manda la jefatura...

— De eso se trata, de que lo manda la jefatura —dijo

Kalinin, cediéndole el paso por la senda—. Hay un acuerdo definitivo sobre nosotros que se publicará dentro de unos días. La Duma municipal se considera disuelta. Desde hoy, el Soviet de Petrogrado será el organismo no sólo político, sino administrativo también. Será un centro único.

— ¿Y nosotros?

— Lo que suponíamos. Anexo al Soviet se crea el Comisariado de la Administración urbana de la Comuna de la ciudad de Petrogrado. A mí me han designado comisario, y a ti, vicecomisario de la administración urbana.

— Gracias por la confianza, y en cuanto a la reestructuración, no sé si alegrarme de ello o esperar por ahora.

— Alégrate, Iván Efímovich. Bien vistas las cosas, nosotros hemos trabajado como sección del Soviet de Petrogrado. ¿Para qué, pues, dos instituciones distintas? Que sea un solo órgano el que ejerza la dictadura del proletariado.

— No lo entiendo, Mijaíl Ivánovich, ¿nos han degradado o nos han ascendido?

— ¿Qué más da, Iván Efímovich? Estaremos en el cargo que hagamos falta al partido. Tengo además una idea sobre nuestra vida doméstica. Organicemos una comuna en nuestra casa. Para que todos los inquilinos llevemos la vida de mancomún, guisemos en una misma cazuela para todos y por turno.

— La idea es acertada al parecer —articuló Kotliakov, titubeando—. Por la comuna yo voto siempre. ¿Y qué harán nuestras mujeres con sus platos y cucharas?

— ¿Congeniará la tuya con la mía?

— Las nuestras son conscientes; pero, además de ellas, hay tantas...

— No lo haremos de golpe, comenzaremos por las cosas pequeñas. Nos resultará, será un buen ejemplo para otros.

— No las convencerás ni con el ejemplo, están muy aferradas a lo suyo —dijo con cautela Kotliakov.

Las parcelas destinadas para huertos quedaron atrás. Kalinin y Kotliakov caminaban ahora por la linde del monte bajo que se prolongaba a lo largo de un riachuelo. Más allá había una hondonada que recordaba por la forma una artesa. Allí había antes un campo de tiro. El fondo de la hondonada, los taludes laterales y la alta albarrada, de unos tres metros, para detener las balas

hacía ya tiempo que se habían cubierto de césped. Sólo en la albarrada, tras los tableros para los blancos, habían sido retirados los tepes y amarilleaba la arena en los hoyos. Allí trabajaba un hombre vestido con guerrera de soldado.

Ese hombre dejó a un lado el pico, se enderezó y comenzó a echar arena con una pala grande en un tamiz, grande también, de alambre.

— ¡Buenos días! —lo saludó Kalinin.

El soldado miró hosco y receloso a los recién llegados. Una mejilla suya, cruzada por una cicatriz, parecía totalmente sin vida y era hasta desagradable mirarla. Pero Mijaíl Ivánovich ahogó esa sensación y dijo una vez más.

— ¡Buenos días! ¿Estás preparando la tierra para plantar un huerto?

— ¿Y quién eres tú para preguntar?

— Hoy ha salido la gente a plantar huertos.

— Yo no lo necesito.

— No seas grosero —terció Kotliakov—. Hay que tener respeto.

— ¿Por qué razón he de teneros respeto? —repuso el soldado con insolencia—. ¿Sois acaso señores instruidos, hombres de ciencia o nobles? Tan aldeanos como yo que servís sólo para cavar en los huertos.

— Tienes mucha labia —dijo en tono conciliador Kalinin—. Pero haces mal con gallear. Los huertos dan de comer a la gente y no es pecado cavar en ellos. Y tú, ¿qué es lo que haces? ¿Buscas un tesoro?

— ¿Soy tonto de remate para buscar un tesoro en pleno día? Los tesoros se buscan en noches de luna. Yo saco mineral útil.

— ¿Mineral? ¿Util? —extrañóse Kalinin.

— Los soldados han tirado tiros durante diez años en esta tierra y la han mechado de plomo como el salchichón de tocino. Con esta vida nueva no consigues salchichón, pero lo que es plomo, ahí, está.

— Vaya industria —rióse Mijaíl Ivánovich—. ¡Hay que tener imaginación!

— Y se tiene, cuando no hay qué comer.

— ¿Es rentable el negocio?

— Siempre hay deseosos de comprar plomo.

— Pues claro —asintió Kalinin—. El artesano necesita plomo, y el campesino también, sin hablar ya de los cazadores y pescadores. ¡Eres muy vivo!

— ¿Es que no se puede? ¡La tierra es ahora de todos!

—Cava, que no te vamos ahora a hacer la competencia. ¡Pero la ocupación no es segura! ¿Durará mucho?

Desanduvieron lo andado a lo largo del riachuelo al encuentro de la alegre algarabía que se oía por la parte de los huertos. Kotliakov arrancó una rama, se dio unos golpecitos en la bota y dijo pensativo:

— Es un individuo algo raro.

— Recoge restos del pasado —repuso Kalinin.

5

—Dígame, ¿es Sila Semiónovich? ¿Me has conocido?... ¿Quieres ver cómo trabaja tu hijo para la comuna de Petrogrado? Eso pensaba, sí. Iré a recogerte, espera.

A otros quizá no, pero lo que es a Shtiriov, le resultaba interesantísimo visitar el campo colectivo. El había sido quien organizara en la fábrica la reparación de los tractores del grupo de artillería pesada y recibiera los arados de tractor traídos de Suecia.

El sol alumbraba desde el cielo despejado y calentaba como en verano. Sila Semiónovich se quitó la chaqueta y se arremangó, dejando al desnudo los musculosos brazos. La vieja camisa le ceñía los hombros bien formados. Mijaíl Ivánovich Kalinin le dio un amistoso empellón, y él ni siquiera se tambaleó.

— ¡Qué fuerte estás! —exclamó Kalinin, entusiasmado—. No pasan los años por ti.

Al lado del metal se hace uno fuerte —dijo Shtiriov con ironía.

El campo comenzaba inmediatamente después de las casas del poblado fabril y se prolongaba hasta muy lejos, hasta el mismísimo bosque. En un extremo cavaban los hortelanos. Un campesino araba su parcela. Trabajaba seguramente desde muy temprano, estaba cansado él, el caballo tropezaba en el surco, pero había podido labrar menos de la mitad del terreno. Más allá y a la derecha pasaba una amplísima franja de tierra roturada por los arados de tractor. Al final de esa franja, junto al bosque, se desplazaban tres máquinas en escalera que parecían desde lejos escarabajos negros.

Se aproximaban, arreciaba el ruido de los motores y, poco después, se vieron las relucientes rejas que partían con uniformidad y fuerza la dura tierra. Los arados igualaban un lindero tras otro, allanaban los montículos poblados de maleza y llenaban los hoyos, lavados por los regueros. Los tractores iban dejando el labrantío limpio y listo para recibir las semillas.

— ¡Así debería ser en todas partes, Sila Semiónovich! —apuntó entusiasmado Kalinin—. El caballo de hierro impulsará de golpe el campo un cuarto de siglo adelante.

— Cuándo será eso...

— ¡Tenemos ya ahí una columna de tractores!

— Una en toda Rusia.

— Lo que vale es el primer ejemplo, la primera experiencia.

El tractor delantero se detuvo. Saltó de él un tractorista con gorra de soldado, que clamó:

— ¡Padre! ¡Tío Mijaíl! ¿Veis?

— Vemos, vemos —repuso comedido Sila Semiónovich, ocultando una sonrisa.

— ¿Verdad que resulta? Yo ni siquiera pensaba que haríamos tanto.

— Kalinin va a mirar ahora si no hay rodales sin labrar.

— Está bien; por ser la primera vez, en honor de esta fiesta, no voy a buscar rodales sin labrar —echóse a reír Mijaíl Ivánovich, abrazando al joven tractorista—. ¡Sois unos hachas, compañeros! ¡Eso es todo lo que os quiero decir!

6

Galina Gueórguievna había adelgazado, desmejorado y perdido el buen color de cara. En casa hacía frío y faltaba el agua varios días. En el apartamento de unos vecinos de la misma escalera, pero en otro piso, ladrones se habían llevado todo lo de valor.

Por si fuera poco, la había tenido muy preocupada el marido, pues dos meses estuvo sin recibir noticia de él. ¿Donde estaría? ¿Lo habrían matado los alemanes? ¿Lo habrían destrozado sus propios soldados? Sólo a fines de marzo lo trajo herido Kuzmá Golopiórov.

La llegada de ellos la alivió. Kuzmá, que no reconocía otra autoridad que la de los Yaropóltsev, era insolente y grosero con todos dos demás, tenía en el recibidor, junto al perchero, el fusil y tiró escaleras abajo a un

apoderado que fue a comprobar cuántas habitaciones ocupaba la familia.

A Dios gracias, los fríos ya habían pasado, el marido se había recobrado y ahora se podía pensar en cómo seguirían viviendo.

Permanecían en la sala de estar. Desde la ventana se veía el luminoso y vasto crepúsculo, que ocupaba medio cielo, y en los rincones de la sala se acumulaba la penumbra. Galina Gueórguievna se volvió de espaldas a la ventana: su silueta oscura se dibujaba nítidamente en el fondo rojizo. Mstislav Zajárovich Yaropóltsev miraba a su esposa y pensaba que, vestida como estaba, con su modesta bata de andar por casa, fatigada por las preocupaciones, le gustaba tanto o más que el día de la boda. El se lo habría dicho con placer, pero no quiso interrumpirla.

— Yo no propongo ir a Estocolmo o París, aunque sería ideal —decía Galina Gueórguievna—. Los chiquillos estudiarían allí, y tú te repondrías... No, no insisto —sonrió ella con ironía, notando el movimiento impaciente de los dedos de él—. Dices que la historia condena a quienes abandonan a su Patria en los años de pruebas. Sea. Pero debemos marcharnos de San Petersburgo. Aquí la vida se hace insoportable. Los comercios están cerrados; y los mercados vacíos. Los bandidos andan sueltos. No estaría mal que nos fuéramos al campo, a alguna región fértil. Aunque sea a Novocherkassk, a casa de mi tía.

— Según los rumores, en Novocherkassk están ya los alemanes.

— Entonces, a Tambov o a Vorónezh.

— Tengo que pensarlo.

— Querido mío, llevas pensando todo un mes. Nos han quitado todo lo que teníamos. ¡Desde la tierra hasta tus hombreras de teniente coronel¡ ¿Qué otra verdad necesitas? Hasta el teléfono han quitado —pronunció de mal genio Galina Gueórguievna—. No tardarán en llegar a nuestras habitaciones y alojarán allí a sus lúmpenes. ¿Es eso lo que esperas?

— No quiero precipitarme —dijo con suavidad Mstislav Zajárovich, tranquilizando a su mujer—. No discutamos ni nos excitemos.

— Está bien —asintió ella, cansada—. Con tanto mayor motivo que en las farmacias no hay gotas de valeriana.

— ¿Dónde compras los medicamentos?

— Se los compro al farmacéutico de siempre, pero por la puerta de servicio y tres veces más caros. Además, no admite billetes. Me lo has recordado a tiempo: debo enviar en su busca. Llama, por favor.

— Estoy aquí, mi teniente coronel —dijo Golopiórov, entrando.

— Kuzmá —dijo Yaropóltsev, entornando los ojos—, ¿es que no sabes que ahora no hay más que ciudadanos y camaradas, y eso de señores y mi teniente coronel está abolido? — Para unos estará abolido, pero para otros no.

— ¿Entonces para ti no?

— ¡Así es! El señor sigue siendo señor, se suprima o no el título. Eso lo manda el mismo Dios. Si pones a un campesino o un obrero en el puesto del señor, se ve en seguida que es un mujik y no un señor. Kalinin, por ejemplo, es el mandamás de toda la ciudad y está sembrando patatas en el huerto comunal.

— ¿Kalinin? —animóse Mstislav Zajárovich ¿Lo sabes de seguro?

— Lo he visto cuando estaba yo sacando mineral útil.

— Bien, bien... ¿De manera que no has dejado aún tus minerales?

— Que no, mi teniente coronel. El plomo no es dinero de papel, por él dan pan.

— Haz como creas conveniente... Pero, de todos modos, llámame por el nombre y el patronímico, al menos delante de la gente.

Galina Gueórguievna recordó:

— Kuzmá, hoy espera el boticario.

— Así, es. ¿Me permite ir, mi teniente coronel?

— Ve, Kuzmá; eres incorregible.

— Es una persona leal —Galina Gueórguievna siguió a Golopiórov con la mirada—. Cuando se establezca el orden, habrá que agradecérselo. Haría un buen administrador. ¿No me oyes?

— Perdona, me había quedado pensativo. ¿Sabes lo que pienso hacer? Iré a hablar con Kalinin. Procuraré poner en claro qué porvenir tenemos deparado.

7

— Nosotros hicimos entonces todo lo que nos pidió —dijo Kalinin, luego de saludarlo—. Pusimos orden en el cuartel.

— ¿No lo ha olvidado aún? —se extrañó Yaropóltsev.

— De la memoria no me quejo —Mijaíl Ivánovich invitó a sentarse al invitado con un ademán y quiso agregar que los ex militares de la nobleza no solicitaban audiencia a menudo, pero se contuvo. No delató con nada su curiosidad ni su interés.

— En esta ocasión no tengo peticiones que hacer, sino preguntas.

— Usted dirá.

— Quiero comprender en fin de cuentas qué sucede... Empezaré por lo de menos monta. A un conocido y a mí nos han quitado el teléfono. Según su terminología, nosotros somos explotadores y no somos dignos de tener ni teléfono. Los han entregado a los parias. Si bien la persona que posee teléfono personal, perdone, no es ningún proletario... Pero no se trata de eso. Fuera del servicio, yo me las arreglaré sin teléfono. Pero mi conocido es ingeniero, un gran especialista en la extracción de turba. Desde el municipio mismo de usted le han telefoneado para consultar con él, y él no se ha negado. Ahora, en general, está apartado del mundo y de los asuntos.

— ¿Por qué no trabaja? ¿Sabotea?

— Está por encima de eso. No lo llaman, y él, como es natural, no va. Antes lo tenían en aprecio, y ahora no le hace falta a nadie y quiere marcharse a Noruega. Lo llaman desde allí con insistencia. Es probable que en Noruega falte turba, y en Petrogrado haya exceso de combustible.

Kalinin repuso tranquilo y serio:

— Las reservas de combustible se están acabando. Esperamos el invierno muy inquietos. Y este señor ingeniero no comprende, por tanto, que la turba no la necesito yo personalmente; la necesitamos todos, ¡la necesita toda la ciudad! ¿Piensa en eso el ingeniero de que usted habla?

— En primer lugar, en eso deben pensar ustedes, y preocuparse de ello también, puesto que han tomado el poder.

— Lo tomamos cuando en la ciudad había pan para un solo día. El combustible lo distribuimos con cuentagotas. Esa es la herencia que recibimos.

— Comprendo cuán difícil le es; pero no puedo compadecerlo.

— No necesitamos compasión de nadie... ¿Y qué tal el

especialista en turba de que me habla? ¿Lo inquieta algo, excepto el amor propio y los intereses personales?

— No lo sé. En su lugar, yo no obraría así.

—¿Qué quiere decir?

— Lo más sencillo es marcharse y observar los sucesos desde la barrera, desde un rincón cómodo. Eso no habla en su favor.

— Estoy de acuerdo con usted. Y a su conocido dígale que si el motivo es el teléfono, se lo devolverán. Pero usted no ha venido aquí sólo para hablar de teléfonos, ¿verdad? Eso, en el lenguaje de ustedes, en el lenguaje militar, es sólo una escaramuza de exploración... ¿Afortunada?

— Por completo —el pálido semblante de Yaropóltsev se animó. Se recostó en el respaldo de la silla—. Mi esposa me ha rogado que sea cauteloso. Pero yo, con su permiso, no seguiré el consejo de ella. Quiero hablar con sinceridad.

— De otra manera perderíamos el tiempo en vano.

— Eso mismo pienso... Perdone, pero yo no puedo comprender para qué han disuelto ustedes, los bolcheviques, el ejército y privado del apoyo principal al Estado.

— Era el viejo ejército y no podía defender los intereses del pueblo, los intereses de la revolución.

— Pero defendía el país contra los alemanes, y ustedes han destruido esa defensa, han abierto el camino al adversario.

— No —dijo Kalinin—. Y una vez más no. Aquel ejército había caducado, lo mismo que el régimen que lo había creado. La revolución no ha hecho sino acelerar el proceso. El ejército había comenzado a descomponerse mucho antes, ya en los tiempos del zar, y durante el Gobierno Provisional esa descomposición fue progresando con singular rapidez. Usted, que es hombre de armas, debe conocer hechos como los siguientes: en el verano del año diecisiete el ejército ruso contaba con unos diez millones de hombres, incluidos los servicios de retaguardia, la Cruz Roja y todos los demás departamentos. Diez millones son una cifra imponente, ¿verdad? Pero de ellos, en el frente mismo, en pie de armas había poco más de dos millones. La quinta parte. La inmensa mayoría de los otros efectivos parasitaba solamente en el organismo castrense. ¿Es que eso no es un testimonio de descomposición?

— El organismo se podía sanear.

—¿Para qué enmendar lo podrido? Es mucho más seguro crear un ejército completamente nuevo, popular. Compuesto de soldados y marinos revolucionarios, de esos destacamentos de soldados rojos que han demostrado ya en los combates su capacidad para defender la Patria y la revolución.

—¿Lo han demostrado? —inquirió con irónica risita Yaropóltsev—. Los alemanes han ocupado toda Ucrania; la caballería alemana abreva sus caballos en el mismísimo Don, y no en el Vístula ni en el Dniéper. Los alemanes están en Polonia, en Letonia... Finlandia se ha separado. Los turcos tienen puestos los ojos en el Cáucaso. Lo peor es que nos van a deshacer a picotazos y arrancarnos la carne a trozos sanguinolentos.

—¿Se necesita mucho tiempo para instruir y templar un ejército? —inquirió quedo Kalinin—. ¿Semanas? ¿Meses?

—Es posible que incluso años.

—Lo ve usted, y nosotros no hacemos sino empezar... Y puestos ya a hablar del nuevo ejército, permítame que le pregunte: ¿por qué está usted aquí, en Petrogrado?

—¿Y dónde quiere usted que esté? —extrañóse Yaropóltsev.

—Recuerdo lo impaciente que estaba usted por ir al frente en otoño, las ganas que tenía de batirse con los alemanes. ¿Por qué ahora, cuando la situación es mucho peor, usted está en casa, y no en el Estado Mayor del Frente Oeste, en Smolensk? ¿Por qué no está en los cuarteles, donde se van formando los nuevos regimientos? ¿Argüirá también que no le han llamado?

—No se trata de llamadas.

—En efecto —asintió Kalinin—. También yo adivino que los alemanes no le parecen, en absoluto, tan peligrosos como en otoño. Ahora piensa no tanto en ellos como en los privilegios que ha perdido.

—Todo eso se puede arreglar.

—¿Qué ha dicho? ¿Que se puede arreglar? —Kalinin se inclinó hacia él.

—Pasará el tiempo, se calmarán las pasiones despertadas por la guerra y la revolución y se podrá discutir tranquilamente de nuestras tierras, fincas, fábricas y encontrar una solución aceptable para todos.

—La solución ya está encontrada —dijo Mijaíl Ivánovich—. ¿Para qué buscarla otra vez!

—Recuerde la historia —objetó Yaropóltsev— La

revolución de ustedes no es la primera; antes hubo también revoluciones; pero, en última instancia, todo retornó a los principios inconmovibles.

—De eso se trata, ¡de que nuestra revolución se distingue radicalmente de todas las pasadas! Nuestra revolución es una revolución socialista, eso es lo que se debe comprender, una revolución que no sustituye a unos explotadores y opresores con otros, sino que liquida totalmente toda explotación y toda opresión. El poder ha pasado a manos de los dueños del Estado, de los obreros y los campesinos.

—No se pueden infringir las leyes básicas, y usted las desecha.

—Todo lo contrario —sonrióse Kalinin—. Lo que hacemos es precisamente restablecer la justicia histórica. ¡No habrá retorno al pasado!

—¿Está usted seguro por completo de eso? —inquirió Yaropóltsev.

—Por completo. Dígame con sinceridad, poniéndose la mano en el corazón: ¿vivían bien los campesinos en las provincias donde estaban las fincas de usted?

—Vivían en la pobreza. En algunos sitios, incluso en gran pobreza, si medimos con rasero europeo.

—¿Era grande la diferencia entre la situación de los obreros y los capitalistas, los propietarios?

—Considerable —repuso cauteloso Yaropóltsev.

—Pues los campesinos y los obreros constituyen las nueve décimas partes de la población, si no más. Y son personas lo mismo que los otros. Pero al hijo tonto del terrateniente le han enseñado, le han inculcado a la fuerza el saber, mientras que el talento de los campesinos ha salido a flote con grandes dificultades. El terrateniente y el capitalista vivían rodeados de lujo; el obrero y el campesino, en la miseria. Pues bien, nosotros hemos acabado con eso. El pueblo se ha erguido de golpe, tan pronto como ha sentido la libertad verdadera. ¡Ahora no hay quien lo doblegue ni con el hambre, ni con el frío ni con la fuerza!

—Gracias por la explicación —dijo Yaropóltsev, poniéndose en pie—. Ahora ya sé bien lo que debo hacer: ir al Sur. Dejaré la familia en Vorónezh y seguiré el camino hasta el bajo Don. Allí están los alemanes, allí está el frente principal.

Mijaíl Ivánovich Kalinin lo miró fijo a los ojos:

—Allá van ahora muchos jefes y oficiales, allá ha

huido el general Krásnov. Ha faltado a su palabra de no luchar conta los Soviets y se ha escapado. Allí hay ahora dos frentes.

8

Kolia pasaba aburrido el verano. Sin libertad alguna; aguardaba que escampara la tormenta, como una alimaña en su guarida. Los chequistas* de Petrogrado la habían emprendido de firme. En abril desbarataron ya una organización de anarquistas y se llevaron a los mozos más revoltosos. Luego parecieron dar una tregua, y en junio dieron otra pasada, como con lendrera, por la ciudad. Detuvieron a más de dos mil sujetos contrarrevolucionarios: burgueses, militares y funcionarios. La gente del hampa caía también con ellos. Resultaba peligroso salir a la calle de noche, aparte de que en verano las noches son cortísimas. Leonid Chikin le mandó que se agazapara y respirase una vez de cada dos. Pues bien, Kolia acortaba los días tediosos en la taberna, en las habitaciones donde vivían los dueños. Si en la sala se armaba algún altercado, él se metía en el sótano, cuya trampilla estaba debajo de la estufa.

Un día Chikin dijo: "Ahora no nos vamos a arriesgar por pequeñeces. He encontrado a nuevos amos. La compañía es grande, y el trabajo serio." —"La compañía, allá ella; ¿cómo van a pagar?" — " ¡Te digo que son un tesoro, y no unos amos cualquiera! Pagan oro extranjero, ¿entiendes! "

Dicho lo cual, y luego de dejar dinero, Chikin desapareció por mucho tiempo. Kolia lo echó de menos. Le atormentaba también Zoya. Le atormentaba tanto que le habría partido la cara; pero no podía. Era lo mismo que golpearse él mismo, tanto la quería. Y ella lo comprendía. Se levantaba por las mañanas animada y lozana, coqueteaba delante del espejo, se emperifollaba, y a la calle. Ya no la volvía a ver hasta que se hacía de noche. Primero fue camarera en un comedor de los bolcheviques. Luego se apuntó a unos cursillos de medicina organizados por el municipio urbano. Se hizo proletaria, llevaba una toca roja y la falda por encima de las rodillas.

Kolia estaba como alma en pena: ¡los demonios sabrían qué enseñaban en aquellos cursillos y qué ejemplos daban!

Una noche sofocante de agosto llamó al fin Chikin en la puerta de servicio. Tiró a la mesa la gorra con visera de charol y mandó a las mujeres que salieran. Preguntó a Kolia:

— ¿Lees los periódicos?

— Ni falta que me hace leer mentiras de toda clase...

— Pues hace falta. Ahora en los periódicos hay cosas sustanciosas. Mira la última noticia. La Comisión Extraordinaria ha fusilado a un grupo de conspiradores que eran oficiales de la Escuela de Artillería Mijáilov. Estaban relacionados con los eseristas y con los ingleses. A algunos de esos militares yo los conocía. ¿Ves el apellido que hay al pie del comunicado?

— Uritski.

— No tiene misericordia con los de sangre azul, siega de raíz. No le hace: ¡esta vez se ha firmado él mismo la pena de muerte!

— ¿Quién? —se estremeció Kolia—. ¿Quién va a segar?

— No tiembles, que no vas a ser tú. De Uritski se ocuparán los militares. Sangre por sangre. Ellos defienden su honor. Para nosotros hay otra faenita.

Chikin titubeó unos instantes: luego le susurró al oído:

— Kalinin... ¿Lo conoces?

Kolia se sintió en seguida aliviado y más seguro.

— Ese es apacible. Lo he visto de cerca. Ni llevará siquiera armas. Pero ¿lleva escolta?

— Primero me enteraré de todo, y luego haremos el plan. No te apresures. Las prisas valen sólo para cazar pulgas... —ironizó Chikin—. Y no digas ni una palabra, ¿entendido? No tardaremos en ir a ver al amo, y entonces te enterarás de todo.

A partir de aquella noche, Kolia se animó: olía a mucho dinero, valía la pena arriesgarse. De tener fortuna, le compraría a Zoya un brillante. ¡Toma, vive como una señora! —le diría.

A los pocos días, Chikin fue en un coche a la taberna. Metió prisa a Kolia para que se vistiera rápido y empuñó un fusil con cartuchos. Dijo, calándose la gorra:

— Vamos a ver al amo.

* Denominábanse chequistas los hombres de la Cheka (Comisión Extraordinaria), fundada en 1917-1919 como órgano especial de lucha contra la contrarrevolución y el sabotaje. *(N. de la Edit.)*

— ¿Así, abiertamente?
— Los chequistas no tienen tiempo para nosotros —espetó Chikin, pero bajó a pesar de todo, la voz—. En Moscú han disparado contra Lenin... A los bolcheviques se les rompe toda la trama, se les hace trizas... —tras de mirar en derredor, pasó a hablar en un susurro—: vamos a la embajada inglesa a hablar con el agregado militar y naval. Me ha preguntado mucho por ti, por lo que hacemos y, en general...

Dos manzanas antes de llegar a la embajada, Chikin dejó libre, por precaución, al cochero. Caminaron lentamente para llegar en punto a la hora indicada. Kolia pensaba que debía ponerse de acuerdo con el inglés. Trabajar para él por su cuenta, y el dinero recibirlo directamente en su propia mano, y no por medio de Chikin.

En la calle había poca gente. Los que venían en dirección contraria bajaban de la acera, cediendo el paso al marino armado y a su acompañante de uniforme medio militar. Una damisela dio tal espantada que poco le faltó para caer. Kolia miró a los lados y vio en la encrucijada que pasaron a un hombre conocido. Por la fuerte complexión, por el firme paso y por el chaquetón de cuero reconoció en seguida al comisario Evséiev que, muy espatarrado, estaba de pie en la vuelta de la esquina y los seguía con la mirada.

A Kolia se le empapó la espalda de sudor: ¿se habría acordado Evséiev de él? Parecía que hacía mucho que no se habían visto... El mismo había ido con él a cumplir una misión cierto día. El comisario iba adonde más falta hacía, a sitios sin importancia no lo enviaban. ¡Sí, por algo estaba él ahora cerca de la embajada!

— Nos siguen —masculló Kolia entre dientes—. Es un bolchevique, mandaba nuestro destacamento. Nos va a echar el guante encima. Tuerce a la izquierda, al callejón.

Torcieron, sin llegar a la embajada, y vieron en seguida a tres de paisano bajo el arco de un portal. Dos llevaban gorra verde; el tercero, bajo y descubierta la cabeza, tabardo negro. Chikin acortó el paso, pero Kolia le empujó. No tenía vuelta atrás, y delante había uno que parecía de los suyos, de la marina. El muy taimado no sacaba la mano del bolsillo.

— ¡Alto! —mandó con voz ronca Kolia—. ¡De cara a la pared, canalla!

Chikin cayó en la cuenta y se volvió sin rechistar.

— ¿Tienes fuego, amigo? —preguntó Kolia al otro marino. Este miró receloso, sin pestañear, con sus ojos redondos y pequeños. E interrogó, desconfiado:
— ¿Adónde vas?
— Me han mandado llevarlo al lugar de destino.
— ¿Quién te lo ha mandado?
— El camarada Evséiev. Iván Evséievich.
— Aaah —los ojos del marino se hicieron cordiales en el acto. Sacó un encendedor del bolsillo—. ¿Ha comenzado o qué?
— Por ahora está todo en calma.
— ¿Y éste?
— Un oficialete que ha caído como una mosca en la miel —procurando guardar la calma, Kolia encendió el pitillo sin prisas y empujó a Chikin con la culata—: ¡En marcha, contrarrevolucionario!

Y al marino dijo:
— ¡Que lo pases bien, amigo!

Kolia caminó como si fuera por la escurridiza cubierta de un barco, descargando con firmeza las plantas de los rígidos pies. Se encogió de hombros, conteniendo los escalofríos: se le puso todo el cuerpo como de hielo. Y cuando entre el ruido oyó la voz de Chikin, dándole las gracias por haberlo salvado, dijérase que a Kolia lo habían rociado con agua caliente: estaba totalmente cubierto de sudor y tan débil de pronto que el otro lo hubo de meter en un coche como si estuviera borracho. Y del coche al tranvía. En la calle de Lígovka esperaron un buen rato en un portal por ver si los seguían.

En la taberna se bebieron un vaso de aguardiente casero cada uno. Chikin mandó a Zoya que trajera más. Ella los miraba extrañada, sin saber qué pensar. Ellos no la tenían al corriente de sus asuntos.

— De comer trae también. Y lo más que puedas —dijo Kolia. Le habían entrado de pronto unas ganas locas de comer, hasta sentir dolor en el estómago.

Apuraron en silencio dos botellas y se metieron en la cama sin desnudarse. Zoya los descalzó, regañando, los tapó con una manta vieja y apagó la luz.

CAPITULO SEXTO

1

Mientras se preparaba para hablar con el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo de la Unión de Comunas de la Región Septentrional, Mijaíl Ivánovich Kalinin comprendía que la conversación no sería pacífica. El presidente Zinóviev tenía un amor propio exagerado, se creía un teórico eminente y un político sagaz y reaccionaba mal a la crítica y a las objeciones. Sabía que Kalinin aplicaba siempre con firmeza la política leninista y le profesaba a él, Zinóviev, una mal disimulada hostilidad.

En esta ocasión Zinóviev recibió a Kalinin con especial frialdad, incluso con un tanto de altivez, recalcando que Kalinin no era para él más que uno de los numerosos empleados.

"Cuando venga el caso, he de bajarle los humos a este engreído —pensó Kalinin—. Pero ante todo vamos a despachar los asuntos."

— Hace poco he recorrido una serie de distritos de la provincia de Nóvgorod y de nuestra Región Septentrional. Yo estoy persuadido de que la situación política en el campo es ahora muy complicada. El campesino medio no cree ya a los eseristas ni a los mencheviques. Tiende hacia nosotros, pero le espanta el monopolio del trigo, la prohibición del comercio libre y las acciones erróneas o irreflexivas de los comités ejecutivos locales.

— ¿Desde cuándo el comisario de la municipalidad se dedica a problemas que no son de su incumbencia? —ironizó fríamente Zinóviev.

— A mí me importa todo, especialmente los yerros políticos. Yo mismo fui campesino, y tengo parientes labradores. La situación del campo me preocupa y me alarma.

— ¿Qué yerros ha visto usted?

Zinóviev hizo la pregunta casi volviendo la espalda a Kalinin. Miraba a la ventana cubierta con cortinas, en cuyos cristales tamboreaba la lluvia. Kalinin miró también hacia allá. Las cortinas eran idénticas a las de la Duma de Lesnovski... Una noche tardía de noviembre. Una lluvia

fría. Igual que un año antes, cuando el Comité Central adoptó la resolución de mayor responsabilidad, la de la insurrección armada. Zinóviev habló entonces contra la resolución leninista. Recuerdo que se estremeció cuando una rama golpeteó en el cristal como si fuera el tableteo de una ametralladora. Tenía la misma expresión que ahora: descontenta y recelosa. Con la de tiempo que había pasado desde octubre, y él no había cambiado nada, al parecer. Pero no, había cambiado, le había crecido el empaque señorial.

— ¿Qué yerros políticos? —repitió impaciente Zinóviev—. ¿En qué consisten?

— En la comprensión errónea del papel del campesino medio. No se debe oponer los campesinos medios a los pobres.

Estamos aplicando la política del partido: alianza de la clase obrera con los pobres del campo, neutralizando a los campesinos medios.

— Pero el partido no dice en ningún sitio, en ningún documento, que el campesino pobre y el campesino medio deban chocar. Por el contrario, el partido siempre ha hablado y habla de pacto con los campesinos medios. Sobre todo ahora, cuando el campesino medio constituye la masa fundamental en el campo.

— Es una masa pequeñoburguesa en la que no se puede creer.

— El camarada Lenin demuestra con hechos en su último artículo que el viraje del campesino medio hacia el Poder soviético obedece a los hondos cambios operados en el interior del país y en el extranjero. En la lucha frente a la contrarrevolución exterior e interior, el campesinado medio se convenció de que sólo el Poder soviético podía librar a los trabajadores de la opresión imperialista.

— He leído a Lenin.

— Pues escribe con bastante claridad: "Saber llegar a un acuerdo con el campesinado medio, sin renunciar un instante a la lucha contra el kulak y apoyándose firmemente sólo en los campesinos pobres..." Ahora no se trata de neutralizar al campesino medio, sino de concertar una sólida alianza con él, desempeñando la clase obrera el papel dirigente.

— Esa es sólo la opinión personal de Lenin. El planteamiento de la neutralización no ha sido anulado por acuerdo alguno.

— Pues se anulará. La vida avanza, la vida lo sugiere...

— Ya he oído yo lo que le sugiere la vida a usted —lo interrumpió Zinóviev—, pero yo no estoy dispuesto a actuar según sus sugerencias.

— El retruécano no es de los brillantes... —objetó con calma Kalinin—. La situación requiere un enfoque nuevo, y usted, por lo que yo sé, propone crear en el campo Soviets de diputados de campesinos pobres. Por lo tanto, de lo que se trata no es de Soviets, en los que participen campesinos pobres y medios, sino de Soviets del tipo de los comités de campesinos pobres, ¿lo entiendo bien?

— ¡Qué sagacidad!

— La creación de Soviets de ese tipo está en contradicción con las leyes promulgadas. Eso por un lado. Por otro ¿adónde quiere usted echar al campesino medio? ¿Al lado de nuestros enemigos? ¿Incluye de antemano en el campo del adversario a la masa fundamental de los campesinos? ¡Eso ya no es un retruécano!

— ¡No deseo hablar en ese tono!

— Claro que es mucho más agradable cuando se escucha y se asiente. Pero yo no he venido en busca de eso.

— No encontraremos lenguaje común...

— Veo que nuestras posiciones son totalmente distintas —dijo Kalinin—. Y el problema es tan serio que no se puede dejar pendiente. Escribiré al Comité Central.

— Como quiera. Como guste.

Zinóviev se volvió de espaldas otra vez, dando a entender con toda su actitud que la conversación había acabado.

Cuando hubo vuelto a casa, Kalinin se sentó en seguida a la mesa de escribir. Ekaterina Ivánovna, mirando a la cara concentrada de su marido, le puso un vaso de té y se fue para no molestarle.

Kalinin se acercó una cuartilla y escribió encima, con letra extendida: "Al camarada Lenin."

2

Inmediatamente después de Año Nuevo (1919), Lenin llamó a Kalinin a Moscú. El tren tardó el doble de lo normal, pues hubo de abrirse paso por la inmensidad de nieve caída en las vías. Poco le faltó a Kalinin para

llegar tarde a la hora fijada. Menos mal que en la estación pudo tomar un coche tirado por un buen trotón.

En las calles de Petrogrado, los montones de nieve eran altos; pero en Moscú lo eran más aún. Algunas casuchas de madera estaban con nieve hasta el primer piso. Parecía que delante de las ventanas habían abierto aspilleras en la nieve apelmazada. La arrimada a las paredes no la limpiaban, pues servía de abrigo.

— Me alegro de verlo, camarada Kalinin, me alegro mucho —le dijo Lenin, al recibirlo—. Me han dicho que viene derecho del tren. ¿Está cansado? ¿Tiene hambre?

— En el vagón he dormido. Y hace poco que he tomado té.

— Bueno, puesto que ha tomado té, siéntese aquí, querido, y cuente.

— Está expuesto casi todo en mi nota...

— La he leído con inmenso interés. Eso es ahora importantísimo. En el campo ha habido ahora serios cambios en la correlación de las clases.

— El campo se ha medianizado, Vladímir Ilich.

— ¿Cómo ha dicho, se ha medianizado? —interrogó Lenin y se sonrió, alzando el índice—. ¡Eso es, se ha medianizado! Y es muy natural. En la república ya no hay terratenientes. A los kulaks les hemos asestado un golpe muy sensible. El campesinado trabajador ha recibido la tierra, una gran parte de los aperos y del ganado de labor que antes poseían los terratenientes y los kulaks. Los campesinos pobres de antes se han elevado al nivel de los medios. En todo caso, muchos de ellos.

— De eso puede uno sólo alegrarse.

— Y tener en cuenta este proceso, tenerlo en cuenta sin falta. Pues el campesino medio constituye hoy más de la mitad de toda la población, ¿no es así?

— Creo que en el campo son ahora de campesinos medios las dos terceras partes de las haciendas —corroboró Kalinin.

— Pues algunos camaradas no ven los cambios y siguen haciendo su labor por inercia. Nuestra tarea primordial es dar a conocer por todos los medios, sobre todo por la prensa, la situación de ahora.

— Hay quienes ven y comprenden, pero siguen en sus trece.

— Procuraremos convencerlos. Pronto se celebrará el congreso del partido, que se dedicará al problema del campesino medio. Ahora, cuando el campesino medio se

ha puesto de parte del Poder soviético, la solidez de su alianza con la clase obrera depende de la subsiguiente política del partido en el campo. Pero aún hay que pensar mucho, sopesar y descubrir los defectos antes del congreso.

— Creo que para aproximarse a los campesinos medios hay que suprimir, ante todo en plano local los estorbos existentes en el terreno de la economía o de la alimentación. Afectan mucho al campesino —dijo Kalinin.

— En concreto, ¿qué estorbos?

— Tome, por ejemplo, un estorbo de tipo económico como es la prohibición de sacar productos alimenticios de un distrito a otro o incluso de un subdistrito a otro. Al campesino le cuesta trabajo comprender la ventaja de esa prohibición implantada para combatir la especulación. El debilitamiento de las barreras económicas mostraría de hecho al campesino medio que el Poder soviético expresa y defiende sus intereses. En el fondo, el campesino medio está totalmente de nuestra parte. Entre el campesino medio y el Poder soviético no puede haber contradicciones, puede haber sólo incomprensiones.

— ¡Eso es, incomprensiones! —otorgó Vladímir Ilich—. Y las inconprensiones siempre se pueden superar con una política sensata.

— Por desgracia, el poder en el plano local aún está muy lejos se ser satisfactorio en todas partes. Las requisas frecuentes, los malos modos en los comités ejecutivos, el papeleo en las oficinas distritales y la movilización de hombres y caballos son todo factores que ejercen una influencia negativa sobre los campesinos. Por ejemplo en nuestro subdistrito de la provincia de Tver...

— ¿En el de usted? —inquirió presto Lenin—. Eso está bien, pero que muy requetebién —y cayó en la cuenta de que lo había interrumpido—: Perdone por haberlo interrumpido, prosiga, tenga la bondad.

— La cuenta del trigo en otoño se llevó bien. Aunque hay descontentos, la voz general es que "se ha obrado bien". Pues bien, después de contabilizar, las autoridades locales llamaron a fuerzas del orden público y revisaron las haciendas campesinas. Se hicieron registros, se incurrió en una serie de, digámoslo con suavidad, faltas de tacto; y a los que protestaban de la brutalidad, les impusieron multas, incluido el presidente del Soviet de la aldea. Las multas son para pagar a la fuerza del orden público...

— ¡Eso es una barbaridad! ¡Hay que cortar con energía tal arbitrariedad!

— En la recaudación del impuesto extraordinario se ha obrado también con bastante rigor. A los campesinos cuyas familias no pasan de cinco personas, les han dejado con una o dos vacas. Y las que se llevaron las entregaron a precios de tasa a los campesinos con derecho a tenerlas. Estas medidas han motivado la hostilidad de quienes han perdido las vacas y el descontento de los campesinos que no las han recibido pues no ha habido vacas para todos.

Kalinin puso una mirada inquisitiva en Lenin: ¿no lo habría cansado? ¿Seguiría contando? Pues Lenin aún no se había restablecido del todo después de la herida. Eso se veía hasta por la cara. Tampoco estaba tan ágil como antes. Solía agradarle hablar de pie o caminando de prisa por la habitación; ahora permanecía sentado y no se puso en pie ni una sola vez.

— ¿Cómo se siente usted? —se le escapó la pregunta a Kalinin.

— Gracias, bien. Pero Nadiezhda Konstantínovna ha decaído algo.

— ¿Qué le pasa?

— Me ha estado cuidando y ha sufrido. Y ahora se resiente de la vieja enfermedad del corazón. No duerme, le falta aire. Los médicos le recomiendan calma y aire puro.

— Debería ir a alguna aldea.

— No irá. Sin mí no irá, y es inútil querer persuadirla. Por más que todo se ha arreglado. En el parque de Sokólniki hay una escuela entre abetos y pinos. Hay buen aire. Nadiezhda Konstantínovna se encuentra allí ahora. Pero nos hemos desviado. Usted hablaba de la situación en su subdistrito —le recordó Lenin—, de que en el plano local se siente mucho la falta de dirigentes capaces.

— Entre los campesinos hay muchos que valen. Son pocos los que ingresan en el partido, pero la incorporación de los campesinos medios a la dirección reporta un provecho inmenso, pues conocen perfectamente la economía de su término. Y el trabajo social les aproxima a los comunistas en el terreno ideológico.

— Escriba de eso —le dijo Lenin—. Escriba sin falta, y no un artículo, sino varios con hechos y conclusiones. Lo que usted propone es plasmar concretamente en la vida la

nueva actitud ante el campesino medio. En modo alguno se pueden hacer extensivas a los campesinos medios las medidas represivas encaminadas contra los kulaks. Esa es una infracción de lo más burda de la política del partido y de los principios fundamentales del comunismo. La violencia con relación al campesino medio es uno de los daños mayores...

— No, por la fuerza no se moverá a la masa de los campesinos medios.

— El trabajo que nos espera es meticuloso, difícil y prolongado. No debemos olvidar ni un instante que el futuro de nuestra revolución depende de con quién vaya el campesino medio.

— Si tuviéramos máquinas —articuló Kalinin, ahogando un suspiro—. He abierto una carpeta, y la he denominado "carpeta del futuro". En ella reúno recortes y fotos en los que se ven máquinas agrícolas nuevas. Recojo planos y descripciones. Los suecos y los norteamericanos tienen bien organizado esto de las máquinas. En la primavera pusimos a trabajar tres tractores en los huertos colectivos. En un día labramos un campo que habría dado trabajo para una semana en un pueblo. Los campesinos salían en tropel a mirar. Hasta hoy se habla de eso en toda la provincia.

— La mejor forma de propaganda de la gran hacienda socialista —animóse Vladímir Ilich—. Si en vez de tres tractores, tuviésemos treinta mil —sonrióse, entornando los ojos—. No, con treinta mil quizá no haya bastante.

— Son pocos, sí —confirmó Kalinin.

— Si nosotros pudiésemos dar cien mil tractores, surtirlos de gasolina y montar en ellos a tractoristas, el campesino medio diría: "¡Yo estoy en pro de la comuna!" ¿Lo dirá?

— ¿Y de dónde sacar las máquinas? Esa es la cuestión.

— Nosotros comprendemos que por ahora es una fantasía. Pero lo que hoy se ve sólo en sueños, mañana puede hacerse realidad.

— Si no se escatima trabajo.

— ¡Eso es! Claro que es mucho lo que pido, pero con el tiempo tendremos cien mil tractores, ¡los tendremos sin falta! Y las mejores máquinas, que por ahora tenemos sólo en su carpeta, labrarán los campos de las cooperativas.

3

Kuzmá Golopiórov llegó a su aldea natal de Smolensk un frío día de enero. Un campesino conocido lo trajo de la estación. Cojeando ligeramente, caminó grave por la larga calle hacia el montículo donde descollaba, cerca de la iglesia, la casa grande, con techumbre de hojalata, del ex alcalde.

A la espalda, un macuto de soldado repleto. En la mano, una maleta de piel, de las que se usan en la ciudad.

Las mujeres y los chiquillos se pegaron a los cristales sucios y lo miraron alejarse largo rato, haciendo cábalas: ¿De dónde vendrá ese buen hombre? ¿Qué noticias traerá?

El padre, Vasili Vasílievich, recibió con alegría a su hijo único. Calentó el baño él mismo y le preparó el ramo de abedul para golpearse el cuerpo al tomar el baño de vapor. De paso él también lo tomó.

Kuzmá sacó los regalos: a su padre, un corte de traje de paño; a su madre, una toca. Tampoco olvidó a su hermana casada ni a sus sobrinos. La madre batía palmas: ¡Qué solícito era su hijo con los de casa! El padre se alisó los claros cabellos, ralos ya.

— No vives mal.

— Tengo cabeza, y los brazos aún no me faltan. Y tontos sobran para lo que hemos de vivir.

— Y no es poco —aprobó Vasili Vasílievich.

Antes de cenar, el padre sacó de un baúl una botella de aguardiente casero de primera alambicada. Se sentaron a la mesa el uno al lado del otro, como iguales. La madre puso una olla de patatas calientes y una escudilla de hongos salados.

— ¡Cuánto los echaba de menos! —dijo Kuzmá, tomando uno.

— De esto hay mucho —dijo Vasili Vasílievich—. Pero el pan escasea.

— ¿Ha sido mala la cosecha?

— La cosecha ha sido mediana, tolerable. Pero se lo han llevado todo con el impuesto de contingentación. Lo has visto, las trojes están vacías.

— ¿Todas las trojes? —inquirió Kuzmá, entornando los ojos con picardía.

— Bueno, he escondido algo; hasta la nueva cosecha iremos mal tirando —repuso a desgana el padre—. Pero me da coraje: no he escatimado fuerzas, he hecho todo lo

que he podido y no me ha ayudado nadie en el trabajo. Revientas en el campo y no hay quien te eche una mano. Y apenas traje el grano, ya estaban ellos aquí, esperando con los sacos. Tres de la ciudad y nuestros del comité de campesinos pobres.

—En todas partes pasa lo mismo, padre.

—¡Cómo se animó en un principio el campesino! —exclamó, exhalando un suspiro Vasili Vasílievich—. La tierra es nuestra, lábrala, siémbrala, cultívala como quieras. Y resulta que hemos doblado el espinazo para nada. No se puede vender nada, y no hay con qué pagar al herrero. Al caballo propio le doy avena a escondidas.

—Eso no es nada —Kuzmá escanció con mano firme en las grandes copas—. Aún veremos cosas peores.

—Están subidos a la misma rama que cortan. ¿Quién les va a trabajar con ese impuesto de contingentación?

—Hay muchos campesinos, padre, hay de quién exprimir el jugo.

—¿Es ése el programa que tienen los bolcheviques?

—El programa de ellos es astuto. Que de nuevo han entrado los infieles en Rusia, pero ya no blandiendo el sable, ni dando batallas, sino con sigilo.

—¿Se te ha ocurrido a ti eso o te lo ha sugerido alguien?

—Me lo ha sugerido el señor, Mstislav Zajárovich.

—¡Acabáramos! —exclamó Vasili Vasílievich, revolviéndose en el banco donde estaba sentado y hasta se incorporó con impaciencia—. Habla, habla, ¿cuándo lo has visto la última vez?

—Pues hace poco, no habrá transcurrido ni un mes. He recorrido muchos caminos con su familia. Y pasado tantos tragos que Dios nos libre. Sin mí de seguro que les habría llegado el fin —vanaglorióse Kuzmá, que empezaba a sentirse borracho—. Mstislav Zajárovich quería ir al Don, pero en vez del Don, llegamos al Volga. Es que ahora no vas adonde quieres, sino adonde te llevan los trenes. Mientras descansamos allí y reparamos fuerzas, todo a la redonda se hizo frente.

—¿Conque se han quedado en el Volga?

—Ahora lo contaré todo por orden, padre. Bien sabes que el pueblo se ha dividido en dos: unos están con los blancos, y los otros con los rojos. Por todas partes se pelea. Y nosotros nos acomodamos a la chiticallando. La casa estaba en un extremo de la ciudad. Teníamos nuestro huertecillo, y el río cerca. Encontró allí el señor a un conocido, también de alcurnia. Un bizarro militar manco del brazo derecho. Pero al poco pegaron por los muros de la ciudad un bando, llamando a todos los ex oficiales a presentarse a registro.

—De aquí se han llevado a muchos militares al Ejército Rojo...

—Aquí el lugar es tranquilo —explicó Kuzmá—. Y allí, por un lado están los cosacos, por el segundo los guardias blancos, y por el tercero los prisioneros checos, que se han sublevado. ¡Así están las cosas! Así que acordamos que el señor no se presentara a ningún sitio. En el huerto había un pequeño almiar de heno, y yo hice allí un escondite, una cueva. Dios se apiadó. Mstislav Zajárovich se salvó de la quema. En eso llegaron los checos blancos. Vivían en los trenes, en la estación; no dormían en la ciudad porque temían las chinches. Y ellos mismos venían de piojos hasta las cejas. Bueno, el manco se entendió en seguida con los sublevados y nos trajo a casa a un coronel de ellos. Estuvo hablando largo rato con nuestro amo, procurando convencerlo de que se fuera a Siberia con Kolchak. Entonces fue cuando Mstislav Zajárovich decidió enviar a la señora y a los hijos por el mar al extranjero. Y a mí me mandó venir por el momento a casa, a ver cómo marchan por aquí las cosas. Bueno, yo con mil amores, pues tenía muchas ganas de veros. Mstislav Zajárovich arregló por medio de aquel coronel mis documentos, como si yo fuera soldado rojo y me hubieran dado permiso después de haber estado herido.

—¿Por mucho tiempo, pues? —interrogó con esperanza Vasili Vasílievich—. ¿Llevaremos la hacienda entre los dos?

—Ni por pienso, padre, no trabajaré para ningún explotador. Además he prometido al señor que volvería.

—¿Dónde lo vas a encontrar?

—Mstislav Zajárovich es un hombre conocido, no se perderá. Me ha dado unas señas de la ciudad siberiana de Omsk. Allá iré.

—¿Cruzando la línea del frente?

—¿Y por qué no? Yo tengo el camino abierto. Diré a los rojos que me han mutilado los blancos, y ante los blancos echaré las culpas a los rojos. ¿Quién lo va a comprobar hoy?

4

En el despacho hacía casi tanto frío como en la calle. A través de los cristales helados traslucíase, cual mancha rosácea apenas perceptible, un sol invernal que no calentaba. Los trabajadores de la municipalidad y los representantes de las empresas, reunidos en sesión extraordinaria, estaban con los abrigos puestos. Hasta los más corteses, que se quitaron al principio los gorros, se los volvieron a poner.

La tinta se había helado. Mijaíl Ivánovich marcaba señales con el lápiz y se calentaba los dedos con el aliento. Hacía pocas anotaciones. Conocía casi todas las cifras aducidas por los oradores. ¡Cifras alarmantes que disminuían vertiginosamente cada día! En primavera y en verano, con el concurso de los parados, se logró preparar cierta cantidad de turba y leña. Bastó hasta enero. Ayudaron a la ciudad los huertos colectivos, en los que se recogió hortalizas por valor de ciento cincuenta millones de rublos. Todo el otoño estuvieron abastecidos de hortalizas los comedores fabriles, los hospitales, los asilos y enfermerías. Ahora las reservas se habían acabado. El segundo invierno posrevolucionario en Petrogrado resultó mucho peor que el primero, aunque aquél no fue de los fáciles.

La ciudad vivía sólo de lo que se traía de las provincias agrícolas del país. ¿Acaso podían dar mucho? La república se hallaba cercada por un anillo de frentes. Los guardias blancos y los intervencionistas dejaron incomunicadas las zonas de materias primas y productos alimenticios de los centros industriales. La hulla de la cuenca del Donets, el petróleo de Bakú y el trigo de Ucrania y del Kubán se encontraba en manos del adversario. Todo el peso de la contingentación se descargó sobre las espaldas de los campesinos de la Rusia Central.

Claro que aún había trigo en el campo, pues a los kulaks les había dado tiempo de esconderlo. ¡Que probasen a buscarlo y llevárselo! ¡Le morderían el gaznate en defensa de lo suyo!

Pensando en el pan, Kalinin imaginó de pronto claramente una hogaza recién sacada del horno, caliente aún, frágil la corteza, con agradable y denso olor. El olor era tan palpable que le dieron náuseas. El lápiz se le cayó de los debilitados dedos y golpeó contra la tabla de la mesa. El camarada que estaba hablando calló y puso una

mirada inquisitiva en Kalinin. Este cerró con fuerza la mano izquierda hasta hacerse daño, se enderezó y dijo con calma, incluso sonriendo ligeramente:

— Siga, tenga la bondad.

Había estado ya varias veces casi sin sentido a causa del hambre. No podía, por tanto, pensar en la comida; tenía que ahuyentar todo pensamiento en ella.

La crisis había madurado; las fuerzas se agotaban. Algunos camaradas estaban próximos a la desesperación. Por eso Mijaíl Ivánovich los había convocado. Si abandonaban la partida, la catástrofe sería inevitable, la vida se extinguiría en el gran centro proletario, y Petrogrado sería presa de las tinieblas y la anarquía. Había que alentar a toda costa hasta las palpitaciones más débiles, luchar hasta la última posibilidad.

De eso habló él tan pronto como dejó la palabra el presidente de la sección de combustibles. Y habló con una dureza impropia de él. Haciendo largas pausas para no quedarse sin fuerzas.

— Leña habrá en marzo. Se va cortando ya. Estamos obligados a llegar hasta marzo. Sin excusas ni salvedades. Lo principal es el abastecimiento de agua, las centrales eléctricas, los tranvías y los molinos. No podemos pasarnos sin agua. La población la necesita permanentemente. En lo demás cortaremos. Los tranvías funcionarán doce horas. A la ciudad hay que darle luz diez horas al día, pero sin falta.

— Acabo de hablar de la imposibilidad —agregó, enojado, el presidente de la sección de combustibles.

— Lo sé. Distribuiremos juntos cada pud de petróleo, cada pud de hulla y cada carga de leña. No escatiméis ni vallas ni construcciones viejas de madera.

Kalinin se tomó un respiro, buscando con la mirada al compañero responsable del abastecimiento de comestibles.

— ¿Qué tal hoy?

— Se ha entregado una pequeña ración de pan sólo a los obreros, a los empleados y a los niños. Mañana la ración será igual. En los almacenes queda sólo azúcar. La repartiremos pasado mañana.

— ¿Regresan los destacamentos de aprovisionamiento?

— Los esperamos de un momento a otro.

— Envíen inmediatamente a todo el personal de la sección a las fábricas y talleres. Recalco lo de inmedia-

tamente. Formad nuevos destacamentos de aprovisionamiento y enviadlos en seguida al campo. Llevad tejidos de los almacenes.

— Y dinero —apuntó alguien.

— Los campesinos no necesitan dinero ahora —objetó Kalinin—. Los artículos de ferretería son los que aprecian. Las sierras, las hachas y los clavos —volvió a tomar aliento—. Moscú ha prometido ayudar, pero pasa apuros, camaradas. ¡Nosotros mismos respondemos de todo!

5

Kalinin se sentía violento cada vez que volvía a casa. Creía ver miradas de reproche en los ojos de sus hijos, que se le antojaban desmesuradamente grandes y expresivos en los demacrados rostros. No, sus hijos no esperaban que les trajese dulces ni caramelos: ¡un trocito de pan de centeno sería para ellos una fiesta!

Los hijos de Kalinin no se quejaban delante de él de que tenían hambre ni pedían de comer. Así se lo mandaba hacer su madre. ¡Pero cuánto sufría Ekaterina Ivánovna cuando se quedaba a solas con ellos! Aquel invierno Yulia no se levantó de la cama, fue pasando de una enfermedad a otra y se quedó tan delgada que las manos parecían transparentársele. La entretenían sus hermanitos, leyéndole libros en voz alta. Pero también ellos languidecieron y se hicieron callados. A Ekaterina Ivánovna misma se le acusó mucho, como en la mocedad, la nariz en la cara demacrada. Los vestidos, que haría un año le estaban estrechos, ahora le quedaban anchos y los tendría que encoger.

Recibió a Kalinin con alegría y una sonrisa de cierta turbación.

— Ha venido una mujer de un pueblo y ha traído una nota. ¿Te acuerdas del agrimensor que tuviste, uno muy largo?

— Pues claro. Pidió que le dejáramos ir a un centro distrital, y nosotros no pusimos inconveniente, allí hace más falta.

— Pues está contento. Manda recuerdos para todos y dice que hay mucho trabajo, y en los ratos de ocio caza liebres con red. Nos ha enviado una —sonrióse ella de nuevo turbada y suplicante.

Trajo del frío zaguán una libre rígida y larga con

muñones en vez de patas. La sostuvo fuerte, mirando inquisitiva y hasta con miedo la cara de su marido. Ekaterina Ivánovna no pronunció ni una palabra; pero él comprendió todo lo que ella quería decir en aquellos momentos, lo que le suplicaba:

"No la entregues —suplicaba la mirada de la mujer—, no entregues esta carne al caldero común. No estás obligado, eso no es del racionamiento, la has recibido por casualidad. Es un regalo. Entre toda la comuna esta liebre no da para un diente. Mas para la familia, ¡dos kilos de carne son una riqueza inmensa! ¡En ellos está nuestra salud, nuestra salvación! "

"No —denegó Kalinin con la cabeza, sobreponiéndose a la tentación—. ¡No y no! Todos entregan lo que tienen, sin reservas. Sólo una amistad fiel y la ayuda mutua nos permitirán salvar el escollo."

" ¡Espera y piensa! Acuérdate de esta semana de hambre. Cincuenta gramos de pan al día, una rebanadita, Por la mañana, dos patatas cocidas por persona. Para la comida, una sopa de agua y mondaduras de patatas. Por la noche, un vaso de té. Sólo una vez hemos dado a nuestros hijos un minúsculo trocito de azúcar... Tú bien sabes que no me preocupo de mí. Nuestros hijos parecen esqueletos, y Yulia no se puede levantar. ¡Y aquí hay dos kilogramos! "

"Compréndeme también tú, Katia: no somos nosotros solos; los que nos rodean están todos en la misma situación. Y si yo cedo una vez, no podré contenerme en otra ocasión, ni en otra... La municipalidad urbana está en mis manos, tengo almacenes a mi cargo y hay tentaciones. ¿Cómo podré reprochar o castigar a quien incurra en culpa, si yo mismo infrinjo la regla estricta! "

" ¡Te lo ruego encarecidamente! "

" ¡No me lo ruegues, no puedo! "

Esta conversación sin palabras no duró más de un minuto. Mijaíl Ivánovich exhaló un suspiro y se estremeció, encogiéndose de hombros. Interrogó:

— ¿Quién está de guardia en la cocina?

— Los Kotliakov.

— Llévasela.

Ekaterina Ivánovna salió de la habitación, inclinando la cabeza.

Luego de tranquilizarse, a los veinte minutos llamó a su marido a comer. Se sentaron a la mesa. Los hijos engullían precipitados el agua caliente en la que flotaban

únicamente varias lentejuelas de aceite y apartaban con las cucharas las mondaduras cocidas de patatas, guardándolas para el final, en vez de segundo plato.

Mijaíl Ivánovich se llevaba maquinalmente la cuchara a la boca y respondía distraído a las preguntas. Vio por la puerta abierta, encima de la almohada blanca, la cabeza de Yulia, que tenía unas facciones tan pronunciadas como las de su madre. La hija le sonrió débilmente, y él temió cruzar la mirada con ella, sin dejar de pensar con obsesión en aquella liebre... Cuánta falta le hacían a la chiquilla dos o tres tazas de buen caldo. Es posible que la pusieran en pie. Pero los vecinos también tenían los hijos enfermos... ¡Ay, Yulia, Yulia! ...

Enfrascado en sus pensamientos, Kalinin no advirtió la mirada fija de su mujer. El último tiempo se veían rara vez a la luz del día, y sólo ahora descubrió ella cuánto había cambiado y envejecido su marido. El siempre había sido delgado, pero ahora no acertaba a comprender en qué se le sostenía el alma. Le caían lacias las guías del bigote. Aún tenía espeso el pelo negro, peinado hacia atrás; pero le habían aparecido rodales canosos, sobre todo en las sienes. Tenía plateada la barba, como si se la hubiera helado el frío, pintándosela con su color.

A Kalinin se le cansaba pronto la vista. Se alzó las gafas de montura metálica a la frente y entornó los ojos, sin poder ver de cansancio.

Para ocultar la emoción, Ekaterina Ivánovna se puso en pie y caminó por la habitación. Se detuvo a la espalda de su marido, oprimiendo unos instantes una mejilla contra su nuca:

— ¿Qué te pasa, Katia? —le preguntó él.

— Nada, nada, Mijaíl. Come. Todo se arreglará, todo irá bien.

6

En Moscú se inauguró el Octavo Congreso del Partido. Mijaíl Ivánovich Kalinin participó en sus labores como delegado de los comunistas del distrito de Lesnovski de Petrogrado. Una de las cuestiones principales del orden del día era la de la alianza de la clase obrera con los campesinos medios. Lenin pronunció un discurso largo. Al escucharlo, Kalinin recordaba mucho de lo que habían estado tratando ambos en las últimas dos entrevistas.

Vladímir Ilich Lenin recalcó sobre todo que, con relación al campesino medio, en modo alguno se podía emplear la violencia, ya que con ello se podía echar todo a perder. Había que tener presentes las condiciones peculiares de vida del campesino medio. "*¡No permitirse mandar!* Esta es la norma que nos hemos impuesto" —declaró Lenin entre los aplausos de los delegados.

El 23 de marzo de 1919, el Congreso eligió a Mijaíl Ivánovich Kalinin miembro del Comité Central del partido. Recaía una gran responsabilidad sobre sus hombros. No era casual que lo eligieran precisamente cuando había madurado el cambio de política del partido con relación a los campesinos. Kalinin lo comprendía bien.

7

Se oyó un estrépito de hojalata. Lenin prestó oído: un ruido incomprensible y, al mismo tiempo, conocido desde hacía mucho, un ruido alentador. Metiéndose las manos en los bolsillos del abrigo, Lenin permaneció un rato de pie. En derredor había silencio y estaba oscuro. La luz de las farolas de gas, encendidas por todo el Kremlin, no penetraba en el jardín Tainitski, denso y descuidado. A Lenin le agradaba pasear por allí las tardes, oscurecido ya, o de noche, cuando todos dormían. En medio del silencio, y al aire libre, era más fácil concentrarse; en esos momentos procuraba pensar en los problemas principales, y no en los asuntos corrientes.

Volvióse a oír un extraño ruido fugaz y deslizante. ¡Ah, ya! Eran carámbanos desprendidos que caían por los canalones de desagüe.

A Lenin le gustaba la primavera, le agradaba ver cómo la polícroma puesta de sol en marzo iba decayendo, volviéndose monótonos los colores, fundiéndose en una franja verdosa en el horizonte y, sobre esta franja, se encendían con más brillo las estrellas. Cuando oscurecía, el aire se tornaba gélido y lacerante. Y luego, más tarde, cuando la hojalata de las techumbres calentadas al sol primaveral se contraían por el frío, empezaban a caer por los canalones del desagüe los carámbanos, o el hielo, desprendidos.

Durante los últimos años Lenin casi no advertía ni las puestas de sol, ni las lluvias templadas, ni el cantar de los

pájaros. Para eso no quedaba, simplemente, tiempo. Pero había que notar, y contemplar, y alegrarse. De lo contrario se despoja uno a sí mismo, se empobrece de sentimientos.

Vladímir Ilich Lenin siguió más adelante, pero ahora mucho más despacio de lo normal. Los charcos estaban cubiertos de fina capa de hielo que, al romperse, tintineaba finamente bajo los pies. Daba gusto escuchar, pero era difícil caminar, pues en el momento menos pensado podía uno caerse.

Lenin avanzó por un sendero que serpenteaba entre los abetos. Volvió a pensar en la reciente conversación que había tenido con Gorki. Gorki estaba alarmado por el abismo que, según palabras suyas, se abría entre la ciudad y el campo. El campesino había recibido la tierra y la independencia y ahora no le importaban los intereses de la revolución y del Estado. Se aferraba con fuerza a sus bienes, buscaba sólo su ventaja.

Claro que Gorki exageraba: era una persona emocional y muy sensible. Conocía poco el campo y al campesino. Era hombre de la ciudad, un proletario: este medio lo conocía hasta el fondo. Pero con todo y con eso, en las palabras de Gorki había mucha verdad cruda y alarmante.

Rusia era un país campesino, y eso no se podía borrar de la cuenta. Sobre todo ahora, cuando la situación se complicaba por muchos factores: una tenaz lucha en el frente, el impuesto de contingentación, el desbarajuste general y la propaganda enemiga.

Los pasos de alguien que se aproximaba distrajeron a Lenin de lo que pensaba. El hombre iba por una acera oculta por árboles. A sus pies crepitaba la nieve endurecida por la helada, crujían los cristalitos de hielo.

Generalmente, durante los paseos vespertinos o nocturnos nadie molestaba a Lenin, y él apreciaba mucho estos minutos escasos en que lograba quedarse a solas consigo mismo. Había excepciones, naturalmente. En cualquier momento, fuera de día o de noche, podían venir a su despacho o casa Sverdlov o Dzerzhinski. Si era necesario recurrían también a él durante los paseos. Pero la presencia de ellos no le impedía a él pensar ni lo apartaba de sus pensamientos. Posiblemente porque sus mentes y sus corazones estuvieron siempre sintonizados a un mismo acorde y los tres se comprendían mutuamente a menudo incluso sin palabras. Con ellos siempre le era a él fácil estar.

En esta ocasión no era Dzerzhinski el que se aproximaba. Félix Dzerzhinski tenía un paso mesurado y preciso. Los pasos de Sverdlov, que siempre iba con prisas, eran rápidos y menudos. Pero ya no los oía nadie... Hacía una semana que se lo había llevado la grave gripe española. Había fallecido el viejo y seguro compañero de lucha, combatiente infatigable, trabajador concienzudo que conocía personalmente a miles de afiliados al partido y recordaba sus apellidos. ¿Quién sería en su lugar presidente del Comité Ejecutivo Central de Rusia* y lo sustituiría dignamente en la jefatura del Estado?

Los pasos se alejaron en la dirección de la torre de Spasski. Lo más seguro es que fuera el comandante del Kremlin, marino del Báltico hasta hacía poco, un hombre alto y de espaldas anchas. Seguro que iba comprobando los puestos de centinela.

No tardaría en celebrarse una reunión del CEC de Rusia, en la que Lenin debía proponer, en nombre del partido, la candidatura para el puesto de Presidente del Comité Ejecutivo. ¿A quién propondría? ¿A Kalinin? Tal vez fuese el candidato que respondiera a todos los requisitos. La masa fundamental de los campesinos debía comprender la política del partido, debía ir con el partido, tener confianza en él para todo. Y Kalinin mantenía en todo, hasta la fecha, una estrecha relación con la vida campesina, conocía bien la situación en el campo. ¿Quién, si no él, de origen campesino, proletario de Petrogrado, experto funcionario del partido, debía ocupar ese alto cargo?

Además de esas virtudes, Kalinin poseía cualidades que le facilitarían una rápida familiarización con el nuevo puesto. Mente clara y sagaz, vasto horizonte y profunda erudición. Tendría que tratar no sólo con campesinos y obreros, sino también con científicos y diplomáticos. Kalinin no se desconcertaría, sabría contestar a cualquier pregunta, a cualquier diatriba. Tenía gran experiencia de organización y administración. Era, desde todos los puntos de vista, la persona más idónea para el puesto de Presidente del CEC de Rusia.

Lenin sintió casi alivio físico. Al fin se aclaraba la

* El Comité Ejecutivo Central de toda Rusia (CEC de toda Rusia) fue entre 1917 y 1937 el órgano supremo legislativo, administrativo y de control de la Federación Rusa, que operaba en el período comprendido entre los congresos de los Soviets de Rusia. *(N. de la Edit.)*

cuestión que lo venía preocupando los últimos días. Defendería la candidatura de Kalinin en el Comité Central del Partido y en la reunión del CEC de Rusia.

Lenin miró a los oscuros abetos soñolientos y al cielo estrellado y comprendió por el profundo silencio reinante en derredor que ya era muy tarde.

La helada era fuerte, como en invierno, le salía vaho de la boca y sintió que se quedaba aterido. Le vendría bien un té fuerte. Nadiezhda Konstantínovna dormiría, de seguro. No importaba, se las arreglaría él solo. Entraría en la cocina sin hacer ruido para no despertar a su mujer y pondría a hervir la tetera con agua en el infiernillo.

8

Leonid Chikin se sentó a la mesa con el abrigo puesto y, de un tirón, se caló hasta los ojos la visera de la gorra:

— ¡Se acabó, amigo Kolia, mañana será! Armaremos a los bolcheviques la de Dios es Cristo. Yo estaré de guardia en la estación de abastecimiento de agua de Zaréchnaya. Diré al centinela que llame al fontanero mecánico. O sea, a ti. Vendrás con una maleta. Por si acaso, pon trapos y herramientas encima de las bombas.

— ¿Las dos bombas? —precisó Kolia.

— Sí, las dos, las de mecanismo de reloj. Una estallará poco después de que nos vayamos; la otra, al cabo de tres horas.

— ¿No será mucho?

— Calcula tú mismo. Mientras se recobra el cuerpo de guardia después de la explosión, mientras llega el enlace adonde están los jefes, mientras los jefes se personan, ¿cuánto tiempo pasará?

— Telefonearán.

— Del teléfono me encargo yo —dijo Chikin—. El amo piensa que Kalinin acudirá en persona al suceso. ¡Y entonces caerá él! Y si no viene, suerte que tendrá. Acudirán otros dirigentes. Lo que más nos importa es el suministro de agua. Que los bolcheviques se rompan los cascos en los incendios.

— ¿De dónde saldrán los incendios?

— Eso ya no es cosa nuestra —evadió la respuesta Chikin—. Después de la explosión vete volando a Kronstadt. Allí te recibirán gentes seguras, te arreglarán los documentos y te darán una buena colocación.

— Temo encontrar allí a algún viejo conocido —articuló, preocupado, Kolia—. Empezarán a sonsacarme que dónde he estado, qué he hecho...

— Allí ya no quedan conocidos tuyos, ahora todo el personal de la flota del Báltico es nuevo. Los viejos se han ido a sus casas, y los que se han quedado con los bolcheviques están desperdigados por todo el país. Mandan tropas o son comisarios. Los que hay en Kronstadt son todos jóvenes. Han reunido a bobos del campo, y los nuestros los están mentalizando. ¡Allí hacen muchísima falta tipos de colmillos retorcidos como tú! Nos veremos allá.

— ¡Dame dinero! —dijo Kolia, exigente—. Afloja la mosca. Pero en oro.

— Toma.

Kolia miró y torció el gesto:

— ¡Es poco!

— No eres amigo, eres un salteador de caminos —dijo Chikin, fingiéndose ofendido, pero agregó unos cuantos rublos de oro.

9

En el apartamento donde vivía Iván Efímovich Kotliakov, sustituto de Kalinin, se oyó un ruido seguido de altas voces. Mijaíl Ivánovich salió al pasillo común. Allí hablaban varias personas excitadas.

— ¿Qué pasa, camaradas?

— Una desgracia, Mijaíl Ivánovich. Una explosión en la estación de abastecimiento de agua.

Kotliakov salió poniéndose el abrigo.

— Espera, Iván Efímovich —lo detuvo Kalinin—. Voy con vosotros.

Ante el portal esperaba un automóvil. El conductor llevó veloz el viejo auto que trepidaba por las calles desiertas.

La estación de abastecimiento de agua estaba ya acordonada. Rudolf Lépnik, el jefe de la Guardia Roja, dio parte a Kalinin. Se habían explorado los contornos, pero sin lograr descubrir a los delincuentes. Tenían la sospecha de que hubiera más de una bomba con mecanismo de reloj.

— ¿Qué hacer en primer término? —inquirió Lépnik—. ¿Arreglar los desperfectos o buscar las bombas?

— Buscad —dispuso Kalinin—. ¿Quién hay aquí de los trabajadores de la estación?

— Friedrich Liiv. Ahí está.

— Muy buenas. ¿Cómo ha ocurrido?

— No lo sé; me acaban de llamar.

— Hay que poner en funcionamiento la estación lo antes posible, ¿lo comprende?

— Sí claro.

Mijaíl Ivánovich se sentó en un banco junto a la garita del centinela y lió un grueso cigarrillo. Mientras fumaba el fuerte tabaco, pensaba en lo ocurrido. No estaba claro si era obra de algún malhechor o la señal para un nuevo ataque de los blancos por todas partes.

Estaba Kalinin tiritando de frío ante los muros de la estación deteriorada sin sospechar que el mecanismo de la segunda bomba iba contando los últimos minutos. Tiró la colilla y se puso en pie con la intención de ir a la sala de máquinas, donde se agazapaba la muerte. En aquel mismo instante sonó en voz alta en Moscú, en la reunión del CEC de Rusia, desde lo alto de la tribuna, la voz de Lunacharski en apoyo de la propuesta de Lenin. Decía Lunacharski:

— Si el primer puesto del Estado debe ocuparlo en la república obrera y campesina un obrero o un campesino, el camarada Kalinin, viejo proletario de Petrogrado que no ha roto los vínculos con la tierra, un campesino medio, es sin duda el mejor candidato para este puesto...

Lunacharski iba dando precisamente fin a su discurso cuando el jefe del destacamento de la Guardia Roja que se hallaba en la estación de abastecimiento de agua de Zaréchnaya, Rudolf Kárlovich Lépnik, vio en una de las máquinas de la sala un objeto extraño. Se inclinó y oyó el rápido y preciso tic-tac. No se podía perder tiempo. Había gente en derredor. La única salida era echar a correr al Neva y tirar la bomba al agua.

— ¡Paso libre! ¡Apartaos de en medio! —mandó Lépnik y, tomando la bomba, la llevó corriendo hacia la puerta.

Mijaíl Ivánovich y Kotliakov apenas si tuvieron tiempo de entrar en la sala cuando se abalanzaron a él

unos marinos rojos. Un marino de hercúlea altura, abriéndose de brazos, arrinconó a Kalinin contra la pared, jadeando por encima de su cabeza:

— ¡Atrás, que llevan una bomba! ¡Atrás!

Kalinin vio la cara blanca de Lépnik. Cuando salió del local Rudolf Kárlovich Lépnik torció hacia el Neva. Un paso, otro paso más... Pero no le dio tiempo a llegar a la orilla: la bomba estalló. Mijaíl Ivánovich fue lanzado a un lado. El marino, que resguardaba a Kalinin, se desplomó lentamente. Corrió hacia él otro marino, joven.

— ¡Grisha! ¡Oréjov! ¡Grisha!

Los guardias rojos llevaron a Kotliakov, contusionado, al automóvil.

— ¿Al hospital? —interrogaba alguien—. ¿Al hospital?

— Llevadlo a un médico —ordenó Kalinin—. ¿Se ha comunicado a la Cheka? Hay que redoblar sin falta la guardia en todos los objetivos.

— Se hará —le respondió un mando que él no conocía.

Mijaíl Ivánovich Kalinin estuvo varios minutos, inclinada la cabeza con dolor, ante el cuerpo de Lépnik. Luego fue lentamente al automóvil.

Cuando estuvo de vuelta en casa, Kalinin habló ante todo con la mujer de Kotliakov, la tranquilizó y sólo después de lo cual se tendió en el sofá. Le dolía mucho la cabeza.

Le costó trabajo levantarse, cuando Ekaterina Ivánovna dijo que telefoneaban del Soviet de Petrogrado y le pedían con insistencia que se pusiera al habla.

La voz sonaba en el auricular con solemnidad:

— ¿Mijaíl Ivánovich?... Mijaíl Ivánovich, se ha recibido un comunicado de Moscú. Usted ha sido elegido Presidente del Comité Ejecutivo Central de Rusia...

— ¿Qué? —no comprendió Kalinin.

— Que ha sido elegido Presidente del CEC. ¡Enhorabuena, Mijaíl Ivánovich! Lenin le ruega que acelere el viaje.

— Pero... Si mañana tengo reunión del consejo del comisariado.

— ¿La ha de dirigir usted mismo?...

— Cómo puede ser de otra manera —repuso Kalinin y dejó el auricular en el soporte. La mano fue, con movimiento habitual, a sacar la bolsa del tabaco.

Encendió el pitillo junto al postigo de la ventana, echando las bocanadas de humo a la calle.

— ¿Hay algo urgente? —interrogó la esposa.

— Aguarda un instante —sonrióse turbado y jovial—. Déjame pensar y te lo explicaré.

— ¿Pero qué ha ocurrido?

— Me han elegido presidente del CEC.

— ¡Oh, señor! —dijo Ekaterina Ivánovna, juntando las manos—. ¿Lo dices en serio, Mijaíl!

— Y tanto. Haz las maletas. Dentro de dos días nos vamos a Moscú.

CAPITULO SEPTIMO

1

Durante el primer tiempo, mientras en el Kremlin se arreglaba la vivienda que ocuparían los Kalinin, éstos hubieron de vivir con toda la familia en casa de un viejo conocido. Este pasó a vivir con su esposa e hijos a una habitación, y los Kalinin se instalaron en otra, algo menor. Apretados, pero bien avenidos, claro; lo único es que no había manera de trabajar o descansar en casa.

La reparación de la vivienda se prolongaba demasiado, pero Mijaíl Ivánovich no quería apresurar al comandante del Kremlin. ¿Era eso obrar con tacto? Nada más tomar posesión, ¿y en seguida a plantear problemas de vivienda?

Cada mañana temprano se iba a pie al Kremlin por las calles casi intransitables debido al deshielo de abril. En todo el invierno no se había retirado la nieve de Moscú, y ahora los inmensos montones iban disminuyendo de volumen, se derretían, llenando el arroyo de anchas y veloces torrenteras. Con zapatos y chanclos no se podía pasar. Sacaban del apuro las botas altas y bien untadas.

Mijaíl Ivánovich se fue enterando de cuáles eran sus nuevas funciones, conociendo a los nuevos colaboradores, dando audiencias, yendo a las fábricas, y sus ideas lo tornaban continuamente a la preocupación principal. La reunión ordinaria del Comité Ejecutivo Central de Rusia se había convocado para el 9 de abril. Kalinin debía pronunciar un discurso programático que él denominó "Declaración de las tareas inmediatas del CEC". Deseaba que aquella declaración fuese breve y dijese muchas cosas de manera comprensible para todos, sobre todo para los campesinos.

Sus palabras se oirían por primera vez en todo el país, serían algo así como una guía para la acción de los trabajadores en plano local. Teniendo eso presente, meditaba concienzudamente cada frase, sin olvidar en ningún momento la indicación de Lenin que había definido con precisión la nueva actitud con el campesinado medio. El objetivo de Mijaíl Ivánovich era trazar un sistema de medidas concretas para poner en práctica los acuerdos del VIII Congreso del Partido.

Antes de comenzar el discurso, daría las gracias a los miembros del CEC por la confianza que habían depositado en él. Y explicaría que su elección para cargo de tanta responsabilidad era para él símbolo de la estrecha alianza de los campesinos con las masas obreras; pues en su persona se agrupaban el obrero de Petrogrado y el campesino de Tver.

Luego, la declaración misma, que trataría de las cuñas que intentaban meter entre los obreros y los campesinos los enemigos de clase para romper la alianza natural y necesaria de los trabajadores, para debilitar la presión sobre la contrarrevolución. En algunos lugares de la República Soviética estaban descontentos los campesinos. Las causas eran muchas: la guerra a lo largo de muchos años que había desbaratado nuestra economía, el año y medio de lucha con la burguesía y los restos del zarismo, nuestra falta de preparación para gobernar, nuestra escasa capacidad de trabajo, nuestra falta de costumbre para organizarnos y, además, la malevolencia de algunas personas que desacreditan de manera criminal el Poder soviético, y los sobornos de nuestros enemigos.

La alianza de los obreros y los campesinos había que hacerla firme, indestructible y capaz de soportar los ataques más violentos de las bandas burguesas y mercenarios.

Luego había que declarar que el gobierno haría todos los esfuerzos para mejorar el bienestar de los campesinos. Y enunciar las medidas que se han de aplicar en el plazo más breve.

Los comités ejecutivos locales estaban obligados a no poner obstáculos a la compra-venta entre los campesinos de los diversos distritos y subdistritos. Que la gente vendiera heno, leña y otras mercancías.

No se debía en modo alguno acabar con las haciendas campesinas bien explotadas, sino al contrario, prestarles ayuda de toda clase. Contribuir a la mejora de la ganadería, de la horticultura y de la apicultura hasta el estímulo de las haciendas individuales en esta dirección.

No había que impedir el desarrollo de las industrias domésticas y de la artesanía. El país necesitaba trineos de carga, palas, muebles, cuerdas y esteras. Las industrias artesanas debían protegerse lo mismo que la clase obrera protege sus fábricas y talleres.

Se recaudaría paulatinamente el impuesto extraordinario sin rebasar los límites establecidos.

Se incorporaría los campesinos medios sin partido que conocieran bien la vida y las condiciones locales a los comités ejecutivos.

Se presentaría todas estas propuestas a confirmación del Consejo de Comisarios del Pueblo y del CEC para su puesta en vigor.

Mijaíl Ivánovich tornaba una y otra vez a su declaración. Tachaba algo, desarrollaba algunas tesis y las formulaba con mayor exactitud. Tan pronto como acabó el trabajo, fue a ver a Lenin.

Lenin leyó el manuscrito con lentitud, ahondando en cada frase. A veces se paraba a pensar, golpeteando maquinalmente en la mesa con el extremo del lápiz. Hizo algunas enmiendas, preguntando cada vez:

— ¿Está de acuerdo?

Miró divertido a Kalinin y se le formaron arrugas en los rabillos de los ojos. Se veía que estaba muy contento.

— Es un documento oportuno. Muy oportuno.

Luego, devolviendo el papel a Mijaíl Ivánovich, inquirió:

— ¿Se acuerda de lo que hablamos de su carpeta? ¿Cómo dice usted que la llama?

— La carpeta del futuro.

— Tendría unas ganas inmensas de verla.

— La traigo aquí...

— Enséñemela, por favor.

Mijaíl Ivánovich abrió la carpeta, bastante voluminosa ya. Lenin pasó una hoja, luego otra.

— Es curioso... Muy curioso. Esto nos sería útil a nosotros. Y esto también... ¿Qué es esto? ¿Una segadora común? ¿Por qué está aquí?

— Es muy ligera de marcha y sólida.

Vladímir Ilich apartó el dibujo de un anuncio de segadora y se puso a examinar la foto de un tractor.

— Es uno de los que llevaron en octubre las piezas de artillería pesada al Smolny —le explicó Kalinin.

— ¡Vaya! ¿Y quién va montado?

— El hijo de un obrero de la fábrica Putílov que se llama Shtiriov, viejo conocido mío. Participó ya con nosotros en los años noventa en una huelga. Su casa era un lugar de reuniones clandestinas.

— ¿Y el hijo qué es? ¿Soldado?

— Era soldado, de la Guardia Roja. Después de haber sido herido trabaja en la fábrica con su padre. Comprende bien la técnica, tiene unas manos de oro. El fue quien

abrió el primer surco con el tractor en el campo colectivo.

— ¡Este sí que es en verdad nuestro futuro, camarada Kalinin! —exclamó Lenin, sonriendo—. Un joven proletario fiel a la revolución con experiencia de lucha y profundos conocimientos.

— Sueña con conducir automóviles. Fabricarlos y conducirlos —puntualizó Kalinin—. Quiere volver a Moscú, aquí hay más posibilidades.

— Buena idea —lo alentó Lenin—. Un momento —detuvo a Kalinin, que cerraba la carpeta. Sacó del cajón de la mesa una hoja de papel grueso—. Tome esto. Es un arado eléctrico. Creo que pronto, incluso muy pronto, la electricidad desempeñará un papel primordial en la industria y en la agricultura. De manera que ponga este diseño también entre los papeles del futuro.

2

Vladímir Ilich Lenin propuso enviar de viaje por toda Rusia, en largos recorridos, a los propagandistas más preparados de entre los dirigentes del partido y el gobierno. Para que ellos fueran a los distritos alejados y explicaran al pueblo qué política aplicaban los bolcheviques después del VIII Congreso, cuál era la situación de la república y ayudasen a los compañeros locales a explicarse las cuestiones complicadas. Con ese fin había que formar trenes y fletar barcos propagandísticos y dotarlos de los elementos imprescindibles.

Lenin concedía especial importancia a los viajes del representante del poder supremo: del Presidente del CEC. En su nota "Para el plan de las medidas urgentes en pro del campesino medio", Vladímir Ilich señaló especialmente: "Confeccionar y aprobar el plan de los viajes de Kalinin. Publicar las fechas, los lugares, las audiencias y los peticionarios, etc."

Mijaíl Ivánovich comenzó a prepararse para el camino sin dilación, pensando que un dirigente estaba simplemente obligado a conocer hasta el fin su "terreno", por dilatado que fuese. Para eso había que ver ante todo las zonas del país que desconocía. Tenía que hablar allí con la gente, enterarse de cómo vivían y enderezar las cosas, si en algún sitio se habían torcido.

Kalinin había estado en la estación del ferrocarril, donde se equipaban urgentemente vagones para viajes

largos. En uno se instaló una biblioteca y un almacén de libros; en otro, un cine; y en otro, una aula. Para los cargos oficiales que habían de acompañar a Kalinin se prepararon compartimientos cómodos, pues se había de vivir y trabajar en ellos semanas enteras.

La mitad del vagón del Presidente del CEC lo ocupaba un salón con filas de butacas y una mesa en medio. Allí se proyectaba celebrar reuniones y asambleas. Detrás del salón había un despacho con dos mesas. La otra mitad era para descanso. En un vagón aparte se instalaban los soldados de la protección.

Las paredes estaban engalanadas por fuera con vivos carteles simbólicos. Los decoradores de moda habían trabajado a placer. Las figuras resultaron toscas y angulosas, pero eran llamativas. En un sitio, un obrero daba a un campesino una mano de ayuda; en otro, un herrero rompía las cadenas con que la burguesía envolvía al proletariado; en aquel otro, un soldado rojo apretaba el gaznate fuertemente de un obeso general blanco.

El nombre del tren surgió por sí mismo: tren de organización e instrucción del CEC "Revolución de Octubre".

El 29 de abril, Kalinin estaba listo para ponerse en marcha. Un automóvil lo llevó de prisa a la estación. Tan pronto como dejó el equipaje en el compartimiento, se presentaron los reporteros de *Pravda* e *Izvestia*. Fueron de lo más oportunos. Que los periódicos recordaran una vez más el viaje que se iba a hacer con el fin de que la gente se preparase para las entrevistas, para decir lo que pensaba.

Los reporteros lo aguardaban en el salón. Kalinin los saludó y tomó asiento junto a la ventana.

— Acérquense a la mesa, acérquense a la mesa —les invitó—. Estarán más cómodos para escribir. ¿Qué les interesa, en concreto?

— ¿Cuál es el objetivo principal del viaje?

— Nuestro objetivo principal es ir directamente a los distritos y subdistritos, al pueblo trabajador distanciado del centro y conocer sus necesidades, escuchar la voz de la vida misma.

— ¿Qué desea recalcar en especial?

— El objetivo político del viaje, eso mismo.

— Explíquese más, por favor.

— Las provincias por las que nos proponemos pasar están cerca del frente de Kolchak, y la propaganda política en este campo tiene una importancia inmensa...

Los reporteros tomaban notas precipitadas. Desde la ventanilla se veían pasar por el andén sacas de periódicos recientes. Rechinaron los topes, el vagón se balanceó: enganchaban la locomotora.

3

Cruzar el frente no fue fácil. En todos los caminos había destacamentos de contención que detenían a los desertores y comprobaban escrupulosamente los documentos. A la menor sospecha, detención. Kuzmá decidió no concitar el mal sobre su cabeza. Era mejor aguardar el momento oportuno. Entretanto se apuntó a la compañía de guardia del nudo ferroviario de Ruzáievka para recibir una ración de pan con un buen guisote. Los soldados rojos de la compañía de guardia custodiaban a menudo trenes que iban al Este, a veces desde la mismísima línea del frente. Podía presentarse alguna ocasión.

Un día de mayo llegó a la estación un tren de pasajeros con los vagones engalanados de fiesta. ¡Ha venido el Poder soviético sobre ruedas! La compañía de guardia fue puesta en pie de alarma y la sacaron a la estación, donde se alzaba un alto tablado y una escalera recién hechos. Los soldados rojos recibieron la orden de acordonar la plaza.

Kuzmá Golopiórov no tuvo suerte. Su sección estaba en el extremo más alejado de la plaza, tras el gentío que había junto a una valla de gruesas tablas. La gente desocupada, y no sólo los niños, sino también respetables adultos, se habían subido a todo lo largo de la valla; y al soldado con fusil parecíale mal encaramarse a la valla. Kuzmá estiraba el cuello a más no poder, procurando ver a Kalinin.

Lo reconoció tan pronto como él subió con otros al tablado. Los jefes se apiñaban en grupito, y Kalinin se sentó en un extremo, dejó colgar las piernas enfundadas en las altas botas y sacó la bolsa del tabaco.

— ¿Dónde? ¿Cuál es? —rumoreaba la gente—. ¿El alto? ¿O aquel panzudo?

— El que está pegando el papel del pitillo, ése es —explicó Golopiórov.

— ¡Anda allá con tus mentiras! —lo miró con inquina desde la valla un fornido campesino que llevaba un gorro de piel de zorra.

— ¡Tú sí que mientes! —replicó sin malicia Golopiórov—. Claro que es Kalinin el del cigarro... Ahora lo presentarán.

Era verdad, lo presentaron. El campesino miró con expresión de respeto a Kuzmá.

Entre el gentío se armaba ruido a menudo, sonaban voces, y entonces a Kalinin no se le oía en absoluto. Pero la gente se fue calmando poco a poco, y la voz del orador sonó más alta:

— Además, se debe llamar la atención a que en el Soviet hay a menudo muchos miembros. Antes gobernaba el subdistrito un alcalde, un escribano, a veces un ayudante de escribano, y ahora tenemos en el Soviet hasta quince empleados, y está claro que a los subdistritos les es difícil mantener a tanta gente; pues bien, hay que procurar disminuir su número.

— ¡Es verdad! —voceó el campesino.

— ¡Pues no ha de serlo! —dijo Kuzmá—. El campesino hacendoso trabaja, y los gandules se meten a jefes.

— ¡Déjame escuchar!

— Además —prosiguió Kalinin—, ¿no hay entre vosotros confiscaciones ilegales, detenciones y disposiciones arbitrarias? ¿Ocurre que los miembros de los comités ejecutivos tomen productos para su propio menester u ocupen viviendas?

— ¡Cuanto se quiera! —voceó alguien de la muchedumbre.

— ¡Quien quiere, roba al campesino! —asintió Golopiórov.

— Pues bien, camaradas, ahora recogeré todas esas instancias, y ahora mismo se dará una u otra solución, y si el asunto es complicado, y no lo podemos resolver en el acto, lo resolveremos cuando llegue a Moscú.

Dichas estas palabras, el pueblo quedó muy emocionado y tardó mucho en calmarse. Kuzmá oía a trozos nada más las palabras de Kalinin sobre la movilización, los desertores y los precios fijos del trigo. Poco a poco, el ruido se fue aplacando.

— Claro que ahora tenemos muchos desórdenes; claro que nuestra gente no puede con todo. Nadie va a discutir que la nobleza es más lista que nosotros: aprendió a gobernar durante decenios y siglos; los aristócratas estudiaron en las universidades, fueron a países extranjeros, han tenido a su disposición a los mejores contables y oficinistas; han estado rodeados de policías. Y el pobre

ha sentido en sus carnes a este policía: ha salido magullado de la comisaría lo mismo que ahora, con mucha menos frecuencia, sale del puesto de milicia del orden público el rico. Claro que se puede decir que el Poder Soviético también asesta golpes ahora, alguna vez, a los pobres...

— ¡Es verdad! —voceó alguien.

— ¡Zumba a todos! —gritó Kuzmá.

— ¡No me dejes sordo! —le hizo callar el mujik del gorro de piel de zorra.

Kalinin alzó la mano y prosiguió:

— Pero nosotros... acabaremos con eso. Y sabed también, camaradas, que lo mismo que a la bolsa de dinero se arriman todos los granujas, igual se nos arriman a nosotros y se apuntan a los comunistas quienes quieren medrar, algunos incluso lo hacen con malas intenciones. Suele suceder que Kolchak nos envía a sus espías, que se apuntan a nosotros, se ponen a trabajar y nos traicionan. En Kazán, por ejemplo, se ha detenido a setenta personas que teníamos infiltradas y se lo decían todo a Kolchak...

A Kuzmá le pareció que le soplaba un viento gélido. ¡Hacia dónde tiraba Kalinin! ¡Daba palos a todos! Golopiórov miró de reojo a los encaramados a la valla a su lado. Nadie le prestaba atención. El campesino que llevaba gorro de piel de zorra escuchaba a Kalinin con fervor y muy atento: por la frente, debajo de la piel de zorra, le caían chorros de sudor.

— ¿Pues qué es, camaradas, ser comunista? Comunistas se llaman los que desean un futuro mejor para los campesinos y los obreros; en el comunista debe encontrar el campesino a un hombre culto y desprendido que pone todos sus intereses en segundo plano, procurando mejorar la vida de quienes lo rodean. Los comunistas deben ser un ejemplo para todos los demás. Claro que todos somos pecadores, y el comunista bebe a veces: pero eso de que vaya borracho esgrimiendo la fusta o se enzarce en peleas son cosas intolerables, y esos comunistas son arrojados de todas las células del partido.

Kalinin se acaloró muchísimo. Se quitó la chaqueta. El militar que tenía al lado la recogió con cuidado.

— Ahora mismo vamos viendo ya cómo se van arreglando las cosas poco a poco, el propio poder va mejorando y mejorando, arrojamos de nuestro lado a los que se nos arriman, y con los esfuerzos aunados de los obreros y los campesinos desatascaremos este carro, este gran carro,

camaradas, y no sólo lo desatascaremos, sino que lo arreglaremos bien, lo arreglaremos sin falta, porque los campesinos y los obreros tienen una gran participación en toda esta labor.

— ¿Y quién va a ir montado en ese carro! —voceó Kuzmá.

— ¡Qué silbas, culebra rastrera! —le gritó el campesino del gorro.

Kuzmá optó por apartarse de allí. Anduvo a lo largo del andén, contemplando los carteles de los vagones. Los muchachos jóvenes del vagón más distante que llevaban guerreras nuevas sacaron unos paquetes atados con cuerdas y empezaron a repartir octavillas entre la gente.

— ¡Camarada soldado rojo, tome un llamamiento!

— ¿Quién, yo? Eso lo hago siempre con placer.

— Y transmítaselo a sus camaradas.

" ¡Que te lo has creído! ¡Buen ayudante has encontrado! " —pensó Kuzmá, irónico. No obstante, leyó con atención la octavilla; no era nada corriente:

" ¡Me dirijo a vosotros, amigos, obreros, campesinos y soldados rojos hermanados con sangre!

"Nosotros, el Gobierno Obrero y Campesino ruso hemos declarado siempre y declararemos ahora que no queremos la guerra. Hemos empezado a construir pacíficamente nuestra casa socialista, hemos colocado los cimientos, erigido las paredes y queremos poner el tejado, y esta nueva isba nos la quieren incendiar.

"La jauría de partidarios del régimen zarista, los Kolchak, los Denikin y otros han movilizado a los campesinos sin conciencia, en unos sitios por la fuerza, y en otros mediante el engaño, y vienen contra nosotros, destruyendo por el camino el patrimonio del pueblo, quitándoles a los campesinos la tierra, esa tierra tan regada con la sangre de nuestros abuelos y bisabuelos.

"Hacen correr absurdos rumores de todo tipo sobre el Ejército Rojo, sobre el hambre y el desbarajuste, procurando arruinar más aún el torturado país. Ellos organizan sublevaciones de campesinos.

"Pero en lo hondo del alma el pueblo siente que el poder obrero y campesino es el poder suyo, el que le llena.

"Hemos emprendido firmemente el camino de los

ejemplos para demostrarlo en la práctica a los obreros y a los campesinos medios.

"Primero: se les anula el impuesto revolucionario (exceptuados los ricos)

"Segundo: se perdona a todos los que han ido inconscientemente contra el Poder soviético

"Tercero: protegeremos las industrias domésticas, los talleres de artesanos y toda iniciativa cultural que vaya en bien del pueblo.

"En pie, hermanos, al último combate decisivo. Nosotros estamos siempre con vosotros. Yo me dirijo a vosotros, campesinos, como elegido vuestro para el puesto de presidente del Gobierno soviético, del CEC de Rusia.

" ¡Reforcemos la alianza fraternal de los obreros y los campesinos!

" ¡Derrotemos la banda malhechora de los terratenientes y los capitalistas!

El Presidente
del Comité Ejecutivo central
de Rusia

M. Kalinin."

La gente se iba marchando de la plaza de la estación. El mitin había terminado. En las manos de casi todos blanqueaban hojas volantes como la de Golopiórov.

A su encuentro caminaba el campesino del gorro de piel de zorra. Miró a Kuzmá con aire triunfal y preguntó:

— Eh, tú, voceras, ¿has leído el papelito?

— No —mintió Kuzmá, que no deseaba entrar en discusiones.

— Pues léete esa hoja de cabo a rabo y dejarás de vocear de golpe. ¡El Poder soviético entrega a los campesinos un tesoro!

El campesino se echó a reír y siguió caminando, dándose seguramente prisa a alegrar con la buena nueva a sus familiares y amigos.

Golopiórov lo siguió con la mirada, una mirada de odio.

4

La tierra, caldeada por el sol primaveral y bañada por lluvias acariciantes, ofrendaba generosa al mundo una vida nueva, una belleza nueva. El cerezo silvestre despedía una fragancia embriagadora, acre e inquietante. Los sotos de abedules se vistieron de raso verde, se espesaron las copas de los álamos y de los serbales y hasta el tardo roble echó las primeras hojuelas.

Oyó la sonoridad y embriaguez con que cantó el ruiseñor en la aliseda y sintió Mijaíl Ivánovich Kalinin deseos de ir a su tierra, de beber agua del río Medvéditsa y de ver por la mañana temprano el prado blanqueado por el rocío. De vuelta en Moscú, dijo a Lenin en la primera entrevista:

— Tendría que ir a mi pueblo, hace tiempo que no he estado allí.

— Muy bien —aprobó Lenin—. Vaya y vea qué ha cambiado allí, qué cuestiones se plantean con más agudeza. En el pueblo de uno, entre gente conocida, eso mejor se ve. Y descanse algo, saque fuerzas de su tierra natal —sonrióse Lenin.

Mijaíl Ivánovich Kalinin se preparó en menos de una hora y se puso en camino él solo, sin llevar a ningún familiar.

Desde la estación de ferrocarril de Kashin hasta Viérjnaya Troitsa hay unas treinta verstas. Del pueblo enviaron un carro para Kalinin, pero él fue la mayor parte del camino a pie, apoyándose en un palo. A lo primero el camino pasaba entre extensos prados cubiertos de un tapiz esmeralda de hierba lozana. Luego siguieron unos bosques umbríos y húmedos, y los mosquitos le zumbaron encima de la misma oreja. En un calvero, al pie de un espeso abeto solitario, Mijaíl Ivánovich arrancó un muguete tímido que aún no había abierto del todo los botones de nívea blancura.

— ¿Para qué cansar los pies? —enojábase el arriero, un joven campesino con gastado gorro de ciudad—. Y las zancas son propias, no son del Estado.

— ¡Entenderás tú mucho! —se rió en respuesta Kalinin.

Cruzaron el río Medvéditsa en una barca. Al otro lado del río, en el extremo de la aldea, a Kalinin lo esperaba el gentío.

A su encuentro salió corriendo su madre, delgaducha, bajita y emocionada. Le dio tres besos.

Mijaíl Ivánovich Kalinin confiaba descansar del viaje, dormir a pierna suelta como no lo había hecho en muchas noches, ¡pero que si quieres! La gente entró en la isba en tropel. Todos querían felicitarlo, estrecharle la mano o simplemente a ver a una autoridad tan alta. Hasta de otras aldeas acudían curiosos.

En casa de los Kalinin, sentados en troncos, se reunieron junto a Mijaíl Ivánovich muchos campesinos y empezaron a preguntarle. Unos con orgullo perceptible, como queriendo decir: ¡Mira adonde se ha encaramado nuesto paisano! Otros zahiriendo y aun dijérase que con algo de envidia:

— Y qué nos dices, Mijailo, ¡te vas a quedar ahora con la finca del zar?

— ¿Y qué falta me hace a mí?

— Qué cosas dices, la finca. Ahora hay que darle el palacio del Gobernador.

— También le resultará pequeño; Mijailo tendrá ahora tantas visitas de todas partes...

— Ahora ¿nos saludarás o tendremos que quitarnos el gorro delante de ti?

— Dejaos de bromas —rióse Kalinin—. Hace tiempo que quiero arreglar mi casa. Pondré un tabique en el aposento grande y me montaré una habitación en el desván. Los hijos van creciendo, y la casa se queda pequeña.

— ¿Podrás tú solo o necesitas ayuda o que te enseñemos?

— Han encontrado a quien enseñar; él es quien empezará a enseñarnos a todos. Cómo darle al hacha y cómo arar la tierra.

— Antes gobernaban los sabios, pero tú ¿adónde vas? ¿Tendrás suficiente cabeza?

— ¿Y quiénes mandaban antes? —inquirió Kalinin—. El zar y sus secuaces, los ricos. ¿Verdad?

— Claro.

— ¿Qué intereses defendía ese poder? Los de los terratenientes y los burgueses. Necesitaban a gente suya en el gobierno. Ahora el poder lo tienen las masas populares, por eso ponen la confianza en el trabajador. Yo conozco por mí todo lo que se necesita en el campo, por eso defenderé nuestros intereses comunes. No los de los ricos ni de los terratenientes, sino los de los pobres y del campesino medio independiente.

— Aquí todos son campesinos medios.

— ¿Y para quién trabajé yo el verano pasado de jornalero, para un campesino medio?

— No regañéis, hombres, dejad hablar. Tú, Mijailo, metes juntos a los obreros y a los campesinos en un carro, y nuestros caminos son diferentes. Los obreros buscan su verdad, y nosotros, la nuestra.

— ¿Dónde has visto tú esas dos verdades? —dijo Kalinin—.

La verdad es una para todos los trabajadores. Los obreros solos no se sostendrán en el poder sin el apoyo campesino, no podrán resistir contra los burgueses. Los campesinos, por su parte, tampoco podrán librarse de los terratenientes. Y si van juntos, ¡entonces no hay que temer nada!

— Claro que juntos es siempre mejor. Pero que no queden perjudicados los campesinos. Los obreros están en las ciudades, más cerca del poder...

— ¿Quién los va a perjudicar? No adoptaremos ninguna ley que vaya en contra de los campesinos.

— Habrá quien nos perjudique, Mijailo. Nuestras preocupaciones y sufrimientos son ajenos.

— ¿Ajenos para quién? ¿Para el Poder soviético? No; nuestro poder tiene dos manos: una es de los obreros; la otra, de los campesinos. Toques la que quieras, las dos son igual de estimadas.

— ¿Igual? Si te preguntan a ti cuál te dejarías cortar, de seguro que entregas la izquierda, ¡la derecha te dará pena!

— Es verdad, la derecha está más adaptada a trabajar —otorgó Mijaíl Ivánovich. Y agregó, sonriente—: Pero los pies son iguales; lo mismo da uno que otro. Nos sostenemos sobre los dos. Considéralo así.

La charla duró hasta casi media noche.

María Vasílievna, que esperó en la isba hasta que volvió su hijo, encendió el quinqué y corrió los visillos. Encima de la mesa expelía vapor un gran samovar de cobre, el orgullo del ama. En toda la aldea no se encontraría otro igual.

Tomaron el té sin prisas, charlando, María Vasílievna le preguntaba por los nietos. Los echaba de menos. Tomaba el té caliente a sorbos del platillo. Daba un sorbo, se comía un trocito de arenque, de los traídos por

su hijo entre otros regalos, y volvía a echar té de la taza en el platillo. El azúcar lo tomaba, mordiendo el terrón a trocitos.

...A la mañana siguiente, Kalinin se despertó tarde. Su madre no estaba, había ido al campo. Pero sabía cómo halagar a su hijo: le dejó encima de la mesa el desayuno que le gustaba: un jarro de leche y un trozo de pan blando de centeno.

Mijaíl Ivánovich se fue de buen humor al pueblo de Yákovlevskoe. Recorrió, como quien no quiere la cosa, doce verstas por el conocido camino. Se detuvo junto a la escuela: ¿entraría en su clase a ver cómo estaba ahora? Pero era violento entrar en plena lección. E interrogó a unos chiquillos que pasaron corriendo por delante.

— ¿Está en clase Anna Alexéievna?

— ¿Bobrija? No, tío, está enferma.

Desde la escuela hasta la casa de la maestra había un paso. Mijaíl Ivánovich advirtió que las ventanas estaban aún con el marco doble del invierno. Antes, Anna Alexéievna rara vez cerraba el ventanillo... Los años volaban.

En el oscuro zaguán encontró a tientas la empuñadura de hierro y entreabrió la puerta:

— ¿Hay alguien en la casa?

— Adelante —la voz de la mujer se estremeció, quedando entrecortada. La maestra caminó a su encuentro:

— ¡Mijaíl! ¿Eres tú?

— Sí, soy yo, Anna Alexéievna.

— Mijaíl... —apoyó un instante la cabeza en su hombro—. Buenos días, mi alumno ejemplar. Siéntate aquí, junto a la ventana, a la luz, para verte mejor.

Lo contempló largo rato y con atención, sonriendo y enjugándose las lágrimas que le venían a los ojos.

— ¿He cambiado mucho? —inquirió Kalinin.

— ¡No, no, sigues siendo igual!

— ¿Como en el primer grado?

— Como en el primero, no... ¡Pero sí como en el de fin de la escuela! —rióse ella.

— ¡Cuánta agua ha corrido desde entonces!

— ¡Mucha, Mijaíl, mucha! Por todos los contornos, en todas partes hay ahora antiguos alumnos míos. Me acuerdo de todos. Casi de todos —precisó—. A veces caigo enferma en otoño: hace frío, no se puede caminar de barro y me encuentro sola. Y me entra la morriña, ¿por qué habrá la vida? Y cuando me paro a pensar en vosotros, en mis chicos... ¡Ay, pero si te estoy alimentando con fábulas!

Cubrió la mesa con un mantel limpio y viejo, raído por los dobleces. Se quedó un rato pensativa, moviendo los labios. La cara la tenía igual que antes, hermosa y arrogante, pero ya con muchas arrugas, lustrosos los blancos y espesos cabellos del liso peinado. Hizo una seña con la cabeza a Mijaíl y salió al zaguán. Kalinin recorrió la pequeña habitación con la mirada. Una cama, una estantería de libros, cuadernos escolares en un estante. Un globo terráqueo agrietado...

— Mira, Mijaíl —sonrióse, turbada, Anna Alexéievna, limpiando el polvo de una botella grande y negra—. Tengo licor de ciruela, hace tiempo que lo guardo para alguna gran ocasión.

— Gracias, pero yo no me llevo ni una gota a los labios.

— El motivo es de mucho peso: por tu nuevo nombramiento, por tus éxitos en el cargo estatal. Una copa se puede tomar.

— No hay escapatoria, si lo manda la maestra —dijo Kalinin, abriéndose de brazos.

— No me lo achaques a mí, no me lo achaques, la culpa es tuya. ¿Has venido por casualidad o te trae algún asunto?

— Pues no sé... No me acabo de afincar en mi nuevo cargo. A veces yo mismo me extraño. Por eso he querido venir al pueblo, a ver a los míos. Sentir si los campesinos de nuestra comarca me aprueban o dudan de mí.

— La gente está satisfecha. Te conocen, Mijaíl.

— Es hasta raro. Me han recibido como si no hubiese sucedido nada del otro mundo.

— Estás preparado por toda tu vida para ese trabajo. Por eso la gente que te conoce acepta tu nombramiento como algo natural.

— Gracias —repuso él en voz baja.

CAPITULO OCTAVO

1

A Kuzmá lo metieron en la celda con tanta fuerza que se dio un batacazo.

— ¡Sicarios malditos! —se lamentó un campesino descalzo que estaba sentado junto a la pared con ropa interior—. Descalabran y matan a los nuestros, y todo les parece poco... ¿A ti por qué te han detenido? ¿Desertaste?

— ¡Qué vas a desertar aquí! ... —masculló a desgana Kuzmá, tentándose una cadera y las costillas. Me duele mucho, pero me parece que tengo los huesos enteros.

La celda era grande, y en ella habían metido a unas cincuenta personas. Unos dormían en el suelo, otros estaban sentados sin moverse, fija la mirada en la sucia pared.

¿Había valido la pena recurrir a añagazas, arriesgarse, cruzar el frente y llegar hasta Omsk para venir a parar en fin de cuentas a esta prisión? Tanto se había alegrado al ver el fin de su deambular, al saberse llegado a buen puerto y poder recuperarse junto a su señor que, en su arrebato, fue derecho al Estado Mayor de Kolchak y le dijo al centinela que necesitaba ver al señor teniente coronel. El centinela llamó al jefe de la guardia, avejentado sargento de caballería de bigotes taheños y lúgubre faz. Hasta desorbitó los ojos: "¡Conque necesitas ver al señor teniente coronel, patán, y esto, ¿no lo has olido?" Le soltó tan tremendo puñetazo que poco faltó para que Kuzmá perdiera el sentido.

Pero no se desconcertó, el mismo alzó la voz al sargento de caballería: "Puesto que tú estás de guardia, viejo pellejo, tú eres el que está obligado a dar parte al mando de que ha venido a ver al señor teniente coronel una persona que trae un asunto importante, y el señor teniente coronel conoce perfectamente el apellido de esta persona."

El sargento de caballería soltó un terno, pero no pegó más a Kuzmá y mandó que lo metiesen en el calabozo. Así que Kuzmá ya podía esperar y hacer conjeturas de si aquel canalla bigotudo daría parte a los jefes o se le

olvidaría. Debería dar parte, pues era veterano y se le había confiado la custodia del Estado Mayor.

— Los de Kolchak andan ahora de muy mala leche —le zumbaba al oído el mujik descalzo—. Se dice que los han echado del Volga y de los Urales, por eso han perdido los estribos y atizan a todos, sin mirar a quién. Los guerrilleros tampoco les dan sosiego... ¡Ay, no vamos a poder escapar de aquí!

Se disponía Kuzmá a regañar al importuno cuando se abrió la puerta y apareció el sargento de caballería de bigotes taheños. Y dijo, señalando con el dedo:

— ¡Tú, cojitranco, sígueme!

Kuzmá se animó: había surtido efecto, pues. Y no envió a ningún escolta, se había presentado él en persona.

El sargento de caballería lo llevó al otro lado de la plaza, a una casa grande, delante de cuyo portal había varios automóviles. En una pulcra habitación, debajo de la escalera, estaba sentado un teniente con brazalete que escribía algo. Llevaba sus ralos cabellos untuosos de brillantina bien peinados, pelo con pelo.

El sargento de caballería juntó los tacones:

— Ahí está el que viene buscando al señor coronel.

El oficial se arregló el brazalete y miró con curiosidad a Golopiórov. Hizo una mueca, al verle sangre en la cara.

— ¿Por qué le han pegado?

— Para que acate el orden —dijo el sargento—. Y para que se dé cuenta...

— De eso menos, sicólogo —le amenazó el teniente. Y dijo al detenido—: ¿Qué necesitas?

— Tengo que ver a su excelencia el teniente coronel Yaropóltsev Mstislav Zajárovich —respondió vivamente Kuzmá.

— ¡Míralo, tiene que ver a su excelencia! —ironizó el teniente. No obstante, se notaba que su interés era inmenso.

— No conoce las ordenanzas —terció el sargento—. O es un espía.

— No metas las narices —lo cortó el teniente. Y de nuevo a Golopiórov—: ¿Qué recado traes para el coronel?

— Vengo a ver al señor teniente coronel Yaropóltsev.

— Tus noticias son viejas.

— Viejas, sí señor —conjeturó Kuzmá—. He sido ordenanza de su excelencia. Ahora vengo del otro lado. He estado cumpliendo una tarea personal de él. Dígale sólo al señor Yaropóltsev que Golopiórov está aquí.

—¿Del otro bando vienes? —el teniente se inquietó. Le advirtió, por si acaso—: Mira, si pasa algo te despellejo.

Se ciñó el cinto y, preocupado, salió por la puerta.

Después de esas ceremonias, Kuzmá no se imaginaba cómo lo recibiría el señor y si se alegraría de su regreso. Se veía por todo que Mstislav Zajárovich era una figura allí.

—¿Dónde está? ¿Dónde? —oyó de pronto Golopiórov una voz excitada y conocida y, abobado de alegría, gritó:

—Estoy aquí, mi...

Yaropóltsev le estrechó los hombros y lo miró a la cara, como si no lo creyera.

—¡Kuzmá! ¡Te he estado esperando con verdadera impaciencia! —repitió varias veces Yaropóltsev, tirando de él en pos de sí. Tras él caminó, respetuoso, el teniente. El sargento se quedó de una pieza, con la boca abierta.

En el despacho grande del primer piso Yaropóltsev mandó a Kuzmá que se sentara en una butaca. Se sonrió tras de examinarlo atentamente:

—Claro que vienes roto y hambriento... Descansa ahora, hablaremos por la tarde. Cenamos en el *Europa*... ¡Ah, sí! —cayó él en la cuenta—. Teniente, mande que le preparen en seguida el baño, que lo pelen y afeiten y le den un uniforme.

—A sus órdenes.

—El suboficial Golopióriv vivirá en mi habitación. Por más que, desde hoy será subteniente. Que me presenten a las doce la orden para firmarla.

—¿Me permite hacer las diligencias?

—Sí.

—Vamos... subteniente —el oficial invitó con un gesto a Golopiórov a que lo siguiera.

—Llame a mi sastre, que le ajuste el uniforme —dijo aún Yaropóltsev.

En la habitación que había debajo de la escalera, el que estaba de guardia levantó el auricular, y Kuzmá se convenció de que el servicio en aquel Estado Mayor estaba bien montado. No tardó en tomar un baño de vapor, limpiándose la suciedad que le llenaba los poros. Se quitó la ropa vieja y recibió a cambio ropa interior de seda, extranjera, una guerrera de oficial, unos pantalones franceses de montar, unas botas altas nuevas, un capote verdoso inglés y una gorra con escarapela. Además, un sable con su tahalí. El revólver se lo prometieron para más tarde.

Kuzmá quedó muy satisfecho. Bien dice el dicho que con buen amo bien se sirve.

Instalóse el subteniente de nuevo cuño en el sótano de una casa de ladrillo de unos negociantes, espaciosa la habitación, en la vecindad de una comercianta viuda de provecta edad. El piso superior lo ocupaba la familia de Mstislav Zajárovich, que no se había ido al extranjero.

2

Octubre del año 1919 fue el mes de viraje de la guerra civil. Al Este, las divisiones de Kolchak, desmoralizadas, retrocedían de los Urales a Siberia, hacia el Irtish.

Los defensores de Petrogrado repelieron la ofensiva de Yudénich. Al Sur, el Ejército Rojo no sólo detuvo el avance de las tropas de Denikin hacia Moscú, sino que les hizo volver grupas y las alejó de Oriol. El Cuerpo de Ejército de Caballería de Semión Budionny liberó Vorónezh. Se desplegó una encarnizada lucha por las ricas zonas trigueras y hulleras. Por eso se dirigió allí precisamente en su viaje de turno el "CEC sobre ruedas".

En Vorónezh, donde aún se veían huellas de los recientes combates, el tren llegó el 3 de noviembre. Mijaíl Ivánovich pidió en seguida referencias acerca de si estaba lejos el Cuerpo de Ejército de Budionny y cómo llegar hasta él. Quedó claro que la distancia hasta el Cuerpo de Ejército no era muy grande. Pero los camaradas no le aconsejaron ir allá. En los alrededores de la ciudad aún había pequeñas unidades de caballería enemiga, y en cualquier aldea se podía topar con los blancos. Nadie sabía exactamente por dónde pasaba el frente. Los caminos otoñales estaban de tal manera que ya era tarde para transitar con vehículos de ruedas y temprano para ir en trineo. A fines de octubre cayeron lluvias torrenciales, el agua inundó los sitios bajos y los caminos vecinales se convirtieron en un pegajoso barrizal. Los últimos días había refrescado, nevó de improviso y hubo ventisca.

—¿Vienen los campesinos al mercado? —inquirió Mijaíl Ivánovich.

—Los más atrevidos sí que vienen.

—Pues Grigori Ivánovich y yo somos de los muy atrevidos —dijo Kalinin entornando alegremente los

ojos—. ¿Es verdad, Grigori Ivánovich? —interrogó al Presidente del CEC de Ucrania, Petrovski, que había llegado con él.

—Hay que ver a Budionny, mientras está cerca.

—Eso mismo, pues luego no habrá quien lo alcance. No me lo perdonaré si no hablo con él —dijo Kalinin—. Denos un arriero que conozca el camino, un trineo y dos caballos. Por la mañana nos pondremos en marcha.

—Abrigaos mejor —le aconsejaron los camaradas de Vorónezh—. Os daremos zamarras. Se las hemos requisado a unos comerciantes.

Kalinin y Petrovski emprendieron la marcha antes aún de la amanecida. El tiempo no mejoraba, la ventisca arreció. La densa nieve caía sesgada, y el viento frío barría la del suelo, amontonándola. Los caballos a duras penas sacaban los trineos de aquellos amontonamientos.

—Hemos hecho mal de no traer guardia —inquietóse Petrovski.

—No le hace, Grigori Ivánovich, en tiempo tan malo, amigos y enemigos se quedan en sus isbas. No se ve venir a nadie por el camino.

—No es difícil perderse en estas tinieblas. ¿No nos hemos perdido? —interrogó Petrovski al flemático y flaco arriero.

—El camino es uno, de seguro que llegamos...

Mijaíl Ivánovich se acomodó lo mejor que pudo y se subió el cuello de piel. La pelliza de mercader era buena de verdad. Abrigada y larga, le llegaba casi hasta los pies, no se helaría con ella. Que no se desorientara el arriero. Los caballos eran flojuchos, pero no encontraron otros mejores y necesitaban ver a Budionny. Sus hombres se habían distinguido muchas veces en los combates. Se tenía ideado transformar el Cuerpo de Ejército en Ejército de Caballería. Pero tanto del Cuerpo de Ejército como de Budionny corrían rumores contradictorios. En el mes de septiembre estuvo con ellos el presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República, Trotski. De regreso en Moscú, contaba indignado que el Cuerpo de Ejército era una banda de distinto pelaje, y el propio Budionny no era un mando rojo, sino un atamán, un cabecilla. Según Trotski, su arenga fue recibida con estridentes clamores y denuestos. Y a Budionny, que estaba allí mismo, le bastó un ademán para que se hiciera de nuevo el silencio. Aquella chusma iría adonde él quisiera: hoy con los rojos, mañana con los blancos.

Vladímir Ilich Lenin le escuchó con aire de ironía. ¿No era demasiado simplista? Sin disciplina ni fuerte orden militar, aquella banda o tropel no podría con las tropas blancas. Y Budionny golpeaba a la caballería del general Mámontov, a la que no se le podía negar ni experiencia ni maestría. Los caballistas rojos sufrían privaciones y entregaban la vida por el nuevo poder. Por lo tanto, lo estimaban, les llegaba al corazón. Y los que hoy estaban con los rojos y mañana con los blancos, al primer revés se volvían a sus casas...

Por eso había que verlo todo sobre el terreno, hablar con Budionny, con la gente. Quizás hiciera falta ayudar al Cuerpo de Ejército, reforzarlo con comunistas.

A juzgar por el tiempo, hacía ya mucho que había amanecido, pero la nevada era tan densa que la visibilidad apenas mejoraba. A la derecha se traslucían difusas unas edificaciones oscuras. El arriero se animó y chascó la lengua, arreando a los caballejos.

—¡Alto! —oyóse de pronto una sonora voz—. ¡Alto! ¿Adónde vas?

Tres jinetes se acercaron galopando al trineo. Uno, con gorro de cosaco, enfilaba a los viajeros con el cañón de su carabina. El otro, moreno y de nariz aguileña, envainó el sable y se apeó de la montura:

—¡Mirad, muchachos, burgueses que huyen de Vorónezh! O serán generales de paisano. ¡Llevan pellizas de señores!

—¿Quiénes sois? —interrogó riguroso el combatiente de la carabina.

Mijaíl Ivánovich no tenía prisa por responder, quería persuadirse de que eran amigos.

—¡Por qué callas, viejo demonio! —exclamó, acalorado, el jinete de la nariz aguileña—. ¡Ea, quítate la pelliza!

—Entonces me helaré.

—No le hace, en este mundo ya te has calentado, y en el otro te recibirán desnudo —soltó una carcajada el de la nariz aguileña—. ¿Verdad, amigos?

—Habría que ir a hablar con el comisario —dijo el combatiente de la carabina—. Que los interrogue el camarada comisario.

—Perfectamente —alegróse el camarada Kalinin—. Llevadnos a ver al comisario o al camarada Budionny.

—Budionny no tiene otra cosa que hacer que entretener a la burguesía.

—Nosotros no somos burgueses —objetó Kalinin—. Este es el camarada Petrovski, el Presidente del CEC de Ucrania. Y yo, Kalinin, el Presidente del CEC de Rusia.

— ¡Tú no vengas calentándonos la cabeza!

— Aquí está mi credencial, mírenla —extendió Petrovski su documento.

— No estamos enseñados a leer, y a burgueses como tú no es la primera vez que los vemos. ¡Míralo, hasta se ha dejado barbita y se ha puesto gafas!

— Basta de decir tonterías —articuló indiferente el de la carabina—. Vamos con ellos al comisario o acabemos, que nos vamos a quedar rezagados de los nuestros. Quitadles las pellizas.

— No, camaradas, así no se hace —dijo Kalinin con firmeza—. ¿Sois combatientes del Ejército Rojo o qué? Os lo repito, llevadnos a la presencia de Budionny, él se aclarará.

Los caballistas titubeaban. Por último el de la carabina, dijo:

— Llévalos al Estado Mayor y que se callen ya. Mientras tanto iré a dar parte al jefe del cuerpo.

Los caballejos, helados, arrancaron con brío, pero no tardaron en caminar de nuevo con la cabeza baja y a desgana. El combatiente de la nariz aguileña los arreó con la fusta, y los caballos aligeraron el paso; luego caminaron más despacio.

— A latigazos no se va muy lejos —dijo sombrío el arriero. Y, girando la cabeza, agregó—: parece que la aldea está al lado.

Tras de recorrer una calle, el trineo torció hacia un portón abierto, y se vieron en medio de un patio espacioso, donde, unos junto a los otros, estaban atados a un poste del patio caballos cubiertos con gualdrapas. Cerca del portalillo, varios jefes con casacas y capas caucasianas se disponían a marchar. Entre ellos, uno rechoncho con espesos bigotes. De seguro que aquel era Budionny.

Kalinin se puso en pie, pero la cortante voz de "¡Quietos!" le obligó a tomar asiento de nuevo en el trineo.

El jinete de la nariz aguileña se apeó y dio parte:

— ¡Camarada jefe del Cuerpo de Ejército! La ronda de la segunda brigada de la sexta división ha traído a disposición de usted a dos burgueses y aun puede ser que comerciantes...

— ¿Para qué los quiero? Podrías llevárselos al jefe de tu brigada o al de la división.

— Conocemos las ordenanzas—respondió con dignidad el combatiente—. Nos las habríamos arreglado nosotros solos, pero es que son muy raros. Llévanos, dicen, a la presencia de Budionny. Y me enseñan sus credenciales.

Las cabezas de los jefes que estaban junto al portalillo se volvieron de pronto hacia el trineo. Budionny exclamó:

— ¡Vaya! ¡Que pasen a la habitación!

Kalinin entró en la caldeada estancia y le pareció que perdía la vista: las gafas se le empañaron de pasar del frío al calor. Se las quitó y empezó a limpiar los cristales con el estremo de la bufanda.

— ¡Ea! —exclamó Semión Budionny—. ¡Los documentos!

Sin embargo, no tomó él los papeles que le tendían e hizo una seña a un barbilampiño joven de frente despejada y grandes entradas:

— Al comisario.

El comisario tomó los documentos y se le demudó de pronto el rostro, dio un paso hacia Budionny y mostró la firma de la credencial.

— Uliánov, Lenin —leyó en voz alta Budionny.

En la habitación se hizo el silencio. Budionny quedó inmóvil unos instantes, luego se arregló con movimiento habitual el gorro y se cuadró:

— Presente el jefe del Cuerpo de Caballería. ¡Le ruego que me perdone por la confusión!

— No pasa nada, hombre, no pasa nada —lo calmó Kalinin—. Ahora Grigori Ivánovich y yo estamos a salvo del frío y de tus hombres. Querían acabar con nosotros como si fuéramos contrarrevolucionarios.

— Le pido excusas una vez más. Los culpables serán castigados con rigor.

— ¡No, hombre, no! —objetó Kalinin—. Nosotros tenemos la culpa de todo. En mala hora salimos de Vorónezh con este tiempo... Hemos de dar las gracias a estos combatientes. Hemos podido caer en manos de los blancos.

Un diligente ordenanza fue con el ama de la casa a la cocina y volvió de ella con un mantel. Encima de la mesa aparecieron platos y una garrafa pequeña y vieja, de grueso cristal.

La comida fue oportunísima para los viajeros, que ya traían apetito. Además, la sobremesa amiga pronto a la gente. La conversación fue más animada y sincera. Tan pronto como se hubieron comido la espesa sopa de coles, el ordenanza trajo una sartén grande y crepitante de patatas fritas con tocino. Kalinin comió a lo campesino, con pulcritud y mordiendo pequeños trocitos de una rebanada de pan. Dijo a los anfitriones, exhalando un suspiro, que en las ciudades se pasaba hambre. Que no había combustible ni petróleo. Que el país estaba pasando por un período muy difícil. A pesar de todo, los obreros y los campesinos estaban completamente decididos a defender hasta el fin su poder.

— Grigori Ivánovich y yo hemos venido a veros para convencernos una vez más de eso. Hemos oído hablar mucho y bien de vuestro Cuerpo de Ejército.

Budionny acogió las palabras de Kalinin como el comienzo de una conversación oficial. Hizo una seña con los ojos al ordenanza, y la mesa quedó limpia en el acto: en lugar del mantel apareció un mapa militar lleno de señales hechas a lápiz. Budionny explicó dónde se encontraban las unidades que tenía confiadas y a qué línea habían llegado los destacamentos avanzados. Tras una pausa, recordó al huésped su propuesta de hacer del cuerpo de ejército un ejército de caballería. ¿Cómo se vería eso en la capital? Kalinin respondió que apoyaba esa idea.

Kalinin anotó la petición de Budionny para no olvidarla luego, en Moscú. Al resolver las cuestiones relacionadas con el cuerpo de ejército, de seguro que habría que vencer la hostilidad de Trotski, quien se ponía lívido sólo de oír mentar a Budionny.

— Camarada Budionny, nosotros tenemos unos deseos inmensos de ir a la línea más avanzada para ver con nuestros propios ojos cómo pelean sus combatientes.

— No se puede, Mijaíl Ivánovich.

— ¡Imposible! —lo apoyó el comisario.

— ¿Por qué?

— Porque no hay una línea continua —empezó a persuadir Budionny—. La situación cambia con rapidez. Es difícil determinar con exactitud dónde están los nuestros y dónde el enemigo. Además, hace mal tiempo, se ve mal. Por menos de nada se desorienta uno.

— Y vosotros ¿qué?

— Nosotros estamos acostumbrados. Ni nos proponíamos ir a los regimientos.

— Es una pena... —se lamentó Kalinin.

— Camarada Budionny —terció cauteloso el jefe del Estado Mayor—. Podemos hacer un simulacro de ataque sin peligro para la vida. Precisamente ahora llevamos el grupo especial de caballería de reserva a unos ejercicios tácticos...

— ¡Es verdad! —sonrióse Budionny—. ¡Organízalo!

— ¿Encontráis tiempo para instruir a los combatientes? —se interesó Mijaíl Ivánovich—. Cuéntenos cómo preparan en su cuerpo de ejército a la juventud. ¿Quién dirige los ejercicios?

Budionny comenzó a contar de buen talante y con detalle. Al cuerpo de ejército acudía mucha gente que en su vida había tenido en las manos ni un fusil ni un sable. Los había que no sabían montar. Aprendían todo eso bajo la dirección de caballistas expertos, muchos de los cuales fueron suboficiales del viejo ejército y habían hecho toda la guerra de Alemania. Otros quizás no, pero estos veteranos enseñarían a los bisoños a mandar el caballo durante el combate, a manejar el sable, a enmascararse y utilizar bien el terreno en cualquier tiempo del año. Se prestaba una atención particular al tiro. Las municiones siempre escaseaban, tenían que agenciárselas, principalmente, arrebatándoselas al enemigo; por eso los combatientes debían disparar, a tiro hecho, afinando la puntería. Y claro, la habilidad y el ingenio en el combate, la ayuda mutua entre camaradas, la táctica de las pequeñas unidades...

— ¡Es asombroso! —asentía Mijaíl Ivánovich—. Asombroso y estupendo, ¡palabra de honor! No esperaba que hicieseis ejercicios, en las duras condiciones en que os encontráis. Al potente empuje revolucionario de nuestros combatientes se agregan conocimientos ¡y resulta magnífico!

Budionny les propuso que se pusieran las pellizas. Kalinin y Petrov se arrebujaron otra vez en las cálidas y largas pellizas y montaron en el trineo. Acompañados por un destacamento de jinetes, fueron a las afueras del pueblo. La ventisca arreció mientras habían estado en la casa. Soplaba fuerte sobre todo en el campo despejado. Mijaíl Ivánovich Kalinin estaba perplejo: de qué ataque se podía hablar si no se veía en qué dirección

había que galopar, si uno se perdía en la blanca y monótona bruma.

A lo lejos restallaron unos disparos como si fueran ramas secas que se rompían al viento. El crepitar aumentaba y se aproximaba; la tierra helada zumbó con ruido de hierro bajo un peso invisible. De las tinieblas salieron varios jinetes veloces. Tras ellos siguió un torrente estruendoso cual negra masa compacta que levantaba nubes de nieve. Centenares de sables alzados para asestar golpes brillantes macilentos y empavorecedores. De pronto un "¡hurraaaa!" desconcertante, osado y radiante ahogó todos los demás ruidos: el del torrente que avanzaba, el del viento y el de los disparos.

Los escuadrones pasaron como exhalaciones y se ocultaron tras un muro blanco, y los invitados seguían callados, asombrados por lo visto. Por último Kalinin interrogó:

— Semión Mijáilovich, ¿Es éste su cuerpo de ejército?

— No, Mijaíl Ivánovich, éste no es un cuerpo, ni una brigada, ni siquiera un regimiento. No es sino el grupo de caballería de reserva.

— Pues son tantos sus efectivos, como una riada...

Por la parte del pueblo venían en tropel los combatientes que habían echado pie a tierra tras de participar en el simulacro de ataque. Se entabló una charla. Protegiéndose del viento tras la pared de un cobertizo, Kalinin daba chupadas a un cigarrillo y respondía a las preguntas, disimulando no advertir la impaciencia de Budionny, temeroso de que los visitantes se resfriaran con una helada tan atroz. Además, la cena estaba lista en la casa del cuartel general.

Los visitantes volvieron a Vorónezh cuando hubo oscurecido ya del todo. Al despedirse de Budionny, Kalinin prometió:

— Apoyaré todas sus peticiones. Se lo digo de corazón; me alegran no sólo las victorias, sino también el hecho de que un simple campesino inflija derrotas a los viejos generales zaristas que vienen estudiando el arte militar de generación en generación. ¡En eso está la fuerza del Poder soviético!

Se despidieron amistosamente.

Budionny aprestó una sección reforzada para acompañar a los dos presidentes.

Acomodados en el trineo, Kalinin y Petrovski intercambiaban impresiones. Distraídos con la conversación,

no se dieron cuenta de que habían llegado al río Don, y desde allí, la ciudad estaba al lado. Quisieron dejar marchar la sección de protección, pero los jinetes apelaron a la rigurosa orden de acompañarlos hasta el tren.

Tras de calentarse en el vagón, después del viaje en trineo, Kalinin se puso a leer los periódicos y las cartas. Lo alegró, sobre todo, un telegrama de Moscú, en el que se comunicaba que las unidades del Ejército Rojo habían llegado a Omsk.

Alcanzado en un frente, aquel éxito pudo haber sido casual. Pero los éxitos simultáneos en distintos frentes eran lógica consecuencia de vigor. Las acciones combativas se alejaban más cada día del centro del país.

3

El tifus exantemático hacía estragos en el ejército de Kolchak, entre los evacuados, los habitantes de las ciudades próximas al frente y las estaciones ferroviarias. En Omsk estaban repletos todos los hospitales, enfermerías, edificios públicos y escuelas. No había quien cuidase a los enfermos, que se helaban por centenares en los locales sin calefacción, en las escaleras y en los corredores. En las calles yacían cadáveres y los retiraban del arroyo hacia las vallas.

En la familia de los Yaropóltsev, el tifus no dejó libre a nadie. Kuzmá no llevó a los enfermos a la enfermería. Era inútil. Allí se entregaba el alma a Dios antes que en casa. Se lo desaconsejó la dueña de la casa, que era una comercianta y le dijo que ellos mismos los cuidarían.

Se logró traer al médico una sola vez; por eso la dueña de la casa y Kuzmá curaban a los Yaropóltsev como podían: con agua bendita, conjuros e infusiones de hierbas medicinales. La comercianta entendía de eso. Bebía desde la mañana hasta la noche un aguardiente casero viscoso y parduzco, a causa de alguna hierba, y entregaba a Golopiórov cinco vasos al día de ese brebaje. De entremés, cebolla y ajo.

Tal vez ayudara la poción de la comercianta o quizás fue esa su estrella, el caso es que ni ella ni Kuzmá enfermaron de tifus, si bien los piojos contaminados les picaban tanto como a los demás. Yaropóltsev se sobrepuso a su enfermedad. Galina Gueórguievna y sus dos

hijos, que enfermaron juntos, fallecieron el mismo día: el 13 de noviembre.

— Paz a sus almas —dijo la comercianta, haciéndoles la señal de la cruz.

Kuzmá encontró en el cobertizo tablas, y empuñó las herramientas. Se dispuso a hacer un ataúd. No tenía costumbre de trabajo igual, pero ¿a quién se lo iba a pedir? Le dio tiempo sólo a pasar la sierra una vez cuando vino del Estado Mayor el sargento de caballería, Ostapchuk, el de los bigotes taheños:

— Hay orden de evacuar al señor coronel.

— ¿Por qué con tantas prisas?

— Los destacamentos rojos de exploración están a diez verstas.

— ¡No digas paparruchas!

— ¿Oyes los tiros? Son los obreros que se sublevan en la fábrica. Los nuestros echan todos a correr. Han matado a los detenidos y están haciendo las maletas. El oficial de guardia me ha enviado a avisar. ¡Si no evacuamos antes de que anochezca, ¡estamos perdidos!

— ¿Y en qué iremos?

— En lo que podamos. ¡Muévete rápido!

Para quitarse la pena, Kuzmá se tomó otro vaso de aquella poción parda de la dueña de la casa. Convidó al sargento de caballería y se puso a pensar en cómo obrar. No había tiempo de hacer los ataúdes.

Abrió el portón y se plantó junto a un poste. Por la calle pasaban mujeres con bultos. Pasó una sección de oficiales armados con fusiles. Por encima de los tejados alumbraba con luz rosácea el cielo, trayendo en ancho manto el humo de los incendios.

Por el camino venía un carro verde con dos caballos. Sin decir una palabra, Golopiórov asió a los caballos por las riendas y los metió en el corral. El viejo soldado que iba de arriero con capote sucio y arrugado se apeó con desgana.

— Señor subteniente, está prohibido.

— ¿Qué llevas?

— Eso... Municiones.

— ¡Descárgalas sin hablar más! Toma heno en el cobertizo y extiéndelo —dispuso Golopiórov.

Y él mismo subió corriendo al primer piso.

Mstislav Zajárovich Yaropóltsev estaba tan débil por la enfermedad que casi no gemía cuando Golopiórov y el sargento de caballería lo vistieron, le pusieron las botas, la

guerrera y el pellico. Kuzmá se alegró: Yaropóltsev no tenía la frente caliente; la enfermedad remitía...

— Véndale la cabeza o el cuello —le aconsejó el sargento—. Di que es un herido. Con tifus no lo tomarán en el vagón.

Llegaron a la estación sin obstáculos; pero en el ferrocarril había tal desorden que Kuzmá se desconcertó. Miles de personas intentaban colarse, abrirse paso a empujones y meterse en los vagones. El andén estaba acordonado por densa formación de soldados. Junto a los vagones se veían checos blancos y otros extranjeros más; rusos casi no había.

— Estos se largan, y a nosotros nos partirán a sablazos —dijo abatido el sargento de caballería. Sus palabras parecieron aguijonear a Kuzmá. ¡Por qué había de morir, allí, efectivamente, junto con su señor!

— ¡Aguarda! —le ordenó, en tanto que él fue a buscar a alguno de los jefes.

En el extremo de la estación logró meterse, sin ser visto, debajo de un vagón y cruzar el acordonamiento. Miró a quién dirigirse para no equivocarse. Al fin vio a dos oficiales. Uno extranjero, alto y delgado. El otro llevaba en la manga de la casaca caucasiana una insignia: dos pistolas cruzadas sobre un campo rojo.

— Mi capitán, vengo de parte del coronel Yaropóltsev.

— ¡Apártate!

— Al coronel no se le puede dejar...

El capitán caminaba sin escuchar. El extranjero alto se volvió de cara al subteniente.

— ¿El señor Yaropóltsev? Mstislav eee...

— ¡Mstislav Zajárovich, exacto! —apresuróse Kuzmá—. Está en el carro y hay que evacuarlo.

— ¿Qué le pasa?

— Está herido. En el cuello y en la cabeza. Pero ya se recupera —mentía Golopiórov con abnegación.

— Al coronel no poder dejar —articuló con claridad el extranjero. El capitán lo saludó a desgana.

Dos soldados fueron abriendo paso entre la gente y ayudaron a trasladar a Yaropóltsev al vagón.

En el vagón de pasajeros no hacía frío ni había muchas estrecheces. Yacían allí oficiales heridos y acudían a calentarse quienes se habían quedado ateridos de frío en el cordón. Para el coronel hubo sitio en una litera inferior. Golopiórov y el sargento de caballería, contentos

por la suerte que habían tenido, se acomodaron en el suelo, a su lado.

Aquel fue uno de los últimos trenes que partieron de Omsk. Al amanecer ocuparon la ciudad unidades avanzadas del Ejército Rojo.

4

La joven república combatió durante dos años seguidos a la contrarrevolución interior y a los intervencionistas extranjeros. Dos años que se fueron agotando los recursos económicos, quebrantados de por sí por la guerra mundial. Los obreros y los campesinos más leales a la revolución y templados en las batallas políticas se iban al frente, y muchos no volvían de allí. En las fábricas y talleres casi no quedaba personal de antes, así como tampoco bolcheviques ni activistas en las aldeas. Su lugar lo ocupaban jóvenes, que no tenían experiencia y a veces eran personas de aluvión, arribistas e incluso adversarios del nuevo poder. En algunas ciudades y distritos volvieron a levantar cabeza los eseristas y los mencheviques, que hacían su propaganda, especulando con las dificultades que atravesaba el país.

Lo sintió esto con fuerza singular Kalinin, cuando fue a Ivánovo-Voznesensk. Diríase que era una ciudad proletaria, una provincia proletaria que había hecho mucho para la revolución. Mes tras mes vistieron los tejedores de Ivánovo al Ejército Rojo. Enviaron al frente a muchos miles de voluntarios. En los momentos más difíciles de movilización del partido enviaban al combate a sus comunistas. Pues bien, seguro que todo junto —el hambre, la prolongada hipertensión y la falta de cuadros probados— se reflejaba ya todo en febrero del año veinte.

Al ir conociendo cómo estaba organizado el trabajo en los Soviets, Kalinin notó cierta flojedad y cansancio en los dirigentes. El discurso pronunciado en la reunión de los trabajadores no produjo a Kalinin satisfacción alguna. Lo escucharon sin el menor interés y se fueron cada uno por su lado.

Kalinin se puso en guardia: ¿por qué no conectaba con la gente? ¿Habría incurrido en algún error? Al día siguiente debía hablar en la conferencia provincial de los campesinos sin partido. Decidió prepararse con singular minuciosidad.

Kalinin entró en la sala antes de que se inaugurase la sesión, cuando sólo iban entrando los primeros delegados. Oyó de qué hablaban los campesinos. Y captó en seguida el sentir de los eseristas. Decían que en los Soviets había sólo bolcheviques y que éstos querían mandar a la comuna a todos los campesinos. Apretaban a los campesinos con el impuesto de contingentación para dar de comer a los obreros, pero al campesino ¿qué ventaja podía reportarle eso?

Lió un pitillo y encendió una cerilla. Al lado se detuvo un campesino de barba negra y rizada. Sus ojos socarrones estaban muy escondidos bajo las espesas cejas.

— Eh, paisano, no escatimes las cerillas —y, tomando fuego del pitillo de Kalinin, agregó—: Vives en la riqueza. En nuestra aldea no tenemos ese milagro desde la revolución. Obtenemos el fuego con eslabón y pedernal, igual que en la antigüedad. Esa vida es la que tenemos en los Soviets. Ahora estamos sin cerillas, sin sal y sin petróleo.

— Hay dificultades —dijo Kalinin—. Estamos en guerra.

— ¿Y qué falta nos hace esta guerra?

— ¿Esperas acaso que los blancos vuelvan?

— Por lo que a mí me toca, igual me da que sean blancos, que rojos, que verdes. Me da lo mismo. Es como llevar un yugo al cuello.

— ¿Qué poder te hace falta, pues? ¿Lo sabes tú?

— Por qué no he de saberlo —enfadóse el barbudo—. Se necesita un poder justo para que no haya robos. La tierra, ¿es de los campesinos? Pues sí, lo es. Está regada con nuestra sangre y nuestro sudor. Haremos que crezca en ella trigo, lino y hortalizas de toda clase. Llevamos nuestra mercancía a la ciudad, y la ciudad nos entrega tejidos y máquinas. También se puede electricidad. Vaya lo uno por lo otro, y que nadie salga perjudicado. Y no necesitamos holgazanes que vivan a expensas de los campesinos. Que nadie infrinja este orden nuestro y no se meta en los asuntos campesinos. Nos las arreglaremos nosotros mismos. Que se interesen por la ciencia los listos, que enseñen los maestros a nuestros hijos, que los practicantes curen las dolencias y los milicianos del orden público encarcelen a los ladrones. Y la vida de todos los campesinos marchará como la seda.

— No todos los campesinos son iguales.

— Ya hemos oído esa canción. Hay el campesino trabajador y el gandul. Y eso es todo. El gandul que se

vaya a la ciudad; en la ciudad siempre encuentran algo que hacer los zampatortas. Barrer las calles, llevar cajones, sacar basura. Y si quiere quedarse en la aldea, que ayude al campesino hacendoso.

— ¿De jornalero? ¿Doblando el espinazo para el kulak? ¡De qué igualdad se puede hablar! No, el Poder soviético no accederá a eso.

— Míralo —destellaron con enfado sus hundidos ojos—. Entonces ¿para qué quiere el campesino hacendoso ese poder?

— Es verdad. El kulak tiene atragantado nuestro poder. ¿Qué es lo que quería? Antes de la revolución, el terrrateniente y el campesino rico robaban al campesino medio, y ahora el kulak se propone robar por los dos. Por sí y por el terrateniente. Y el Poder soviético le dice: ¡alto, no te permitiremos explotar!

— El Poder soviético se hubiera debido preocupar primero de las cerillas y del keroseno.

— Las cerillas las hace el obrero. Primero hay que darle de comer, y luego exigirle...

La conversación obligó a Kalinin a rehacer su informe. De la situación internacional se podía hablar menos, no era eso ahora lo principal. Debía hacer el hincapié fundamental en la situación reinante en el país, dirigir el golpe principal a los eseristas y a las opiniones de los eseristas.

Dio apertura a la conferencia el presidente del Soviet de la ciudad de Ivánovo. Es un hombre respetado, un viejo obrero. Pero inmediatamente después de él subió a la tribuna el mismo campesino con el que había discutido Kalinin y leyó de carrerilla la lista de candidatos a la mesa. En la lista no estaban ni el presidente del Soviet de la ciudad ni Kalinin. Era un ataque evidente al Poder soviético. Y sólo después de haber sido elegida la mesa y cuando ocupaba ya su lugar, se puso en pie alguien de la primera fila y empezó a decir que en la sala estaba presente el Presidente del CEC, que se le debía haber elegido primero a él, y así lo que resultaba era una incongruencia y un escándalo.

Los delegados alzaban la voz, miraban alrededor y se ponían en pie.

— ¡Que salga Kalinin!

— ¡A la tribuna!

— ¡Por qué no han dicho que estaba aquí!

Las manos se alzaron a una: el presidente del CEC fue elegido por unanimidad para la mesa.

Kalinin se detuvo delante de la tribuna, se ajustó las gafas y preguntó, dirigiéndose a los delegados:

— ¿Cómo puede ocurrir esto? Vuestro congreso transcurre en una provincia donde por lo menos el setenta por ciento son obreros y campesinos que trabajan en las fábricas. Además, os habéis reunido en un local que os han cedido hospitalariamente las organizaciones obreras. Y vosotros no habéis elegido a ningún representante de los obreros de Ivánovo a vuestra mesa.

Desde la sala alguien dijo:

— ¡Nosotros obramos por nuestra cuenta!

— ¡Al cuerno!

— ¿Qué monsergas son ésas? —gritaba otro blandiendo los puños.

Mijaíl Ivánovich notaba que la conferencia había sido preparada minuciosamente, y no por partidarios del Poder soviético. pero, aun con todo, la masa principal de los delegados eran campesinos medios iguales que los de su pueblo natal. ¿Sería posible que no encontrara un lenguaje común con ellos?

— El campesino y el obrero son hermanos carnales —proseguía Kalinin—. Yo soy campesino, pero no temo los "horrores" del comunismo, de los que os hablan los enemigos del pueblo. Y mis bienes no son, tal vez, menores que los de muchos de vosotros. A pesar de todo, yo estoy en pro del comunismo, en pro de la alianza sólida e indestructible del campesino y el obrero. Y vosotros os asustáis de pronto de algo y mostráis vuestra ingratitud y vuestra falta de respeto a uno de los mejores destacamentos del proletariado de Rusia... ¡Creo, camaradas, que revisaréis vuestro acuerdo, profundamente erróneo!

¿Qué le quedaba por hacer al eserista que dirigía la reunión? Una sola cosa, poner a votación la propuesta hecha. Y la puso, si bien con evidente falta de deseo, con nerviosismo.

Una mayoría considerable de los delegados apoyó a Kalinin. Los representantes de los obreros ocuparon sus puestos a la mesa de la presidencia, al lado de los campesinos. El primer objetivo estaba conseguido. Pero Mijaíl Ivánovich veía que aún no se había producido ningún viraje en el sentir de los delegados. No les convencería con largos discursos, tendría que decir algo sencillo y comprensible para todos. Y buscaba esa frase sintetiza-

dora que respondiera a las múltiples preguntas escritas, a las cuestiones agudas y, a veces, de tipo provocador. Respondía tranquilo y con fuerza de persuasión. Y a pesar de todo, eso aún no era lo que se necesitaba.

Otra pregunta escrita: "¿Quién vale más para el Poder soviético, el obrero o el campesino?"

Recordó en seguida la conversación sostenida, sentados en unos troncos con los campesinos de Viérjnaya Troitsa...

Kalinin sonrió por primera vez en todo lo que iba de reunión. La gente calló, se puso alerta, extrañada por esa sonrisa tan insólita en aquel ambiente de tirantez. Entre las ásperas discusiones y los gritos de rabia.

—Aquí se pregunta que a quién estima más el Poder soviético, ¿al obrero o al campesino? Eso tiene mucha importancia, camaradas. Pues bien, yo pregunto a mi vez: ¿qué pierna quiere más el hombre, cada uno de nosotros: la derecha o la izquierda?

Dijo y se calló, esperando. En la sala hubo unos minutos de silencio. Luego se oyeron voces aprobatorias. Alguien aplaudió fuerte y sin habilidad...

CAPITULO NOVENO

1

Al enterarse de que Kalinin iba a Petrogrado, su mujer le dijo:

—Me voy contigo. Hace tiempo que no he estado allí.

— ¿No prefieres venir en otra ocasión?

— ¿Por qué?

—Has elegido mal tiempo. En las fábricas de Petrogrado no hay tranquilidad. En Kronstadt tampoco.

— Con tanto mayor motivo. Te puedo ser útil en algo.

— ¡Bueno! —sonrióse Mijaíl Ivánovich.

Todo era natural: Ekaterina Ivánovna echaba de menos a sus familiares y conocidos. Se preparó para el viaje como si fuera a una fiesta. Y los primeros días de Petrogrado estuvo tan ocupada que Mijaíl Ivánovich casi no la veía, con tanto mayor motivo que él tenía distribuido el tiempo por minutos.

El 26 de febrero de 1921 pronunció un discurso en el pleno ampliado del Soviet de Petrogrado. Al día siguiente presentó un informe sobre el momento actual en la base naval de Petrogrado. Luego, un discurso ante los obreros de la fábrica *Nuevo Lessner.* Y en cada ocasión Mijaíl Ivánovich no sólo habló, sino que escuchó atentamente a otros oradores, habló con los obreros, con los dirigentes del partido y los marinos. Estas charlas persuadían una y otra vez de que la república atravesaba un momento crucial.

La guerra civil había terminado casi en todas partes. Había llegado el momento de dedicarse a la economía, que estaba en completa decadencia. Los especialistas contaron que la industria había dado en 1920 casi siete veces menos producción que en los años de preguerra. Quedaron en la mitad los ingresos de productos agrícolas.

Había que buscar salida de la difícil situación y tender nuevos caminos en el desarrollo de la economía. De eso se ocupaba ahora Vladímir Ilich. Mientras los oportunistas, que se pronunciaban contra la línea leninista del Partido Comunista desde las posiciones del anarco-sindicalismo y del revolucionarismo pequeñoburgués en el campo de la política interior y exterior, com-

plicaban la elaboración de una línea económica, endurecían la ya de por sí tensa situación.

De Kronstadt llegó el comunicado de que el 28 de febrero la reunión general de la tripulación del acorazado *Petropávlovsk* había tomado la resolución de convocar nuevas elecciones a los Soviets. Y no sólo reelegir, sino de no dejar entrar en ellos a los comunistas. Además, permitir la libertad de comercio.

Se había ideado con astucia. No se podía levantar al pueblo contra los Soviets; entonces, había que desvirtuar la esencia de éstos, quitarles el meollo, por así decir, y rellenarlos de otro contenido. Así obraban no tanto los marinos como los politicastros expertos que tenían a sus espaldas.

Mijaíl Ivánovich Kalinin mandó comunicar al Soviet de Kronstadt que el 1 de marzo acudirían a pronunciar un mitin en la fortaleza. Para conocer mejor la situación de las cosas, invitó por la tarde a Iván Evséievich Evséiev y a Fiódor Demídochkin.

Kalinin los había visto por última vez hacía mucho tiempo, en el día de la voladura de la estación de abastecimiento de agua de Zaréchnaya; pero Evséich no había cambiado nada en el último tiempo: la misma calma y el mismo aplomo. Incluso la indumentaria era la de antes: largo chaquetón de cuero, gorra y botas altas bien lustrosas.

Pero a Fiódor era difícil reconocerlo. Kalinin lo recordaba larguirucho, cargado de hombros y corto el pelo. Ahora era un alto marino de la armada con buena apostura y movimientos seguros.

— La juventud crece —sonrióse Mijaíl Ivánovich—. Serán nuestra ayuda. Siéntate y cuenta dónde has estado y qué has hecho.

— En el ejército —replicó parco Fiódor—. He combatido contra Yudénich.

— ¿Y ahora?

— He aprobado el ingreso en la escuela de máquinas.

— Eso de que te dé tiempo de preparar los exámenes está bien. ¿Vas a menudo a Kronstadt?

— No. Desde Navidades no he ido. No me tira. Mis amigos se han diseminado por todo el país y han caído en los frentes. En la fortaleza hay sólo bisoños de los últimos años que no han visto como es debido ni el mar, ni la revolución.

— ¿De dónde son?

— Mijaíl Ivánovich, antes se admitía en la flota a los que sabían leer y escribir o tenían una especialidad. Además, aún les daban clases todo un año. La gente tenía la cabeza sobre los hombros y algo dentro de ella, por eso comprendieron en seguida la revolución. Pero desde el año 18, a los navíos vienen voluntarios los que quieren. Con tal de presumir de uniforme. Así se ha llenado de escoria la fortaleza. Hay también muchos analfabetos procedentes del campo. Los mentalizan un enjambre de agitadores, cada cual a su manera.

— ¿Será posible que todos sean así?

— Buenos marinos los hay en el destacamento de minadores. Y en algunos navíos más. Pero no son ellos los que llevan la voz cantante. Allí han anidado el general Kozlovski, el coronel Soloviánov y sus ayudantes: los eseristas, los mencheviques y los anarquistas. Pero esos contrarrevolucionarios obran de manera solapada. Se ocultan muy hondo, y en la superficie enturbian el agua distintos marranos, inducidos por ellos. Dicen que los comunistas han estrangulado al campesino, arruinado el país con el impuesto de contingentación, que hunden el Poder soviético...

— De los Soviets se preocupan, pues —rióse Mijaíl Ivánovich—. Y la organización del Partido de Kronstadt, ¿adónde mira?

Fiódor se encogió de hombros, como diciendo: eso yo no lo sé. En lugar de él repuso Evséiev:

— Allí es Lázar Bregman el secretario del comité. Usted lo conoce, desde luego, hace mucho que está en la fortaleza. Queda uno de la vieja dirección. Goza de influencia, pero hay pocos comunistas. Y la organización del Komsomol se ha ido completa dos veces al frente, y luego se ha vuelto a crear.

— Recuerdo a Bregman. ¿Y el jefe de la sección política de la base de Kronstadt?

— Ahora es Grómov. Un camarada combativo, ex revolucionario clandestino. Pero aún no conoce a la gente. Ayer hablé con él. No están muy inquietos en Kronstadt. Piensan que los marinos armarán un poco de ruido y se tranquilizarán.

— ¿Y la resolución de elegir nuevos Soviets?

— Por la forma no parece mala, Mijaíl Ivánovich. Por los Soviets y contra los capitalistas. Por la igualdad, la fraternidad...

— Eso sí, por la forma —inquietóse Kalinin—. Mas,

por el contenido, es poco decir que es contrarrevolucionaria; socava la base misma de la revolución, va dirigida contra nuestro Partido. Necesitan Soviets sin comunistas, ¿entiendes? Por tanto, Soviets con eseristas y mencheviques. Esa resolución es el mejor regalo a todos nuestros enemigos. En el fondo, es una ofensiva abierta contra el Partido.

— Nuestros camaradas de Petrogrado no lo consideran así —objetó Evséiev.

— Pues muy mal. Como no hay frentes, la vigilancia se ha embotado. Y es que Kronstadt es la llave para Petrogrado; los capitalistas no escatimarán nada por poseer esa llave.

— Tienen cortas las manos —dijo Fiódor.

Las tienen pero que muy largas. Cuando se derrita el hielo enviarán al golfo sus barcos de guerra, y los de Kronstadt no dispararán contra ellos. ¿Qué pasará entonces?

— Pasará algo muy malo.

— ¡Eso mismo! Bueno, amigos, mañana iremos juntos a la fortaleza, y allá veremos...

Apenas se había despedido de los invitados volvió de la calle Ekaterina Ivánovna.

— Mijaíl, corren rumores por todo Petrogrado de que en Kronstadt quieren acabar con los comunistas.

— Ya lo sé.

— ¿Quizá no vayas?

— ¿Cómo no he de ir? ¡Iré sin falta!

— Entonces yo voy contigo —dijo ella con energía.

— ¿Y los rumores?

— Razón de más. ¿Te voy a dejar ir solo a esa encerrona? ¡Tú sólo sabes defender el Poder soviético, sin preocuparte de ti!

— ¡Mira qué batalladora!

— ¡No dejaré que me pisen! —lo pronunció de manera tan rotunda que Mijaíl Ivánovich se echó a reír y pensó ¿por qué no dejarla ir? Habría menos ambiente oficial, más sencillez y eso sería mejor.

Al día siguiente el tren los llevó a Oranienbaum. Junto a la estación esperaban dos trineos, enviados desde Kronstadt. A los arrieros se les veía bajo las cálidas pellizas el uniforme de la marina.

Salieron al hielo del golfo de Finlandia expuesto a los vientos. Los caballos caminaban con cuidado. Los últimos días, el tiempo no era frío y el hielo había empezado a

derretirse por encima. En algunos sitios se veían grietas sobre las cuales habían puesto tablas o tableros especiales.

Kronstadt se alzaba delante cual temible mole oscura tras la blanca llanura de hielo.

El trineo entró, rechinando, en una tarima helada, bajo la cual fluía el agua negra. Kalinin vio una grieta que partía sinuosa el campo de hielo. Dijo con alarma:

— No tardará en quedar limpio de hielo el golfo.

Iván Evséievich lo comprendió:

— Un mes, quizás algo más, y luego no se podrá llegar a la fortaleza. Hay que acabar lo antes posible el incendio.

Hasta Kronstadt quedaba no más de un kilómetro. Los caballos, al sentir que se aproximaba el sitio de descanso, aligeraron el paso.

Cerca de la Puerta de Petrogrado lo detuvo una patrulla de no menos de diez marinos con una ametralladora. Un marino moreno y agitanado leyó atentamente la credencial del Presidente del CEC de Rusia y espetó con brusquedad:

— ¡Hay que esperar!

Y se metió en la garita de madera. Los marinos estaban de pie junto a los trineos, mirando con curiosidad a los forasteros. Los mozos eran todos jóvenes y mofletudos, y el uniforme, grande, les sentaba como un saco.

— ¿Oyes? —dijo uno, señalando con un golpe de vista a Ekaterina Ivánovna—. Ha venido con su costilla...

— ¿Y qué? El comunista es un señor, lo tiene todo permitido.

El marino de planta agitanada cerró de un golpe la puerta de la garita y mandó:

— Sigue adelante.

Los marinos dejaron paso a desgana.

— ¿Habéis visto? —inquirió Evséiev, inclinándose hacia Kalinin—. Son mozos que acaban de llegar del campo, material dúctil. Sin duda no hacen más que rumiar sus agravios; que los comunistas esquilman a los campesinos, que no se puede comerciar, que no hay keroseno...

Mijaíl Ivánovich no repuso, se limitó a torcer una mueca, ¡Eran tan acuciantes esos problemas! Había que

resolverlos sin tardanza alguna. La vida misma exigía la nueva política económica.*

— ¡Soooo, gallardo! ¡Hemos llegado! —el arriero detuvo el caballo junto a un edificio largo de tres plantas, donde se alojaba el Soviet de Kronstadt.

2

La Plaza del Ancora es un espacioso triángulo limitado por el muro de piedra de los almacenes portuarios, un hondo foso y el majestuoso y sólido edificio de la Catedral del Mar. Construida poco antes de la guerra, esta catedral se formó el centro arquitectónico de la fortaleza: se ve de lejos y cambió toda la silueta de Kronstadt. De cerca maravillaba no sólo por la belleza, sino también por su múltiple simbolismo. La cúpula semiesférica principal, muy alta, hace recordar el globo terráqueo sumido hasta la mitad en las olas. Las torres laterales parecen bastiones, y el parecido lo acentúan las numerosas ventanillas estrechas como aspilleras, típicas de las antiguas fortificaciones defensivas. Y vista desde el lado opuesto a la plaza la catedral parece transformarse en un potente acorazado. La cúpula principal se diría un puente de capitán sobre el que se eleva, como en un mástil, una cruz.

Durante el régimen zarista se celebraban en la Plaza del Ancora ceremonias solemnes tanto de tipo militar como eclesiástico. Después de la revolución de febrero de 1917 cada día se convocaban allí mítines espontáneos. La población de Kronstadt es muy específica, militares casi todos y jóvenes sin preocupaciones familiares. Todos querían estar al tanto de lo que pasaba, entender los sucesos y comprender qué programa tenía cada partido.

* La nueva política económica (NEP) fue aplicada por el Partido Comunista y el Estado soviético durante el período de transición del capitalismo al socialismo: se la denomina nueva, a diferencia de la política económica del período de la guerra civil de 1918-1920. Se puso en vigor en 1921 por acuerdo del X Congreso del Partido y se anuló en la segunda mitad de los años 30 con la victoria del socialismo en la URSS. La esencia de la nueva política económica consistía en reforzar la alianza de la clase obrera y los campesinos sobre una base económica, entablar relaciones entre la industria socialista y la pequeña hacienda campesina, empleando a vasta escala las relaciones monetario-mercantiles e incorporar a los campesinos a la edificación socialista. *(N. de la Edit.)*

Rodeados de agua por todas partes, eran pocos y de tarde en tarde los que llegaban de fuera, y los periódicos se recibían con tardanza. Por eso los marinos iban a la Plaza del Ancora, terminados sus quehaceres diarios, a escuchar a los oradores: que eran bolcheviques, eseristas, mencheviques y anarquistas. Los mítines comenzaban a eso de las cinco o las seis y acababan a las diez, cuando el público se cansaba ya de estar de pie.

Se tenía ya la costumbre de que cada político de la categoría y pelaje que fuese, llegado a Kronstadt, debía hablar sin falta en la Plaza del Ancora ante el pueblo. La gente de Kronstadt tenía interés por los visitantes de ese tipo. Pero quizás ninguno de ellos encontrase tales dificultades como las que encontró Kalinin. En el fondo, debía hablar delante de insurrectos que se habían sublevado contra el Partido Comunista.

— ¿No será mejor que nos vayamos? —interrogó Ekaterina Ivánovna, inquieta.

— ¡En modo alguno! Eso irá sólo en provecho de los enemigos.

— Pero si no son tontos, simplemente no te dejarán hablar.

— Con lo cual se desenmascararán delante de las masas —sonrióse Kalinin con ironía—. No ves que ellos afirman que apoyan el Poder soviético, y yo soy el personaje principal de este Poder; veamos pues qué actitud tendrán conmigo. También es útil para nosotros, y las masas sacarán sus deducciones. ¡No puede ser de otra manera!

Era ya hora de ir al mitin. Ekaterina Ivánovna se puso el abrigo.

— ¿Y dónde están tus guantes? —inquirió Mijaíl Ivánovich.

— No lo sé. Me los habré olvidado en el trineo.

— ¿Cómo has podido olvidarte? —lamentólo él—. El viento es fuerte, y tú vas sin guantes. No saques las manos de los bolsillos.

— No te preocupes, que no lo haré.

Kalinin salió del Soviet con sus camaradas. Se oía ruido de voces en la Plaza del Ancora.

— Se han reunido unos quince mil —articuló uno, alarmado.

— Cuantos más se reúnan, mejor —repuso Kalinin.

Ahora, cuando los nervios de todos estaban en tensión, la sonrisa bondadosa de Kalinin, así como su voz tranquila

parecían extraños y no del todo naturales. Entretanto, él estaba tranquilo en realidad y se sentía tan seguro de sus fuerzas como suelen estar antes del combate los batalladores templados y probados.

¿Qué aguardaban oírle decir los reunidos en la plaza, qué esperaban los instigadores ocultos y manifiestos? Creían que el Presidente del CEC les iba a soltar una reprimenda, exhortar y catequizar. Y claro que se preparaban para responder. Pero él empezaría por otra parte...

Kalinin subió de prisa a la tribuna. El inmenso gentío calló un instante, y luego estalló una ovación, como la resaca suena contra las rocas, ovación transida de voces y silbidos. Los que más se desgañitaban eran los de las primeras filas. Un marino pequeño y muy moreno hasta dio un salto y amenazó con el puño. Pero la mayoría de los presentes aplaudía, y Mijaíl Ivánovich lo notó en seguida.

Cuando se hubo hecho el silencio, Kalinin habló con calma y en tono corriente y coloquial que enfría presto las mentes acaloradas. Habló de las victorias militares, de la ruinosa situación económica y de las dificultades existentes.

La gente lo escuchaba en silencio. Kalinin atrajo la atención hasta de los voceadores de las primeras filas. Mas en cuanto Kalinin habló de las tareas que plantean para la nueva etapa el partido bolchevique y el Gobierno soviético, los marinos de las primeras filas empezaron a alborotar, como obedeciendo a una voz de mando.

Uno gritaba amenazas con voz de bajo. El marino moreno saltaba y hacía contorsiones, como si estuviera poseso, y su voz estridente perforaba los oídos:

— ¡Kalina! —gritaba, como si lo conociera de toda la vida—. ¡Kalina, tú comes por cuatro, y nosotros reventamos de hambre! ¡Eres un burgués, un burgués!

— ¡Abajo los bolcheviques!

— ¡Vivan los Soviets sin comunistas!

— ¡Al agua con ellos!

— ¡Y con una piedra atada al cuello!

Ekaterina Ivánovna se puso pálida. Kalinin la animó con la mirada, como diciendo: ¡todo sigue su marcha!

El designio de los cabecillas de la sublevación estaba claro: desbaratar el discurso del Presidente del CEC, impedir que sus palabras llegasen a la gente, a los marinos militares de filas. No era la primera vez que los enemigos intentaban hacerle callar.

Tras permitir a los insurrectos que chillaran hasta enronquecer, habló de lo principal. Que el Partido y el Gobierno tenían en cuenta que parte del campesinado estaba descontenta de unas medidas que habían sido necesarias en tiempos de guerra, pero que ya se podían derogar. No se tardaría en tomar acuerdos relativos a estas cuestiones.

— ¡No vengas con cuentos, eso ya lo hemos oído!

— ¡Kalina! ¿Cuántos sueldos tienes? —se agitaba como un demonio el pequeñajo agitanado.

— ¡Danos pan! ¡Danos pan! ¡Danos pan! —gritaba el de la voz de bajo como si le hubieran dado cuerda.

— ¿Quién es ése que grita por ahí? —dijo Kalinin, avanzando un paso y tendiendo la mano, como si quisiera echar el guante al chillón, que se calló al punto—. Pues no es un obrero, ni un trabajador, los que hicieron la revolución, el que grita. Tampoco grita un agricultor, que ha dado de comer al país. ¡No os dejéis engañar, camaradas! Si venciera la contrarrevolución, estos chillones os despellejarían a jirones.

— ¡A ti es a quien te vamos a despellejar! —oyóse entre el gentío—. ¡No nos metas miedo, que no somos asustadizos!

De pronto subió alguien a la tribuna.

— ¡Hermanos! ¡Camaradas! ¿Acaso estamos nosotros en contra de los Soviets? Estamos por ellos en cuerpo y alma. ¡Pero que el poder no lo tengan los comunistas solos!

El orador improvisado se encasquetó de un brusco tirón la visera de la gorra. Kalinin lo reconoció: ¡Era el mismo carcelero de *Las Cruces*. ¿Cómo se llamaba? ¿Chikin? Buscó a Evséiev con la mirada, pero éste ya se había dado cuenta: se acercó al orador y le dijo algo. Chikin desapareció entre la muchedumbre como arrastrado por las aguas.

— ¿Lo veis, camaradas, quién os indispone contra el Poder soviético? —gritó Kalinin—. Tiene palabras de miel, pero ¿sabéis quién es? Pues nosotros lo conocemos desde hace mucho tiempo. Es el ex carcelero Chikin. Con sus manos ha roto costillas en las celdas a obreros y campesinos. En mis costillas he podido comprobar yo su crueldad. Y ahora no actúa con los kulaks, ahora obra de otra manera... ¡Agita a las masas!

— ¡Mientes, mientes, mientes! —volvió a chillar otro exaltado. Kalinin alzó la mano, para decir:

— A mi lado tengo a un ex marino del *Bayán*, obrero de la Fábrica Franco-Rusa, Iván Evséievich Evséiev. Que os lo diga él mismo.

— ¡Camaradas, éste es indudablemente Chikin! En los tiempos anteriores hacía estragos en la cárcel de *Las Cruces*. Daba palizas terribles a los revolucionarios. El mismo os meterá en presidio siguiendo todas las reglas. ¡¿Y vosotros, escucháis a esos cabecillas?!

En el ala derecha del tablado apareció un marino con patillas. El arrugado gorro de marinero se adhería milagrosamente a su cogote, y las cintas le llegaban a la cintura.

— ¡No os lo creáis, hermanos! Vienen metiendo cizaña. Y escupirán en la boca a todos los que no estén con nosotros. ¡Nosotros también hemos vertido sangre en defensa del Poder de los Soviets! —Se abrió de un tirón el cuello de la marinera—. Yo mismo soy uno de los que tomamos el Palacio de Invierno y doblegamos el cuello a los cadetes. Con el camarada Kalinin ha venido un amiguete mío y no me dejará mentir. Hicimos juntos la revolución. ¿No me reconoces, Fiódor?

— Como no he de reconocerte —repuso en voz alta Demídochkin, dirigiéndose no a Kolia el Tramoya, sino a todo el pueblo—: Fuiste un canalla y un canalla sigues siendo. En cuanto a lo del Palacio de Invierno, tengo que decir que él estaba encuadrado en nuestro destacamento del Báltico...

— Qué ¿os habéis enterado?

— Digo que estaba en nuestro destacamento. Pero no fue al asalto de los pisos, sino de los sótanos, donde se guardaban los vinos del zar. No retorcía el cuello a los cadetes, sino a las botellas.

Por la plaza se deslizó una risotada como el cabrilleo del agua.

— Le sentaron la mano entonces en el comité del barco. El cortó en seguida las amarras y desapareció. ¿Comprendéis ahora, marinos del Báltico, quiénes enturbian aquí el agua? ¡Los carceleros, los desertores y los lacayos de los zares!

— ¡Que se conceda la palabra a los nuestros! —se oía entre el gentío.

Subieron de pronto varios hombres a la tarima y, entre ellos, un hombrecito ya de cierta edad con abrigo de paño y sombrero. Lo acompañaban dos fornidos marinos. Kalinin comprendió que se trataba de alguno de los cabecillas de la insurrección. A juzgar por la expresión era un ex militar. Adelantándolo, Mijaíl Ivánovich dijo en voz alta:

— Ruego a los oradores que tomen la palabra que digan en representación de quién hablan, en representación de qué partido.

— ¡Aquí todos somos sin partido!

— ¡Eso es imposible! Vosotros sencillamente tenéis miedo de hablar en nombre de vuestros partidos, os camufláis con ropaje de amigos del Poder soviético, de lo contrario no os haría caso nadie.

El hombre del sombrero se encogió impaciente de hombros:

— Me han encargado que lea esta resolución...

Kalinin comprendió desde las primeras palabras que era un documento ligeramente arreglado y adoptado el día anterior bajo la presión de los mencheviques y los eseristas en los barcos de línea *Petropávlovsk* y *Sebastopol*. Los mismos llamamientos demagógicos a la igualdad y la fraternidad, la misma consigna "Por los Soviets, pero sin los comunistas", la misma reivindicación de libertad de comercio.

Los marinos aceptaban con gritos de aprobación cada punto de la resolución.

Sí, Mijaíl Ivánovich Kalinin había llegado a la fortaleza demasiado tarde. El incendio ya estaba extendido, y para apagarlo se necesitaba tiempo y medidas enérgicas urgentes.

En las palabras finales de Kalinin sonaron notas de lamentación y dolor:

— Las generaciones venideras no me reprocharán haber traicionado la revolución, y a vosotros sí. ¡Vuestros hijos se avergonzarán de vosotros y no os perdonarán nunca el día de hoy, esta hora en que traicionáis con vuestras propias manos a la clase obrera!

3

A la salida de la fortaleza, junto a la Puerta de Petrogrado, había una veintena de marinos con dos ametralladoras. El centinela, con largo pellico, sostuvo entre las manos la credencial del Presidente del CEC y se la devolvió a Kalinin:

— Se necesita un salvoconducto.

— ¿Qué salvoconducto?
— Del Estado Mayor. Hay orden de no dejar salir a nadie sin salvoconducto.
— ¿Pero qué estás diciendo? —se enfrentó Fiódor con el centinela—. ¿Es que no reconoces al jefe del Poder soviético?
— Tengo la orden de no dejar pasar —reiteró firme el centinela.
Los marinos se acercaron más, cautelosos, y rodearon al centinela.
— ¿Dónde está el Estado Mayor? —interrogó Kalinin.
— En el *Petropávlovsk*.
Hubieron de tornar al Soviet de Kronstadt. Allí quedó claro que los sublevados operaban sin perder tiempo. Habían depuesto a los comisarios del acorazado y tomado el poder en sus manos.
Evséiev comunicó por teléfono con el *Petropávlovsk*, donde estaba el Estado Mayor de los sublevados.
— ¿Quién ha dado la orden de detener al camarada Kalinin en la fortaleza?
— ¿Y qué prisa tiene usted? Sea nuestro invitado —repuso la voz jocosa de alguien.
— Le exijo que permita inmediatamente la salida del Presidente del CEC de Rusia. De lo contrario usted asumirá toda la responsabilidad por las acciones contra la ley.
— Bueno, ya lo aclararemos —fue la respuesta—. Espere por ahora.
Aproximábase la noche. En la calle se oía un desaforado cantar de borrachos. La tensión de alarma iba en aumento. La primera que no pudo soportarlo fue Ekaterina Ivánovna.
— Hay que hacer algo. Ponerse en comunicación con Moscú...
— No es posible. Todo lo tienen controlado los insurrectos.
— ¿Es que en Kronstadt no hay más que una puerta?
Los camaradas locales se animaron.
— Es verdad, Mijaíl Ivánovich, de noche nos podremos ir caminando por encima del hielo.
— ¿Evadirse? —ironizó Kalinin—. De ninguna manera. ¿Qué jefe del Estado sería yo si he de ocultarme? Eso sólo Kerenski pudo permitírselo...
— Pero Mijaíl... —exhaló un suspiro Ekaterina Ivánovna.

El la detuvo con un ademán.
— Exigiremos y nos saldremos con la nuestra.
...El "Comité Revolucionario Provisional" de los sublevados estaba reunido en la espaciosa sala de oficiales de un barco de línea. Se debatía el problema de retener a Kalinin como rehén. El presidente del comité, el eserista Petrechenko, estaba en contra. Si se hacía así, Moscú adoptaría las medidas más enérgicas, y entonces Kronstadt no soportaría hasta la primavera, cuando el golfo se limpiara de los hielos y se recibiera ayuda.
Pasado algún tiempo, desde el *Petropávlovsk* comunicaron que había sido una equivocación lamentable. El Presidente del CEC y sus acompañantes podían salir sin obstáculo alguno de Kronstadt.
— ¡Démonos prisa! —apremió Ekaterina Ivánovna.
Abandonaron la fortaleza, anochecido ya. El marino que llevaban de arriero mascullaba entre dientes:
— Hasta que se ha hecho de noche han prolongado la cosa los muy truhanes. Cuando podemos caer en un rodal de deshielo...
Junto al trineo, terciado el fusil, caminaba el larguirucho Fiódor. Al otro lado, Iván Evséievich.
Los caballos se detuvieron delante de una grieta negra. En el transcurso del día, la grieta se había ensanchado, y los tableros de madera apenas si la cubrían. El cochero tiró con cuidado de las riendas de los caballos que se obstinaban en no pasar. Fiódor ayudó a pasar por las escurridizas tablas a Ekaterina Ivánovna, y Evséiev a Kalinin.
— ¡Ahora se puede correr ya con viento fresco! —exclamó de mejor humor el cochero.
Todos se acomodaron en el trineo. Las herraduras de los caballos chacolotearon alegres por el hielo.
Al cabo de cinco minutos de haber cruzado el trineo la grieta, desde la parte de la fortaleza acudieron dos. Se detuvieron delante de los tableros y se tomaron un respiro.
— ¡Maldita sea! —denostó uno—. Les ha dado tiempo de cruzar. Seguirán al trote, ¡y ya no hay quien los alcance!
— Hay que perder menos tiempo —masculló el otro—. Se están ahí jugando al ratón y el gato... se reúnen, celebran asambleas, y la cosa es de lo más simple: ¡una piedra al cuello, y al agua!

— ¡Bueno, cállate! Hemos perdido una ocasión... Vámonos al barco. ¿Hay algo para entrar en calor?

— Encontraremos. Luego tendremos otro trabajillo: detendremos hoy a los comisarios.

Aquella noche del primero al segundo de marzo los sublevados detuvieron a los dirigentes del Soviet de Kronstadt y de los organismos políticos de la Flota. La fortaleza de primera clase que encubría el acceso a Petrogrado quedaba en manos enemigas.

4

El tren apresuraba la marcha hacia Moscú. El vagón daba bandazos y era difícil escribir; en cambio se pensaba bien, como siempre ocurre en los viajes. Mijaíl Ivánovich Kalinin procuraba hacerse cargo de lo visto y vivido recientemente en Kronstadt. ¿Cuáles eran las peculiaridades de la sublevación y qué enseñanzas se podían sacar? ¿Cómo vencer de la manera más rápida y mejor posible a los sublevados? Son preguntas que le harían en el Comité Central del Partido, lo primero que interesaría a Vladímir Ilich Lenin.

Ante todo, quizás, lo que debía destacarse era que los eseristas, los mencheviques y los anarquistas, tras el descalabro político sufrido, no se atrevían ya a hablar abiertamente en nombre de sus partidos. Todos ellos se encubrían ahora con la careta del apartidismo. El Poder soviético tenía enemigos de sobra, pero ninguno capaz de organizar la producción industrial y mejorar la situación de los obreros y los campesinos. El único capaz de ello era el partido de los bolcheviques. En la Plaza del Ancora sólo comunistas hablaban en nombre de su partido. Los restantes actuaban como si no tuvieran filiación política. ¿No era eso significativo?

Otro tema a destacar. No haría más de medio año, cuando la contrarrevolución se adueñaba de tal o cual lugar, a la media hora los militares se ponían las hombreras. Lo hacían por todas partes. Pero en Kronstadt a ningún oficial se le pasó por las mientes ponerse los distintivos. La experiencia les había enseñado que ahora no se podía pelear con las banderas desplegadas de la contrarrevolución entre los obreros y los campesinos. Y los enemigos intentaban o bien descomponer el Partido

Comunista desde dentro o lanzar consignas muy izquierdistas, de aspecto revolucionario y atrayentes para las masas.

¿Por qué los capitalistas se alegraban y apoyaban insurrecciones que ellos aparentemente no dirigían, que planteaban consignas que no parecían aceptables para ellos, como "Abajo los capitalistas y viva el Poder soviético"? Porque todos ellos, estos bandidos, independientemente de las consignas, seguían la labor de los Kolchak, y los Yudénich, peleaban contra el enemigo más fuerte de los capitalistas, contra los bolcheviques. Socavando y debilitando con sus acciones la economía de la República Soviética, facilitaban a la burguesía la lucha contra los obreros y los campesinos...

Kalinin oyó a sus espaldas unos pasos sigilosos y volvió la cabeza. En el compartimiento entró Katia. Se detuvo al lado y pasó la mano por los cabellos de su marido.

— Cuántas canas tienes...

— ¿Se me han agregado las de Kronstadt? —sonrió.

— ¿Que no? Aún no puedo dormir tranquila. Cierro los ojos y veo a algún marino dando saltos y haciendo contorsiones como un loco: "¡Kalina, has traído a la mujer de otro! "

— Es el lugar más apropiado para ir con mujer ajena. Por poco pierdo a la mía...

— Ay, Mijaíl, yo no sabía que puede haber cosas tan horribles. Creí que te serviría de algo...

— Bien te lo advertí.

— Me he convencido por experiencia propia; ahora no te dejaré ir solo.

— Y harás mal —repuso, frunciendo las cejas—. Muy mal. Piénsalo. Si me ocurre a mí algo, eso será sólo la mitad del mal. Y si nos ocurre a los dos de golpe, entonces ¿qué haremos? ¿Para qué dejar a los hijos huérfanos de padre y madre? Y de ser sinceros, las canas que me han salido son por ti, temía que cayéramos los dos en el garlito. ¿Entiendes?

— Con la cabeza sí, pero con el corazón no.

— Pues ya es un paso —dijo él, mirando con cariño a su mujer—. Ahora perdóname, por favor, tengo que trabajar.

5

El 8 de marzo de 1921 se inauguró el X Congreso del Partido Comunista de Rusia que estudió el problema de las relaciones entre la clase obrera y los campesinos en la nueva etapa y dio solución a las cuestiones que tanto preocupaban a Kalinin. El impuesto de contingentación fue sustituido por el impuesto en especie. Desde aquel día no se retiraba a los campesinos todos los excedentes de su producción, sino sólo parte. De lo restante podía hacer uso a su antojo, venderlo libremente en el mercado. Esto impulsaba un rápido desarrollo de la economía individual, lo que, a su vez, debería motivar un auge de la agricultura de todo el país. Sobre esta base se podía restablecer y desarrollar la industria estatal y consolidar las posiciones del socialismo.

El día de la apertura del Congreso, en Petrogrado se hizo la primera tentativa de ocupar Kronstadt, amotinado. Un destacamento mixto de alumnos de escuelas militares rojas y del regimiento especial, mandado por el jefe de la sección política de la base naval de Kronstadt, Vasili Grómov, penetró en la fortaleza, sostuvo combate desigual durante muchas horas, pero no llegaron refuerzos y, al atardecer, con numerosas pérdidas, destruido en parte y diseminado por los insurgentes, sólo varios centenares de soldados lograron retroceder a través del golfo de Finlandia.

Teniendo presente el peligro que se cernía sobre Petrogrado, el Comité Central del Partido decidió asumir la dirección de la lucha. El presídium del X Congreso adoptó un mensaje especial en el que llamaba a los trabajadores de Petrogrado a defender firmemente las conquistas de la revolución. A propuesta de Lenin se lanzó al combate contra los sublevados los trescientos veinte delegados militares del Congreso. Ellos fueron los que encabezaron la preparación política y militar del nuevo asalto. Dirigía toda la labor Mijaíl Tujachevski.

Desde la orilla hasta la fortaleza no había ninguna fortificación. Los soldados rojos tenían que cruzar ese espacio bajo el fuego del enemigo por el hielo, derretido a trechos por el sol primaveral y en muchos sitios cubierto ya de agua. En los accesos a la fortaleza, los insurrectos habían puesto explosivos para volar el hielo en caso de necesidad y tenían Kronstadt rodeado de alambradas.

Pero lo principal eran los numerosos fortines y barcos armados de piezas de artillería de gran calibre.

Mijaíl Tujachevski preparó el golpe sin prisas, para que no fallase. Comprendía que aquel asalto sería el decisivo. La primavera rompería pronto los campos de hielo, y entonces los insurrectos serían casi inexpugnables, se meterían en Kronstadt los guardias blancos que aún no habían sido derrotados, y los dreadnoughts se colocarían en la rada bajo los estandartes de la Entente.

En la amanecida del 16 de marzo, el aire del golfo de Finlandia se estremeció del fragor de los cañones. La artillería abrió fuego contra los bastiones de la fortaleza. Los aviones dieron varias pasadas. Los aviadores lanzaron bombas sobre las alambradas, sobre los barcos y las fortificaciones de los sublevados.

Kronstadt respondió con las potentes piezas de artillería de largo alcance. Los sublevados tenían muchos proyectiles. Disparaban sin cesar contra las orillas septentrional y meridional, donde se preparaban para dar el salto pequeñas unidades de soldados rojos. Imponía ver cómo los proyectiles pesados desmenuzaban la coraza gélida del golfo, revolviendo los fúlgidos trocitos de hielo. Iban apareciendo nuevas grietas y espacios de agua donde por la noche debían pasar los soldados.

Al atardecer, el cañoneo amainó. Por lo visto, los sublevados se habían tranquilizado: tras el torrente de fuego, los rojos no era probable que se atrevieran a atacar. Por si acaso, alumbraban de tiempo en tiempo la superficie del hielo con reflectores. Pero no pudieron distinguir nada sospechoso en las frías tinieblas de medianoche.

Entretanto, fue en ese preciso momento cuando miles de guerreros recubiertos de batas blancas de camuflaje salieron en pie de ofensiva. Junto con los soldados del 7º Ejército atacaba el batallón de marina, formado por hombres que habían abandonado Kronstadt después de la sublevación, por voluntarios de las tripulaciones de los barcos. Una de las secciones de marina la mandaba Iván Evséiev.

El y su ayudante Fiódor Demídochkin caminaban con cuidado por la nieve blanda y húmeda, bordeando los rodales negros del deshielo. Cerca pasaba el camino por el que ellos habían pasado recientemente con Kalinin, pero en la oscuridad no se veía.

Los marinos caminaban en silencio, pisando agua fría que salía por encima del hielo. En algunos sitios les

llegaba por encima de los tobillos. Cuando se aproximaba el haz de un reflector, la gente se lanzaba cada cual adonde podía: a la nieve húmeda, a los charcos... No tardaron en empaparse todos de pies a cabeza. Silbaba un viento que calaba hasta los huesos.

El frío apremiaba y espoleaba a los soldados. A juzgar por el tiempo, la mayor parte del camino había quedado ya superada, y el enemigo seguía sin descubrir a los atacantes. Pero el haz de un reflector pasó muy cerca e hizo refulgir el hielo roto. El azulenco filo del haz retrocedió y se detuvo en un lugar, iluminando a un grupo de marinos tendidos en la nieve.

Transcurrió un instante en angustiosa espera. El haz no se movía. Los marinos quedaron quietos, sin mover un dedo. De pronto sobre la fortaleza ascendió una bengala, luego otra, y otra más, y el cielo quedó iluminado como en brillante castillo de fuegos artificiales.

— ¡Adelante! —oyóse mandar una voz imperiosa.

6

A Kolia el Tramoya parecíale ver un sueño, una larga pesadilla. Pero no, aquello era una realidad de lo más terrible para él. En medio de la noche comenzó de pronto un fuerte tiroteo. La artillería y las ametralladoras disparaban en el golfo. Empezaron los incendios. Kolia y Lionia Chikin, que estaban pasando la noche en el camarote de oficiales de una base flotante, se pusieron en pie de un salto como locos. Para alentarse se bebieron un jarrillo de alcohol cada uno. Lionia comenzó a meter en su maleta todos sus trastos.

Desde el *Petropávlovsk* vino un amigo de Chikin, lo llamó a que fuese a ver a un inglés, representante de no se sabe qué organización internacional. Este amigo bebió también alcohol y dijo que el inglés deseaba evadirse, que los rojos habían tomado ya la Puerta de Petrogrado y que la mitad de la guarnición de Kronstadt no obedecía las órdenes del Estado Mayor, que permanecía en los cuarteles, y el destacamento de minadores se pronunciaba en favor de los bolcheviques.

Eso no extrañó a Kolia. El mismo había visto cómo se habían dividido los de Kronstadt después del discurso de Kalinin y, sobre todo, cuando se recibió la noticia de que se había abolido el impuesto de contingentación. Pero el

que el inglés quisiera largarse estaba mal. Era algo así como el consejero principal del Estado Mayor. Por lo tanto, acabó mal con sus consejos.

Lionia Chikin se encaminó hacia el Estado Mayor y a Kolia le mandó que organizara con los marinos la defensa de la base flotante. Si los rojos apretaban, tomaría sus trastos y se dirigiría al acorazado. Desde allí se podía cruzar el golfo e ir a Finlandia, si las cosas se ponían mal.

De seguro que Chikin se habría marchado ya. Y él estaba sobre el hielo, tendido con una bala en la pierna, sobreponiéndose al dolor, elegía en el punto de mira a las figuras negras que correteaban entre las viejas áncoras, troncos y cajones.

Se daba cuenta de que los defensores de la base flotante eran menos cada vez. Unos yacían inmóviles, otros se habían esfumado en dirección desconocida. Kolia hubiera querido también replegarse, subir al navío, esconderse en la bodega. Pero ya no podía subir la abrupta escala. Lo único que podía hacer era disparar y esperar. Además, maldecía mentalmente a Chikin, pues no había venido, ¡el muy granuja, a recogerlo!

No comprendió de dónde venían los marinos. Habían surgido de pronto en denso grupo que se abalanzaban hacia él, pataleando y voceando. Vio como un destello delante de los ojos una bayoneta, y Kolia aulló, quedándose pasmado de horror:

— ¡Amigos, perdonadme! ¡Amigos, no he hecho! ...

La bayoneta, de cuatro facetas, lo atravesó.

Los marinos, sin detenerse, siguieron raudos adelante.

CAPITULO DECIMO

1

Una mañana corriente de verano, Mijaíl Ivánovich iba con prisa al trabajo. Bajo el brazo izquierdo oprimía una cartera raída ya. Con la mano derecha se apoyaba en un bastón. La Audiencia del Presidente del CEC había sido trasladada recientemente a la calle Mojovaya. Kalinin recordaba perfectamente las indicaciones de Lenin, hechas aún en diciembre del año dieciocho, en el *Esbozo de reglas de administración de las instituciones soviéticas*. Lenin exigía que los locales para dar audiencia a los solicitantes se debían montar de manera que fueran accesibles a todos. Por estas palabras se regía Kalinin cuando se debatió en el Presídium del CEC de Rusia el problema de las audiencias. En la disposición se anotó: Para que las audiencias del Presídium del CEC y del Consejo de Comisarios del Pueblo sean más asequibles para las amplias masas, hay que sacarlas de los muros del Kremlin.

En la calle Mojovaya no se requería formalismo alguno por parte de los invitados. Había que saber sólo las horas de recepción y acudir en ese plazo.

Cuando hubo traspuesto la Puerta de Troitskie, del Kremlin, Kalinin apretó el paso: hasta el comienzo de las labores quedaban sólo cinco minutos. Los empleados caminaban más de prisa, adelantándolo. Al pie de las ventanas deambulaban golfillos soñolientos y sucios que, al ver a un miliciano del orden público, se perdieron en un santiamén de su vista.

Alguien empujó a Kalinin, se excusó, pero éste no miró siquiera, pues iba enfrascado en sus pensamientos. Aquel día tendría aún que ahorrar tiempo. Era preciso recibir al célebre explorador noruego Fridtjof Nansen. La Cruz Roja Internacional lo había nombrado comisario supremo para la ayuda a los habitantes de la cuenca del Volga. Y Kalinin era precisamente quien se ocupaba de ese problema, encabezaba la Comisión de Ayuda a los Hambrientos.

Ya en su despacho, encendió un pitillo, sacudió con cuidado la ceniza y tomó una resma de cuartillas. Allí

estaban los informes, enviados desde los lugares, anunciando la fundación de comités de ayuda a los hambrientos en las provincias, las colectas de dinero y alimentos. Eran pocos, poquísimos, para evitar la catástrofe que se volcaba sobre la república.

Los primeros síntomas de este siniestro aparecieron ya en el pasado año de 1920, cuando en numerosas provincias de Rusia había sido tan pequeña la cosecha que el campesino apenas si pudo alimentarse a sí mismo, y en algunos lugares incluso pasó hambre. Siguió luego un invierno de poca nieve, y en el inmenso territorio del Volga casi no hubo precipitaciones atmosféricas. El Gobierno atendió alarmado el desarrollo de los acontecimientos. Los partes que llenaba el Comisariado del Pueblo de Agricultura según los datos de las estaciones meteorológicas, se leían con no menor interés e inquietud que los recientes partes del frente, pues todo el mundo comprendía el peligro que se cernía.

En primavera, los informes del Comisariado del Pueblo de Agricultura eran aún más o menos favorables. Los brotes se consideraban medianos. Pero cada semana que pasaban empeoraban las perspectivas de la cosecha. Sin llegar a fortalecerse, los brotes se marchitaban. Dos meses no se vieron nubes de lluvia; el sol calcinaba el suelo falto de humedad, agostaba los sembrados, las hortalizas y la hierba de los prados.

Los especialistas calculaban que pasarían hambre veinte millones de personas, por lo menos. Teniéndolo presente, el Comité Central del Partido y el CEC tocaron a rebato y empezaron a adoptar medidas para paliar de alguna manera el desastre. De nuevo habría que retirar el trigo en las provincias donde la cosecha fuera tolerable y provocar el descontento de los campesinos, pero no había otra salida.

En el extranjero, algunos hombres ilustres decidieron hacer colectas para los hambrientos. Con ese motivo llegaba Nansen.

En la tarde del día anterior Mijaíl Ivánovich había rogado al secretario que consiguiera noticias sobre el explorador noruego. Ahora tenía delante de la mesa varios libros, revistas y recortes de periódicos. Kalinin miró el retrato de Nansen. Ovalada la faz, grandes y acusadas las facciones. Barbilla de persona voluntariosa. El pelo, así como el bigote, claros probablemente. Ojos bondadosos. De rostros como esos se dice que son "des-

pejados", que no tienen nada de malicia ni de disimulo.

¿Y las exploraciones? ¿Qué se había escrito en torno de sus viajes? Aunque era zoólogo de profesión, cruzó con cuatro compañeros en esquíes Groenlandia y dio testimonio de que toda su parte central estaba cubierta de una cúpula de hielo. Luego, su famoso viaje a la deriva en el *Fram* a través del Artico Central. Importantes observaciones oceanológicas. Y lo principal: en marzo de 1895 se encaminó con un compañero al Polo Norte y se acercó a él más que ninguno de los exploradores que le habían precedido.

Nansen había viajado por el Yeniséi, por Siberia y el Extremo Oriente y conocía hasta cierto punto Rusia. Además no era un simple sabio, sino un humanista también, un combatiente por la justicia. Había sido Comisario Supremo de la Sociedad de Naciones para las cuestiones de los prisioneros de guerra. Y era natural. Quien ha sufrido mucho puede comprender el dolor de los demás y estar dispuesto a aliviar la suerte de los que sufren...

Nansen entró en la habitación: era casi igual que en los retratos, pero de más edad e imponía más respeto, iba mejor vestido y, por supuesto, no con pelliza cara, sino con un traje corriente.

El visitante pronunció algunas palabras en ruso, lo cual lo hizo más simpático a Mijaíl Ivánovich Kalinin. Entablaron en seguida esas relaciones que suele haber entre personas de espíritu amistoso que emprenden juntos una obra común.

Fridtjof Nansen era optimista y creía que el mundo civilizado contemporáneo no toleraría simplemente que por un capricho de la naturaleza muriesen decenas de miles de habitantes del planeta.

— Es posible que haya muchas más víctimas —dijo Mijaíl Ivánovich.

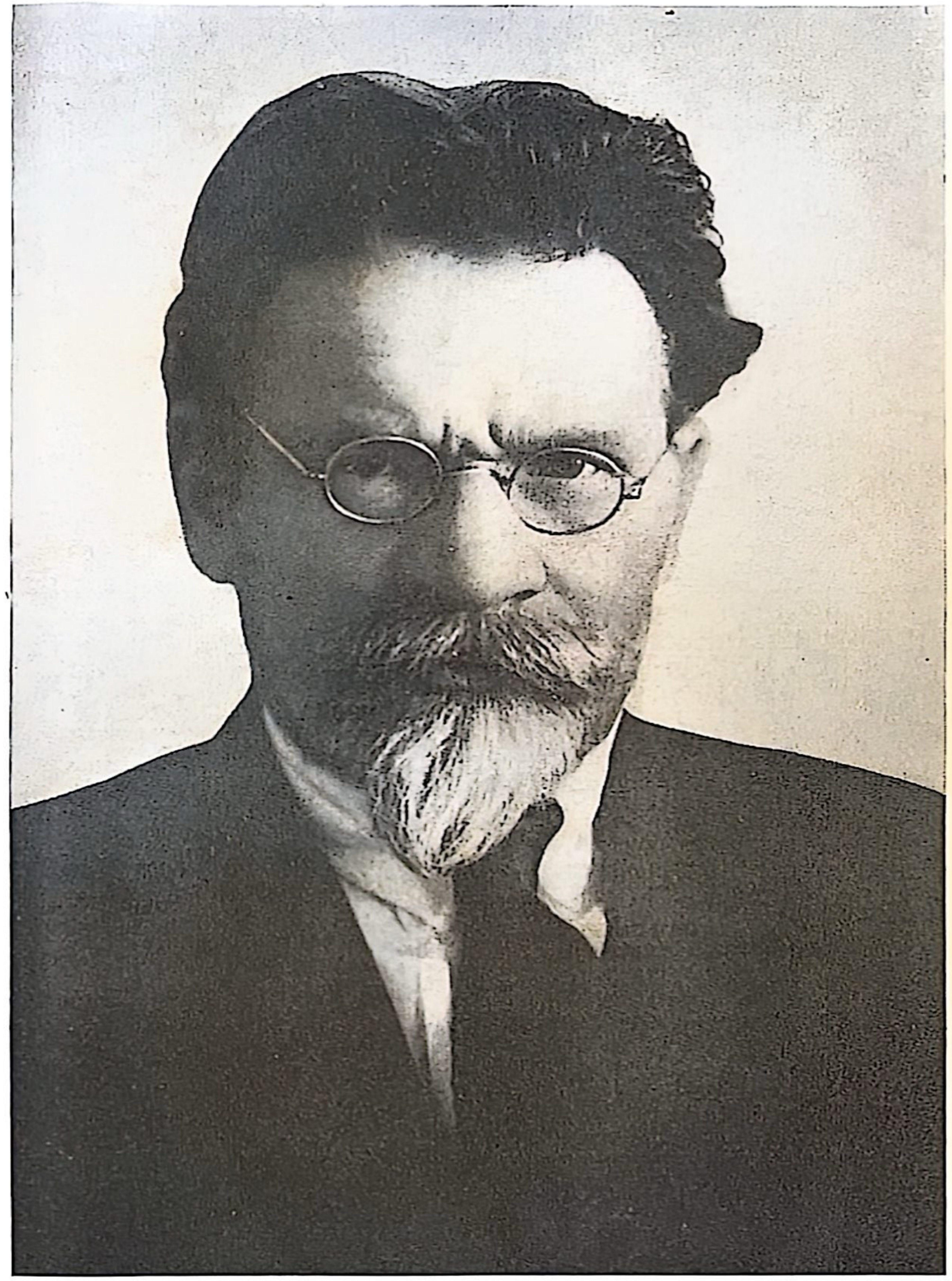
— En circunstancias tan trágicas hay que presuponer lo peor —otorgó el noruego—. Pero no les abandonarán en la desgracia.

— ¿Quién? ¿La Cruz Roja? ¿Algunas personalidades de buen corazón? Agradecidísimo por ello. Pero cuando se trata de millones de seres...

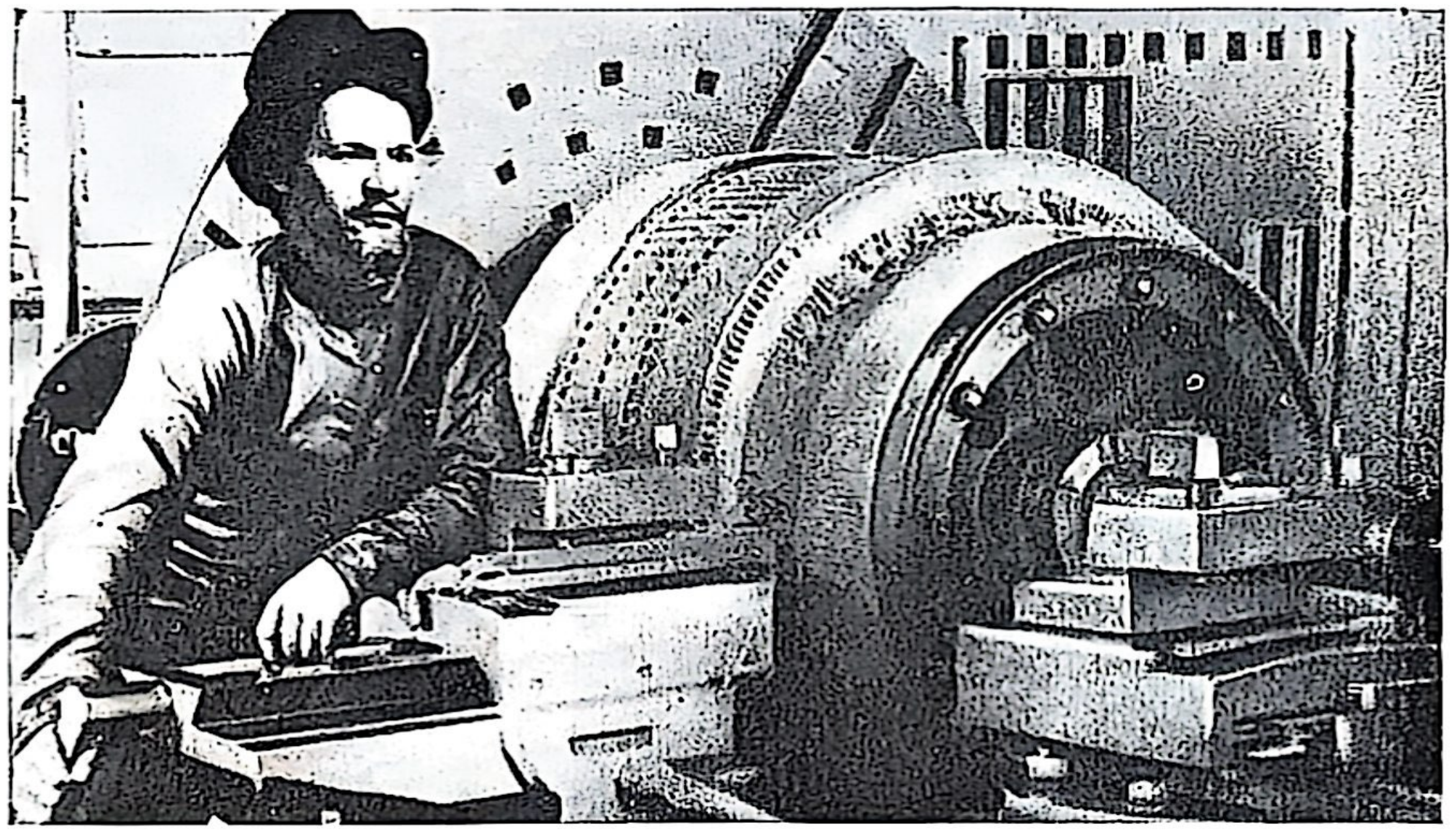
— Ayudarán los países europeos, EE.UU. El mundo es bastante rico.

— El mundo capitalista.

— ¿Sabe usted lo que escriben en Occidente? —son-

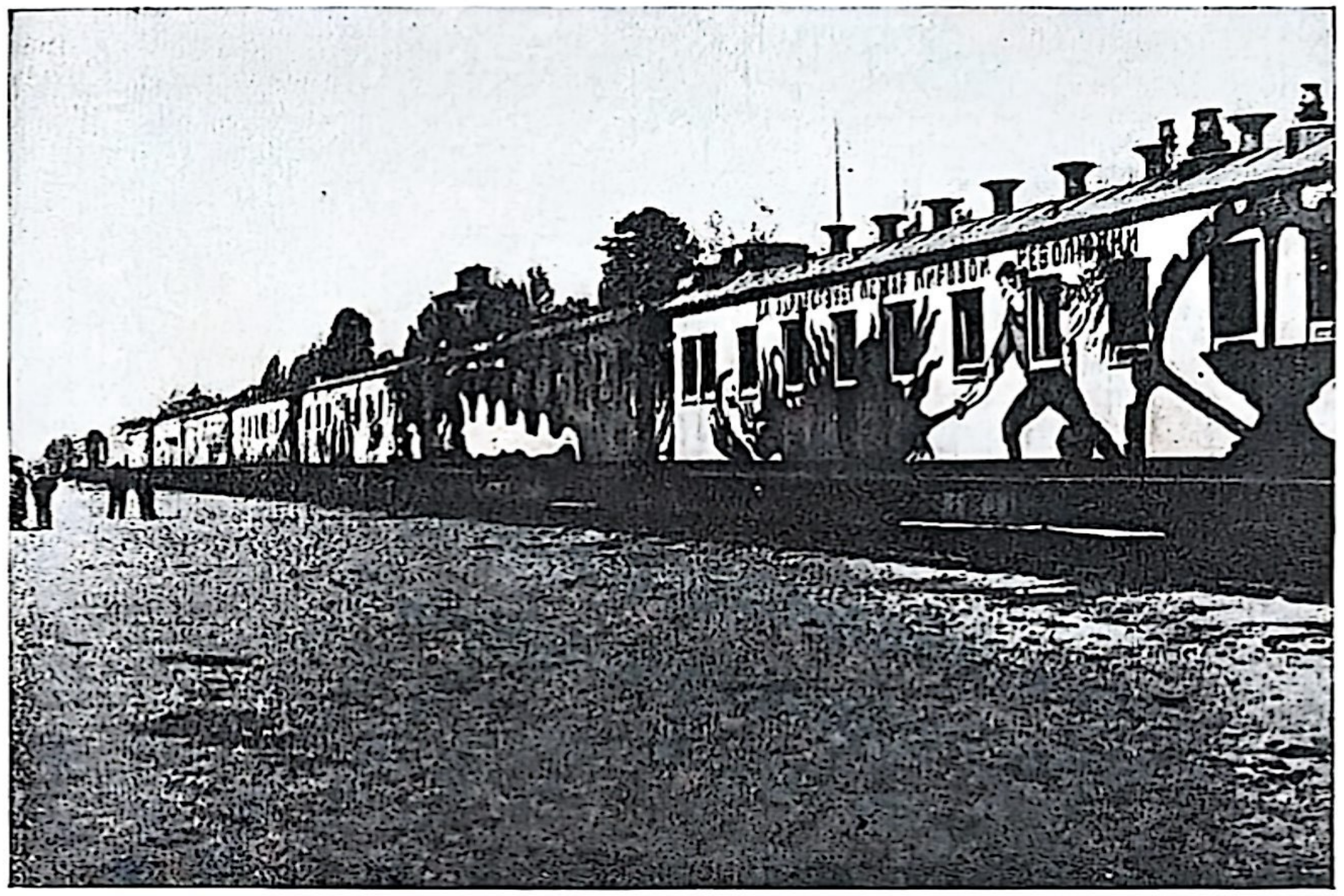


M. I. Kalinin



M. I. Kalinin en la fábrica *Volta de Reval*. 1903

V. I. Lenin y M. I. Kalinin. 1919



Tren de agitación e instrucción política "La Revolución de Octubre", con el que Mijaíl Kalinin hizo viajes por el país durante los primeros años de Poder soviético

M. I. Kalinin en un vagón del tren de agitacion. 1919

M. I. Kalinin entre los campesinos en la aldea de Arápovo de la provincia de Tambov. Mayo de 1919

El Presidente del Comité Ejecutivo Central de toda Rusia Mijaíl Kalinin y el Presidente del Comité Ejecutivo Central de Ucrania G. I. Petrovski durante un sábado rojo celebrado en Járkov. Marzo de 1920

M. I. Kalinin con los campesinos de la aldea de Viérjnaya Troitsa de la provincia de Tver. 1921

M. I. Kalinin entre los obreros de una fábrica de la ciudad de Kasli. Junio de 1921

M. I. Kalinin, K. E. Voroshílov y A. I. Mikoyán en la III sesión del Comité Ejecutivo Central de la URSS. 1926

M. I. Kalinin pronuncia un discurso sobre las reelecciones a los Soviets en la fábrica M. V. Frunze, de Moscú. Febrero de 1927

G. I. Petrovski entrega a M. I. Kalinin la Orden de Lenin. 20 de noviembre de 1935

M. I. Kalinin con una delegación de trabajadores de España. 1938

M. I. Kalinin entrega condecoraciones al aviador V. P. Chkálov. 1936

M. I. Kalinin con su esposa Ekaterina Ivánovna y sus hijos. De izquierda a derecha: Alexandr, Yulia y Valerián. 1921

M. I. Kalinin con su hija Yulia y sus nietos. 1939

M. I. Kalinin en su despacho. 1939

Discurso pronunciado por M. I. Kalinin en un mitin de soldados y oficiales del Cuerpo de Ejército de Caballería de la Guardia. 25 de abril de 1942

M. I. Kalinin con los pioneros de Artek, en Crimea. 1945

rióse irónico Nansen—: que la limitación de clase impide a los bolcheviques pensar a mayor escala y con más objetividad.

—Sí, lo escriben pero olvidando al paso las propias anteojeras de clase, su propia limitación de clase.

—Es posible. Y aun con todo, le aseguro que los capitalistas son la gente más corriente, no les es ajeno nada humano.

—Pero ante todo procuran socavar nuestra revolución sin hacer reparos a nada. Como no les ha surtido efecto el bloqueo militar, ahora quieren asfixiarnos con el bloqueo económico. Por ellos no quedará.

El intérprete frunció la frente ante la dificultad de traducir la última frase.

—Puede hacerlo de otra manera —le sugirió Kalinin—. Si no es así, será asá, si no es por las buenas, por las malas. Creo que los señores capitalistas se alegran de ver nuestras penurias.

—Eso es justo sólo con relación a la parte de la burguesía que se siente agresiva. Hay de esos, sí. Pero la mayoría de la gente de Europa está alarmada por el hambre y quiere ayudarles —dijérase que Nansen hasta se enojaba de que no creyeran en la nobleza del mundo occidental.

—Está bien —articuló en tono conciliador Kalinin—. No hay que adelantarse a los acontecimientos. En todo caso, yo tengo en gran estima sus esfuerzos personales y me alegro mucho de que labor tan difícil la haya asumido precisamente usted, una persona tenaz y prestigiosa. Eso contribuirá al buen éxito de la empresa.

—Gracias —dijo Nansen, inclinando la cabeza—. Quisiera ir a las zonas azotadas por la sequía y comprender la magnitud de la catástrofe. Entonces podría encontrar argumentos de peso en las negociaciones en Occidente.

—Le aconsejo que vaya a las provincias de Sarátov y Samara, allí es donde están peor del todo las cosas. Yo mismo iré pronto allá.

Al despedirse de Nansen, Kalinin le estrechó fuertemente la mano y percibió el fuerte estrechón de una robusta mano. Pensó que el noruego era de esos hombres de acción que saben utilizar todas las posibilidades para conseguir el fin propuesto. Y quiso confiar en que su misión sería coronada por el éxito.

Kalinin permaneció unos minutos de pie delante de la

ventana, mientras cambiaba de talante, pues ahora tendría que ir a la audiencia, donde le aguardaban peticionarios que acudían con quejas o solicitudes. Podía decir con antelación que la mayoría de esas quejas y peticiones procedían de una profunda fe en su propia razón. Sólo una fe así era capaz de traer a la persona de un pueblo remoto a la capital. La experiencia mostraba que casi todas las pretensiones eran justas y se las debía satisfacer. Pero no se podía a la vez ser un buenazo, no se podía uno dejar llevar sólo de los sentimientos. El Presidente del CEC debía regirse estrictamente por las leyes y dar así ejemplo a los demás.

Kalinin estaba orgulloso de su audiencia. Jamás había tenido ningún jefe de Estado una relación tan estrecha ni tan directa con los peticionarios como él la tenía ahora. Cualquier ciudadano de la Unión Soviética, si tal era su deseo, podía hablar con él y exponerle todo lo que llevaba en el alma, pedirle consejo. En dos años se habían visto en la audiencia de Kalinin poco menos de quinientos mil asuntos. Y cada peticionario se había ido con el asunto resuelto en sentido positivo o —poquísimos— con una negativa fundamentada. Pues el examen de cualquier petición era política activa concreta. De las medidas adoptadas por el jefe del Estado sobre tal o cual cuestión se enteraba la gente no sólo en el pueblo de donde viniera el peticionario, sino en el distrito y en el subdistrito. A la audiencia acudía una persona, pero a sus espaldas había decenas y aun centenares.

A la hora en punto, Kalinin abrió la puerta a la habitación grande, dividida por un tabique. Los saludó a todos a una. Preguntó quién era el primero:

— ¿Qué es lo que le trae aquí?

El primero era un campesino abrigado con una especie de ropón, calzado con *laptis** y revuelta la barba de mechones. Olía a piel de cordero: de seguro que había dormido en alguna estación, envuelto en un viejo pellico.

— Traigo una solicitud —dijo, extendiendo un papel mugriento—. Hemos ardido. Se nos han quemado todos nuestros enseres. Y en el subdistrito nos dicen que no hay madera y no pueden ayudarnos.

— ¿Hace mucho que se declaró el incendio?

— Por San Nicolas, esta primavera... Era la fiesta del patrón del pueblo.

*** Calzado de corteza de tilo.**

— Vaya, vaya —articuló Kalinin en tono de reproche—. En las fiestas bebéis demasiado aguardiente, y luego que os arregle la casa el Poder soviético.

La casa la haremos nosotros mismos: lo que necesitamos es madera...

— Pero si en la solicitud ya está el visto bueno firmado por mi suplente, el asunto queda resuelto. Se os hace entrega de madera. ¿Qué necesidad tenéis de esperarme a mí?

— Pues para que la firmes de tu puño y letra. Así nos lo han pedido los campesinos del pueblo.

— Bueno, si os lo han pedido... —Kalinin firmó al pie de la resolución—. Toma. Y en cuanto a lo de la fiesta del patrón, hay que ser más moderados y tener más cuidado.

— Ahora ya estamos escarmentados, padrecito, ¡más que escarmentados!

El siguiente era un obrero de una fábrica, Kalinin lo adivinó por el aspecto e incluso adivinó también qué lo traía. Necesitaba trabajo. De seguro que tenía familia numerosa y necesitaba darle de comer. Y no había donde enviarle a trabajar.

La situación de esos trabajadores preocupaba sobre todo a Kalinin. El campesino, hasta el más pobre, tenía una situación mejor que el obrero que se veía en la calle. El campesino, aunque fuera sólo patatas, algo iba comiendo y pasaría el invierno. Pero el operario sin trabajo, ¿de dónde iba a sacar el pan?

Se acababa de abrir una pequeña fábrica en las afueras de la ciudad, y había que ir en tren suburbano. Sólo a esa fábrica lo podía enviar.

Después del obrero, tres campesinos que habían venido caminando de una misma aldea. Se quejaban de los vecinos. Los otros tenían más tierra y mejor, sacaban más cosecha. Había que volverla a repartir. Estas cuestiones debían resolverse sobre el terreno. Enviaría a un compañero enérgico que moviera el asunto en el centro distrital, sin papeleo...

Ocupado como estaba, Kalinin tardó en advertir a unos nuevos peticionarios que habían entrado con sigilo, procurando no molestar. Y cuando los vio, al principio no dio crédito a sus ojos. Tenía delante a Iván Evséievich y a Fiódor. En los ojos de Evséiev se veía curiosidad, como el que dice: vaya cómo trabajas aquí. Fiódor se sentía violento, estrujaba en las manos el gorro de marino.

Kalinin les preguntó, sonriente:

—¿Habéis venido vosotros también con alguna queja que presentar?

—No, a verte, venimos de paso. Gracias al soldado de guardia, nos ha escuchado y nos ha dejado entrar sin esperar turno.

Contento de la entrevista, Kalinin rogó a sus visitantes que esperasen, y poco después dio fin a la audiencia. Cuando se hubo marchado el último peticionario, se unió a sus amigos.

—¿Tenéis apetito? Vamos a casa, Ekaterina Ivánovna tiene sopa preparada, aquí no hay más que té.

—Iríamos con mil amores —dijo Evséiev mirando el reloj—. Pero es que ya llevamos mucho tiempo esperando y temo que lleguemos tarde al tren.

—Entonces tomaremos té —decidió Kalinin—. Contadme qué viento sopla y hacia dónde os lleva.

—A la República de Extremo Oriente. El Partido se ha acordado de que yo fui marino tres años en el Océano Pacífico, y después de Tsusima estuve prisionero de los japoneses. Me envían con cargo de comisario. Y Fiódor ha pedido que lo manden conmigo. Restableceremos juntos la Marina.

—Primero hay que ganar —exhaló Kalinin un suspiro—. Allí está el último refugio de todos los derrotados que huyen. Además, los japoneses y los norteamericanos. El hueso es duro de roer, amigos, y habrá que roerlo.

—Allá va mucha gente. De Petrogrado, de Moscú...

—Lo sé. El Extremo Oriente no se lo entregaremos a los capitalistas.

Poco después se fueron los amigos: Mijaíl Ivánovich dispuso que los llevaran a la estación en automóvil.

Reanudó la solución de los asuntos: conferenció con representantes del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento y trazó el plan del siguiente viaje. Luego se puso a escribir un artículo para *Pravda.* El Comité Central del Partido había difundido recientemente una circular para incorporar en vasta escala al trabajo de los Soviets a compañeros sin filiación política, y ahora *Pravda* pedía que se explicara con palabras sencillas el fondo de ese documento.

Entrada ya la noche, Kalinin tomó el bastón y la cartera, bajo el brazo, para salir del despacho. En la calle casi no había nadie. La gente descansaba después del trabajo.

En casa ya, Kalinin no tuvo tiempo de decir esta boca

es mía: lo abordó su esposa con las últimas noticias:

—A Ana la darán de alta dentro de unos días.

—Muy bien.

—Hay carta del pueblo —Ekaterina Ivánovna bajó la voz para que no la oyeran los hijos en la habitación contigua—. La madre de Ana ha fallecido, y su marido, ya sabes, murió en el frente alemán...

Ekaterina Ivánovna miraba, en espera de una resolución. Pero ¿qué le podía decir él así, de golpe y porrazo? Una cosa estaba clara, que no se podía abandonar a Ana a su suerte. Además, todos la querían.

Dos años antes, cuando la familia descansaba en Viérjnaya Troitsa, de una aldea remota acudió una mujer desconocida. Llevaba treinta verstas a su hija en brazos. Ana tenía de nacimiento mal un pie y cojeaba, y los chiquillos de la calle se reían de ella. La mujer pidió con lágrimas en los ojos que le ayudasen y llevaran a su hija a los médicos. Ekaterina Ivánovna se trajo a Ana a Moscú.

Los médicos determinaron que necesitaba varias operaciones consecutivas. Hubieron de acceder. Pues bien, Ana estaba desde entonces en un hospital. Los Kalinin la visitaban por turno y se acostumbraron a ella como si fuera una más de la familia.

—Bueno, y qué —dijo pensativo Kalinin—. Alexandr es hijo adoptivo y crece como los demás... Donde comen cuatro, comen cinco.

—Lo que importa es que haya sitio en el corazón para los cinco —respondió la esposa, y por unos matices apenas perceptibles en la voz Kalinin comprendió que Katia ya había pensado también en eso.

—Eres muy buena —le dijo él—. Tráete a Ana, y asunto concluido.

2

La reunión ordinaria de la Comisión de Ayuda a los Hambrientos dicidió celebrarla Kalinin en su despacho. Las manecillas del reloj estaban en una línea recta: marcaban las seis en punto. ¿Habían llegado ya todos? Los representantes del Consejo Central de los Sindicatos de Rusia y del Ejército Rojo estaban presentes. Los del Comisariado del Pueblo de Abastecimiento, del de Agricultura y de otros comisariados también habían llegado.

Kalinin contó con pormenores cuánto pan entregaban los obreros y los soldados de sus exiguas raciones, cuántos cereales habían recogido los campesinos en las provincias donde las cosechas habían sido buenas y cómo se habían distinguido los trabajadores de la provincia de Kursk.

—Mirad, camaradas, tengo en las manos un informe de asombrosa brevedad de Kursk. Esta provincia no se distingue por unas peculiaridades especiales del aparato administrativo soviético, es una provincia mediana en todos los sentidos. Pero los funcionarios locales han abordado la campaña contra el hambre con particular atención. Escriben que han utilizado los teatros, los conciertos y los mítines para hacer colectas de dinero en pro de los hambrientos. Se han llevado a cabo sábados y domingos rojos, y con los medios obtenidos del trabajo realizado se han comprado productos. Eso por encima de lo que se descuenta a favor de los hambrientos en cada recaudación del impuesto en especie.

—Hay que propagar la experiencia —propuso Smidóvich.

—De acuerdo —asintió Mijaíl Ivánovich—, mas tampoco eso es todo, camaradas. El Congreso de los Soviets, reunido en Kursk, ha hecho las respectivas imposiciones a todos los campesinos. Lo mismo han hecho las conferencias campesinas. Por ejemplo, la conferencia de uno de los distritos ha impuesto a cada cual a una octava libra de pan diaria, a partir del siete de noviembre hasta la nueva cosecha. Y los resultados de la provincia de Kursk, en comparación con los de otras provincias, y hasta con repúblicas enteras, se destacan con ventaja y deben ser ejemplo para los demás. La provincia de Kursk, que aún no ha acabado de recaudar el empuesto en especie, ha reunido quinientos mil puds. Las recaudaciones regulares continúan. Y puede afirmarse sin temor que llegarán al millón de puds. Esta es una ayuda esencial en sumo grado y me parece que debemos destacar esta provincia... Sería conveniente que los presentes se pronunciaran respecto a eso... ¿Quién empieza? ¿Piort Guermoguénovich? Tenga la bondad.

Kalinin sonrió al viejo y buen conocido. Había trabajado ya en el año diez con Piotr Guermoguénovich Smidóvich en la centralilla de Miusski y habían pegado pasquines juntos. Organizador de experiencia y compañero seguro, se le podía confiar cualquier misión. Kalinin se alegraba de haber logrado incorporar a Smidóvich a colaborar en la campaña de Ayuda a los Hambrientos.

Smidóvich habló de la evacuación planificada de la gente de las regiones afectadas por el hambre. Enumeró las dificultades y propuso resolverlas con los representantes de los ferrocarriles y del Consejo Central de los Sindicatos de Rusia inmediatamente, en aquella misma conferencia.

Luego tomó la palabra el camarada encargado de la ayuda que llegaba del extranjero. En total, del extranjero se había recibido millón y medio aproximadamente de puds de distintos productos. Europa y EE.UU. podían dar, naturalmente, mucho más de sus cuantiosas reservas. Podrían, pero no todos lo deseaban, no todos, ni mucho menos, se resignaban al hecho de que existiera la República Soviética. Algunos de seguro que se frotaban las manos de gusto, mirando nuestro dolor.

"Lamentablemente, hay gente así —pensó Kalinin—, y, mucha, por desgracia."

Le vino a la memoria la conversación que había tenido varios meses antes con Fridtjof Nansen en aquel mismo despacho. El famoso noruego estaba a la sazón lleno de energía y sincera fe: Occidente no abandonaría a su suerte a sus hermanos en aquel duro trance.

La gente valerosa y fuerte es casi siempre ingenua en política y en las cosas de la vida. Nansen había ido a la cuenca del Volga, y lo que vio allí lo conmovió. Cuando regresó a su patria, escribió de los niños parecidos a esqueletos, de las mujeres que se habían secado como momias, de cadáveres en los caminos y en las estaciones de ferrocarril. Envió mensajes a los gobiernos de los distintos países y exhortó a los millonarios a hacer su aportación. Pero los gobiernos y los millonarios no le hicieron gran caso. Gran Bretaña, la riquísima potencia colonial no aportó ni una libra esterlina. Lo mismo de "generoso" fue el Consejo de la Sociedad de Naciones. Pero el propio Nansen entregó al fondo de Ayuda a los Hambrientos casi todos sus ahorros. Era una magnífica persona.

Había que estar agradecidos de todo corazón a este gran explorador que se abrió heroicamente camino entre los hielos perpetuos del muerto Septentrión, pero que se vio impotente ante la crueldad, el egoísmo y la impasibilidad de los medios gobernantes de los países capitalistas.

3

Tatiana Alexándrovna Slovatínskaya, vieja amiga de la familia de los Kalinin, llevaba ya varios años en Moscú, pero se veían rara vez. Ella trabajaba y tenía que atender a los hijos. Y Kalinin, por su parte, estaba siempre de viaje. A Ekaterina Ivánovna, los campesinos la habían elegido presidente del Comité Ejecutivo del subdistrito de Pechétovo. Los paisanos de Kalinin conocían bien a su mujer, sabían que era diligente, hacendosa y severa. Exigiría lo que hiciese falta, pero no permitiría ningún atropello.

Ekaterina Ivánovna pasaba ahora mucho tiempo en el campo, a veces se estaba dos y tres semanas sin aparecer por Moscú.

— Echo de menos a Katia —decía Tatiana Alexándrovna por teléfono—. No me acuerdo ya ni de cuándo nos vimos la última vez.

— Eso se puede arreglar —respondía en tono de broma Kalinin—. Voy a verla. En coche. Me alegraría de que se viniera conmigo.

— De acuerdo.

Salieron de Moscú de noche. Hasta la ciudad de Kimry llegaron sin novedad: luego el camino fue peor y hubieron de detenerse en cada aldea. La gente reconocía a Kalinin, rodeaban el automóvil niños y mujeres, y los hombres se acercaban con aire respetuoso. Lo tuteaban, lo llamaban Mijailo, y cada vez que él se apeaba del automóvil, hablaba con los campesinos, se reía y respondía a las preguntas de ellos.

— Aquí está usted como el pez en el agua —dijo Tatiana Alexándrovna con cierta entonación de envidia, cuando el automóvil dejó atrás las últimas casas—. Es uno más del pueblo. ¿Visita estos lugares con agrado?

— ¿Como el pez en el agua, dice? ¡Nada de eso! —objetó Kalinin—. Aquí me van mucho peor las cosas que en otros subdistritos. Y no se extrañe. Ahora se lo explico. Muchos paisanos me recuerdan desde chiquillo y conocen a toda mi parentela. Yo para ellos soy uno de tantos.

— Eso está bien.

— Por una parte, sí. Pero por otra, ¿qué resulta? Que los campesinos locales, sobre todo los de edad más avanzada, creen que yo no soy quién para enseñarles a ellos y me hacen las preguntas más capciosas. Por algo se dice que nadie es profeta en su patria —bromeó Kalinin.

El automóvil entró lentamente en la aldea de Pechétovo. Hacía pocó que había llovido. En las rodadas del camino había agua.

Cerca de la isba donde se instalaba el Comité Ejecutivo del subdistrito alcanzaron a un grupo de mujeres. Venían de trabajar del campo, mojadas y sucios los pies. Una volvió la cabeza. La toca cubriéndole toda la frente, un impermeable muy viejo, botas altas... Slovatínskaya no reconoció en seguida a Ekaterina Ivánovna. Se apeó del coche, la abrazó alegre y extrañada.

— ¡Qué bien habéis hecho en venir a visitarme! —dijo contenta Katia. Venid a casa, lavaos y acomodaos, y yo pondré ahora mismo el samovar...

Aquella tarde la pasaron muy bien y tranquilos, recordando los años juveniles, las entrevistas tenidas en Reval y San Petersburgo. Kalinin apartó por último la taza de té, prestó oído al golpeteo de la lluvia otoñal en el techo, e interrogó a su esposa:

— ¿Se ha recolectado el impuesto en especie?

— Por completo.

— Y un poco más, ¿se podría? Cada pud es una vida humana.

— ¿Por qué tratas de convencerme, Mijaíl?

— Sé lo difícil que es, pero hace falta. En la provincia de Kursk han celebrado conferencias de campesinos...

— Pues nosotros no lo hemos hecho así —sonrióse Ekaterina Ivánovna—. ¿Te acuerdas cuando dijiste que en una buena casa la mujer sostiene tres rincones?

— Eso lo dice el pueblo.

— Pues bien, nosotras nos hemos dirigido a las mujeres. Ellas son siempre más solícitas. He recorrido las casas de puerta en puerta con mis ayudantes. He tenido que caminar mucho, eso sí. Como verás, he gastado las botas por completo.

— ¿Y con qué resultado?

— Pues hay también resultados —dijo ella, con aire de orgullo—. Mañana llevaremos grano a la ciudad.

4

Poco después de que Mijaíl Ivánovich retornase a Moscú, lo invitó a su casa Lenin. Este le preguntó con

lujo de pormenores acerca de sus últimos viajes y de la labor de la Comisión de Ayuda a los Hambrientos. Y lo miraba inquisitivo a la cara:

—Dígame, camarada Kalinin, ¿está usted muy cansado?

—No, no se preocupe.

—Sabía que respondería así. Pero si incluso hubiera usted contestado de otra manera, yo le hubiese pedido que hiciera otro viaje. Es preciso, nos hace muchísima falta. Le ruego que vaya a Ucrania con el camarada Petrovski y visite estos y estos parajes —dijo, señalando el mapa—. Poltava, Mírgorod, Bélaya Tsérkov, Zhitómir y Odesa. Allí hay pan, azúcar y otros alimentos. Procure convencer a los campesinos de que ayuden a los hambrientos. Usted sabe hacerlo. Ponga en claro los asuntos que se hayan acumulado aquí y emprenda el camino. Salvar a los hambrientos es una tarea primordial.

—Sí —asintió Kalinin—. Creo que Ucrania aún puede ayudar.

De nuevo emprendió el camino interminable, celebrando múltiples mítines, reuniones, juntas y charlas. Día tras día, de estación en estación y de ciudad en ciudad avanzaba el tren "La Revolución de Octubre". Y por dondequiera que pasara Kalinin, dondequiera que él hablase, se animaba y reforzaba la labor del Partido y de los Soviets.

CAPITULO UNDECIMO

1

Mijaíl Ivánovich Kalinin no recordaba que el segundo semestre de la vida del país se hubiera distinguido alguna vez tanto del primero como en el año 1922. Dijérase que la naturaleza había cedido al fin y hubiese ofrendado a las personas todo lo que podía de sus ricos tesoros.

Hasta el mismísimo verano hizo el hambre estragos en la cuenca del Volga, llevándose pueblos enteros. Quedaron desiertos muchos distritos y subdistritos. Tan poca vida quedaba que hasta los lobos, según testimonios oculares, habían abandonado aquellas comarcas condenadas a la extinción.

En mayo se alivió algo la situación, pues se pudo guisar sopas de acederas y ortigas. Luego vinieron ya las otras cosas, hubo en todas partes buena cosecha de trigo y hortalizas. De la terrible hambre pasada no tardó en quedar más que el macabro recuerdo: las isbas con las ventanas cerradas y la multitud de cruces en los camposantos de las aldeas.

Era asombroso cómo había podido cambiar la vida en dos o tres meses. La gente podía comer ya, si no cuanto quisiera, sí al menos suficiente. Se animó la industria obtenedora de materia prima. Los frutos de la nueva política económica eran más sensibles cada día. Se abrieron bastantes restaurantes, cafés, hoteles, pensiones, pastelerías, panaderías, mercerías, perfumerías y comercios de géneros de punto.

Se amplió el comercio entre las empresas estatales. Y claro está, lo uno va relacionado con lo otro, se consolidó el rublo soviético. Tanto se consolidó que hubo la posibilidad de aumentar los salarios de los obreros y los sueldos de los empleados, comenzar a restablecer y reparar los servicios municipales. Iban cobrando fuerza la industria pesada, el transporte, la generación de electricidad y otras ramas primordiales que se hallaban directamente en manos del Poder soviético. Se fueron entablando poco a poco relaciones comerciales con otros países. Se podía decir con toda seguridad que lo más difícil había sido superado.

En eso iba pensando Kalinin, zarandeado en un viejo *Packard* negro por un camino pedregoso lleno de baches. Iba a Gorki, a la casa de campo donde estaba Lenin.

Septiembre acababa de empezar, pero ya se sentía la solemne tristeza del otoño. Palidecían las matas de las laderas de los barrancos, hacíase parduzca la hierba de la orilla del camino, pero en cambio ardían con rojos destellos los arces, atrayendo las miradas. Los bosques rojiamarillos llenaron el húmedo suelo de la cobriza hojarasca. Sobre los campos desiertos revoloteaban bandadas de chovas, que se despedían de sus parajes natales.

Lo mismo que muchos campesinos, Kalinin tenía una estima singular a este tiempo del año, cuando la cosecha está ya recogida y las labores agrícolas principales, acabadas; cuando los graneros están llenos. Tanto el agricultor como la propia tierra madre pueden al fin descansar de los largos trabajos. Incluso las mujeres abrumadas por multitud de quehaceres encuentran tiempo para ir por setas y las últimas bayas al bosque. El tiempo lo favorece, pues se hace por una o dos semanas soleado y cálido, como si hubiese vuelto el verano para que los trabajadores del campo puedan contemplar con el alma tranquila la pintoresca policromía de la naturaleza.

Pero el campesino prudente vive no sólo de la cosecha de hogaño. Si tiene reservas hasta el año siguiente, va bien. Pero ya le preocupan las faenas del verano siguiente, y si las perspectivas no son malas, siente alegría en el alma.

Los partes que se recibían de las provincias decían que en el país ocurrían sucesos de importancia extraordinaria. La nueva política económica había interesado a los campesinos. Por primera vez desde la guerra mundial y los años de la revolución, tras la reducción incesante de la superficie de cultivo, la siembra otoñal en Rusia, lejos de disminuir, había aumentado. Era un viraje muy prometedor que repercutiría sin falta en toda la vida del país.

Tenía que contar sin falta a Lenin y alegrarlo con las buenas nuevas sobre la abundante cosecha, el aumento de la superficie de siembra otoñal y que el campesino se animaba. Hasta entonces las noticias habían sido de mes en mes principalmente de contratiempos, crisis y reveses. Y Lenin tenía la salud quebrantada por los destierros, el hambre y las balas emponzoñadas de la eserista Kaplán.

Los médicos habían prohibido terminantemente hablar a Lenin de asuntos y causarle emociones. Debía descansar y recobrar fuerzas.

Kalinin en modo alguno quería hablar de los temas difíciles. Aun con todo, en lo hondo del alma confiaba en que la entrevista con Lenin le ayudaría a comprender mejor lo que sucedía. Lenin sabía ver y sentir de manera inexplicable lo principal en el torrente de los acontecimientos y sabía descubrir su fondo con tanta sencillez que uno se extrañaba de cómo no lo había comprendido él mismo.

Kalinin hacía tiempo que no había visto a Lenin y sentía lo mismo que los marinos cuando llevan mucho tiempo en alta mar: unos grandes deseos de ver la brújula y persuadirse una vez más de que la nave lleva buen rumbo. Ahora eso revestía singular importancia ya que el país había comenzado una fase de desarrollo desconocida por completo.

La guerra civil había terminado. Unicamente en el Extremo Oriente aún había combates, mas también allí iban acabando en victorias de los rojos. Había surgido la posibilidad de reducir a ritmo rápido el ejército de cinco millones a ochocientos mil hombres. Con la particularidad de que disminuían en mucho los gastos improductivos. Habían quedado libres grandes recursos materiales y mano de obra. La gente y los recursos se empleaban ahora en el desarrollo de las ramas pacíficas de la industria. En relación con ello cambiaba toda la situación en el país. Los anteriores métodos de dirección del Estado y de la economía habían quedado anticuados y había que modificarlos también. Para Kalinin, como Presidente del CEC, una de las misiones principales era la de agrupar las repúblicas soviéticas.

¿Cómo se habían ido resolviendo los problemas hasta el momento? Las relaciones entre la Federación Rusa, las repúblicas de Ucrania, Bielorrusia y la Federación de Transcaucasia, en la que estaban incluidas Armenia, Georgia, Azerbaidzhán, se basaban en tratados de colaboración económica, política y militar. Lo mismo ocurría con las repúblicas populares de Corasmia y Bujará. Pero ahora eran evidentemente poco las solas relaciones contractuales. Eso lo comprendía la gente en el centro y en el plano local. Las propias repúblicas propendían a una aproximación más estrecha. No es casual que el CC del Partido Comunista de Ucrania insistiera en que los

organismos del Partido y de los Soviets de la RSS de Ucrania y de la Federación Rusa debatieran sin dilaciones el tema del fortalecimiento de la amistad y la colaboración. Negociaciones similares se llevaban con Bielorrusia. Y los organismos dirigentes de la Federación de Transcaucasia habían propuesto recientemente crear un frente económico para todas las repúblicas soviéticas y agruparlas en un solo Estado federal. Y era completamente lógico. Lo dictaba la comunidad de trayectoria económica e histórica, toda la situación política.

Las repúblicas socialistas estaban rodeadas de un clima hostil, y cuanto antes se unieran, y lo hicieran con mayor solidez, más fácil les sería aguantar los embates del mundo capitalista.

El automóvil torció a la izquierda. Momentos después, entre los árboles se divisó una casa grande con columnas blancas que había sido la finca del ex gobernador de Moscú. Había muchos palacios espaciosos y lujosos en las inmediaciones de la ciudad, pero Lenin se había negado categóricamente a descansar en ellos. Incluso en esta finca vivió el primer tiempo modestamente en una de las dependencias, en habitaciones de techo bajo. A los médicos les costó muchísimo lograr que pasara a ocupar la casa principal.

El *Packard* se detuvo delante del portal. Kalinin esperó junto al automóvil, desentumeciéndose las piernas. Cuando oyó voces, miró. Por una alameda venían Lenin, con la gorra encasquetada hasta las cejas, y Krúpskaya, con un gorrito blanco.

— ¡Muy buenas, querido amigo! —saludó alegremente Lenin al visitante—. Sabe usted, en mi encierro es una alegría cada persona que viene a visitarme, y usted en particular. ¿Qué tal el viaje? ¿No lo han zarandeado mucho?

— Estoy acostumbrado —sonrióse Kalinin—. No dejo de viajar.

Kalinin hablaba, respondía a las preguntas y miraba de soslayo, para no mostrar excesiva curiosidad, el rostro enflaquecido de Lenin durante la enfermedad. Había desmejorado mucho. Estaba más pálido, por lo que, probablemente, sus ojos parecieran más oscuros que antes. Las canas se le entreveían en la barba taheña.

— Acabábamos de salir a pasear, siguiendo el horario de los galenos —dijo Vladímir Ilich Lenin—. ¿Se viene con nosotros? Si no está cansado, claro.

— Con mucho gusto.

— Yo os dejo, y me dedicaré a las cosas de la casa. ¿No tenéis nada en cibtra?—inquirió Nadiezhda Konstantinovna.

— Está bien, Nadiezhda. Y no te preocupes, que no hablaremos de asuntos importantes —el ojo izquierdo de Lenin se entornó con astucia—. Usted sabe perfectamente, camarada Kalinin, que está terminantemente prohibido hablar conmigo de asuntos públicos, ¿no?

— Lo sé —repuso Kalinin, turbándose ligeramente. Y tras de marcar una pausa, agregó con firmeza: Lo sé y tengo por acertadísimo el planteamiento. Hasta que se restablezca totalmente.

— Ve, Nadia, con el alma tranquila. Te has hecho con un buen aliado —Lenin parecía bromear, pero en su voz sonaban notas de tristeza.

— No os entretengáis mucho —dijo Nadiezhda Konstantínovna, subiendo los escalones del portal—. La comida estará pronto.

— Llegaremos a tiempo —asintió Lenin.

Los dos caminaron lentamente por la alameda ribeteada de corpulentos robles y añosos tilos. Por delante, inundada de sol, lucía acogedor un calvero. Lenin interrogó:

— ¿Cómo se las ha arreglado para producir tanta impresión en el embajador alemán? El conde Ulrich von Brockdorff Rantzau es tenido en Europa por uno de los mejores diplomáticos. Y no se le puede negar decisión. ¿Se acuerda, en el año dieciocho, que encabezaba la delegación alemana investida de poderes para negociar con los Estados aliados? Pues bien, siendo emisario del país vencido, se negó a aceptar las condiciones del Tratado de Versalles y dimitió de manera ostentosa. Para obrar así hace falta echarle valor. Y Koltsov escribe en el periódico que el conde estuvo muy emocionado en la recepción y hasta hizo una vieja reverencia prusiana que hoy no se considera obligatoria en el mundo diplomático. ¿Fue así?

— Dios es testigo de que yo no tengo la culpa —rióse Kalinin—. No puedo comprenderlo —rascóse en broma el cogote—. Lo recibí con sencillez, sin suntuosidad alguna, en ambiente de trabajo. Es posible que él esperase alguna sorpresa, alguna perfidia por parte nuestra. Es que el conde von Brockdorff Rantzau es el primer embajador de un Estado capitalista en el País Soviético. Y estaba

nerviosillo... Luego los periodistas le preguntaron por qué no se desconcertó nunca ante reyes coronados y había perdido el aplomo ante Kalinin.

— Sí, sí —Lenin frunció la frente, haciendo memoria, y contestó que en efecto se había entrevistado con reyes, y aún peor, hasta con Clemenceau, el presidente vencedor. Pero que los obreros y los campesinos representados por Kalinin, y que gobiernan su país con tanta audacia e independencia, constituyen la mayor fuerza a la que ha tenido que enfrentarse en toda la vida.

— Más o menos es lo que dijo —confirmó Mijaíl Ivánovich.

— ¡Pues el conde no tiene nada de tonto, señor! ¡No, no, nada de tonto! Ha comprendido que con los ojos de usted lo mira el mañana de todo el mundo. Sí, a propósito, ¿qué se dice de esos veinte tractores que nos han enviado de EE.UU.?

— Han sido enviados a la provincia de Perm para hacer una exhibición de laboreo mecanizado.

— Eso lo sé. ¿Pero están allí? ¿Cómo han pasado por nuestros pésimos caminos?

— Los campesinos se interesaron, y aparecieron buenos caminos —sonrióse Kalinin—. Los repararon en pocos días, trabajaron de mancomún aldeas enteras.

— Me alegro de oírlo. Y usted, camarada Kalinin, ¿ha leído el libro *La tierra renovada*?

— No, no he tenido ocasión.

— Pues se lo recomiendo encarecidamente. Lo ha escrito el norteamericano Harwood, y lo ha traducido Timiriázev. Se trata de los éxitos de la ciencia agronómica en Norteamérica. Tenemos cosas que aprender, ejemplos que seguir. Hemos de conducir la economía de manera nueva, sobre todo en el campo. Del ahínco que se ponga en el incremento de la agricultura depende el de la industria, de las finanzas, de la cultura y la prosperidad del país.

— ¡Pero si estamos hablando de asuntos públicos! —cayó en la cuenta Kalinin.

— No, estamos hablando de un libro. Por ahora eso no me lo han prohibido...

Kalinin volvió a captar en la voz de Lenin notas de tristeza y, para distraerle, empezó a contarle lo que había venido pensando por el camino a Gorki; de la cosecha y del aumento de la superficie de siembra de trigo otoñal. Lenin no lo escuchaba con mucha atención. Probablemente supiera aquello ya. Kalinin tenía la sensación de que Lenin esperaba algo más de él e incluso se enfadaba por la demora. Cuando el calvero soleado quedó a sus espaldas, Lenin articuló impaciente:

— Si tiene que decirme algo de importancia, suéltelo ahora. Luego no se lo permitirán.

Kalinin titubeó. ¿Preguntarle o no sobre lo principal, lo que les quitaba la calma a él y a otros muchos camaradas? El 10 de agosto el Buró Político del CC había dispuesto crear una comisión para preparar un acuerdo sobre el problema acuciante del perfeccionamiento de las relaciones entre la Federación Rusa y las otras repúblicas soviéticas independientes. La comisión no tardó en formarse. Lo primero que hizo fue estudiar el plan denominado de la "autonomización". Según este plan se preveía hacer extensivo el poder de los órganos supremos de la Federación Rusa a los organismos respectivos de las otras repúblicas, incluyéndolas en la Federación Rusa con derechos de unidades autónomas. Todo parecía bueno. Pero, no se sabía por qué, algunas repúblicas, aunque ellas mismas aspiraban a la unificación, no mostraban entusiasmo por la propuesta. El Buró Central del PC (b) de Bielorrusia se pronunció en pro de mantener por el momento las relaciones existentes. El CC del PC de Georgia creyó prematura la idea expuesta. No había una pauta común. Esto preocupaba a Kalinin. La creación de un Estado soviético único debía ser una fiesta solemne para todas las nacionalidades. Por eso había que encontrar una plataforma que no despertara dudas ni vacilaciones.

"¿Cuál debía ser esa plataforma?" —eso es lo que preguntaría ahora a Lenin. Mas tampoco él, probablemente, pudiera dar una respuesta en el acto. Además, Lenin no sabía del trabajo preparatorio que se estaba realizando sin su participación, desconocía el plan de la "autonomización".

Lenin pareció adivinar los pensamientos de su visitante y articuló, exhalando un ligero suspiro:

— Lo comprendo, Mijaíl Ivánovich; como no se puede, pues no hablemos. Era quizás la primera vez en el largo tiempo que se conocían que Lenin trataba a Kalinin con la respetuosa oficialidad que dan el nombre y el patronímico.

Entretanto, la alameda se había acabado. Lenin tomó a Kalinin por el brazó:

— ¡Mire, hombre, deléitese contemplando el paisaje!

Salieron a una ladera poco pendiente. Delante se ofrecía una extensa vista. Bajo la bóveda azul del cielo otoñal parecían dormitar los espesos y oscuros bosques de coníferas ribeteados de abedules anaranjados en las lindes. Con fuego uniforme y sin humo flameaban los sotos de foliáceas. El río Pajrá refulgía cual el frío acero de un sable, y tras él, más allá de los bosques se desvanecían en la lilácea vaharina, se columbraban en el borde mismo del horizonte ciertos edificios muy lejanos y atrayentes por lo ignotos.

Lenin miraba fijamente en aquella dirección, y su cara se animó y se hizo más bondadosa.

— Es Podolsk, se imagina —dijo, como si descubriera a su interlocutor algo alegre—. Yo estuve allí hace mucho tiempo, en el año novecientos. Mi madre, María Alexándrovna, vivió allí cierto tiempo, y yo estuve con ella dos semanas antes de marcharme al extranjero. Con los socialdemócratas de allí me puse de acuerdo para que ayudaran a nuestra *Iskra*, entonces todavía en barbecho. Eran tiempos duros, pero cuántas bromas, cuánto nos reíamos a pesar de todo...

Lenin calló y permaneció largo rato sin hablar. Kalinin no se atrevía a romper el silencio. Y aunque la pureza apaciguadora del día de septiembre predisponía para la calma, para la contemplación beatífica, la inquietud hizo más mella aún en Kalinin. Sí, había hecho bien en no hablar a Lenin de los problemas del día, en no inquietarlo. Que descansara mientras tenía esa posibilidad.

...No obstante, Lenin hubo de interrumpir, a pesar de todo, sus vacaciones y emprender la obra de agrupar las repúblicas soviéticas. Su participación resultó imprescindible.

El 24 de septiembre de 1922, el plan de la "autonomización" se discutió en la comisión del Buró de Organización del CC del PC (b) de Rusia, fue adoptado como base de la labor sucesiva y adquirió el significado de documento oficial. Aquel mismo día Lenin conoció al fin el plan y, en general, la marcha de la preparación de la agrupación de las repúblicas. Inmediatamente comenzó un intenso trabajo. Lenin vio multitud de actas, resoluciones y disposiciones. Conversó con los miembros de la comisión del Comité Central del Partido y con los representantes de las repúblicas. Al cabo de dos días

escribió a los miembros del Buró Político del CC una carta en la que sometió a dura crítica la idea de la "autonomización". Kalinin leyó la carta varias veces y subrayó los pasajes que le parecieron más importantes.

Lenin advertía que cuando se trataba de resolver un problema tan importante como era el problema nacional, sobraban las prisas y eran intolerables los métodos de administración burocrática. Y presentó una base nueva para la creación de un Estado común: las repúblicas no ingresarían en la Federación Rusa, sino que se unirían a ella, formando la Unión de Repúblicas Soviéticas. Además, todas ellas conservaban su igualdad de derechos y no se sometían maquinalmente a los organismos supremos de poder de la Federación Rusa, como se pensaba antes.

La estricta observancia de los principios de la voluntariedad y de la igualdad de derechos era lo que Lenin recalcaba especialmente en su carta.

2

Los guardias blancos habían perdido los Urales, Siberia, la zona de Transbaikalia y no les quedaba más que la parte sur del Primorie, y eso porque los escasos regimientos blancos estaban respaldados por los intervencionistas japoneses. Era la última plaza de armas enemiga que quedaba en el territorio del Estado soviético. Los generales blancos y sus protectores extranjeros procuraban sostenerse allí para con el tiempo, tras reunir fuerzas y elegir el momento apropiado, comenzar una nueva campaña contra los Soviets.

En septiembre de 1922 los guardias blancos trataron de mejorar su situación. Su ejército del litoral del Extremo Oriente contaba a la sazón con unas nueve mil bayonetas y sables, ochenta ametralladoras, veinticuatro piezas de artillería y cuatro trenes blindados. Casi todos estos efectivos estaban concentrados en una estrecha franja junto al ferrocarril.

Los rojos repelieron la embestida y luego empezaron a asestar ellos mismos golpe tras golpe...

Por la noche, sin invitación previa, se presentó al coronel Yaropóltsev, instalado en Vladivostok, un hombre joven aún de baja estatura. Sonreía con sonrisa ensayada como para mostrar sus fuertes dientes blancos. Yaro-

póltsev conoció desde el primer momento al recién llegado. Y era el teniente de marina Minodzuma.

Los habían presentado haría unos dos meses en una recepción que dio el general Tachibana, jefe supremo de los japoneses, para los jefes y oficiales. El teniente Minodzuma se comportó entonces con suma modestia; callaba, observaba y sonreía. Yaropóltsev notó sus modales aristocráticos y su rápida reacción en la tertulia.

Minodzuma tenía una tez morena amarillenta y cuidada. Por la estrecha rendija de los ojos era casi imposible verle las pupilas y comprender qué expresaban. Aun así, Yaropóltsev se fijó: la mirada del japonés era porfiada y no perdía nada de vista. Sus ojos fríos eran tensos y atentos y apreciaban la situación incluso cuando Minodzuma sonreía con especial cordialidad.

El teniente figuraba entre los ayudantes del jefe del crucero acorazado *Nissin* que se había quedado inmovilizado como una plancha gris en la rada de la bahía Cuerno de Oro.

— Ruego que me perdone por esta visita imprevista, pero me alegro sinceramente de verlo a usted —dijo el japonés en un ruso casi sin acento—. Tengo que hablar con usted de un asunto muy importante.

— Tome asiento, por favor —señaló Yaropóltsev una butaca.

— De un asunto muy importante —reiteró el japonés, mirando a Golopiórov, que se mantenía en pie junto a la puerta.

— No tengo secretos para mi asistente.

— Tanto mejor —Minodzuma esbozó una sonrisa tan deslumbrante como si las palabras de Yaropóltsev lo hubieran hecho dichoso—. Mi coronel, he venido a verlo con un encargo del general Tachibana. El general me pide que ponga en conocimiento de usted que las tropas rojas se han aproximado a la estación Okeánskaya, donde han sido detenidas por nuestras patrullas. Okeánskaya, como usted sabe, está muy cerca.

El japonés miró a Yaropóltsev, deseando comprender qué impresión le habían producido sus palabras. Yaropóltsev no hablaba.

— Entre nuestras tropas y las tropas de los rojos —prosiguió el japonés— no hay ninguna fuerza más. Los rojos nos proponen que nos vayamos de Vladivostok. Para evitar derramamientos de sangre, como afirman. Hemos comenzado las negociaciones.

— Las negociaciones se pueden prolongar mucho —hizo notar Yaropóltsev.

— Por desgracia, no —la sonrisa del japonés se hizo triste—. Hemos recibido una protesta del Gobierno de la Federación Rusa. Como ve, al mando rojo Uborévich lo apoyan fuerzas imponentes. Los japoneses somos aquí muy pocos. Hemos hecho todo lo que hemos podido por ayudar a los amigos rusos, pero esta ayuda ha resultado vana. Ahora nos vamos. Mañana empezaremos a montar en los barcos.

— Escapan —en la voz de Yaropóltsev sonaba un dejo de ironía.

— Nos vamos por nuestra propia voluntad, como se dice entre ustedes, por la buenas... Comprendo que no le sea agradable —inclinó la cabeza Minodzuma, condolido—. Pero no debe apesadumbrarse. Tendremos una gran alegría de verlo en nuestro país, en las islas. Con el dinero que usted tiene y con sus relaciones en Suecia...

— ¡También están ustedes enterados de eso!

— Los japoneses siempre saben de los otros más de lo que ellos se piensan. ¿No lo evidencian los sucesos de mil novecientos cuatro?

Procurando no mirarlo para no delatar su irritación, Yaropóltsev anduvo rápido por la habitación y se detuvo delante de la ventana.

— Transmítale al general Tachibana que yo me quedo en Vladivostok.

— ¿Con los rojos? —especificó Minodzuma.

— Repito que me quedo en Vladivostok.

Mstislav Zajárovich Yaropóltsev esperaba que el japonés empezase a disuadirlo; pero el teniente, apagando la sonrisa, se puso en pie.

— Yo también me quedo en Vladivostok, señor coronel.

— ¿Con los rojos? —Yaropóltsev no pudo renunciar al placer de pagar al japonés en su misma moneda.

— Cosas del servicio, señor coronel —repuso oficialmente Minodzuma—. Espero volver a verlo pronto.

El japonés se despidió, haciendo una reverencia. En la antesala dio un fuerte chasquido la cerradura de la puerta. Golopiórov volvió a la habitación. Traía pálido el semblante, y la cicatriz le destacaba como surco bermejo.

—Mi coronel, Mstislav Zajárovich, ¿qué vamos a hacer ahora?...

—La guerra continúa, Kuzmá. Hemos perdido la batalla, pero eso no quiere decir que todo esté perdido. Tenemos por delante nuevos combates y hay que prepararse para reñirlos.

—¿Qué vamos a hacer?

—Las circunstancias nos lo indicarán. Ahora vete. Consígueme un traje de paisano y un abrigo. Lo más sencillo posible —agregó, torciendo el gesto.

3

Siempre es agradable comunicar a la gente una buena noticia, y Kalinin estaba contento con especial motivo: la noticia ansiada llegó en el momento en que acababa sus labores la cuarta sesión del CEC de toda Rusia de la novena convocatoria. ¡Una alegre sorpresa antes de bajar el telón!

Kalinin se acercó con paso rápido y ágil a la tribuna, sonrió a la sala y se pasó la mano por la canosa perilla.

—Antes de clausurar la sesión de hoy permitidme, por encargo del Presídium del CEC, que dé la enhorabuena a la cuarta sesión con motivo de haberse liberado Vladivostok.

El auditorio reunido en la sala respondió con una ovación.

—Camaradas: Os voy a leer un telegrama que caracteriza de la mejor manera la situación actual.

Kalinin se limpió los cristales de los anteojos y se ajustó tras las orejas las finas gafas metálicas. Veía mal de todos modos, las letras le parecían borrosas. Y la culpa no era de los cristales: perdía vista con rapidez, tenía que ir de nuevo al oculista.

Se acercó más el papel y entornó los ojos.

—Escuchad... "Las tropas del Ejército Popular Revolucionario han entrado en Vladivostok. Ha salido a recibirlas a las calles toda la población. Un "¡hurra!" constante ha acompañado el desfile de las tropas. Nos han arrojado flores, y muchos hemos llorado de alegría. En general, el cuadro ha sido majestuoso y alegre. En la ciudad el orden es completo, los japoneses han montado en sus barcos y se han hecho a la mar. El Jefe

Supremo, Uborévich."

Al leer el telegrama, Kalinin imaginó tan claro el júbilo del pueblo que se emocionó él mismo. Se enjugó la frente con un pañuelo:

—Camaradas, no tengo colores para esbozar mejor el cuadro de lo que se hace en este telegrama. ¡Mi mayor deseo es que este telegrama sea para el futuro símbolo de la victoria del Ejército Rojo y símbolo del aumento de la potencia de la República Soviética!

CAPITULO DUODECIMO

1

Ponte el traje nuevo —le dijo Ekaterina Ivánovna.

— ¿Con qué motivo? —frunció las cejas Kalinin.

— Tienes que gastarlo —repuso su esposa, disimulando una sonrisa en las comisuras de los labios—. El siete de noviembre no tardará en llegar, luego vendrá tu cumpleaños...

El traje era bueno: negro, severo y bien cosido. Aun así, Kalinin se sintió irritado, como, por cierto, se sentía siempre que había de probarse alguna prenda nueva.

El innato carácter ahorrativo campesino y la prolongada necesidad de privarse de algo en beneficio de la familia le habían inculcado un apego a las prendas y objetos "ya pasados" que él no advertía en sí. Iba limpio, caliente y cómodo, y ya estaba bien. ¿Qué necesidad había de caprichos, de idear algo?

Ekaterina Ivánovna hacía mucho que había comenzado a hablar del traje nuevo. La vida había mejorado, y la gente vestía mejor. Y él era el presidente de toda Rusia, lo miraba todo el mundo. Los diplomáticos extranjeros acudían a visitarlo...

Luego de esta preparación, y aleccionada por la experiencia, la esposa pasó a las acciones enérgicas. Llamó a un sastre a casa. El impacto fue directo: Kalinin no podía dar una negativa a una persona de edad provecta molestada por causa suya. Efectivamente, soportó todo el proceso de la medición y dio las gracias al sastre. Pero cuando éste se fue, espetó, a pesar de todo, unas cuantas palabras duras. "Se le escapó", - como denominaba él esas destemplanzas que le ocurrían rarísima vez.. Pasada media hora, pidió perdón: "No te enfades, hoy se me ha escapado" Ekaterina Ivánovna repuso, conservando con esfuerzo la severidad externa y alegrándose en el alma: "Lo hago por ti."

Ahora Ekaterina Ivánovna se había puesto delante de la pared comprendida entre las dos ventanas para que Kalinin no pudiera verla en el espejo, y contenía a duras penas la risa. Su marido se volvía a un lado y otro, levantaba los brazos, se abrochaba y desabrochaba los botones.

— Comprendes, Katia, las mangas parecen un poco largas.

— No son más largas que las de la chaqueta vieja. Trae que las mida.

— No es necesario... Parece que también me aprieta algo en los hombros.

— ¡Vaya con el gigantón! —Ekaterina Ivánovna se aproximó y le tocó los hombros—. Están bien ajustados, no te hacen ninguna arruga.

— Bueno —otorgó Kalinin—. Lo hecho, hecho está. Que cuelgue hasta las fiestas.

— No, llévalo ahora —profirió ella con energía—, porque si no lo haces así, en las fiestas te vas a sentir como un pato maneado.

— Eres terrible, mujer.

— Soy como soy. Así me has elegido.

Kalinin miró con reproche a su esposa y pasó a la antesala a ponerse el abrigo. Ekaterina Ivánovna hasta se extrañó de que su marido estuviera tan dócil en esta ocasión. El simplemente había elegido, entre dos males, el mal menor. De todas maneras tendría que acostumbrarse al traje nuevo y más le valdría hacerlo en esos momentos, pues hasta la hora de la comida no tendría que quitarse el abrigo, iba a estar en la calle. Los trabajadores de la industria del automóvil lo habían invitado a ver uno de los primeros automóviles soviéticos y pasearse en él.

El automóvil gustó mucho a Kalinin. Tenía un aspecto imponente y era bonito. Ni aun el olor de la gasolina podía amortiguar el de la pintura fresca y el cuero. ¡Lo principal era que aquel automóvil prodigioso era nacional, había sido montado en una fábrica soviética con manos de obreros soviéticos!

Kalinin interrogó a los ingenieros en qué era inferior o en qué superaba aquel automóvil a los extranjeros y qué se necesitaba para fabricarlos en serie. Anotó algunas cifras, se había de ayudar a aquellos camaradas.

Kalinin iba sentado en el asiento trasero con una sonrisa de satisfacción: el automóvil marchaba con suavidad, pasando blandamente los baches. Kalinin se acordó del zarandeo sufrido recientemente en el *Packard* cuando fue a Gorki y pensó que el nuevo automóvil lo necesitaba sobre todo el camarada Lenin. Aunque Lenin se había reincorporado al trabajo, de salud andaba mal, y

un automóvil como aquel le vendría muy a tiempo.

En la Plaza Roja fotografió el automóvil y a sus pasajeros un fotógrafo invitado especialmente. Mientras éste aprestaba su cámara, se reunió mucha gente, sobre todo chiquillos. Un ciudadano, parecido a un actor, preguntó de dónde había traído aquel automóvil, si de EE.UU. o de Francia, y sacudió incrédulo la cabeza, al oír las explicaciones. Las palabras no le convencieron, lo revisó todo él mismo y hasta palpó los faros. E hizo un ademán, admirado: " ¡Quién lo iba a creer! "

Kalinin veía con agrado que condujera el nuevo automóvil un chófer joven, alegre y, además, camarada bien conocido, y no uno de aquellos viejos que antes llevaban a los príncipes y ministros y que hasta entonces no habían perdido su altivez. Aquel automóvil le había sido confiado a Semión Shtiriov.

Kalinin habló con Semión Shtiriov de Sila Semiónovich. Hacía ya tiempo que lo llamaban a trabajar en la representación comercial para comprar máquinas agrícolas en el extranjero, y él se empeñaba en no marcharse de la fábrica.

Kalinin puso una mano en el volante, al lado de la mano de Semión. Y articuló pensativo:

—La clase obrera va a marchar con ruedas nuevas; ahora iremos más de prisa.

—Yo lo que quiero es volar —repuso Shtiriov.

—¿Qué quieres decir?

—He visto un aeroplano, ¡y eso sí que es una máquina! ¡Me gustaría remontarme a las alturas, desde arriba se ve muy lejos!

—¿Tu padre lo sabe?

—Él dice que yo ya soy mayor, que decida yo mismo.

—Pues entonces estudia, hay cursillos de aviadores.

—He ido a preguntar. Hasta me han revisado en una comisión. Han escrito que soy útil. Me mandan presentarme en diciembre.

—¿No cambiarás de opinión antes de diciembre?

—No. La decisión es firme.

Shtiriov el joven llevó a Kalinin hasta la audiencia. En el guardarropa Kalinin se quitó el abrigo, se alisó el pelo delante del espejo y sólo en ese momento se acordó de que llevaba el traje nuevo. Miró atento y notó que las mangas no eran largas, ni le apretaban en los hombros. Parecía haber rejuvenecido con aquel traje. Gracias a Katia, ¡de ella había sido la preocupación!

2

Moscú estuvo varios días cubierto de nubes plomizas y no dejaba de caer una lluvia fría. La lluvia había limpiado de basura y barro el arroyo y las aceras. Los regueros se habían llevado las hojas y sólo algunas que cayeron más tarde se veían en el oscuro asfalto.

Parecía no tener fin el mal tiempo. Y de pronto, temprano, la mañana del 7 de noviembre, dejó de llover como pedido por encargo. Despejóse el cielo, quedando azul gélido; brillaron los rayos del sol, iluminando la aseada ciudad, las calles limpias, las casas oscurecidas por la humedad. El día era claro, fresco y alentador.

Antes de que comenzara el desfile militar, Kalinin fue a la estación, recibió allí con otros camaradas a los delegados al Congreso Mundial de la Internacional Comunista, que venían de Petrogrado a pasar las fiestas. Entre los comunistas, representantes de cincuenta y ocho países, Kalinin tenía muchos conocidos: Marcel Cachin, Clara Zetkin, Luigi Longo, Sen Katayama, Antonin Zápotocký, Walter Ulbricht, Vasil Kolarov... Kalinin se sentía muy orgulloso de que ellos estuvieran al lado de los comunistas soviéticos en la larga tribuna de madera levantada junto a la muralla del Kremlin. La presencia de esas figuras del movimiento comunista mundial en el quinto aniversario de la República Soviética recalcaba el alcance internacional, el significado universal de la Revolución de Octubre.

Apenaba que Lenin no pudiese participar en esta ocasión en los festejos. Estaba en Moscú, trabajaba, se disponía incluso a pronunciar un discurso en la fábrica que fue de Michelson, pero hubo de renunciar: se sintió mal. Los médicos le prohibieron salir de casa...

Desde la estación, invitados y anfitriones se encaminaron juntos a la Plaza Roja y ocuparon los lugares que tenían destinados. A cada cual de los que subían a la tribuna, unas muchachas sonrientes con carteras de correos colgadas al hombro le entregaban un número reciente del periódico *Pravda*, con dieciséis páginas, y un suplemento gráfico de doce páginas. Kalinin sopesó el periódico: había resultado un número bastante voluminoso.

Lo primero que leyó Kalinin fue el facsímil, reproducido por *Pravda*, de la enhorabuena de Lenin y el deseo del mismo de que en el siguiente quinquenio se con-

quistase, además pacíficamente, no menos de lo que hasta la fecha se había conquistado, a mano armada. Seguían artículos, ensayos, correspondencias sobre los adelantos de los soviéticos y exhortaciones a alcanzar nuevos éxitos. Saltaba a la vista un gran titular: "¡Voto al diablo, no somos viejos! Sólo empezamos a vivir. Con empuje y bizarría, ¡adelante!"

Kalinin sonrió, ¡con una consigna como esa se anima cualquiera! En efecto, la juventud no es una edad, es un estado de la persona que depende de la marcha general de las cosas, del espíritu de la época.

Comenzó el desfile. Los jóvenes soldados rojos, con gorros idénticos de paño, pasaban, haciendo sonar las pisadas al unísono. Estos gorros, que recordaban el casco de los hercúleos guerreros rusos de tiempos antiguos, se llamaban, por ello, herculanos. A Kalinin le gustaban mucho. El uniforme nuevo, exclusivo del Ejército Rojo, distinguía a los soldados soviéticos de todos los demás. A la vez, la forma del gorro, llegada desde la vetusta antigüedad, simbolizaba la unidad de los soviéticos con lo mejor que habían tenido los guerreros rusos de los pasados siglos. Los rusos no eran unos descastados que no recordasen a sus antecesores. El pueblo ruso tenía una gran historia y gloriosas tradiciones.

No vendría mal sentarse tranquilamente aquella tarde con un voluminoso libro a la luz de la lámpara y leer sin prisas relatos sobre los escitas, sobre la lucha contra la invasión tártara o las acciones de Pedro el Grande. Ese el mejor descanso para Kalinin, pero rara vez tenía tardes libres. Tampoco esta tarde tendría tiempo para descansar. Habría de pronunciar un discurso de salutación en la asamblea solemne del Soviet de Moscú que se celebraría conjuntamente con los participantes en el Congreso de la Internacional Comunista. Luego debía escuchar sin falta la radio. Se iba a transmitir el primer radioconcierto grande para las masas. Hacía poco, en septiembre, que se había inaugurado en la capital la emisora central de radio. Y debido a la inauguración del IV Congreso de la Internacional Comunista, le acababan de adjudicar, en vísperas de los festejos, la honorífica denominación de emisora Komintern.

En la fecha de que hablamos, el 7 de noviembre, emitiría para todo el país, las ondas hertzianas llevarían las voces de los mejores artistas de Moscú a Tashkent y Járkov, a Arjánguelsk e Irkutsk. En la capital misma

había altavoces colocados en las plazas centrales. Ekaterina Ivánovna proponía ir a la Plaza Elójovskaya, escuchar allí el concierto y pasear...

Entretanto, el desfile militar había acabado y comenzó la manifestación del pueblo. La gente entraba en tres torrentes en la plaza, que de pronto quedó engalanada y vistosa debido a la multitud de banderas, pancartas y consignas.

Se distinguieron los ferroviarios, pues llevaron por la plaza un modelo de locomotora casi de tamaño natural. De la chimenea salía humo de verdad. Los que más aplaudieron a los ferroviarios fueron los invitados extranjeros. Esta locomotora, que rodó por la Plaza Roja entre el jolgorio de la gente, era la materialización de la vida pacífica, del progreso.

Kalinin se reía de buena gana: ¡muchos deseos debieron haber tenido para montar aquella mole y llevarla desde el mismo depósito de locomotoras hasta el Kremlin! ¡Y echar humo encima!

Al frente de la columna extendíase cual roja llama la franja de una pancarta con letras de blancura deslumbrante: "¡Viva la Unión de Repúblicas Socialistas unificada!" Kalinin asintió con alegría, al verla: ¡sí, sí, era la consigna más oportuna, la tarea más importante de la nueva etapa!

La pancarta se estremeció varias veces bajo los embates del viento, luego fue enarbolada más alta y cruzó con firmeza la plaza con la columna que avanzaba al lado de la locomotora, que seguía humeando.

3

La helada de diciembre era fuerte. Pero los corpulentos soldados rojos vestidos con largos pellicos de hacer guardia permanecían inmóviles, formando un cordón que separaba del Gran Teatro la transitada y bulliciosa arteria con regueros humanos que fluían desde la calle Lubianka hacia Ojotni Riad, con su ir y venir de veloces trineos y lentos tranvías. El cordón de soldados rojos se abría únicamente para los delegados al Congreso, en esta ocasión no de Rusia, sino de la URSS, al Primer Congreso de los Soviets de la URSS.

Kalinin había llegado mucho antes del comienzo de la sesión. Miró con ojo de amo la sala a medio iluminar aún

y el espacioso escenario con una larga mesa para la presidencia. Antes, durante los congresos, siempre había en el escenario decoraciones de la ópera *Eugenio Oneguin;* ahora habían sido sustituidas por otras, denominadas "venecianas", o sea, que si se miraba desde la sala, parecía abrirse tras la presidencia una lejanía estrellada.

Todo estaba en perfecto orden. Pero a Kalinin no le abandonaba la inquietud, que iba en aumento conforme se aproximaba el comienzo de las labores. Era mucha la responsabilidad que recaía sobre sus espaldas. Claro que el Congreso había sido preparado con tiempo y a conciencia. En octubre se había celebrado una sesión plenaria del CC del Partido que aprobó el proyecto de Lenin de agrupación de las repúblicas soviéticas y formó una comisión redactora de la Constitución de la futura Unión. Fue debatido también el proyecto de formación de la URSS. En todas las repúblicas se habían celebrado congresos de los Soviets que habían aprobado los principios leninistas de formación del nuevo Estado y elegido los delegados al Congreso Unificador.

Todos confiaban en que lo dirigiría Lenin. En todo caso, Lenin se proponía pronunciar un discurso. Pero el 16 de diciembre de 1922, otra agravación de su enfermedad le hizo guardar cama. Era muy doloroso. Lenin había realizado una inmensa labor preparatoria. Y hubiera sido muy bueno celebrar el Congreso, sintiendo al lado a Lenin, sabiendo que él corregiría, ayudaría a tiempo. La seguridad habría sido mayor, y el humor también mejor.

Las manecillas del reloj señalaban las doce cuarenta. Era hora. Kalinin se estiró la corbata.

— ¡Es hora, camaradas!

Kalinin dio unos pasos hacia el escenario, entornando los ojos a causa de la brillante luz, y se detuvo un momento, ensordecido por el atronador alud de aplausos. Se sentó un instante junto a la mesa, para que la ovación cediera. Cuando se hizo el silencio, pronunció sonriente:

— Se concede la palabra al delegado de más edad al Primer Congreso de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Piotr Guermoguénovich Smidóvich.

En seguida se sintió más desembarazado, más libre: la atención de la gente pasaba a otra persona.

Smidóvich declaró el Congreso inaugurado. Su voz sonaba vigorosa en la acallada sala:

— Hemos defendido entre todos una causa común: el poder de los trabajadores, el poder de los Soviets, contra los gobiernos imperialistas; hemos estado construyendo la economía socialista contra el capitalismo en ofensiva. ¡Y qué inmensa fuerza de resistencia hemos encontrado en la agrupación de las fuerzas de cada república ante cada peligro que se presentaba! Recordemos nuestra lucha contra el hambre. A esta coalición de las fuerzas de cada república se deben nuestras victorias en los frentes de combate exteriores y en los frentes interiores de la economía. Hoy nos unimos en un solo Estado, formamos un solo organismo político y económico...

Mientras escuchaba a Piotr Guermoguénovich Smidóvich, Kalinin miraba a la sala, buscando caras conocidas. Habría más de dos mil personas reunidas. La guardia del partido. La guardia de la revolución. La delegación de Bielorrusia estaba constituida totalmente de bolcheviques. Entre los reunidos había muchos delegados que habían participado ya en los primeros congresos de los Soviets de toda Rusia. ¡Pero cuánto había cambiado la gente! Ahora eran experimentados combatientes del partido que habían pasado una buena escuela y adquirido temple político y militar. Se habían reunido, pero no para dar rienda suelta a la alegría y el entusiasmo. Habían acudido para debatir con espíritu práctico y exigente documentos de suma importancia, para tomar acuerdos de responsabilidad. Habían acudido a consumar actos de Estado.

Kalinin reparó en una circunstancia más. En el año diecinueve, él lo recordaba, en la sala del congreso hubo pocos periodistas extranjeros. Y nacionales, sólo algunos. Ocuparían unos diez asientos en el recinto de la orquesta. Y ahora no había suficientes butacas para los representantes de la prensa. Ingleses, norteamericanos, alemanes y franceses escribían en sus libretas de notas. Todo el mundo se interesaba por lo que ocurría en la URSS. El palco de los diplomáticos estaba de bote en bote. ¡Que mirasen los señores cómo nacía un Estado nuevo y grande!

Por el centro de la sala surgió de pronto una melodía. La entonaron varias voces y, de pronto, toda la sala coreó la letra conocida. Los acordes solemnes e impresionantes de *La Internacional* llenaron el teatro. Los delegados eligieron presidente de honor del Congreso a Lenin, y presidente operativo a Kalinin.

Se dio lectura a la Declaración y al Acuerdo de

formación de la URSS, aprobados el día anterior por las delegaciones de las cuatro repúblicas.

Se dio comienzo a las elecciones del órgano supremo del nuevo Estado: el Comité Ejecutivo Central de la URSS.

Pronunciaron saludos a los delegados los representantes de las repúblicas populares soviéticas de Bujara y Corasmia. Ambos dieron fe de que apoyaban con vehemencia la formación de la URSS. No se tardaría mucho hasta que Bujara y Corasmia emprendieran también la senda del desarrollo socialista y gozaran de la dicha de integrarse en la URSS.

Kalinin dirigía la asamblea, estaba al tanto de que los oradores no rebasaran el tiempo concedido y, entretanto, iba cavilando su discurso de clausura. En general, lo tenía preparado desde la víspera; pero, sobre la marcha, debía introducir algunas adiciones.

El último orador abandonó la tribuna. El público de la sala estaba cansado. Había que decirles con brevedad y sencillez lo principal.

A Kalinin no le quedaba ni huella de la inquietud que le asaltó por la mañana. Todo había transcurrido muy bien, habíase logrado cumplir en un día una labor inmensa. Hacer ese resumen era un placer.

Camaradas: nosotros, los obreros y los campesinos, nos alegramos sobre todo de que aquí, en Moscú, se celebre este Primer Congreso Unificador de todos los pueblos que habitan las repúblicas soviéticas... Es posible que en estos momentos no se comprenda del todo el significado del acontecimiento, pero cada día tendrá más y más alcance en el horizonte político. No cabe la menor duda de eso. Primero, este Congreso Unificador nos permite aumentar nuestros recursos materiales en oposición al mundo burgués, que nos es hostil. Segundo, la unión de las repúblicas soviéticas en el aspecto político también acrecienta en grado inmenso el alcance real de las repúblicas soviéticas ante todo el mundo burgués. Tercero y último, aquí hemos puesto la primera piedra de una comunidad verdaderamente fraternal. Han transcurrido milenios enteros desde que las mejores mentes de la humanidad han abordado el problema teórico de buscar formas que den a los pueblos la posibilidad de vivir en amistad y hermandad sin grandes padecimientos ni luchas mutuas. Sólo ahora, en el día de hoy, se coloca prácticamente la primera piedra en esa dirección...

Pues bien, nuestras labores han terminado. Ha quedado constituido el Comité Ejecutivo Central de la URSS.

Atronaron y se acallaron los aplausos, quedó desierto el escenario, pero los delegados no tenían prisa por marcharse. En el patio de butacas, en el vestíbulo y por todas partes se oían voces, exclamaciones y risas.

Hacia Kalinin se abrió paso Budionny y se detuvo a su lado: con guerrera de claro color verde, apuesto, fornido. Le tendió la mano:

— ¡Le doy la enhorabuena de todo corazón! ¡Ahora usted es no ya el alcalde de toda Rusia, sino de toda la Unión Soviética! ¡El presidente, puede afirmarse!

Cuando Kalinin salió del portal, era ya de noche, muy avanzada. El acordonamiento hacía ya mucho que había sido quitado. Pasaban los cocheros con sus caballos bien cebados. Desde el extremo opuesto de la plaza, el haz de un reflector alumbraba las columnas del Gran Teatro y la roja pancarta que las remataba como frontispicio.

4

La mañana siguiente, el 31 de diciembre, no comenzó como todos los días. Kalinin se hizo la cama, se lavó y, tras de recoger el correo, volvió a su despacho-dormitorio, pequeña habitación en la que, además de la cama, la mesa y un biombo, había estanterías con libros. En los días de asueto, nada más desayunar, Kalinin solía emprenderla con los libros; pero este día era un día especial; Kalinin empezó por leer los periódicos.

La prensa central informaba extensamente a los lectores sobre el Primer Congreso Unificador. En *Izvestia* se publicaba una encuesta con un titular común: "Resultados, perspectivas y deseos para 1923". Unos veinte estadistas y científicos respondían a las preguntas de la encuesta. La respuesta de Kalinin iba la primera. Y todas eran sobre lo mismo, sobre lo principal, sobre la formación de una unión de repúblicas fraternas.

En los primeros días de la revolución predominaba el afán de librarse de la organización estatal, eso él lo vio con sus propios ojos. Cada distrito quería ser un Estado. Y ahora todo lo contrario, todos reconocían la necesidad de una unión más estrecha.

Bueno, no tenía objeto releerse a sí mismo. ¿Quién más respondía a las preguntas de la encuesta?

El presidente del CEC y del Consejo de Comisarios del Pueblo de Bielorrusia, Alexandr Cherviakov: "...la publicación de libros y manuales en bielorruso, el subsidio al teatro bielorruso y demás ha disipado definitivamente la agitación de los elementos chovinistas que ven en la URSS un peligro para la cultura bielorrusa."

Claro que esas medidas sustraen terreno a los nacionalistas y a los "independentistas". Pero decir que todos los adversarios de la unión han cerrado la boca es demasiado pronto. La cuestión es complicada y, probablemente, se ha de resolver poco a poco, con el paso de los años.

Anatoli Vasílievich Lunacharski escribía, como es natural, del arte soviético: "...el arte izquierdista que ha llegado al callejón sin salida del descarnado formalismo y del abstraccionismo declara por boca de Maiakovski que está dispuesto a pasar del futurismo formal al comunismo buidamente expresado, a la expresión estética de las imágenes y los pensamientos de la revolución y a una vida impregnada de arte."

Eso de pasar al comunismo buidamente expresado estaba bien. Pero dicho de manera muy enrevesada... Para el lector común podría decirse de manera más sencilla.

En la habitación entró precipitadamente Ekaterina Ivánovna y, prosiguiendo una conversación comenzada con alguien al otro lado de la puerta, interrogó:

—¿Y tú? ¿Qué querrías tú?

Kalinin repuso sin saber, titubeando:

—¿Yo? Bueno, supongamos que quisiera jugar a los *gorodkí* —dijo, animándose—. ¡Y sacar del cuadro la figura yacente!

—¡Ay, señor! Si te estoy hablando de otra cosa. Quiero guisar una comida de fiesta para que os guste a todos.

—Katia, es que estoy aquí encerrado. Es una pena que no haya donde jugar en invierno —y, entornando los ojos, como si apuntara con un palo, hizo con el brazo ademán de lanzarlo.

—Basta, ya lo veo —rióse Ekaterina Ivánovna—. Tú eres un gran jugador de *gorodkí*. Pero de la comida ¿qué?

—Prepara lo que quieras.

—¿Y algo especial, de Año Nuevo?

—Setas. En salmuera.

—Pues hay. Tu madre se ha preocupado y ha enviado de la aldea.

—De seguro que puso en salmuera las que recogí yo

la última vez. Era una cesta entera. ¡Y unas setas magníficas!

—Como si no hubiera otras —objetó, riendo, Ekaterina Ivánovna—. Las tuyas las tiró casi todas. Estaban agusanadas.

—No es posible. ¡Pero si me elogió mucho!

—Porque no quiso que te disgustaras. Y cuando tú te fuiste a pescar, ella y yo nos reímos de buena gana.

—¡Para que aprendas! ¡Pero si las recogí con las gafas puestas!

—¿Te dio gozo?

—Muchísimo.

—Entonces no perdiste el tiempo —Ekaterina Ivánovna recogió los periódicos y los colocó encima del antepecho de la ventana—. Vamos a desayunar.

En el comedor, los hijos estaban ya esperando sentados a la mesa. Tras de saludar a su padre, Yulia interrogó:

—Papá, ¿se pueden considerar las matemáticas la ciencia principal?

Cinco pares de ojos se detuvieron en él, esperando. Y él respondió, luego de pensar:

—Las matemáticas son la gimnasia mental. Y el provecho práctico que rinden es muy grande.

—¿Pero es la principal?

—Todas las ciencias son importantes y necesarias y no se pueden dividir en principales y secundarias. Es mejor estudiarlas como es debido —sonrióse Kalinin.

—¿Y qué estudiar en primer orden?

—Si me preguntaran qué me falta, respondería: me falta conocer lenguas extranjeras y saber bien mi propia lengua natal, el ruso. Es muy necesario saber mejor la lengua materna. Si quieres influir en los que te rodean, eso se puede conseguir sólo cuando sepas conferir a tus ideas formas brillantes, exactas y comprensibles para todos. Por eso es imprescindible que toda persona culta conozca su lengua natal.

—Las gachas se enfrían —recordó en voz baja Ekaterina Ivánovna.

En derredor de la mesa se hizo el silencio, sólo las cucharas se oían sonar en los platos. Siete cucharas. El golpeteo de las cucharas de los niños era más frecuente, pues ellos tenían prisa por acabar con las gachas de alforfón e ir cada cual a sus cosas. Ya eran mayores, pensaban en cosas serias y mostraban independencia. No

crecían como unos señoritos que no saben ni quieren hacer nada. Valerián tenía afición a la electricidad, y Alexandr a la técnica. De seguro que eran ellos los que discutieron con Yulia sobre las matemáticas. Lida, enérgica y algo reservada, soñaba con ser médica. Ana no miraba aún tan lejos, acababa de acostumbrarse y de familiarizarse a ellos. La traviesa Yulia había dado recientemente un buen susto a sus padres. Al terminar las clases no volvió a casa. No era la primera vez que lo hacía. Se había quedado ya alguna vez en casa de una amiga hasta las siete de la tarde y volvía a la suya cuando la madre, después del trabajo. Pero en esta otra ocasión eran ya las nueve, las diez de la noche, y Yulia seguía sin aparecer.

Ekaterina Ivánovna estaba exasperada, y hasta Kalinin empezó a pensar en algún siniestro.

A eso de la medianoche Kalinin decidió salir en busca de Yulia. Apenas se hubo vestido, se presentó ella ¡tan campante! Sonrosada, satisfecha, corto el pelo, con raya al lado y despeinado. Resultó que había ido con una amiga y los padres de ésta a un concierto que se daba en el Conservatorio.

Mijaíl Ivánovich no quiso reñirla. Le dijo sólo que otra vez lo advirtiese sin falta antes de ir. La verdad es que no se había entretenido de cháchara, había ido a un acto cultural...

Cuando Yulia se hubo comido las gachas, tomó maquinalmente un trozo de pan, le dio un bocado y dejó la rebanada al lado del plato.

— Gracias —dijo, poniéndose en pie.

— ¿Y el pan? —frunció las cejas Kalinin—. Si no quieres, no tenías que haberlo mordido.

Yulia puso unos ojos como platos.

— Pero si ahora no hay hambre, papá...

— Pues yo creo que la gente debe cuidar del pan incluso cuando se llegue a la abundancia completa. Y aún falta mucho. ¿Sabes el trabajo que le cuesta al campesino? ¡Un trabajo muy duro!

Kalinin arrimó cuidadoso su silla a la mesa y se fue a su cuarto. No le agradaba repetir varias veces una misma cosa, tener que meterla en la cabeza. El que quiere, oye y comprende. Y el que no, ya puedes repetir las cosas cuantas veces quieras que no las entenderá.

CAPITULO DECIMOTERCERO

1

Diez días con sus noches venían golpeteando casi sin cesar las ruedas en las junturas de los raíles, contando los kilómetros. Las paradas eran breves. Se desenganchaba una locomotora, resoplando fatigada, se iba al depósito, y en el acto se acercaba otra briosa, cargada de carbón y agua. Pasaban los mozos de tren, comprobando con sus sonoros martillos el buen estado de las ruedas. Sonaba la campana de la estación, y el tren se ponía en marcha suavemente.

Kalinin se había habituado ya al balanceo del vagón y al incesante retemblor del suelo bajo los pies.

Habían dejado ya a las espaldas el Volga y los Urales, el Irtish y el Yeniséi, así como también el lago Baikal, y el fin del camino no se veía. Delante se extendía la vastísima cuenca del Amur, y sólo cuando la hubieran cruzado comenzaría el territorio del Ussuri, región litoral del Extremo Oriente.

En Moscú, algunos camaradas trataron de disuadir a Kalinin de este largo viaje. Pero él no cambió de idea. Un representante del poder central debía ir sin falta a las zonas más alejadas del país recientemente liberadas de los guardias blancos.

En las estaciones grandes, Kalinin tenía entrevistas con los dirigentes de los Soviets y de las organizaciones locales del partido, hablaba con ellos y resolvía las cuestiones que no requerían estudio ni discusión ulteriores. Durante el viaje se iba preparando para los discursos que habría de pronunciar. Y pensaba sin precipitación, con minuciosidad, el discurso que se proponía pronunciar en la apertura de la primera conferencia internacional de campesinos. Esta conferencia se proyectaba para octubre, aún faltaban más de dos meses hasta su comienzo, pero Kalinin le concedía una importancia especial e iba esbozando ya, durante el viaje, las tesis.

En la reunión de los trabajadores que habían rebasado ya el marco nacional, él hablaría, ante todo, de la alianza de los campesinos y los obreros. No sólo había que dejar constancia del hecho, sino analizar también la historia de

las relaciones entre estas dos clases, analizar la experiencia de los últimos años y trazar una perspectiva. Entre los campesinos delegados habría gente no muy letrada: por eso el discurso debía ser asequible para todos y, a la vez, no simplificar el complicado asunto. Lo mejor sería hacerlo por capítulos breves y trabar en cada capítulo una faceta determinada. Y esos pequeños capítulos serían más fáciles de traducir para los delegados extranjeros...

Las ruedas del vagón atronaron fugaces y estruendosas por un puente de hierro, y luego volvieron a golpetear acompasadas y monótonas. Kalinin tocó con la frente el frío cristal de la ventanilla. El tren iba por el borde de un abrupto despeñadero sobre un riachuelo rápido y espumoso, que se abría paso, culebreando entre colinas. Torcía tan pronto a la derecha como a la izquierda, y el tren seguía sumiso los meandros del río, describiendo a veces virajes tan cerrados que Kalinin veía los últimos vagones del tren.

El riachuelo dio una vuelta a la derecha y se escapó, reluciente, a un espacioso y claro valle. Se divisaron casas de madera, entre las que descollaba un edificio de ladrillo con techumbre de hojalata. Un perro melenudo corrió al lado del vagón, quedándose rezagado. Unos caballos maneados alzaban perezosos las cabezas y despedían el tren con la mirada. El tren pasó por delante de unos mujiks que blandían hachas entre los troncos de una casa de madera que estaban haciendo. Junto a un carro se veían mujeres con tocas blancas.

Todo pasó y quedó atrás, visto y no visto, y de nuevo se elevó el hirsuto muro de la taigá, de nuevo se irguieron a ambos lados del ferrocarril cónicos mogotes con laderas pedregosas. Kalinin pensó en lo difícil que les había sido a los intrépidos rusos que emprendieron tres siglos antes la marcha a oriente abrir por allí los primeros senderos.

En tren eran diez días de viaje; pero ¿cuánto tiempo se necesitaba para llegar hasta allí en carro, y no uno solo, sino con la mujer, los hijos, la vaca y todos los enseres? Avanzaban hacia allá en pos de los cosacos exploradores mujiks tenaces y valientes. Y empleaban varios años en el camino. Al fin, cuando les agradaba un cómodo lugar, ponían primero una sólida cruz de duro arce y, al lado, comenzaban a construir la isba y otras dependencias. Peleaban contra las fieras, contra el jején, talaban el bosque y descepaban los tocones, conquistando a la

taigá labrantíos y prados de siega. Sufrían heladas, hambre. Año tras año se iban enraizando en aquella tierra inhóspita, pero rica; la cultivaban y se construían viviendas. Los cazadores y los buscadores de minerales se internaban hasta los confines más intransitables.

En aquellas extensiones, cada cual podía mostrar su habilidad, su intrepidez, su capacidad de trabajo. Se podía tomar por ejemplo aquel mismo ferrocarril. El transiberiano, el más largo del mundo. Bien habían trabajado los rusos para tenderlo.

¿Valdría la pena darse un paseo por los vagones del tren? Desentumecer las piernas, ver a la gente, echar una parrafadita...

Kalinin pasó con cuidado de la plataforma de su vagón a la del contiguo. Por debajo pasaban fugaces las traviesas y refulgía con luz azulenca el raíl apisonado. El soldado de guardia se cuadró, como mandan las ordenanzas, al ver a Kalinin, y lo miró con ojos de reproche, como reconviniéndole: ¿acaso se podía andar por allí, a la velocidad que llevaba el tren?

Kalinin aguardó en el pasillo para tomar aliento. Por la portezuela entornada del penúltimo compartimiento se oían acaloradas palabras sobre el futuro de la aviación.

Kalinin llamó a la puerta del compartimiento con el dedo doblado y articuló con alegre voz:

—Muy buenas, camaradas.

—Muy buenas, Mijaíl Ivánovich. ¿Nos hace compañía? ¿Quiere tomar té?

—No lo rechazo.

—Podría contarnos usted algo...

—Sí, pero de pronto no sabe uno sobre qué; han pasado tantas cosas —Kalinin se calló, pensativo y entornó los ojos—. Tengo un conocido de vuestra edad, poco más o menos. En octubre, cuando se tomó el Palacio de Invierno, aún no había cumplido los veinte. Pero es un muchacho con cabeza, por entonces conducía ya un tractor en un grupo de artillería pesada. Ha labrado también con tractor. Luego ha conducido un automóvil, y la velocidad lo ha fascinado. Ahora está estudiando, quiere ser aviador. Se enteró de que me venía al Extremo Oriente y se interesó por saber cuánto tarda el tren en el viaje.

—Medio mes —dijo uno.

—El nuestro más aún —replicó otro.

—Sí, échale medio mes mientras llegas —otorgó

Kalinin—. Pues mi conocido dice: aguarda, tío Mijaíl, dentro de unos años volaremos allá en una semana. Seis o siete días, y estaremos en Vladivostok.

— ¿Será posible que en una semana? —lo puso en duda uno de los pasajeros.

— Una semana, dice, todo lo más. Y aún se puede más de prisa.

En el compartimiento se entabló discusión:

— ¡Ese camarada es un soñador!

— Nada de sueños, él conoce su técnica y calcula por ella la velocidad.

— Claro que la velocidad es buena cosa, pero yo me alegro de otra cosa más —prosiguió Kalinin—. De que a nuestro joven proletario le han crecido alas, eso es lo principal. Ahora tenemos nuestros propios aviones, nuestros propios aviadores...

Las ruedas del tren volvieron a atronar por un puente de hierro, y todas las cabezas se volvieron a una hacia la ventanilla. El largo día de verano declinaba, el sol se había ocultado. La taigá se hizo oscura y monótona, una masa monolítica cual una hueste innumerable arrimada a la vía misma del tren.

2

La península de Muraviov del Amur divide dos golfos que se adentran mucho en tierra: el golfo del Amur y el del Ussuri. La península en sí es tan grande que tiene cabida para montañas y espesa taigá, varios poblados, una estación del ferrocarril y la gran ciudad de Vladivostok.

El extremo de la península está festoneado por bahías. La más bonita y grande de ellas es la de Cuerno de Oro. Defienden su entrada dos altos cabos de rocosa frente. El más largo y montañoso lleva el nombre de uno de los descubridores de esos parajes, el del teniente de navío Egerscheld. Allí, a mucha altura sobre el agua, había entre las moles de piedra una isba pequeña en la que ahora residía Mstislav Zajárovich Yaropóltsev. Lo había cobijado el ex sargento de caballería Ostapchuk, y con él a Golopiórov, el que sacó al coronel de Omsk. En un combate cerca de Chitá, el sargento de caballería fue herido. Yaropóltsev lo colocó en el tren sanitario. Y dos años después, en los momentos más difíciles para él,

cuando se ocultaba, sin documentos, en domicilios casuales, encontró a Ostapchuk en Vladivostok.

El ex sargento de caballería había cambiado mucho: tenía hundidas las mejillas y salientes los pómulos. Unicamente le quedaban espesos, como antes, los taheños bigotes.

—Llevo una vida triste —explicaba a Yaropóltsev—. Sin esperanza alguna. Me estoy en mi guarida y voy a la ciudad sólo en busca de provisiones.

— Pero la guarida ¿es segura?

— Puede no ponerlo en duda.

Yaropóltsev y Golopiórov fueron con él.

Ostapchuk era el guarda de un almacén abandonado del puerto, que cobijaba instalaciones navales que no habían hecho falta a nadie ni siquiera en los duros tiempos de guerra. Lo que se podía acoplar para arreglar algún barco, hacía ya tiempo que se lo habían llevado: en la barraca de madera y en el depósito subterráneo quedaban sólo aparatosas anclas, pesadas cadenas oxidadas, blindas con orificios redondos para las portillas, unos pontones con grúas y tubos.

Nadie se asomaba por aquel almacén ni se sabía siquiera a quién pertenecía. Ostapchuk tenía una credencial del Soviet de la ciudad según la cual él era el guardián del almacén y respondía de la conservación de los bienes. Con esa credencial iba una vez al mes al puerto o a las autoridades urbanas y les sacaba su sueldo. Alguna vez no iba, pues con el dinero que le pagaban podía comprar únicamente un paquete de tabaco barato. Le resultaba más ventajoso y tranquilo vender pescado, gracias a que el Bósforo Oriental batía sus olas al mismo pie del acantilado.

La isba y la barraca estaban cercadas de alambre espinoso en tres hileras. Esa fortificación militar la había hecho el propio Ostapchuk. En caso de que se presentaran intrusos peligrosos, no cruzarían con facilidad la alambrada. La puerta de la isba estaba forrada de hierro por dentro, y en las ventanas había puesto rejas. Antes de que nadie irrumpiera en la isba, se podía salir por la otra puerta a la peña, al subterráneo. Y allí, que probase a buscar el más pintado por los largos pasillos de la oscura fortaleza subterránea y no acabada. Yaropóltsev aprendió sin dificultad a orientarse en aquel laberinto, conocía el camino directo a la salida, que se encontraba lejos de la orilla, en una escombrera llena de matojos.

— ¡Nos hemos escondido bien! —alegrábase Golopiórov—. ¡De aquí no nos echan ni con proyectiles pesados!

Yaropóltsev se fue acostumbrando poco a poco a su nueva situación, empezó a ayudar a Ostapchuk en la pesca y a ir en busca de provisiones. En Vladivostok, los bolcheviques no tardaron en organizar la vida: funcionaban las empresas, los negociantes, al socaire de la nueva política económica, abrieron sus comercios, restaurantes y cafés. ¡Podían comer, beber y divertirse los que tuviesen dinero! En oro o en plata. Y si eran billetes de papel, se preferían los norteamericanos. Por más que los negociantes despabilados admitían también los francos, "esterlinas" e incluso yenes.

Por dinero no quedaba. El japonés Minodzuma, con quien Yaropóltsev no perdió el contacto, le ofreció crédito ilimitado.

El cabo fue azotado casi todo el invierno por vientos fríos que se llevaban la nieve de los peñascos. Luego vinieron densas nieblas pegajosas y una llovizna menuda que se cernía prolongada y fastidiosa. Hasta mayo no alumbró ni calentó el sol como en el Sur.

A la entrada de Cuerno de Oro humeaba un barco anclado. Más allá se veían bien las bahías de Diómedes y Ulises.

Enfrente mismo se alzaba el macizo de la Isla Rusa. Montañosa y cubierta de bosques, recibía contra sus peñas los embates de las olas tempestuosas, cubriendo a Vladivostok de los peligros procedentes del mar.

A Yaropóltsev se le grabaron en la memoria los versos leídos, no sabía dónde, de un poeta local:

Sobre el agua azul marino
Inaccesibles se alzan rocas.
El país de Rusia se inicia
En la robusta Isla Rusa.

Para unos se inicia, mas para otros finaliza. Más allá de la isla comienzan las aguas neutrales, el límite marítimo, y más allá aún, está el Japón. La Isla Rusa es el último trozo de tierra patria que vieron los guardias blancos que se fueron en barcos ajenos a tierras extrañas. Mas para los que pensaban regresar, la isla no era ningún obstáculo. Por la noche la podían flanquear y desembarcar directamente en el continente, en Egerscheld, no

lejos del centro de la ciudad. Para ellos estaba preparado un seguro puesto fortificado.

Así pensaba Yaropóltsev un caluroso día de agosto, sentado en una piedra caliente y entornando los ojos a causa de los reflejos de sol que baloteaban en las olas.

— ¡Mi coronel! —lo llamó Ostapchuk.

Yaropóltsev se volvió de cara, alzando extrañado las cejas. El ex sargento de caballería hacía ya tiempo que lo llamaba en confianza por el nombre y el patronímico.

— Hay mucho ajetreo en la ciudad, mi coronel. La calle Svetliánskaya y la plaza de la estación las están limpiando como antes de un desfile. ¡Viene el presidente principal desde Moscú!

— ¿Qué presidente es ése?

— Kalinin.

Yaropóltsev sintió de pronto cierta debilidad. Aún no le había dado tiempo de pensar en nada, ni de sopesar nada, pero comprendió de manera subconsciente que le aguardaban grandes cambios. ¿Kalinin allí? ¿Por qué?...

— Tenga estos periódicos. Los daban en la estación. Estando justamente yo allí, llegó el tren, y descargaron sacas del furgón. Aquí está todo escrito —dijo respetuoso Ostapchuk.

A Yaropóltsev le saltó a la vista el nombre, desconocido, del periódico: *Pravda del Amur*, ciudad de Blagovéschensk, 4 de agosto de 1923... Más abajo venía impreso con letras de cuerpo grande: "Discurso del camarada Kalinin, pronunciado en el mitin de la ciudad".

Empezó a leer y le pareció que Kalinin se dirigía directamente a él:

"Pues bien, casi seis años después hago un viaje, que en mi cuenta es probablemente el vigésimo, no menos, a parajes donde los guardias blancos se sostuvieron más tiempo, donde ellos fueron más poderosos y tenaces.

"Aquí huyeron elementos descontentos y hostiles al Poder soviético. No cabe duda de que aquí, en vuestros parajes, la mentira, la calumnia y el odio, puestos en circulación contra el Poder soviético, contra los obreros y los campesinos por toda la jauría burguesa han sido inculcados con gran ahínco en las cabezas de los hombres de la calle, que fueron presas del pánico. Y yo me creo en el deber y en la obligación de refutar ante esta nutrida reunión una de las calumnias más extendidas de los guardias blancos rusos. Es la calumnia de que los bolcheviques rusos, la clase obrera y los campesinos rusos que

nos siguen, son los destructores del Estado, los que traicionan los intereses del pueblo ruso y entregan en holocausto, en aras de sus estrechos intereses partidistas, los intereses de Rusia, los que pisotean y venden los intereses nacionales del Estado. Y que ellos, los guardias blancos y la camarilla burguesa que los alienta son los defensores principales de la población rusa. Quiero refutar esta patraña y acusar a los enemigos de los obreros y los campesinos de Rusia de que han sido ellos, durante estos seis años, los traidores, los que han vendido la sangre rusa, las tierras rusas, el trabajo ruso acumulado en forma de navíos y bienes adquiridos a costa del esfuerzo del pueblo ruso. Todos ellos se han dedicado al cambio y a la venta. No hay ni un solo jefe de los guardias blancos que no se haya manchado las manos con la venta de bienes del pueblo a tal o cual gobierno burgués...

"Claro que todos ellos fueron patriotas mientras los obreros y los campesinos les servían de vacas lecheras, mientras ellos desnataban al pueblo trabajador y engordaban con el patriotismo. Y cuando la clase obrera rusa se ha negado a ser vaca lechera para estos parásitos, ese patriotismo comenzó a mostrarse en el estrangulamiento de la patria, entonces se pasaron en seguida al bando de los enemigos declarados del país de los obreros y los campesinos. Los que aún creen que un gobierno que sustituyera al Poder soviético aplicaría una política nacional rusa se equivocan de medio a medio. No, en Rusia no puede haber otro gobierno que el Gobierno Obrero y Campesino que aplique realmente una política nacional rusa."

Un brillante destello deslumbró a Yaropóltsev, que miró extrañado en derredor. No había gente ni se oían ruidos. Sobre las piedras, calentadas por el sol, bamboleábase el aire caliente desdibujando los contornos de las rocas y de las edificaciones. Abajo, allá al fondo, trabajaban los cargadores, que sacaban sacos de un barco amarrado a un muelle de madera. En el agua blanqueaban los rizos blancos de la espuma. Pero ¿dónde venía aquella luz?

El destello se repitió. Era el barco que, al mecerse, los rayos del sol se reflejaban en las portillas y en los cristales del puente del capitán.

Yaropóltsev miró a Ostapchuk. El ex sargento de caballería se inclinaba sobre el periódico y pasaba la uña, amarilla del tabaco, por los renglones, arrugando la

frente del esfuerzo por comprender lo escirto. A su lado estaba Kuzmá Golopiórov.

Mstislav Zajárovich Yaropóltsev siguió la lectura:

"...por eso el ciudadano honrado no tiene otra salida que trabajar con el Poder soviético. Es posible que sea un poder torpón, tosco, rudo, poco culto aún, pues el obrero y el campesino están en el poder desde hace poco tiempo todavía, y no se puede convertir en un año al obrero o al campesino en una persona acostumbrada a gobernar. Pero, camaradas, si queremos conservar el Estado ruso contra la arbitrariedad y la explotación por parte de los capitalistas extranjeros, eso puede hacerse únicamente bajo la bandera soviética, bajo la dirección del poder obrero y campesino. Todas las otras clases que han gobernado este gran y fuerte Estado se han debilitado, han degenerado, su energía creatriz se ha agotado, y la historia les ha ordenado que se retiren del escenario..."

"El epitafio sepulcral —sonrióse con ironía Yaropóltsev—. ¿No pone la cruz antes de tiempo?"

Golopiórov puso una mirada inquisitiva en su señor, en espera de lo que él dijese. Ostapchuk se restregaba el puño por la barbilla, enfrascado en profundas meditaciones. Pronunció, exhalando un suspiro:

— Si yo pudiera volver... Tengo mujer y tres hijos.

— ¿Te has olvidado de los bolcheviques que mataste? —le preguntó Golopiórov con dureza.

— Para eso es la guerra. Y ahora me arrepentiré y a lo mejor me perdonan. Kalinin llama a trabajar con el Poder soviético...

"Impacto directo —pensó Yaropóltsev—. Ya ha hecho diana con la palabra, sin ningún explosivo."

Pero en voz alta articuló:

— Mientras Kuzmá y yo estemos aquí, ¡no te apartarás un paso de nosotros! Luego puedes irte adonde quieras.

3

En una estación, pasado el río Amur, el tren de Kalinin fue recibido por representantes del Comité Ejecutivo de la provincia de Primorie y del comité provincial del partido. Kalinin se alegró, al conocer a uno de los que lo esperaban: era Iván Evséievich Evséiev. Parecía personificar la inmutabilidad y la perseverancia. Con los

años que habían transcurrido desde su primera entrevista en Reval, y Evséiev diríase que no había envejecido. Respetable, de buena planta, lustrosas como siempre las botas altas de piel de vaca. El rozado chaquetón de cuero con todos los botones abrochados.

A Kalinin le fue tan agradable ver allí, en el Extremo Oriente, a su seguro compañero de lucha, que incluso se conmovió. Para no parecer sentimental, interrogó alegre:

— Qué tal, Evséich, ¿te has adaptado al nuevo lugar?

— Sin duda.

— ¿Te has casado, por fin?

— ¡A quién voy a hacer falta yo, solterón picado de viruelas! —denegó, bromeando, Iván Evséievich—. Pero para usted tengo una sorpresa.

— ¿Agradable?

— Es posible. Pero no me pregunte nada hasta que lleguemos a Vladivostok.

El tren siguió corriendo hacia el Sur. En el salón de Kalinin se reunieron los camaradas que habían salido a recibirlo: como se tenía por costumbre en tales casos, se entabló conversación en torno a los asuntos locales.

A Kalinin le gustaba preguntar y escuchar para no pronunciar luego, cuando hablase a la gente, frases generales, sino tratar de lo importante, de lo que les interesaba.

En cada discurso, hasta en los más breves, debía haber un tema principal, un eje en torno al cual girar. Ese eje era el que buscaba Kalinin en las conversaciones con los representantes locales.

— Así, la primera asamblea que tendremos, según el plan, será la de la aldea Mijáilovka, del subdistrito de Nikolsk-Usuriiski. ¿Quién ha estado allí? ¿Qué es lo que preocupa a los campesinos?

— ¿Me permite hablar a mí, Mijaíl Ivánovich? Yo he estado allí hace poco por encargo del comité provincial del partido. La situación del distrito es, sin duda, típica de estos lugares. Se deja sentir el prolongado alejamiento en que Primorie se halla del resto del país; el nivel de los conocimientos políticos no es elevado, y la propaganda la comenzamos desde lo más elemental. La gente es distinta: hay muchos que combatieron como guerrilleros por los montes; pero los hay también que se quedaron a gusto con los guardias blancos y los intervencionistas... Además, las mujeres son muy pendencieras. Están acostumbradas a hacer y deshacer durante toda la guerra sin los maridos, y ahora llevan la voz cantante.

— ¿El matriarcado? —inquirió Kalinin con una sonrisa.

— Algo así.

— ¿Y de qué se van a quejar?

— Del impuesto, Mijaíl Ivánovich. Es la primera vez que les han marcado el impuesto a los campesinos de aquí y les parece duro.

— Y en realidad, ¿no lo es?

— Sin duda que cuesta, pero ¿qué se le va a hacer? Hay muchas destrucciones y se debe restablecer la economía. Sólo el ferrocarril, sin contar otras cosas, requiere muchos recursos. El poder central no nos pide suma alguna, nos lo deja todo, pero es poco de todas las maneras.

— Pues hablaremos de eso —asintió Kalinin—. Ahora, durante el viaje nos hemos enterado de que sólo entre Ufá y Omsk se destruyeron en el ferrocarril durante la guerra quinientos puentes. Se han puesto puentes temporales y hay que cambiarlos. Se tome lo que se quiera, todo está así. Por todas partes rotos o descosidos —se puso a liar un cigarrillo—. Contadme también qué hacienda campesina se tiene aquí por mediana. ¿Qué extensión de tierra, qué ganado de labor y qué ingresos anuales tiene?

Al final de la entrevista, Kalinin tenía ya una idea clara de la situación reinante en el subdistrito de Nikolsk-Usuriiski. Y decidió que no pronunciaría ningún discurso, que la gente preguntase lo que le inquietara o interesase. Y él respondería.

Se reunió mucha gente. Probablemente habían acudido campesinos de los subdistritos contiguos y hasta de aldeas lejanas. Los carros con los varales levantados formaban filas. Las mujeres hablaban por los codos.

Todos se habían engalanado como si fuera fiesta. El día salió cálido, soleado.

Kalinin miraba atento desde la tribuna de madera a los reunidos. Por lo general, en ocasiones como ésta las primeras filas las ocupan los hombres, y las mujeres se apiñan detrás. Pero aquí estaban repartidos por igual. Delante tal vez hubiera incluso más mujeres.

Casi delante de la tribuna misma había tres personas. Kalinin comprendió que las había destacado el pueblo para que llevaran la charla: Uno, robusto, de pecho abombado y ancha barba negra. Otro, por el contrario,

flaco, barbilampiño y hasta sin bigote, si bien de edad avanzada. Tranquila e inteligente la cara. Entre estos dos hombres dispares había una mujer con blusa ucraniana bordada. Corpulenta y autoritaria, había sido probablemente muy guapa de joven.

El presidente del Comité Ejecutivo del distrito la denominó Teodora Gavrilenko. Y Kalinin pensó: " ¡Una mujer de armas tomar! "

Teodora fue una de las primeras que empezó a hablar tan pronto como Kalinin quiso saber si la aldea se tenía por rica o no.

— Está considerada rica, pero tiene poca riqueza.

— ¿Y cuántas araduras dais a la tierra?

A esta pregunta respondió diligente el barbilampiño:

— Para sembrar trigo, labramos una vez y sembramos de diez a doce deciatinas, por término medio. Antes se sembraban treinta deciatinas. Y el año que viene le pediremos a usted que nos ayude. El impuesto es muy pesado.

— Ahora vamos a pasar también en el Extremo Oriente al impuesto único —dijo con firmeza Kalinin—. Eso es al principio que os parece duro, luego os acostumbraréis.

De nuevo habló rápido el barbilampiño:

— Los más ricos han pagado el impuesto de capitación; quedamos los poco hacendados y los pobres.

— Sea bueno y piense en nosotros —dijo la mujer, haciendo una reverencia a Kalinin.

— En Rusia se viene recaudando el impuesto cuatro años y pico; aquí no se hace más que empezar, y ya estáis gimiendo.

— Denos un respiro, no decimos que no hay que pagar nada.

— Esto no es Rusia, la tierra no da tanto —apoyó a la mujer el campesino entrado en años.

Y el robusto barbudo que había callado hasta el momento habló de pronto, ensordeciendo a todos con su vozarrón: Tenía un hijo en el Ejército Rojo. ¿Qué exenciones le correspondían? ¿No se podía dejar al hijo que volviera antes a casa?

Kalinin respondió minuciosamente a cuanto interesaba al barbudo.

Los campesinos escuchaban con interés. Unicamente el campesino enjuto y lampiño, que descargaba el peso

del cuerpo ya en una pierna ya en la otra, se impacientaba por preguntar:

— Mi padre pagó en total ciento cincuenta rublos de impuestos en cuarenta años, y yo en un año, ciento noventa. ¿Cómo se explica eso?

— Vamos a contar con más exactitud cuánto había que pagar antes —dijo Kalinin—. ¿Quién pagaba la escuela, por ejemplo, y al síndico?

— Había algunos gastos, sí. El sostenimiento de la escuela costaría unos mil rublos al año.

— Para que veáis, eso también cuenta... Claro que, por la novedad, los impuestos parecen duros, no es fácil pagar ciento noventa rublos como están las cosas hoy. En Rusia viven familias enteras con dos deciatinas y pagan el impuesto.

— Si yo tuviese dos deciatinas, estaría perdido y no daría ningún provecho al Estado, y si tuviese veinte deciatinas, sería rico y de provecho para el Estado; claro, siempre que haya cosecha.

— Tenéis que aprender a cultivar la tierra lo mismo que nosotros —repuso Kalinin—. Nosotros damos tres vueltas a la tierra y encima tenemos que traer estiércol, si queremos tener cosecha. Por eso se juzga bueno un campo de dos deciatinas.

— No se puede comparar la tierra —atronó con su vozarrón el vecino del campesino lampiño—. En unos sitios hay buena cosecha, en otros nada, y si no pagas el impuesto a su debido tiempo, te multan.

— Con el impuesto único, se darán tres plazos para pagarlo —prometió Kalinin—. El primero, en octubre; el segundo, en diciembre; y el tercero, en mayo, para que los campesinos calculen y se animen. Los otros impuestos se anulan. Nosotros estamos interesados en que la hacienda campesina se desarrolle, el poder ahora es de los obreros y los campesinos.

— ¿Por qué son caras las telas? —vocearon desde las últimas filas.

— Porque el algodón lo compramos en Norteamérica con oro, y eso cuesta muy caro.

Alguien quiso saber cómo funcionaban los placeres auríferos.

Kalinin explicó que por el momento daban pocos ingresos, que rendía más el petróleo, pero tampoco lo suficiente para restablecer las ciudades y fábricas destruidas por la guerra, ni para renovar las máquinas y

mecanismos gastados, ni para organizar el transporte abandonado.

—Os lo digo esto especialmente —recalcó Kalinin— para que sepáis la situación que hay en el país.

—Y a las iglesias de Rusia, ¿qué les pasa?

—La Iglesia está separada del Estado, es independiente.

—¡Háblenos del dinero!

—Vamos introduciendo poco a poco los rublos oro, que tienen el valor de diez rublos de los otros. Su precio no desciende —Kalinin se calló y marcó una pausa. No había más preguntas—. Bueno, pues ahora permitidme que os desee que os vaya bien y confíe en que vuestra hacienda irá mejorando poco a poco.

—¡Venga a visitarnos otra vez! —le voceó, a modo de despedida, Teodora.

4

El viernes, 10 de agosto, Kuzmá levantó a Yaropóltsev al amanecer:

—Ya es hora. Los cargadores advirtieron que saldrían a las cinco y media.

Mstislav Zajárovich se arregló en pocos minutos. Fueron a la ciudad con la columna de obreros portuarios. Allí Ostapchuk era tenido por uno de los suyos. Yaropóltsev y Golopiórov también habían tenido tiempo de hacerse ver por los muelles.

A eso de las siete acudieron a la plaza de la estación. Allí se había reunido ya un denso gentío. No había manera de acercarse al andén, cuyo acceso estaba cerrado por un muro de obreros de la fábrica Dalzavod, de marinos y soldados rojos. El viento bamboleaba por encima de sus cabezas una pancarta con la inscripción: "El Vladivostok Rojo, puesto avanzado de la revolución proletaria en el Océano Pacífico, saluda a M. I. Kalinin, Presidente de la Unión de Repúblicas Soviéticas, "alcalde de toda Rusia"."

Para ver mejor, Yaropóltsev y Golopiórov se subieron a una pila de traviesas arrimada a una verja. Los más atrevidos y jóvenes se habían subido a los techos de los tranvías parados en medio de la plaza. Los tranvías no podían circular. La gente atestaba los callejones adyacentes. La calle Aleútskaya, ancha y espaciosa, estaba rebosante, una multitud compacta ocupaba desde allí hasta el cruce con la calle Svetlánskaya.

La gente iba acudiendo, la muchedumbre de la plaza y las calles se iba apiñando más y más y las banderas y pancartas se multiplicaban. Varias bandas tocaban en extremos distintos y cada una su música. Interrumpióse ésta, callóse el hormiguero humano y en medio del silencio se oyó el creciente resoplido de una locomotora y el traqueteo metálico de ruedas. Elevóse un penacho de humo que fue a desaparecer al punto tras los muros de la estación.

Poco después se abrió la alta puerta de la estación, y en los peldaños del portal se vio un reducido grupo. Yaropóltsev no reconoció en seguida a Kalinin. Conservaba en la memoria un rostro enjuto y vivo, una mirada un tanto irónica y espesos cabellos. Se imaginaba a Kalinin con guerrera medio militar y lleno de bizarría juvenil. Y ahora Yaropóltsev veía a una persona cansada y calmosa con perilla apoyada en el pecho. Kalinin parecía entre las personas que lo rodeaban el más modesto, el que menos descollaba y, tal vez, el de menos estatura. Iba cubierto con una gorra "proletaria". La camisa rusa de alto cuello abrochado a un lado, de color azul marino, le caía holgada de los hombros; se apoyaba con ambas manos en un bastón, cargada la espalda, lo que le hacía parecer estrecho de pecho.

Kalinin sonreía, en espera de que se calmara la muchedumbre de la plaza. Luego, tras de entregar a alguien su bastón, dio un paso adelante:

—Camaradas obreros, soldados rojos y ciudadanos de Vladivostok y Primorie: Os saludo en nombre del centro del Poder soviético...

Yaropóltsev escuchaba por vez primera un discurso de Kalinin y se extrañó de la calma, sin afectación alguna, con que hablaba, de la claridad y exactitud con que expresaba sus ideas. No se iba por las ramas de la elocuencia ni recurría a artificios de ninguna clase para atraer la atención del público. Hablaba de realidades, y era eso lo que hacía a todos escucharlo con suma atención.

—La federación soviética tiene en el Oeste una ciudad que es el centro y el blanco del odio de la burguesía; pero es a la vez el centro de la alegría y del entusiasmo de todas las masas trabajadoras.

¡Esa ciudad es Petrogrado!

Petrogrado es una fortaleza nuestra, inmensa y

poderosa, en la frontera occidental. Es temible para los enemigos, pero sirve también de faro para todos los trabajadores del mundo.

Otra frontera nuestra, la oriental, necesita asimismo una fortaleza igual, y un faro idéntico, para que lo puedan ver todos, especialmente las masas oprimidas de Oriente.

Esa misión ante el Poder soviético y ante todos los trabajadores del mundo debéis cumplirla vosotros, obreros, soldados rojos y jóvenes. Vosotros debéis crear aquí, en Vladivostok, una fortaleza igual que aquélla. Ese lustro de lucha de Primorie ha forjado y templado los cuadros necesarios para ello...

Conforme iba pronunciando el discurso, Kalinin se animaba visiblemente, se enardecía y llegó a verse que tenía buena complexión, que era robusto, y los hombros nada estrechos.

—Permitidme declarar ante el núcleo de la República Soviética —los obreros y los campesinos— que la fortaleza de Vladivostok se halla en buenas manos y que los enemigos no tienen bastantes fuerzas para obligaros a abatir estas banderas rojas. Los defensores de esta fortaleza antes morirán que soltarán de sus manos estas banderas. ¡Permitidme que transmita esta esperanza al CEC de la Unión de Repúblicas Soviéticas!

La muchedumbre le respondió a una: un fragor unánime de voces retumbó en toda la plaza.

5

El discurso de Kalinin hizo comprender a Yaropóltsev una amarga verdad: que no podía confiar ya en nada. El último tiempo se agarraba, como el náufrago a una tabla, a cualquier esperanza de reconquistar el pasado. Este día había comprendido definitivamente que su baza estaba perdida, que no tenía sitio ni siquiera allí, en el último confín de la tierra rusa. Kalinin había dicho que Vladivostok debía convertirse en un bastión del Poder soviético similar al que implicaba Petrogrado. Y los bolcheviques lo harían sin duda, como habían hecho hasta el momento lo que se habían propuesto.

Al volver de la plaza de la estación a su refugio del cabo de Egerscheld, Yaropóltsev adoptó una resolución definitiva.

—Kuzmá, tenemos que separarnos —dijo—. ¿Tienes tus papeles de soldado rojo?

—Sí —repuso Golopiórov con voz decaída.

—Vuelve a tu aldea y espera que te dé noticias mías.

Aquella misma tarde, en cuanto oscureció, Yaropóltsev entró en la casa donde se alojaba la misión militar y naval nipona. El teniente Minodzuma lo escuchó con una sonrisa cortés en los labios y le dijo oficialmente:

—Ha hecho muy bien en dirigirse a nosotros. Creemos que la amistad de usted resarcirá de todos los disgustos e inquietudes.

—Me prometió un camarote.

—Le prometimos ayuda... Pero el crucero hace mucho que se fue, y ahora no se puede encontrar un camarote aparte —en la voz de Minodzuma se oía un dejo burlón—. Hoy zarpa nuestra goleta. Si no le pone reparos a la ropa de pescador...

—Estoy de acuerdo —torció el gesto Yaropóltsev—. Cuanto antes, mejor.

—Espero verle en las islas —inclinó Minodzuma la cabeza—. Pasarán los años y volveremos aquí como dueños. Volveremos juntos —recalcó.

Yaropóltsev escuchó con paciencia los razonamientos del teniente. Qué le iba a hacer, no era más que un solicitante...

En la profundidad de la noche, la goleta, sucia e impregnada de hedor a pescado, salió con las luces apagadas de lo hondo del golfo y tomó rumbo al Japón. Yaropóltsev iba en la bodega de popa entre barricas y cajones, tiritando de frío y echando tragos de una botella de aguardiente de arroz que le metió en el bolsillo el precavido Minodzuma.

6

Vladivostok fue del agrado de Kalinin, quien vio la inmensidad del océano, la ciudad extendida a placer entre mogotes, los marinos con bonito uniforme, el gentío bullicioso, la multitud de banderas y pancartas, y se sintió dominado por un talante festivo. Le emocionaba el olor del mar, le emocionaban también los barcos que zarpaban de la rada con rumbos ignotos; lo conmovía asimismo la sensación de inmensidad e infinitud: el mayor de los océanos se unía allí con la gran ruta terrestre de Rusia.

No estaría mal pasearse por las calles sin ton ni son, sin pensar ni preocuparse de nada, sentarse a la orilla y escuchar la resaca. Pero, como siempre, iba con el tiempo justo. Visitó la mayor empresa de la ciudad, la fábrica Dalzavod. Fue al cabo de Egerscheld a ver a los cargadores del puerto mercante. Y allí tuvo una interesante charla con los marinos sobre el desarrollo de la marina.

Luego pronunció un discurso en el teatro de la ciudad. Sólo cuando se hubo celebrado este acto pudo él sacar tiempo para reflexionar y sintetizar lo visto y oído. Debía analizar la situación, poner en claro qué podía dar Primorie al país y qué ayuda necesitaba esta zona.

7

Antes de marcharse de Vladivostok, Kalinin visitó a los marinos.

En el muelle tocaba una banda de música. Los marinos habían formado, como la guardia de honor, en dos hileras. Kalinin hizo un mohín: tanta solemnidad le cohibía.

Subieron por una ancha escala de gala. Tan pronto como pisaron la cubierta de acero, resplandeciente de limpieza, el jefe del destructor dio con tanto brío la voz de ¡firmes! que a Kalinin le chillaron los oídos. ¡Menudo vozarrón, de seguro que se oiría en todo el océano!

Kalinin saludó, descubriéndose, a la tripulación formada a popa, cuando comenzó a caer una cálida lluvia. El jefe de la nave invitó a los visitantes a pasar a la sala de los oficiales.

— Mijaíl Ivánovich, ¿se acuerda que le prometí una sorpresa? —le preguntó Iván Evséievich.

— La sorpresa me la llevaré cuando me invites a tu boda.

— Le digo que las mujeres no miran a los picados de viruela —lo echó como siempre a chacota Evséiev. Y, volviéndose hacia la puerta, dijo—: camarada mecánico, entra.

Un marino alto tapó con su corpachón todo el vano de la puerta. Ensombrecíale la cara la visera de la gorra; le brillaban los botones de la guerrera.

— ¿No lo reconoce, Mijaíl Ivánovich?

— ¿Será posible que sea Fedia?

— ¡El mismo!

Se dieron un abrazo y se sentaron el uno al lado del otro.

— ¡Estás hecho un tiarrón! —asombróse Kalinin—. Como Grigori Oréjov, lo mismo de fortachón.

— Es un lobo de mar —le dijo Iván Evséievich, sonriendo—. Ahora emprende navegaciones de altura. Todos los infractores de las fronteras marítimas tiemblan ante él. Es un oficial de la Marina, sin duda.

— Es posible que aún no tiemblen, pero nuestra fuerza ya la han probado —repuso Fiódor con dignidad—. Este invierno hemos puesto en servicio tres destructores: el *Bravo*, el *Firme* y el *Exacto*. El rompehielos del puerto fue reequipado y transformado en cañonera con el nombre de *Octubre Rojo*. En la primavera volvió de Shanghai el guardacostas *Almirante Zavoiko*. De manera que, poco a poco, nos vamos fortaleciendo, Mijaíl Ivánovich.

— Me alegro de oírlo. Y me alegro también de saber que avanzas con paso firme por tu camino. Y avanzas de prisa. Ya eres mecánico. Me acuerdo de la primera vez que nos vimos en el municipio de Lesnovski.

Mijaíl Ivánovich vio figuras de personas en el mismo borde del acantilado.

— ¿Qué se hace allí?

— ¿Dónde? —Fiódor Demídochkin se llevó los prismáticos a los ojos—. Están montando una batería de defensa de la costa. Para que los accesos de la ciudad se puedan tener bajo llave. Lo mismo que en Kronstadt.

— Ahora allí se está seguro —afirmó Kalinin.

— Hace mucho que no hemos estado en Kronstadt —recordó soñador Iván Esvéievich—. Echo de menos a Petrogrado y el Neva.

— Pues yo me he acostumbrado a esto y no querría marcharme de aquí —dijo Demídochkin.

— De vacaciones sí iría, sin duda, pero está muy lejos —Evséiev miró la blanca estela que dejaba a su paso a popa el destructor y la doble ola de las hélices que se iba separando por el agua. Esa ola recordaba un surco abierto con arado—. ¡A quién se le habría podido ocurrir, Mijaíl Ivánovich! Hemos removido, como pasando con arado, todo el país. Desde el Báltico hasta el Océano Pacífico. Ahora no viene mal descansar un poco...

— Aún hay que sembrar —repuso Kalinin, sonriendo.

NOTA DEL AUTOR

Hace mucho que se dijo que de cada persona se puede escribir un libro. Y la vida de Kalinin es tan interesante y enjundiosa, su actividad fue tan variada que puede servir de base para toda una serie de obras de distintos géneros: novelas, narraciones y poemas.

¡Maravilloso el destino de este hombre! Su lucha contra la autocracia zarista, su labor en la clandestinidad son temas que reclaman plasmación en libros. ¡Y el intenso trabajo que realizó durante los años de la industrialización, de la colectivización y de la Gran Guerra Patria! ¡No hablemos ya de su audiencia, donde se dirigieron, como ya se ha contado, unos ocho millones de personas!

No es posible contar todo eso y mucho más, muchísimo más, en un solo libro. No se puede abarcar lo inabarcable. Ni me lo he propuesto, ya que elegí sólo un corto período de la vida de Kalinin, que me parece el más típico. En los días de la revolución y de la guerra civil, Mijaíl Ivánovich Kalinin se mostró brillantemente como templado combatiente de la Guardia leninista, como sabio y sagaz estadista. Por eso elegí el lapso comprendido entre la salva del *Aurora* y las victoriosas salvas finales que sonaron en el Extremo Oriente.

He puesto punto. Y dos sensaciones contradictorias me invaden: me alegro de que el trabajo esté concluido y lamento despedirme de los personajes de mi obra, con los cuales me he familiarizado.

¿Y por qué me despido, en verdad? ¿Es que no puedo continuar lo comenzado y escribir de la vida posterior de Kalinin, de sus amigos y compañeros de lucha?

Aún no me hago una idea de cómo será ese libro siguiente. He de pensar en muchas cosas y sopesar otras tantas. He de seguir estudiando las fuente. No sé si tendré suficientes fuerzas y habilidad para escribir ese nuevo libro, pero ahora no puedo menos de pensar en él.

¿Por dónde empezar? Probablemente por el triste día en que recayó en Kalinin la triste obligación de comunicar a los delegados del XI Congreso de los Soviets de toda Rusia la noticia de la pérdida irreparable ocasionada por la defunción de Lenin.

— Creo —dijo entonces— que la tarea más importante y fundamental que tenemos planteada es conservar las conquistas cuyo principal artífice fue Vladímir Ilich Lenin.

Las palabras de Kalinin sonaron como un juramento.

Kalinin recordó siempre las palabras de Lenin acerca de que en un país de analfabetos no se podía construir el socialismo. Eso fue evidente sobre todo cuando comenzó el rápido proceso de la industrialización. Elevar el nivel cultural general de la población fue una de las tareas principales del partido. Ahí era nada, si se tenía presente que doce millones de obreros y campesinos no sabían leer ni escribir.

A las numerosas obligaciones de Kalinin se agregó una más: la de encabezar la sociedad "¡Abajo el analfabetismo!", que agrupaba a los entusiastas de la instrucción pública. En el campo se constituyeron miles de puestos de liquidación del analfabetismo, donde se daban clases por grupos. Además, numerosos milicianos de la cultura enseñaban individualmente a los campesinos, les llevaban en el pleno sentido de la palabra la alfabetización y los conocimientos a cada casa.

El trabajo en la capital seguía alternando con numerosos viajes por el país para conocer la vida del pueblo. Visitó Siberia, Asia Central, Transcaucasia, las obras de la Hidroeléctrica del Dniéper...

Escribiría yo sin falta, además, de cómo se formó el koljós Viérjnaya Troitsa con la participación de Kalinin. Mijaíl Ivánovich Kalinin ingresó el primero y discutió con los miembros de la directiva los planes de trabajo. Hasta la misma muerte fue miembro de dicho koljós. Le adjudicaban jornadas laborales, cuando durante las vacaciones trabajaba en los campos del koljós.

Kalinin recordaba a menudo su "carpeta del futuro" y reanudaba mentalmente la conversación con Lenin sobre los días en que el país pudiera dar a los campesinos cien mil tractores.

Habían llegado esos días, y eran incluso mucho más los tractores. Máquinas potentes construidas en fábricas nacionales roturaban por doquier los linderos de los

campos, convirtiéndolos en extensas tierras de las cooperativas agrícolas.

Una de las jornadas más alegres de la vida de Kalinin fue el 17 de enero de 1938. Aquel día, la primera sesión del Soviet Supremo de la URSS, de la primera convocatoria, lo eligió Presidente del Presídium del Soviet Supremo del País Soviético.

Al comienzo de la Gran Guerra Patria, el Comité Central del Partido distribuyó entre los miembros efectivos y suplentes del Comité Central los deberes relacionados con la dirección de los diversos sectores de trabajo en las nuevas condiciones. La labor ideológica se le encomendó a Kalinin.

Al describir los acontecimientos de aquellos aciagos tiempos, yo hablaría, naturalmente, de los artículos de Kalinin que se publicaban regularmente en la prensa de Moscú. Hablaría de su carta al Presidente del Comité Estatal para la Defensa, Stalin, que evidencia cuánto le preocupaba la situación de Leningrado. "Creo necesario que se aclaren y estudien minuciosamente las posibles rutas y procedimientos de abastecer a Leningrado en las condiciones invernales: con carros, camiones, aviones..." Las propuestas de Kalinin fueron tomadas en consideración.

Yo escribiría también de las visitas de Kalinin al ejército de operaciones y de sus charlas con los soldados y los propagandistas que actuaban en los frentes. Escribiría de los actos en que entregaba las condecoraciones a los combatientes que se distinguían: para cada uno de ellos encontraba una palabra cálida y bondadosa.

No, posiblemente todo eso no cupiese en un solo libro. ¡Son demasiado importantes y relevantes los acontecimientos, de excesivas dimensión y originalidad el carácter de Kalinin!

Gravemente enfermo ya, en enero de 1945 fue por última vez a la ciudad de su juventud, a la ciudad de la revolución. Entregó al valeroso Leningrado la Orden de Lenin. Luego anduvo por las conocidas calles y estuvo en sitios muy entrañables. Vio el edificio que fue Duma, o Ayuntamiento, de la ciudad. Vio la primera fábrica, *El Arsenal*, en que trabajó. Recorrió los talleres de la fábrica Putílov, rebautizada en fábrica Kírov, y palpó su viejo torno. Recordó cómo empezó allí su labor clandestina en un círculo marxista.

Kalinin podía decir con pleno derecho que no había vivido en vano su vida. Había entregado todas las fuerzas a lo principal, a la lucha por un futuro mejor.

Kalinin falleció el 3 de junio de 1946.

Al pensar en él, no puede uno menos de recordar el escudo del País de los Soviets, en el que la hoz y el martillo simbolizan la alianza indestructible de los obreros y los campesinos. ¡Kalinin era la personificación viva de esa alianza!

INDICE

CAPITULO PRIMERO
3
CAPITULO SEGUNDO
38
CAPITULO TERCERO
64
CAPITULO CUARTO
91
CAPITULO QUINTO
106
CAPITULO SEXTO
130
CAPITULO SEPTIMO
153
CAPITULO OCTAVO
168
CAPITULO NOVENO
187
CAPITULO DECIMO
206

CAPITULO INDECIMO

219

CAPITULO DUODECIMO

232

CAPITULO DECIMOTERCERO

245

NOTA DEL AUTOR

264

AL LECTOR

La Editorial le quedará muy reconocida si le da a conocer usted su opinión acerca del libro que le ofrecemos, así como de la traducción, presentación e impresión del mismo. Le agradeceremos también cualquier otra sugerencia.

Nuestra dirección:
Editorial Progreso
Zúbovski bulvar, 17
Moscú, URSS